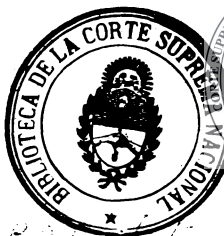


ADOLFO
SALDÍAS



ENSAJO SOBRE LA
CONSTITUCION PERUANA

BIBLIOTECA DE LA CORTE SUPREMA NACIONAL	
Nº DE REGISTRO	3858
UBICACION	F. 129
FICHA MATERIA	

B. 2. 1. 1.





LA REVOLUCION

I. Las **Revoluciones orgánicas**—II. **Antecedentes de la Revolución** de Mayo—III. Política de España en las colonias—IV. Las invasiones Inglesas—V. La Revolución—VI. Sus múltiples fines —VII. Su influencia civilizadora en la América del Sud.

I—Las Revoluciones llamadas á transformar completamente una ó mas sociedades, se suceden con largas interrupciones, como si hubiera una Providencia misteriosa para los pueblos, que tiene ya marcadas las épocas climatéricas de todas las miserias y de todos los despotismos, que deben ser vencidos donde quiera que reinen, para dejar á salvo, cuándo ménos, el principio inmutable de *vida progresista*, sobre que reposa la organizacion de todas las sociedades.

El mundo cuenta las revoluciones á millares . . . pero ¿quién las recuerda? Los que sufrieron por ellas; la escena dramática, que exorna horrores para atraer al público ávido de sensaciones; acaso el carnaval, quién como pueblo-rey, tirano de tres dias, ejerce á su manera sus venganzas, haciendo una revista general de lo *deforme*; de eso, que en otro tiempo pasó como *sublime*, en prueba de que la moda del mal ejemplo no se das;—á sacrificar un pueblo entero á la voluntad de dia que empezaba a afortunado, que se arrancar



una armonía caprichosa, encantadora á esa multitud de veletas que andan ahí para que cualquiera las tome y las dé vuelta,—y que se llaman hombres sin conciencia, que buscan, como todos los desheredados, una trepadora á su aislamiento; que encuentran su Capitolio encima de una barricada; y que siempre olvidan que su roca Tarpeya está en la *autoridad* de la sociedad, que debe existir apesar de todos y para todos.

El teatro y el Carnaval aseguran el porvenir á estas revoluciones, miéntras el mundo aspire á divertirse. . . . El inconveniente es que el mundo se preocupa de muchos otros intereses. La necesidad es la madre del nuevo día que alumbra, despues que han pasado esas expansiones fujitivas que se proporciona el ánimo fatigado. . . . El mundo vive del pensamiento; y el pensamiento **ya** no se impone á cañonazos, hoy que hay mas imprentas y mas libros que cañones, lo cual consta por experiencia propia á una gran parte del mundo, que bastante ha luchado para conseguir este cambio saludable.

Si pues, si las sociedades se hubiesen regenerado en razon de esos millares de revoluciones, el derecho, la libertad y los grandes intereses que les están vinculados, habrían llegado á un grado de perfeccion tal, que todas gozarían de una paz perpétua entre sí, de una sabiduría y de una dicha inmensas, de una riqueza que la mente humana no puede calcular. La tierra sería el cielo que nos pintan decorado con mil galas, porque habrían desaparecido todas las furias que la infestaban, bajo la forma de fanatismos, de males y de v

El progreso del mundo se debe



es cierto. Pero estas revoluciones son contadas; porque el progreso pertenece á todos, al mayor número, y no al primero que se le ocurra invocarlo para hacer una revolucion, con la misma seriedad de aquel desgraciado monomaniaco que esclamaba al oído de todos— «yo soy Dios»—y que en nombre de Dios solicitaba una série de estravagancias.

Esas revoluciones han sido las manifestaciones mas altas del pensamiento humano, y han simbolizado, en su organismo trascendental, las aspiraciones supremas del mundo, ó de una parte del mundo; que muy raras veces sacrifica su porvenir, operando, en nombre de este, cámbios ó trasformaciones radicales.

¿Quién ha sido el Juez de estas revoluciones? ¿El *triumfo*, que es el que decide de la bondad de esas otras rebeliones contra un órden público ó social, que echan por tierra, para reponerlo en seguida por sus propias manos? No: el mundo:—los pueblos que las llevaron á cabo: que saben apreciar cuales son los beneficios que se conquistan para todos. La prueba de esto, está en que muchas de estas grandes revoluciones han hecho prácticos sus progresos años, siglos, despues de haberlos proclamado, sin que en tan largos interregnos hayan desmerecido en lo mínimo, á los ojos de la justicia y del derecho de las naciones, que viven mas que todos sus opresores.

Que pueblo, quién, no cuenta entre los precursores del progreso humano, á Jesus, el modesto plebeyo que ganó la inmortalidad con la mas esforzada de las propagandas;—á esos valientes revolucionarios de la Edad Media que empezaban á minar los tronos, y á abrir camino



al derecho individual, doscientos años ántes que Voltair naciera; á los revolucionarios de Norte América que sellaron para siempre la firme existencia de la República, hasta entónces sofocada por los restos poderosos del feudalismo; á los Revolucionarios franceses de 89, que consagraron en favor de los demás pueblos los bienes que ellos no supieron aprovechar; á los Revolucionarios Argentinos de 1810 que fundaron cuatro Repúblicas, abriendo las puertas de medio continente al derecho, á la libertad, al progreso, que no tuviesen cabida en el resto del mundo?

Solo la barbárie ha podido lamentar la pérdida de su imperio—solo ella ha podido condenar esas manifestaciones grandiosas del pensamiento; de la misma manera que solo un rey absoluto pudo condenar la Revolución Sud-Americana; y que un papa ligado á él por el vínculo comun de la opresion, pudo lanzar una encíclica condenatoria de la Independencia de este continente. (1)

Contrayéndonos, ahora, á nuestro objeto, se puede decir que la Revolución Argentina de Mayo de 1810 fué la obra del progreso, que consiste en derrumbar las columnas del edificio del pasado, que no soportan las necesidades y las aspiraciones del presente.

La Revolución de Mayo fué el nacimiento á la vida

(1) El papa dou Leon XII dirijió una encíclica á todos los arzobispos y obispos de América, en la que pintaba á los gobiernos que nos habíamos dado como azotes de la indignacion de Dios; y en la que los exortaba á que, como súbditos de las nuevas repúblicas, contribuyeran con su prédica á hacer desaparecer esa peste de innovadores. . . . (Véase Velez Sarsfield *Derecho público eclesiástico*—y Mitre *Historia de Belgrano*.)

de un pueblo, de muchos pueblos. La vida fué la *Independencia*, la *rejeneracion*, por la libertad y el derecho.

Así pues, este grande movimiento fundó una nueva Nacionalidad, y, al mismo tiempo, adelantó un programa de organizacion política y social que nos ha permitido, despues de una série de evoluciones perfectamente lógicas, ocupar un puesto entre los pueblos libres y civilizados.

La Revolucion de Mayo fué, pues, una obra librada á la justicia del tiempo, que debia sancionarla tarde ó temprano, en virtud de la lógica con que liga entre sí todos los acontecimientos que influyen en el destino de las naciones. Veámos cuales fueron las causas que la produjeron.

II—Una série de precedentes funestos venian acusando, desde mediados del siglo pasado, la impotencia y la imprevision de la España, que abandonaba á sus colonias de América á todos los males y peligros de la pobreza, de la ignorancia y del oscurantismo.

Verdad que esta política obedecia, en gran parte, á causas que habian venido imponiéndose, en fuerza de las mismas circunstancias que hicieron descender á la Metrópoli del rango elevado que ocupó entre las Naciones, á quiénes habia vencido en una série de batallas memorables.

Cuando España armó el brazo de sus aventureros, de sus inquisidores y de sus frailes y los lanzó á América, donde iniciaron sus proezas destruyendo los dos imperios de Méjico y del Perú,—España no tenia medios para emprender una conquista como las que hicie-





ron posteriormente los franceses y los ingleses, sembrando sus progresos y sus libertades donde quiera que fueron; no tenia ciencias ni adelantos, ni conocimientos útiles que transmitir en cambio de lo que se preparaba a destruir, como ha dicho Humboldt; porque con un anhelo digno de mejor causa, habia reasumido en sí como Nación, todas las tradiciones, todos los errores, todo el absolutismo que imponia la Iglesia Católica como medio de dominacion universal; vinculando la legislacion civil con la eclesiástica, y armando á esta última del poder irresistible de la Inquisición, que mataba en germen todos los progresos porque arrasaba el pensamiento y la accion individual. (1)

La comunidad del gran botin de la conquista estrechó completamente los vínculos en que habian vivido la Monarquía y la Iglesia. Las bulas que llegaron despues de las matanzas en América, fueron preconizadas

(1) «Bastó» seguir las huellas lingüísticas de nuestra carta geográfica para ver que la civilizacion católica no habia afrontado el desierto y la barbarie indigena por ninguno de sus puntos; y que limitándose á nutrirse y abrigarse en los nidos fomentados por los Quichuas habia seguido las mismas rutas abiertas por ellos, ocupando los mismos centros coloniales con que la raza imperial habia caminado desde el Cuzco al través de los desiertos hasta el Carcarañá y el Tio en las fronteras del Paraná.

No pertenece á la conquista española el mérito de haber trasformado el desierto argentino, formando en él los puestos civilizados que hoy existen. Esos puestos la precedieron: y esa trasformacion, cuando vino á usufruirla, estaba ya consumada por el culto del sol. Ninguna otra escepcion admite esta generalidad que la de Buenos Aires y Montevideo, establecimientos menguadísimos en el principio, aunque destinados á florecer mas tarde, por causas y complicaciones ajenas á las miras normales y características de los conquistadores españoles.»—(Geografía Histórica del Territorio Argentino, por Vicente Fidel Lopez. Revista de Buenos Aires, t. 20, pág. 609).



por los Monarcas Españoles: la legislación eclesiástica se hizo especial para el nuevo continente, desfrutando á estos últimos derechos ámplios sobre los territorios, en cambio de una *dominacion espiritual* sin control y sin límites, que empezó á ejercer el catolicismo (1) sobre los habitantes de un mundo, abierto como por encanto á su ideal favorito de oscurantismo y de rapiña.

Y la larga esperiencia de mil ochocientos años demuestra de un modo irrecusable, que el catolicismo nunca ha sido un agente civilizador, pues que siempre ha puesto sus grandes medios de propaganda y de accion al servicio esclusivo de la Iglesia que representa, en pugna mas ó ménos abierta con los intereses y con el progreso de las sociedades. Drapper (2) ha suministrado todas las pruebas, todos los datos necesarios para disuadir á los que creíamos que la Iglesia Católica habia salvado ó conservado la civilizacion en Europa en los principios de la edad media. Hoy, cualquiera tendria derecho á preguntarse ¿cuál es el pueblo que se ha levantado y civilizado bajo el influjo del Catolicismo? No hay uno solo. ¿La América? Hojeemos á los Ulloa, á Ercilla y á Las Casas. ¿El Paraguay? A fin de sobrevivir á la ruina y á los escombros, los habitantes de esta riquísima comarca, se aliaron á los comuneros de Corrientes para resistir á los jesuitas. Las Misiones? Hoy no existen. Y prescindiendo del Japon, se puede agregar, en apoyo de lo que venimos diciendo que, hace cinco años se han consumado carni-

(1) Véase Velez Sarsfield—Derecho público eclesiástico. Pág. 17.

(2) Conflictos entre la ciencia y la religion.



cerías salvajes en nombre del catolicismo, en uno de los principales pueblos de Buenos Aires, donde impera esta religion desde la fundacion de don Juan de Garay.

Todo esto demuestra, pues, que España no podía transmitir á sus colonias de América una civilizacion que le faltaba á ella misma. Fundado en esos hechos que son del dominio universal, es que Buckle decia (1) que España ha violado las condiciones de la ley del progreso; « y Lammenais (2) que todo lo que ha pasado en el mundo científico é intelectual es como si no existiera para España. »

III—Pero si este descenso, que resistia de un modo tan desconsolador á los influjos benéficos que obraban sobre los demás paises; si este atraso que se venia perpetuando en una nacion llena de vida, por esa desnaturalizacion en la lejislacion, en el gobierno, en todas las relaciones civiles y políticas, que sacaba de quicio á la sociedad, y trabajaba constantemente sus fuerzas, habituándolas á una dominacion que estrechaba cada dia mas la monarquía de derecho divino y la Iglesia absoluta (3); si este órden incuestionablemente abominable imperaba en la Metrópoli, ¿cuál seria la suerte de las colonias de América?

Un despotismo desplegado con todo el lujo de los irresponsables; el privilegio odioso en lo político como en lo económico, que envolvía el imperio de las castas con-

(1) Historia de la civil. t. 3.

(2) Males de la Iglesia.

(3) « La España ha hecho servir siempre la religion á sus intereses particulares » dijo el Dean Funes. (Ensayo sobre la historia civil del Paraguay, etc., t. 2º, pág. 165.



sumidoras y la abyección del pueblo que era el único productor; el tráfico de esclavos sancionado por la costumbre y por los dignatarios de la Corona y de la Iglesia, que lo fomentaban en beneficio de los capitalistas con quienes lucraban, haciéndose cargo de *encomiendas*; una política estudiada para perpetuar el atraso, la ignorancia y la miseria (1) de modo que el nativo viviera para el yugo y el trabajo, que enriquecía á todos los que ayudaban á aumentar y conservar estos grandes rebaños de hombres sin patria y sin derechos; y por sobre todo esto, un sistema prohibitivo que cerraba nuestros mercados á la concurrencia extranjera, y nos empobrecía cada vez mas de este lado del Oceano, aislados, débiles y sumisos,—tales eran los medios de gobierno que ponía en práctica en sus colonias la nación que habia conquistado un mundo para la civilización.

(1) Esta política de embrutecimiento llegaba al punto de prohibir la circulación de toda clase de libros, y la difusión de todo conocimiento útil en las colonias. Siu hablar de las infinitas prohibiciones del consejo de Indias, verdadero tribunal Inquisitorial á este respecto, que tenia tambien su *índice espurgatorio*, basta recordar que, habiendo Belgrano fundado en Buenos Aires las escuelas de Geometría, Dibujo y de Náutica, en el año 1799, el gobierno del rey las mandó clausurar por ser de *mero lujo, que no competia á las colonias*. (Historia de Belgrano, t. 1º, pág. 138)—Y esta opinion era general, tratándose de América, como lo hizo ver el distinguido don Felipe Senillosa, en un discurso que pronunció en 1818, con motivo de los exámenes de matemáticas, en cuya aula reemplazó á don Pedro Cerviño. En los papeles públicos de Madrid, decia el señor Senillosa, se aseguraba que el estudio de las matemáticas era un *estudio perjudicial*, pues se habia observado que los que se dedicaban á ellos, salían por lo comun *contrarios á la monarquía y á la religion*. »

El reconocimiento esplicito de esa política de atraso y de barbarie está consignado en los siguientes términos de la proclama que dirigia la regencia á los pueblos de América el 14 de Febrero de 1810: « *Desde este momento, españoles americanos, os veis elevados á la dignidad de hombres*



Como era natural, esta legislacion monstruosa heria profundamente los propios intereses de la Metrópoli, porque iba divorciando la opinion de las colonias de un poder tan inmoderado y tan poco previsor.

Y además de este resultado que debia ser funesto para la Metrópoli, esa legislacion producía los efectos contrarios, precisamente, á los que aquella buscaba, en lo que se refería principalmente á extraer de las colonias la mayor cantidad de riqueza, que la Metrópoli hacía consistir en numerario y en metales preciosos.

Esto la condujo á un cúmulo de errores económico-administrativos, que acabaron de sumir á las colonias en el estado mas desesperante de pobreza; en prueba de que los errores económicos son los mas trascendentales, porque afectan intereses variadísimos y ligados por una solidaridad inquebrantable.

Se puede decir con propiedad, que fueron estos errores los que contribuyeron, en primer término, á que concluyera la dominacion Española en el Rio de la Plata, y de consiguiente en América. (1)

A fines del siglo pasado, todas las Provincias del Virreinato del Plata sufrían mas que nunca las penu-

libres; no sois ya los mismos que ántes, encorvados bajo un yugo mucho mas duro, mirados con indiferencia, vejados por la codicia y destruidos por la ignorancia. »

(1) Véase el *Exámen imparcial de las disensiones de la América con la España, de los medios de su reciproco interes*, por don Alvaro Flores de Estrada; dónde se demuestra que la verdadera causa de la perdicion de España consistía principalmente en el monopolio que ejercía en el comercio con sus colonias, así como el ruinoso sistema de Aduanas. Corre impresa también *La carta de un inglés en Buenos Aires*, que trata del mismo asunto.



rias y escaseces consiguientes á ese sistema económico, que venía pesando sobre ellas desde la conquista. El auto del Virey Ceballos de 1777, declarando libre el comercio del Rio de la Plata *con la Peninsula*, y algunas franquicias transitorias debidas á los esfuerzos de Vieytes y de Belgrano, eran las únicas innovaciones que habia introducido España, desde que centralizó el monopolio por medio de la casa de contratacion de Cádiz (trasladada á Sevilla despues que los Borbones subieron al trono) para llevarse todo el oro de las colonias.

Porque España, y se debe insistir sobre esto que es capital, vivia en plena infancia económica cuando sus colonos, acosados por la necesidad y el sufrimiento, le imploraban la adopcion de medios prudentes y fáciles que, mejorando aquel orden de cosas, beneficiáran virtualmente los propios intereses de la Metrópoli.

Pero España creía que el país mas rico era aquel que poseía mas metales preciosos; y ajustaba su conducta en razon de este error que la perdió. El comercio, se decia, lo hago yo con mis colonias: la casa de contratacion de Cádiz me basta para ello: fuera Inglaterra, fuera Portugal, fuera Francia: en la exclusion está mi prosperidad; la concurrencia es mi ruina.

España persiguió este error hasta que la Inglaterra, seducida por el porvenir que presentaban las colonias del Rio de la Plata, y con la esperanza de asegurarlo para su gloria, por los medios opuestos á los que habia empleado la Metrópoli, se decidió á emprender la cruzada que concluyó con las famosas jornadas de la Reconquista y de la Defensa.



IV—Las Invasiones Inglesas fueron rechazadas por el *pueblo* armado de Buenos Aires, en union de la poca tropa de la guarnicion, en 12 de Agosto de 1806, y en 5 y 6 de Julio de 1807. El pueblo pudo apreciar, con este motivo, la importancia de los recursos militares que poseía ignorados hasta entónces. Con su triunfo sancionó solemnemente el derecho de que habia carecido. Y con el derecho, se despertó el sentimiento natural hácia una patria que el pueblo acababa de defender y de salvar como suya propia, acaudillado por jefes que él mismo se habia dado cuando la fuga de Sobremonte lo abandonó á su suerte, en momentos en que se daba proporciones estupendas á la invasion, y en que se creía todo perdido. (1)

Este derecho, abstracto si se quiere, indivisible en un principio, que abarcaba todo, y cuyas aplicaciones dependian de los sucesos que se desenvolvieran, y no de los hombres que todavía no podian invocar; y este

(1) Así lo cantaban los que desde entónces empezaron á formar nuestras brillantes falanjes de poetas revolucionarios:

•Entran á la ciudad, y el alarido
Y el clarin ominoso,
Y el rechinar del carro ponderoso
Do el horrendo cañon es conducido,
La confusion acrecen
Y el un polo y el un otro se estremecen
.....
.....

Aquí dónde la guerra se avalanza
Y el enemigo hostiga,
Aquí el furor, la sed y la fatiga,
Aquí la ntroz y báibara matanza,
Aquí do la refriega
Recuerda Almanza, San Quintin, Brihuega,



sentimiento hácia la pátria,—que guarda en el corazón el jérmén del prodigio,—sirvieron de punto de partida á los que empezaron á elaborar los medios para operar un cambio radical en las colonias.

En efecto; á consecuencia de la fuga vergonzosa del Virey Sobremonte, un cabildo abierto (1) llevó el mando al héroe de la Reconquista, al gefe de la Defensa contra los Ingleses.

España confirmó el nombramiento de Virey recaído en la persona de Liniers; y esta confirmacion, se tomó naturalmente como el reconocimiento implícito de un derecho que, sino favorecia directamente los fines ulteriores que se tuvieron en vista, servia por lo ménos de precedente y de indicio para los colonos que dudáran de sus propias fuerzas para revindicar sus derechos.

Un pueblo lanzado en pos de una aspiracion á que está vinculada su propia existencia, nunca olvida los precedentes que le hicieron concebir sus primeras esperanzas, por insignificantes que ellos parezcan.

Creemos que el nombramiento de Liniers fué uno de los primeros preludios de la Revolucion, que se trabajaba en los hogares, en los cafés, en las asambleas clandestinas de los patriotas y que contaba ardientes y bulliciosos sostenedores en los batallones de patricios—que fueron el brazo y la columna de ella.

Al mismo tiempo España sostenia en su propio territorio una guerra desesperada con los ejércitos del Emperador Napoleon: la Paz consumaba su levantamiento patriótico: y Moreno sintetizaba las ideas de la

(1) Véase Hist. de Belgrano t. 1º pág, 169,



Revolucion en su famosa Representacion de los hacendados al Virey Cisneros (Setiembre de 1809).

El esfuerzo era comun, abnegado y bien dirigido. Todo contribuía á asegurar el éxito de la grande obra que se proyectaba, y que no podia demorarse mas, so pena de comprometerla para mucho tiempo.

El Virey Cisneros trató de detener la corriente revolucionaria, publicando el 18 de Mayo de 1810 un manifiesto en el que daba á conocer *los desgraciados sucesos de la Peninsula*, y hacia presente la necesidad de uniformar la opinion de los Vireyes de América para consolidar la autoridad del rey Fernando, (rebelado poco ántes contra su padre.)

Pero esto fué inútil. Habia llegado el momento decisivo en que un pueblo debia trasfigurarse.

V—Algunos patriotas distinguidos, acompañados de los gefes de Batallon, apremiaron al Cabildo á que solicitára del Virey la autorizacion para invitar á la parte principal del vecindario, con el objeto de que este acordase en congreso público, las medidas mas oportunas en esas circunstancias, y *calmase la fermentacion en que estaba el pueblo.*

El Virey se vió obligado á ceder. Lo mas selecto del vecindario de Buenos Aires se congregó en el cabildo abierto del 22 de Mayo, para ventilar por la vez primera los altos intereses de la patria, y dar el golpe decisivo al viejo réjimen.

Depues de una discusion memorable, fueron puestas á votacion todas las opiniones que allí se manifestaron; y del escrutinio que verificó el Cabildo, por sí solo, resultó «á pluralidad con esceso» que el Exmo. Virey debía



cesar en el mando, y recaer este provisionalmente en el Exmo. Cabildo hasta la erección de una Junta « que ha de formar el mismo Exmo. Cabildo, la que debe congrega los Diputados de las Provincias interiores para establecer la forma de gobierno que corresponda. » (1)

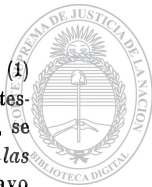
Pero el Cabildo, compuesto en su mayoría de Españoles, creyó salvar por un golpe de audacia la autoridad del Virey, y con esta, el orden que acababa de ser derribado.

A este fin el Cabildo, acordó por sí, el día 24 que « sin embargo de haber cesado el Exmo. Virey en el mando, no sea separado completamente, sino que se le nombren acompañados para que gobiernen en Junta presidida por el Exmo. Virey. »

El estupor que produjo este falseamiento de la opinion fué momentáneo. El pueblo y la milicia de la Revolucion se manifestaron irritados, potentes y resueltos. El Virey abdicó bajo la presion del fogoso Castelli. Pero el Cabildo ciego, empecinado y temerario, no admitió la renuncia del Virey y demás miembros de la Junta.

El pueblo se agolpó á las puertas del Cabildo; y este en tanto que protestaba las buenas intenciones que lo animaban, provocaba una reunion de los jefes de batallon para conocer hasta qué punto podria contar con la fuerza, para repeler á los descontentos. Con escepcion de tres jefes que guardaron silencio, todos los de-

(1) Acta capitular del 23 Mayo—Véase Anjelis t. 3º.



más negaron su obediencia y su ayuda al Cabildo. (1)

La Revolucion estaba hecha. Buenos Aires protestando por el momento su adhesion á Fernando VII, se dió su Gobierno propio en la *Junta Provisional de las Provincias del Rio de la Plata*, instalada el 23 de Mayo con los individuos que el pueblo proclamó en la propia casa Capítular.

Inmediatamente apareció la Gaceta de Buenos Aires, órgano de la Junta é intérprete de la opinion pública. «Rara temporum, felicitate ubi sentiræ quæ velis, et quæ sentias dicere licet» era el epígrafe de la Gaceta, que manifestaba claramente cuales eran las ideas de los hombres de la Junta. (2)

VI—Estas ideas no son hoy misterio para nadie. La Revolucion era algo mas que un cambio de personal administrativo. La Revolucion era la independendencia, era la rejeneracion política y social, como lo hemos dicho antes, y como lo han demostrado Echeverria, Sarmiento, Mitre, Lopez, Gutierrez, etc.

En este sentido, la Revolucion de Mayo ha sido la manifestacion mas alta del pensamiento Argentino, y, por consiguiente, la que debe hablar al espíritu y al corazon de las generaciones que se sucedan. El programa, la filosofía política, la trasformacion, en una palabra, la verdad de mayo, es como esas estrellas que

(1) Estos fueron don Pedro Andrés Garcia, Francisco A. de Ortiz de Ocampo, Juan Florencio Terrada, Manuel Ruiz, Gerardo Esteve, Martin Rodriguez, Lucas Vivas, Ramon Muñoz, Alejo Castex, Antonio Ballesteros,

(2) Esas palabras de Tácito fueron colocadas al frente de la Gaceta por Belgrano, que estaba familiarizado con los clásicos, como con los filósofos del siglo pasado, desde que obtuvo del rey Carlos III permiso para leerlos.



alumbra con sus vastos resplandores el nacimiento y la caída de los imperios:—quedará siempre fija en nuestro cielo, aún cuándo creamos que nos siga en el descenso de nuestra carrera, mas ó ménos veloz. (1)

Cualquier forma que caiga en desuso, no hará desparecer ninguna de las ideas en cuyo nombre se preparó y se trabajó esa Revolucion, la mas grande de nuestros tiempos. Sean cuales fueran las formas bajo que se presenten las ideas sobre nuestra organizacion política ó social, estas serán el reflejo de las que hemos proclamado durante la Revolucion; haciendo prácticos, unas veces, los principios mas adelantados, con un valor y una abnegacion dignas de la causa que debia dignificarlos para siempre;—ó combinándolos, otras, con los que hemos arrancado á nuestra propia orijinalidad, antes que la Europa les diera su patente de progresistas y civilizadores.

Así es como nuestra Revolucion se presenta tanto mas grandiosa cuanto mas estudiada es, cuanto mas tiempo transcurre. Así lo dicen nuestros pensadores de hoy, que pertenecen á este respecto á la misma escuela de nuestros pensadores de ayer. La nueva jeneracion vé en los escritos de Mitre y de Lopez (2) la ampliacion de las ideas fundamentales que, acerca de la

(1) Véase *Antecedentes de la Rev. de Mayo* por Estévan Echeverría, (Obras completas) y tambien en la Rev. del Río de la Plata t. 7 pág. 138; y un escrito del señor Lamas inserto en el t. 4 de la misma Revista.

(2) • El programa de la Revolucion de Mayo, consignado en el manifiesto de Noviembre de 1810, es un papel político admirable; al que ninguna otra revolucion del mundo moderno puede comparar nada que sea superior, por el fondo de los conceptos y de las miras •—Vicente Fidel Lopez, Revista del Río de la Plata, t. 11, pág. 579.



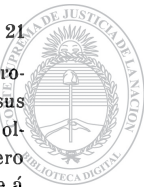
Revolucion de Mayo, sostuvieron y vulgarizaron, Juan Cruz Varela y Echeverría. El porvenir de esta idea está asegurado.

Esto no obstante, ha habido quienes han pensado que la Revolucion no tuvo mas objeto que el de asegurar nuestra Independencia. La filosofía de la Revolucion consistía en vencer los ejércitos de España. Su ciencia, en apresurar estas victorias; y su poesía, en exaltar los estímulos del patriotismo, para hacerse de nuevos combatientes—. . . . guerra de soldado á soldado, de la misma especie de las que se han hecho entre sí los pueblos bárbaros y no bárbaros, para esterminarse los unos á los otros!

Es decir, verse libres de don Fernando VII, para echarse en brazos de Fernandos sin número, de los mil Fernandos que habia fecundado la Monarquía en el seno íntimo de la sociedad de sus colonias. Arrojar el antiguo ropaje para vertirse con sus hilachas. Iniciar una nueva era y embutirla en la pasada. Dejar de ser colonos para tener el placer de ser esclavos del viejo organismo, que tendia á aumentarlos.

Los que pertenecen á esta escuela, echan un puñado de tierra sobre todo lo que viene de la Revolucion de Mayo, y se deciden por lo que encuentran por sí mismos, en cualquier parte, y venga de dónde venga. ¿Por qué? Porque todo aquello tuvo su oportunidad; porque hoy es viejo, inservible, reaccionario; porque en aquel entónces la espada sancionaba resultados transitorios; y porque hoy debemos librarlo todo al progreso y á las nuevas ideas.

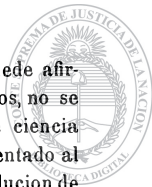
Y es de este modo como amontonan dones ilusorios,



que á larga constituyen la negacion del verdadero progreso; aunque mas sea que porque cada país tiene sus orígenes y fundamentos—que no puedan violarse ú olvidarse impunemente sin estraviarse en un verdadero laberinto. Reputar inservible todo lo que pertenece á un pasado, á que está vinculado nuestro ser político, nuestras instituciones, nuestros progresos, y que nos ha legado uno á uno todos los principios traducidos en nuestras prácticas constantes,—y aceptar dones extraños—que se ofrecen al mundo entero, á cualquier país que vive de los demás, sin distinguirse por ningun esfuerzo ni por ningun progreso,—es tanto como querer sacrificar nuestro presente y nuestro porvenir á los jiros caprichosos de la imaginacion, que juguetea eternamente dentro de aquellos que no tienen fé en sus propias fuerzas.

VII—No nos desviemos, pues, de nuestros verdaderos fundamentos. La Revolucion de Mayo fué una obra librada á la justicia de los tiempos; y contra estos nada pueden las vanaglorias de los sueños que, como sueños, pasan y se olvidan, miéntras la creencia vive eternamente, miéntras los hechos hablan.

Supóngase que tales ó cuales ideas cambien efectivamente en su forma. Y bien; las jeneraciones cambian tambien el corte del levita; lo cual no impide que los figurines de antaño sean mas acabados y elegantes que los de ogaño. Si las ideas se han de medir por los bienes que prometen y los resultados que alcanzan, es fuera de duda que la Revolucion de Mayo, está destinada á traspasar el delicado perfume de una novedad, que acabará. . . no sabemos cuándo.

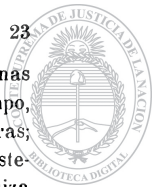


Permítasenos adelantarnos mas:—¿quién puede afirmar que de aquí á tres siglos, uno ó mas pueblos, no se verán obligados á proclamar las ideas sobre ciencia política y social, que hemos practicado ó inventado al través de nuestra gran Revolucion? La Revolucion de Mayo se ha adelantado mas de cien años en ideas civilizadoras, que han tenido por teatro un mundo nuevo, que han atravesado el oceano, y que han ido á asentarse en el seno de la Europa.

Se nos dirá que la razon y el derecho es algo tan viejo como el sol que los alumbró en sus primeros dias; y que el programa de Mayo de 1810 se lo presentaría cualquier pueblo que estuviera en las condiciones en que estaba el nuestro.

Pero un programa análogo al que se pretende, se han presentado sucesivamente Francia, que nos indicó nuestros primeros pasos; Grecia, á quién cantaron nuestros poetas; Polonia, Cuba, Hersegovina, etc. etc. y todos, todos arrastran hoy cadenas tanto ó mas pesadas que ayer.

Nuestra revolucion ha proclamado ideas y principios que eran desconocidos en Inglaterra, Estados Unidos y en Suiza. Moreno y Belgrano desarrollaron sabiamente los principios mas adelantados de la ciencia económica y social, los mismos que debian discutirse treinta años depues en Francia é Inglaterra, para abatir los sistemas de Turgot y de Quesnay. Y sin hacer una enumeracion de los que se encontrarán en el lugar oportuno de este librito, basta recordar el derecho al trabajo, consagrado en nuestra Constitucion de 1819, derecho que la Francia quiso conquistarse recién en



1848; los derechos políticos en favor de los indígenas que la Inglaterra ha acordado, no hace mucho tiempo, en favor de sus colonos de Australia y de Honduras; la composicion de nuestros poderes públicos, posteriormente adoptada, en una buena parte, por la Suiza en su Constitucion federal, y en la de algunos de sus cantones, como el de Zurich. Y no solamente hemos proclamado todos estos principios, sino que los hemos llevado triunfantes por toda la América del Sur, trasformada en familias de Repúblicas, merced á esas influencias civilizadoras que, jamás, desde que el mundo es tal, tuvieron teatro mas vasto para desarrollarse y prosperar.

La ciencia social ha adelantado mas en estos últimos siglos que desde principios del mundo; y esto se ha debido á las grandes revoluciones orgánicas consumadas respectivamente por Inglaterra, Estados Unidos, Francia y las Provincias Unidas del Plata, y á la multiplicidad de relaciones que han ido enjendrando los progresos que estaban vinculados á esas revoluciones..... Quién puede afirmar que la Revolucion Argentina, ó mejor dicho, Sur Americana,—á semejanza del descubrimiento de América, que cambió la faz del universo en lo científico, artístico y económico,—no ha abierto una era que debe presidir, á la larga de los tiempos, el movimiento político y social del mundo, hasta que otra trasformacion gigantesca combine esos restos con otros restos, y haga surgir una nueva civilizacion con los vestijios de una antigüedad que se creyó enterrar para siempre?



CAPITULO II

LA JUNTA Y LOS TRIUNVIRATOS



I. Primera forma orgánica de la Revolución—II. Reforma de la circular dirigida á las Provincias—III. El doctor Moreno—IV. Decreto orgánico de 1811—V. El Triunvirato—VI. Estatuto de 1811—VII. Rechazo del Estatuto—VIII. Dificultades de la situación—IX. Desprestigio y fin del Triunvirato.

I—Conjuntamente con el primer Gobierno pátrio que nos dimos en la *Junta Provisional*, compuesta de Saavedra, Belgrano, Alberti, Azcuénaga, Castelli, Larrea y Matheu, surgió, del Cabildo abierto á que nos hemos referido en el capítulo anterior, la primera forma orgánica que se dió la Revolución de Mayo.

Luchando contra las influencias de la metrópoli, que estaban representadas en ese Cabildo abierto por los Españoles mejor acomodados y por los mas altos dignatarios de la Iglesia (1), los patriotas sostuvieron, palmo á palmo el derecho que tenían para nombrar una

(1) El señor general Mitre, que es á nuestro juicio el que ha hecho la version mas completa del cabildo abierto del 22 de Mayo, dice á este respecto lo siguiente: El obispo Lue formuló su voto con arrogancia en el sentido de los intereses de la Metrópoli, diciendo que «mientras existiese en España un pedazo de tierra mandado por Españoles, ese pedazo de tierra debía mandar á las américas; y que mientras existiese un solo Español en las Américas ese Español debía mandar á los Americanos.»—Historia de Belgrano T. 1º Pag. 263.



Junta de Gobierno; una vez que las circunstancias los ponian en el caso de decidir, por sí mismos, de su suerte.

Para conseguir este objeto, que era virtualmente la *Sancion legal* de la Revolucion, los patriotas se fundaban principalmente en el ejemplo de las Provincias del Reyno, las cuales habian elegido sus Juntas á consecuencia de la ocupacion de su territorio por los Ejércitos Franceses; y en el precedente establecido cuando Lihiers fué confirmado en el cargo de Virey (á que lo habia elevado el voto del pueblo) despues de la abdicacion de Carlos IV y de la cautividad de Fernando 7º; á saber: que la America no dependia de la España sino del monarca á quien habia jurado obediencia; y que caducando este, caducaban todos sus delegados. La conclusion de Castelli, dice el General Mitre, fue esta: » La España ha caducado, y con ella las autoridades que son su emanacion. El pueblo ha reasumido la Soberanía del monarca, y á él toca instituir el nuevo gobierno en representacion suya. » (1)

(1) Esto era de una rigurosa verdad en teoría, para los Españoles. El autor de los *Preliminares á la Constitucion Española*, decia « que por la renuncia de Carlos IV en Bayona, la dinastía de Borbon perdió todo derecho á ella, incluso Fernando VII, *que solo es Rey por la eleccion aclamada del pueblo. Que este es libre é independiente, y no es ni puede ser el patrimonio de ninguna familia, y que en él reside esencialmente la soberanía*.... etc.

En cuánto al ilustradísimo autor de las *cartas de un americano al Español*, escritas precisamente en la época en que se desarrollaban esos sucesos, dice al respecto lo siguiente: « Despues de la Revolucion de Aranjuez el pueblo lo esperó todo de Fernando VII coronado. Napoleon lo arrebató por medio de una traicion, y se arroga la Soberanía. El pueblo corre á las armas sin saber lo que quiere. Solo consulta á la rabia que le inspira la afrenta; y tan lejos está de pensar en sus derechos que jura á Fernando absoluto. El gobierno que elije no sabe conducir su entu-



Pero el doctor Villota, fiscal de audiencia muy apogado á la Metrópoli, dió una nueva faz á la cuestion, alegando que, aun cuando se hubiera producido la caducidad de autoridades que se pretendia, el Cabildo de Buenos Aires no podia, por si solo, decidir de la suerte del pais, *ejerciendo una representacion que no le habian dado las Provincias del Vireynato*; y violando los derechos y los fueros de los demas cabildos, consagrados por las propias leyes Españolas etc. etc. etc.

Entónces el doctor Passo, talento distinguido, y patriota de corazon, encaró audazmente el pensamiento de los nativos, respondiendo al doctor Villota que el cabildo de Buenos Aires no pretendia ejercer mas representacion que la que le correspondia; que obligado, en fuerza de las circunstancias, á decidir de la suerte de la Provincia como debian hacerlo las demás, era indispensable, en efecto, consultarlas á todas por medio de la convocatoria de un Congreso General; pero que este grande objeto no podia realizarse si los pueblos no elejian con entera libertad sus Diputados, y sin influencias que los contrariaran; y que en este caso, que era el primero que se presentaba en la vida de la colonia, quiénes únicamente podian ofrecer aquellas garantías

« siasmo, y el pueblo pide Córtes. Estas mudan su constitucion, mudan su juramento, desoberanizan al Rey y rompen el nudo que unia á LAS AMÉRICAS, PORQUE ESTAS NO RECONOCEN POR SU SOBERANO AL PUEBLO ESPAÑOL. » Y cita en seguida algunos artículos de la Const. de España que autorizan á las cortes para escluir de la sucesion á aquella persona ó personas que sean incapaces para gobernar, ó hayan hecho cosa porque merezca perder la corona; y el art. 172 cap. I tit. IV que prohibe al Rey ausentarse del Reyno sin consentimiento de las cortes, porque si así lo hiciere, se entiende que ha abdicado la corona. »



eran los interesados en su propia suerte: que Buenos Aires debia hacer, de consiguiente, la convocatoria del Congreso General. »

Así se acordó efectivamente el 25 de Mayo de 1810. El acta capitular correspondiente á este dia dice que la Junta Gubernativa de Buenos Aires dirijiría una circular á todas las Provincias « á fin de que nombren Representantes que se reunan en la capital á la mayor brevedad posible *para establecer la forma de Gobierno que se considere mas conveniente.* »

II—Pero cuándo, al dia siguiente, se trató de llevar adelante esta revolucion algunos de los miembros de la Junta se apercibieron de que esa circular, tal como estaba concebida, encerraba graves peligros para la Revolucion.

En efecto, los Diputados llamados á *decidir inmediatamente sobre la forma de gobierno*, podian desconocer la conveniencia ú eficacia de los hechos consumados; y oponerse al cambio que acababa de operarse en la vida política de la colonia. Esto era tanto mas factible cuanto que las demás Provincias no se habian pronunciado todavia en favor de la Revolucion, ni habian contraido los compromisos que ponian á Buenos Aires en el caso de llevarla adelante, costase lo que costase.

El doctor Mariano Moreno, Secretario de la Junta, alma del gobierno y númen de la Revolucion, aceptó este orden de ideas. Partiendo de los hechos consumados, que eran en su sentir la base de la trasformacion política y social del país, que él mismo habia ya anunciado en páginas imborrables, y por lo que trabajó desde los primeros momentos de su corta pero lumino-



sa carrera pública; y temiendo que los DD. hiciesen abortar desde luego, y en un minuto, la obra que él y los verdaderos revolucionarios, querian hacer imperecedera como los siglos,—consiguió reformar los términos de la circular del día 25, en la parte referente á las atribuciones de los Diputados. Estos, en vez de constituirse en Congreso, *se irían incorporando á la Junta* por el órden de su llegada á la capital.

III—Moreno desplegaba, entretanto, los vuelos atrevidos de su jenio, lanzando á la Revolucion en pos de los nobles estímulos de la democracia y de la reforma, que debian perpetuarse y convertirse á la larga en otros tantos fundamentos de nuestro organismo social.

Porque Moreno al trabajar por la Independencia, trabajaba por la reforma social y política, ó mejor dicho era el jefe de la escuela *revolucionario-transformista*. La Revolucion consistia para él en demoler un órden decrepito y deforme, y sustituirlo por un organismo que tuviera por base la democracia y que pudiera sustentar todas las ideas y todas las aspiraciones, que naturalmente surgirian de los senos de un mundo nuevo para la libertad y para el gobierno propio.

Y en este sentido, Moreno, sentia hervir en su espíritu el espíritu de la regeneracion que le gritaba que no podia levantarse una nacion libre, civilizada y feliz, si no desaparecian una á una las instituciones que habian servido para esclavizar á los pueblos que debian formar esa nacion; si no se implantaban, se trabajaban y se estendian todos los mejoramientos que pudieran contribuir á fundar una era de progreso estable y trascendental, sobre principios diametralmente opuestos



á los que habian imperado hasta entónces en las colonias; si no se contaba, en fin, con masas de ciudadanos, que supiesen hacer prácticos estos principios en las evoluciones progresivas de la vida democrática, que debia desde luego comenzar.

Y este programa no entraba por desgracia, en las miras del Coronel Saavedra, Presidente de la Junta.

Dominado por esos temores pueriles que inspiran las renovaciones incesantes del progreso, á los que viven apegados á las ideas que fundaron la estabilidad y el bien en el pasado; consagrado en cuerpo y alma al triunfo militar de la Revolucion, pero sin participar del ideal democrático y rejenerador de los verdaderos Revolucionarios, el Presidente Saavedra llegó á ver un émulo peligrosísimo en su Secretario el doctor Moreno, que encaraba audazmente la reforma, arrastrando consigo las simpatías de la juventud de Buenos Aires.

El Presidente de la Junta, por su parte, estaba sostenido en esos momentos por dos influencias de primer órden:—por los batallones de patricios que él habia conducido como un solo hombre para apoyar la Revolucion de Mayo,—y por las jentes que se decian serias y prudentes: que habian concluido por conformarse, con la deposicion del Virey sin dejar de volver los ojos á la Metrópoli; que se avenian con un nuevo amo, y aun con un nuevo réjimen, pero que miraban como un sueño de cabezas enfermas eso de emprender una reforma de todos los intereses de la sociedad, divorciándose de la madre patria, adoptando ideas y sistemas nuevos, que acabarian por desorganizarnos completamente, en una série de ensayos desgraciados; jentes, en fin, que anhe-



laban para sí y para sus nietos los bienes de que habían gozado sus abuelos, y que se encastillaban en estos bienes, fundándose en que los pueblos no se habituarían á esos cambios peligrosos, y en que no se podía derrumbar caprichosamente la obra de siglos, acreditada por experiencias mas ó menos saludables.

Basta enunciar las tendencias de ambas agrupaciones, para ver de que parte estaba la justicia de la Revolución. La tendencia *conservadora* era el mejor auxiliar que tenia la Metrópoli entre nosotros.

Especie es esta desacreditada por la historia de todas las naciones, aunque mas no sea que por los esfuerzos inauditos conque ha combatido el desarrollo progresivo de todas las ideas que tendían á separar una época de otra, un siglo de los anteriores. El triunfo ha coronado, tal cual vez, esos esfuerzos; pero el abismo se ha abierto inmediatamente despues del triunfo. Pretendiendo evitar peligros imaginarios, esos centros conservadores han dado márgen á que se consumen horrores cruentos. Deteniendo obstinadamente el empuje de las jeneraciones nuevas,—que naturalmente hacen suya la obra del porvenir,—han desnaturalizado las leyes que deben presidir el desenvolvimiento de todos los progresos; han impedido que estos se fueran produciendo al través de evoluciones armónicas, é íntimamente ligadas con las fuerzas motrices de la sociedad, y han provocado iras y tempestades allí donde solo debieron oírse himnos á la civilizacion que pertenece á todos. El sentimiento social ha estallado; el *derecho* del progreso se ha colocado frente al que invocaba la tradicion, y ha decidido el mas fuerte sobre el escándalo de la autori-



dad atropellada, sobre la sangre, sobre la ruina de la Nacion. Francia ha ardido tres veces á consecuencia de esa lucha absurda y desigual, entre el derecho de la tradicion qué es el derecho de la humanidad que ha muerto, y el derecho del progreso que es el de la humanidad que marcha. . . .

Nosotros ardimos tambien en 1820. Y ¿habríamos ardido si Moreno hubiera encaminado la Revolucion en los diez años anteriores? La crisis que debia producirse en tal ó cual momento dado ¿habria abortado la série de desgracias que tuvimos que lamentar, si la reforma iniciada por Moreno no hubiera sido combatida por el partido poderoso que encabezó el Presidente Saavedra á fines de 1810. ¿Se habria producido la dislocacion Nacional en 1827, si Rivadavia, el continuador de Moreno, hubiera encontrado accesible y decorrido ya el camino, que él tuvo que recomenzar cuándo subió el Gobierno?

El hecho real y desconsolador fue que los Diputados de las Provincias no entraron en el órden de ideas proclamadas por Moreno y sus amigos. Casi todos ellos se alistaron en el partido del Presidente Saavedra; y este influyó para que fueran incorporados á la Junta *como otros tantos miembros* del Poder Ejecutivo. Moreno, sin base para luchar en el seno de ese poder de muchas cabezas, que se consolidó « sembrando vientos para recoger tempestades, » segun la espresion del Dean Funes, se vió obligado á abandonar á sus adversarios la suerte de la Revolucion, aceptando con ejemplar abnegacion un destierro diplomático, en cuyo viaje murió.



IV—Dueños del poder Saavedra y sus amigos, pensaron en dictar un Reglamento que, fijando en lo posible las atribuciones de la Junta, estableciera las relaciones de Gobierno en que debían quedar las Provincias, para conseguir entre todas el triunfo militar de la Revolución.

Todos los Diputados que habían contribuido á la caída de Moreno, reclamaron en favor de las Provincias el derecho que tenían de crearse, desde luego, gobiernos propios, por eleccion de sus respectivos vecindarios; y como ellos estaban en gran mayoría en la Junta, esa fué la idea que prevaleció en el *Decreto Orgánico* de 10 de Febrero de 1811.

Lo curioso fue que el *Decreto Orgánico* á la vez que instituía un régimen sui generis de gobierno federal, rindiendo homenaje á los sentimientos localistas, manifestados sin embozo, luego que se quebró la influencia de los demócratas, en quienes se quiso ver un obstáculo para la mayor ó menor descentralización del gobierno,—dejaba en manos del poder central todos los medios para tornar completamente ilusorias las atribuciones de las autoridades Provinciales.

En efecto el *Decreto Orgánico*, daba á cada capital de Provincia el derecho de nombrar, en cabildo abierto, su Junta de Gobierno. Pero esta Junta se componía de dos ciudadanos, y debía ser presidida por el Inspector de armas, que era nombrado por la Junta Central. Las atribuciones de estas Juntas eran limitadísimas. Tenían á su cargo la administración interna de las respectivas Provincias; pero el *Decreto Orgánico* establecía lo que debía entenderse por administración interna-



en una série de restricciones, que se convertían naturalmente en otras tantas facultades de la Junta Central.

Con escepcion de estas atribuciones, tal como las establecia el *Decreto Orgánico*, todo lo demás entraba en las facultades de la Junta Central. Decimos mal; el *Decreto* aliviaba este recargo, en algun tanto, disponiendo que quedaban con fuerza y vigor todas las leyes y disposiciones que habian rejido durante la colonia en lo tocante á administracion de justicia, etc. etc.

Nacido del choque de aspiraciones léjítimas, si se quiere, pero peligrosísimas para la Revolucion, cuya suerte no se tuvo en cuenta; afianzado transitoriamente por el gobierno fuerte que se puso en manos del Presidente Saavedra despues de la asonada del 5 y 6 de Abril, que exijió la destitucion de algunos demócratas que quedaban en la Junta, así como la de Belgrano del mando en jefe del ejército expedicionario al Paraguay,—el *Decreto Orgánico* de 1811 fué el primero en la série de descalabros que le siguieron; y solo sirvió para justificar á los hombres contra quienes se creyó dictar, porque puso de manifiesto los escollos y las desgracias que esperaban á la Revolucion, si no se echaban desde luego los cimientos de la reforma, abatiendo las influencias reaccionarias del coloniaje, que estaban representadas en todas las clases de la sociedad, para facilitar de ese modo las ventajas que alcanzaran nuestras armas.

El *Decreto orgánico*, por otra parte, merece ser recordado, porque es el primer antecedente constitucional que tenemos en materia de régimen federo nacional: bien ó mal establecido, él consagró la autonomía de los



que despues han sido los Estados de la Nacion Argentina.

Hay además otro hecho que le da cierta importancia en nuestra historia constitucional:—el *Decreto* de 1811 fracasó inmediatamente, no porque se hubiese estraviado de los verdaderos rumbos de la Revolucion, sino porque él, (como cualquiera otra manifestacion orgánica) era impotente para luchar en esos momentos contra la influencia que naturalmente empezaban á ejercer los acontecimientos multiformes, inciertos y preñados de peligros, sobre el pensamiento fundamental de nuestra reconstruccion constitucional. La idea de la *Junta Gubernativa*, compuesta de todos los Diputados de las Provincias, así como la del régimen misto y sui generis de centralismo y de federacion que se impuso á los pueblos, por estrañas que sean en sí, eran manifestaciones *embriológicas* que, al desaparecer en pos de otra mas efímera acaso, iban dejando los rastros de un pensamiento *organizador*, cuyas últimas espresiones debian librarse al tiempo y á los acontecimientos.

V—Así sucedió en efecto. El descrédito consiguiente á todo levantamiento injustificado como el del 5 y 6 de Abril; la oposicion brillantemente sostenida por los amigos de Moreno que habian escapado á las persecuciones, y por otra parte, la derrota de nuestro ejército en Huaquí y la pérdida de las provincias del alto Perú, dieron bien pronto en tierra con la autoridad de Saavedra, á quien se le habia dado un poder semejante á los Vireyes, y con el artificioso mecanismo que habian levantado sus amigos.

Caido Saavedra, se volvió á la idea primitiva de for-



mar un poder Ejecutivo, que imprimiera á la autoridad la unidad y el vigor indispensables para que la revolucion no fracasara en medio de todos los peligros que la rodeaban.

Esta evolucion política se operó inmediatamente, bajo la dolorosa impresion de los desastres de nuestro ejército, y sin provocar los desmanes de Abril del mismo año; porque atrajo así á los hombres de la Junta, salvando desde luego las dificultades de la nueva situacion. El Poder Ejecutivo se confió á un Triunvirato compuesto de Chiclana, Passo y Sarratea, cuyo secretario era Rivadavia. Los diputados que habian ejercido el poder en la Junta *Gubernativa*, quedaron ejerciendo las funciones legislativas constituidos en *Junta Conservadora*, y encargados de redactar un Estatuto que debia servir de regla á los poderes, hasta que el Congreso proyectado sancionase la Constitucion del país.

VI—El Triunvirato se instaló el 23 de Setiembre de 1811; y un mes despues le fué elevado por la Junta *Conservadora* el Estatuto de 22 de Octubre, que ideaba, sobre lo ya existente, un mecanismo político cuyos detalles prominentes estaban destinados á reproducirse mas tarde en nuestras constituciones.

Este *Estatuto* fué redactado por el Dean Funes, talento nutrido con el estudio de los clásicos, é inclinado visiblemente hácia el ideal político de los socialistas del siglo pasado, algunos de cuyos libros tradujo bajo el nombre de tal ó cual amigo, encubridor de esta falta, que no le habrian perdonado los hombres de Iglesia y los conservadores de entonces, para quienes el Dean era un oráculo.



« Para que una autoridad sea legítima, decía el preámbulo del Estatuto,—entre las ciudades de nuestra confederacion, *debe nacer del seno de las mismas.* »

Como se vé, el Dean á fuer de teorista, sentaba el principio en toda su exactitud; y esto era hacer mucho en ese tiempo en que se trabajaba con ardor y con algun éxito la reaccion en favor de la Metrópoli; en que solo Moreno habia adelantado á grandes rasgos el programa de nuestra organizacion, y en que recién comenzaba Monteagudo, desde la prensa, su propaganda revolucionaria y democrática.

Pero como el Dean carecia del poder de Eolo, era empujado por las corrientes del viento que marcaban los acontecimientos, superiores á la voluntad; y no tenia mas remedio que resignarse á conferir al Ejecutivo, entre otras atribuciones, la de « nombrar los Gobernadores Intendentes de Provincia. »

La fórmula de la independencia de los poderes, estaba *espuesta* en el Estatuto con la misma rigidez aritmética con que la idearon los teoristas franceses, haciendo gala de una presuntuosidad que hizo decir á Mounier en el seno de la Constituyente: « para que los poderes esten realmente divididos, es necesario que no estén completamente separados. »

Aunque el Dean Funes apreciára en lo que vale esta última formula, que ya habia sido traducida con eficacia en la práctica constitucional de los Estados Unidos—es fuera de duda que tuvo que sacrificarla tambien á la necesidad suprema de crear un poder que, garantizando la vida *normal* de nuestro país y los medios de trabajar su elaboracion política, fuera



asegurando desde luego el triunfo militar de la Revolución.

Así, las atribuciones del Poder Ejecutivo, además de la de nombrar los gobernadores de Provincia, se extendían á todo lo administrativo, ó como lo decía el Estatuto «á lo civil, lo militar y lo económico... pudiendo hacer reformas compatibles con el sistema actual.» Este Poder Ejecutivo se renovaba cada seis meses, y la Presidencia se turnaba cada cuatro meses entre sus miembros.

El Poder Legislativo, tenía anexas todas las funciones, de tal,—concluía y aprobaba tratados, hacía declaraciones de guerra, entendía en cuestiones de límites etc., y nombraba los miembros del Poder Ejecutivo.

En cuánto al Poder Judicial, el Estatuto le confirió las mismas atribuciones que tenía desde el año anterior; lo declaró *poder independiente*, consagró la inamovilidad de los Jueces, y, á diferencia del decreto de Febrero, que dejaba en vigor la legislación del tiempo de la colonia, el Estatuto estableció que los ciudadanos serían juzgados «con arreglo á las leyes generales, las municipales y los bandos.»

Bajo estas formas rígidas y aparentemente severas, se ensayaban por segunda vez los teóricos de nuestra Revolución; seducidos por la idea de poder formar una escuela que á la larga consagrara esos principios, aunque tuvieran que sacrificarlos en gran parte á necesidades y exigencias del momento.

Partiendo de un error de fondo, cual era el de imaginarse una base sólida y estable, sobre la que se hacía reposar nuestra organización constitucional, los teóricos

El Triunvirato, fundándose en que la Junta Conservadora queria perpetuarse en el poder, haciendo servir á sus fines la eleccion semestral con que debia integrarse el Poder Ejecutivo; y en que no se habian consultado las verdaderas necesidades de la situacion, pasó el Estatuto. . . . á dictámen del Cabildo! (1)

El Triunvirato, de acuerdo con el Cabildo, rechazó el Estatuto; y como la Junta protestara de este desconocimiento de las facultades con que habia sido investida, fué disuelta sin mas trámite.

Pero como de todos modos se creia necesaria una Junta, el Triunvirato creyó salir del paso, formando una Asamblea *sui generis*, compuesta del Cabildo de Buenos Aires, de representantes de los Cabildos de las demas

(1) Para no abundar en citas, debemos manifestar que los hechos históricos á que se refiere este capitulo, los hemos tomado de la *Historia de Belgrano*, t. 1º y de la *Historia del año 20* en el tomo 8º de la Revista de Buenos Aires; verificándolos ademas con diarios y papeles de la época.





Provincias, y de cierto número de ciudadanos nombrados por el vecindario de la Capital.

En seguida el Triunvirato espidió autoritativamente el Estatuto Provisional de 22 de Noviembre que, reproduciendo algunas de las disposiciones del Estatuto anterior, variaba la forma de eleccion de los miembros del Ejecutivo, añadía una série de garantías sobre seguridad individual, y establecía la responsabilidad de todos los mandatarios para ante el Congreso que el Triunvirato debía convocar brevemente.

VIII—Todo esto debía seguir la pendiente resbaladiza en que se había colocado el Triunvirato, creyendo vencer las grandes dificultades políticas que levantara España y sus afectos, á medida que recobraban el terreno que ya habíamos conquistado.

Las declaraciones amenazadoras de Elio en nombre de la Junta de Montevideo instalada desde 1809; los aprestos de Goyeneche, al habla con Abascal, virey de Lima; la contrarrevolucion que continuaba en Buenos Aires, mostraban claramente que la Revolucion seria vencida si no subsistía un gobierno enérjico y fuerte por los medios de poder que se le concedieran.

Esto era tanto mas evidente cuanto que hasta principios de 1812 la revolucion había sufrido sérios descabros. Las victorias de Suipacha y las Piedras, no estaban compensadas con las derrotas de Cotagaita, Huaqui y Nazareno, que mostraban fuerte al Español, y desmoralizaban en su jérmen el espíritu de resistencia en el mismo territorio invadido.

Todos los recursos de la capital, y los que Balcarce se proporcionó en las Provincias, estaban ya casi ago-



tados. Era necesario crearlos, oponer antemurales en el Norte, tomar á Montevideo, desalojar á los Españoles de los rios, sofocar, vencer, exterminar las resistencias internas, que tenian asiento en cualquier parte, en todas partes, á favor de la prédica insensata de los frailes propagandistas, y entre las sombras en que se guarecen los traidores, avergonzados de su propia obra.

Y el Triunvirato dejó ver apesar de sus patrióticos esfuerzos, toda la verdad de una situacion comprometida; y con esto la necesidad de confiar á otras manos el Gobierno, so pena de aparecer como desafiando las mas grandes responsabilidades, aun las que no pedían gravitar sobre él; lo cual sublevaría contra la capital la mala voluntad de los pueblos que habian unido á ella sus esfuerzos, y rompería la unidad del pensamiento y de accion, que era lo que debia decidir del éxito en esos momentos supremos en que todo parecia conjurarse contra la causa de América.

El Triunvirato creyendo mantenerse en una posicion que las circunstancias hacian cada dia mas insostenible, dirigió en Junio de 1812, una circular á los Cabildos de las Provincias, en las que les comunicaba que uno de sus primeros cuidados habia sido el de acelerar la reunion del congreso general que debia dictar la constitucion del pais; y en la que los exortaba á que enviasen sus diputados á la brevedad posible.

Estos Diputados elejidos por los cabildos, se reunieron en efecto en la capital, pero fué para asistir á los últimos dias del Triunvirato.

A los primeros pasos que dió esta Asamblea, el pueblo se apercibió de que ella era un instrumento dócil en las



manos del Triunvirato cuyos afectos aspiraban á la direccion de la política y de la guerra, apesar de la impopularidad en que habian caído, á consecuencia de los sérios contrastes sufridos en todo ese año.

IX—El descontento popular llegó á su colmo cuando la Asamblea eligió dócilmente á un amigo reconocido del Gobierno para reemplazar á Sarratea en el Triunvirato; y, lo que era mas chocante, cuando borró de la lista de sus miembros á los Diputados de Salta y Jujuí, así como al de Mendoza que lo era Monteagudo.

Esto era mucho mas de lo que se esperaba para cambiar esa situacion, que no podía mantenerse desde que los sucesos á que nos hemos referido, desprestijaron á los hombres bien intencionados que contribuyeron á formarla.

Las últimas medidas de los hombres del Triunvirato confirmaban de un modo esplicito una de las acusaciones de que venian siendo objeto, es á saber: la de querer perpetuar el poder en unos cuantos de sus amigos, que no eran los llamados á dirigir esclusivamente los negocios, en momentos tan inciertos y tan difíciles como los que atravesaba el país, cuando comenzaba recién la guerra de la Independencia, y no se conocían todavía los medios que había para hacerla con ventaja, ni aun las Provincias con que se contaba para sostenerla con dignidad.

Y ello era tanto mas irritante á los ojos del pueblo, cuánto que este se veía defraudado en las esperanzas legítimas que tenia en una buena falange de hombres distinguidos, que parecia que se hubiesen dado cita en Buenos Aires, en esos mismos momentos, para car-



gar sobre sus hombros las grandes responsabilidades de la Revolucion y de la guerra.

Y á fé que el pueblo no se engañaba á este respecto. Entre estos hombres, que debian desde luego conquistar las primeras posiciones, figuraban San Martin y Alvear que acababan de llegar de España con grados y con honores militares; Monteagudo, conocido tambien por su propaganda revolucionaria, que le habia valido el ser desterrado á Buenos Aires dos años antes, asi como por sus valientes escritos en la *Gaceta* de 1810; el doctor don Pedro José Agrelo, don Vicente Lopez, don Valentin Gomez, fray Cayetano Rodriguez, á los que se seguian los Balbastro, los Perdriel, Lusu-riaga y otros militares y pensadores, que entraban recien á la escena política, precedidos de las simpatías de una juventud poseida de la necesidad de vencer cuanto antes á la España en todos los terrenos—en la guerra como en la reforma de las instituciones.

En presencia de estos elementos—ejército y pueblo que confraternizaban en esos dias de sacrificios y de prueba—era fácil preveer cual iba á ser el fin del Triunvirato y de la Asamblea que este habia formado á su capricho.



CAPÍTULO III

EL DIRECTORIO



I—Pronunciamiento del 8 de Octubre de 1812—II Propósitos orgánicos—Consecuencias—III Asamblea de 1813—IV El general Alvear—V Caída de Alvear y disolución de la Asamblea—VI Rebelión del 15 de Abril de 1815—VII Estatuto provisional de 1815.

I—El triunvirato sucumbió bajo el peso de sus propios yerros, y en fuerza de las necesidades mas vitales de la época, que él no quiso ó no pudo dominar.

El 8 de Octubre de 1812 el pueblo hizo acto de resistencia á los avances del triunvirato. Congregado en la plaza de la Victoria, teniendo por tribuno á Montea-gudo, y por sostenedores á San Martin y á Alvear, que comandaban las fuerzas de la capital, el pueblo firmó una representacion al Cabildo en la que exijia que « se
• suspendiese en el acto la Asamblea y cesára el gobier-
• no en sus funciones, reasumiendo el Cabildo la autori-
• ridad que le delegó el pueblo congregado el 22 de Ma-
• yo de 1810; y que, creándose, desde luego un Poder
• Ejecutivo compuesto de las personas mas dignas del
• sufragio público, se procediera ulteriormente y sin de-
• mora á la convocacion de una Asamblea General



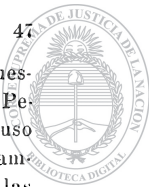
« Extraordinaria, que decidiese de un modo digno los grandes negocios de la comunidad. » (1)

El Cabildo, que era el único poder que quedaba de pie en medio de las agitaciones políticas que se habían sucedido desde 1810, y que debía conservar este singular privilegio, durante la larga serie de las que se sucedieron después,—era naturalmente el llamado á *legalizar*, de un modo ú otro, esas escenas que exornaba nuestra naciente democracia en la plaza de la Victoria, con un aparato verdaderamente Griego, aislando á la Fortaleza,—que era la residencia de los poderes que quería derrumbar,—de ese mismo Cabildo que no en vano ostentaba su título de *Gobernador*, como que era el que volvía las cosas á su juicio, identificado con el pueblo, de quién recibía la investidura de una autoridad que nadie se atrevía por entonces á poner en duda.

El pronunciamiento de la opinion era en esta ocasion tan espontáneo y tan uniforme, que el Cabildo tuvo que considerarlo como se consideró y resolvió la peticion popular del 25 de Mayo de 1810; que invocaban, no sin razon, los adversarios del Triunvirato.

En consecuencia de esto, el mismo 8 de Octubre se

(1) Este célebre manifiesto que se publicó ese mismo día en hoja suelta, por la imprenta de Niños Expósitos, y que poseemos en nuestra coleccion, termina así: « Estamos resueltos invariablemente á ofrecer el último sacrificio á la libertad de la patria, ántes que consentir se entronice la tiranía en nuestra presencia. El pueblo espera la contestacion de Vuestra Señoría en el perentorio término de veinte minutos, y le hace responsable de la menor demora. Protesta por último obrar con dignidad, pero tambien jura delante del Eterno no abandonar el lugar que ocupa hasta ver cumplidos sus votos. » Monteagudo lo firmaba el primero, y le seguían los ciudadanos mas distinguidos de Buenos Aires.



organizó provisoriamente un Poder Ejecutivo compuesto de don Juan José Passo, don Nicolás Rodríguez Peña y don Antonio Álvarez Jonte, al que se le impuso la obligacion de convocar inmediatamente una Asamblea General constituyente de los diputados de todas las provincias; los cuales debian ser elejidos no por los Cabildos, como los que formaron la Asamblea anterior, sino por el voto popular indirecto, en esta forma: que cada ciudad nombraria ocho electores, los que, unidos al Cabildo respectivo, debian á su vez nombrar los Diputados que les correspondiese.

II—Como se vé, los cámbios de la política de esos dias obedecian, no solo al pensamiento de la independencia, sino tambien al de nuestra organizacion, cualesquiera que fuesen sus hombres ó las agrupaciones que dominasen la situacion.

Estos propósitos orgánicos revestian formas tanto mas orijinales cuánto que eran la obra de la necesidad inmediata, que no daba tiempo para pulsar detenidamente la série de situaciones transitorias que iba proyectando la Revolucion. Eran las palpitaciones naturales de un pueblo reducido á sus propios esfuerzos, que tenía que crearlo todo, porque habia vivido condeñado por su metrópoli á no recibir de ningun otro país los ejemplos saludables de la civilizacion.

Que semejantes propósitos, se tradujesen en prácticas fugaces, como otros tantos ensayos de un orden que no podia arraigarse todavia, no es una razon para negarles la parte de influencia que les cabe en el orden constitucional que sancionamos definitivamente en 1860.



Pasar por alto esos precedentes imborrables, y atribuir al Congreso de 1853 exclusivamente la obra de la organización Argentina, es rechazar la labor infatigable de cuarenta años,—que nunca trascurren en vano para el progreso de un país,—para darse el placer de ensalzar. . . . ¿qué? . . . ¿La obra nuestra? ¿la labor de los hijos mejor preparados que los padres? No, la labor de los Estados Unidos y de Suiza, que queremos asimilárnosla en todo y para todo, por grandes que sean los obstáculos que levantan algunas de nuestras prácticas tanto ó mas saludables que las ajenas; y como si el progreso de cada país no obedeciera á leyes peculiares de desenvolvimiento, que no pueden violarse sin comprometerlo, so pretexto de reducirse á las imitaciones serviles que concluyen por enervar el espíritu nacional.

La escuela *novísima* que así se afana por lucir vestiduras ajenas, tiene que descubrir lo que ella llamaría las *hilachas* argentinas; porque ¿dónde iremos que no encontremos *algo nuestro*, barnizado si se quiere, por los mismos que tanto desconfían de nuestra originalidad; como si nuestra Revolucion hubiese durado un dia, como si los hombres que sucesivamente la dirigieron no hubiesen revelado jénio bastante por el solo hecho de hacerle triunfar bajo su doble faz, y de dar á la América tantas Repúblicas cuántas décadas cuenta hoy esa Revolucion?

Que los Estados Unidos y la Suiza nos hayan dado ideas para nuestra Constitucion, es un hecho que nadie puede negar. La Francia y la Inglaterra y hasta España nos las han dado tambien; porque en ciencia polí-



tica ningun país se muere de hambre como el Rey Midas, por no cambiar lo que tiene por lo que le dan.

Y que en el decurso de nuestra Revolucion hemos armonizado nuestras prácticas y nuestros antecedentes con algunas ideas importadas de los países mas adelantados para elaborar nuestra Constitucion,—lo dicen bien claro los trabajos de 1826 y aun los de 1819, que están ahí para que los aprecie el que quiera, como lo hemos de hacer en el lugar oportuno del estudio que venimos haciendo.

Antes debemos ocuparnos de la Asamblea de 1813, cuyos trabajos van á mostrar que tenemos alguna razon para no deferir á las conclusiones de la escuela que nos hemos permitido llamar *novísima*.

III—El 31 de Enero de 1813 se instaló la *Asamblea General Constituyente*, cuya convocatoria habia surjido del pronunciamiento del 8 de Octubre.

Este Congreso se ha hecho notable en nuestra historia por el gran número de hombres distinguidos y beneméritos que lo formaban, como por el rol brillante que desempeñó en la propaganda revolucionaria; asumiendo francamente la representacion bajo la base de nuestra independencia, y legando á nuestro derecho público una série de precedentes hermosos, que no desdeñaria hoy mismo ningun país rejido por instituciones libres.

Asombra en verdad, que en esos dias en que tan caras costaban las glorias de Salta y el Cerrito, la formacion y las expediciones de los ejércitos que debian triunfar en el Norte, se echaran los cimientos graníticos de nuestra organizacion con una fé admirable en la in-

fluencia que debian ejercer sobre los destinos de la patria.

Es que los hombres de la Asamblea de 1813 traian á la obra comun ó el prestigio de sus talentos esclarecidos, ó de sus servicios á la Revolucion, ó de su experiencia probada en los tres años de sacrificios y de dudas que habian trascurrido; y contaban con la cooperacion decidida de una juventud viril, revolucionaria y progresista, ante la cual se abrieron de par en par las puertas de la grande escena que acababa de inaugurarse bajo los auspicios de todos los pueblos.

El general Alvear, una de las figuras mas brillantes de este gran partido constitucional, y alma del movimiento del 8 de Octubre, fué nombrado Presidente de la Asamblea, de la que formaba parte Monteagudo, don Vicente Lopez, don Manuel J. Garcia, don Pedro José Agrelo, don Valentin Gomez, don Luis José Chorroarin, don Hipólito Vieytes, Fray Cayetano Rodriguez, y otros hombres de esta talla.

La Asamblea declaró, desde luego, que residia en ella la representacion y el ejercicio de la soberanía; y dejó consignados, por la primera vez, á la faz del mundo, los derechos que correspondian á las Provincias Unidas, en su calidad de Nacion independiente.

En sus primeras sesiones le fué presentado á la Asamblea un proyecto de Constitucion para la Nacion; en tanto que ella decretaba el escudo de armas y la bandera con que debíamos distinguirnos, abolia la esclavatura, la inquisicion, el tributo que pagaban los indios, los títulos de nobleza, y ordenaba que se trabajara el himno pátrio.





Y entrando valientemente en el camino de la reforma, empezó, por una série de leyes, á establecer de hecho nuestra independendencia, quitando el nombre de don Fernando 7º de la fórmula del juramento, y su efígie de las monedas, y mandando acuñar otras con las propias armas de la Asamblea. Reorganizó la administracion de justicia; cortó las relaciones eclesiásticas con el Obispo de Roma, dando á nuestros obispos facultades plenas, de manera que la Iglesia fuese independiente y Argentina; fomentó la educacion, creando liceos y gran número de escuelas; abolió los mayorazgos, las vinculaciones, y otras trabas impuestas á la fortuna ó la propiedad particular, que solo servian para entronizar individuos sobre la ruina de las familias, ó para mantener las preocupaciones de una semi-barbarie que querian estirpar á todo trance los hombres de ese tiempo; y sancionó en varias ocasiones una série de declaraciones políticas que tendian á estimular el patriotismo de los pueblos, para llevar adelante la obra revolucionaria y civilizadora, con la ayuda de todos los que quisiesen hacer buen uso de la libertad que quedaba, desde luego, consagrada.

Y al mismo tiempo, organizaba las milicias bajo la base de la eleccion popular de los gefes y oficiales; creaba nuevos batallones de línea para la remonta de nuestros ejércitos, y vigorizaba el Poder Ejecutivo, confiándolo á un solo ciudadano con el título de Director Supremo, que lo fué el señor Gervasio de Posadas, merced á las influencias de Alvear.

IV—El general Alvear que al hecho de haber sido el promotor y principal fautor del pronunciamiento del 8



de Octubre, reunia ciertas [cualidades] brillantes que lo habilitaban para dirigir de cerca los negocios, en esos dias en que todo el éxito de la Revolucion dependia de la suma mayor de glorias que nos dieran los militares llamados á comandar nuestros ejércitos,—llegó á ser el árbitro de esa situacion, sin que nadie pensára en oponerle resistencia.

Pero..... fué una gran desgracia!... Alvear tenia veinticinco años cuando,—despues de haber asegurado su influencia en el gobierno,—marchó á ponerse al frente del ejército que debía desalojar á los Españoles de Montevideo.

Cuando volvió á Buenos Aires despues de rendir á discrecion seis mil veteranos Españoles, y tomó el mando de las manos de Posadas, Alvear era el ídolo de sus amigos, y él mismo se creía el predestinado á ir y vencer en cualquiera parte á los enemigos de la América.

Sus brios no podian moderarse cuándo su imaginacion ardiente, vagando entre las ilusiones de un renombre histórico y afamado, lo empujaba fatalmente allí donde pudiera encontrar un laurel mas para sus sienes de adolescente..... Ni el mismo San Martin habria podido organizar en Mendoza nuestro ejército de los Andes, porque Alvear queria ir allá, como habria ido mas léjos.... á encararse con ¡Bolívar y trepar victorioso las montañas, hasta encontrar al Cónдор que lo saludára en las alturas;.... puerta de los cielos donde tambien él queria ir á golpear con el puño de su espada!.....

La Asamblea de 1813 acabó por reconocer, á su pesar, que sobre la obra comenzada bajo tan felices



auspicios; sobre la esperanza de verla cimentada en todas las provincias que la habian acogido con entusiasmo, pesaba como un obstáculo la figura atrevida y peligrosa del general Alvear.

El pueblo, que formaba el núcleo de los batallones con que el general Alvear habia remontado el ejército en la provincia, subordinándolo á la disciplina mas rigurosa y estableciendo en el hecho una verdadera dictadura militar, volvió sobre sí, tambien; y dejó ver claramente que estaba léjos de hacer suyos los ideales políticos, fundados sobre las seducciones de la gloria militar que lo habia deslumbrado por un momento.

V.—Y Alvear, que confiaba demasiado en las inspiraciones de su jénio, para vencer los obstáculos y hasta para desafiar las conveniencias; que hacia cuestion de vanagloria la de triunfar con su política y con sus ideales, sin apercibirse de que la opinion marchaba por otros rumbos, y de la severidad enérgica que el pueblo habia desplegado para recuperar los bienes que, por causas mas ó menos justificadas, querian retener los poderes que él mismo se habia dado desde 1810,—cayó estrepitosamente desde una altura á que no habia llegado todavia ningun general de la Revolucion.

Cayó desprestijiado, y escarnecido con acusaciones tremendas, pero soñando con la fama de su nombre, viéndola llegar hasta sí, envuelta en los colores de la patria, consagrándole laureles perfumados de inmortalidad. Tirano, Catilina. le llamaban, deprimiendo sus méritos y sus servicios para deshacerse pronto de él, en la hora en que se cumplía esa justicia anónima y terrible del pueblo, que siempre busca sus reos entre



aquellos á quienes él mismo levantó, exaltó y dió los medios de ¡labrarse mas tarde su sentencia condenatoria.

VI—Tal fué la obra de los elementos populares que, unidos con algunos batallones, se rebelaron el dia 15 de Abril de 1815 contra los poderes legales que ejercian el Directorio y la Asamblea; dándose la mano con Artigas que marchaba de Santa Fé sobre Buenos Aires.

El General Rondeau fué elegido Director Supremo; pero como este gefe se hallaba al frente del Ejército del Perú (que debia sufrir el contraste de Sipe-Sipe el 29 de Noviembre) entró á ejercer provisoriamente el mando el coronel Alvarez Thomas (1), jefe de la vanguardia que el Directorio habia enviado contra Artigas, y que se sublevó en Fontezuelas, dos dias antes de estallar la revuelta en la capital.

El pundonoroso y abnegado general Rondeau, que ninguna participacion habia tenido en estos ruidosos sucesos, revolió conservarse á la distancia, salvando su nombre de la responsabilidad en que incurrian los que así lanzaban el pais en la pendiente escabrosa de las nuevas aventuras políticas.

Porque el hecho de la rebelión no podia ser mas vituperable. Si el poco tino político, mas que las inclinaciones ó las vistas del general Alvear, daba márgen al descontento general, el hecho real era que la Asamblea de 1813,—tan legal como el mismo Directorio,—habia reasumido la representacion Nacional, con el

(1) El Coronel Alvarez Thomas ejerció el mando desde el 21 de abril de 1815 hasta el 16 de abril de 1816.



aplausos unánimes de los pueblos; había ligado, por la primera vez, á las Provincias en torno de su autoridad soberana; había fundado la Nacionalidad, por una serie de leyes inmortales; y comenzaba ya á prestigiar esa *autoridad de la Nación* con toda la suma de influencias que eran capaces de desplegar todos los hombres principales del país, comprometidos y vinculados con la Revolución y con la guerra, bajo esos auspicios tan brillantes.

La Asamblea de 1813, era, pues, la expresión mas viva y mas grandiosa de la revolución de Mayo; la única á quien le era dado mantener con dignidad nuestra situación política hasta que, desalojados los Españoles, nos consagráramos de lleno á las graves cuestiones que se enlazaban con nuestra vida orgánica y constitucional.

Revelarse contra la Asamblea de 1813, era, pues, un delito de lesa patria. que no podía atenuarse ni con la circunstancia de sustituir, con bienes semejantes, los bienes de que se privaba temerariamente á la Nación.

Y esto no era un misterio para nadie. Los hombres que prepararon y llevaron á cabo la rebelión de 1813, no contaban con probabilidades serias para mantener, ni menos para crear una situación dada; ni tenían rumbo fijo en la política ó en la guerra, pues habían sido colaboradores oscuros de la una y de la otra; ni tenían afinidades de ninguna especie con las demás Provincias.

El candor de creerse, los unos, los llamados al Gobierno, y la ambición de los otros, de salir de la oscuridad relativa en que vivían,—los arrastró á todos á



comprometer inútilmente una situación cuyos peligros debían aumentar en razón de la mayor ó menor importancia de los hombres que la dirigieran

Divorciados de todos los hombres de gobierno y de influencia que habían caído con Alvear, los rebeldes de 1815 se vieron obligados á humillarse á Artigas, á quien declararon benemérito cuando se preparaba á tomar á Buenos Aires á sangre y fuego; y cuyos instintos carniceros quisieron estimular enviándole algunos jefes Directoriales que Artigas rechazó con nobleza. (1)

Siguiendo en el camino de estas venganzas, el gobierno que surgió de la rebelión de Abril se desató en persecuciones de todo género contra los efectos al Directorio anterior, creando al efecto *tribunales especiales*. La pasión enconada llegó entonces hasta inventar delitos como el de *facción*, que consistía en la disidencia de opiniones! . . . por este delito fueron desterrados patriotas de la talla de Monteagudo, Vieytes, don Valentin Gomez, don Agustin Donado, Posadas, Rodriguez Peña, Alvarez Jonte, y en fin todos los que todavía habrían podido encaminar á la revolución en esos días, que parecían marcar la primera hora en el reloj fatal del año 20.

VII—Con todo, el movimiento de 1815 imitó á su predecesor del año 11. Al nombrar al nuevo Gobierno le impuso el deber de convocar un Congreso General Constituyente.

Pero como este Congreso estaba citado desde 1810,

(1) El general Paz, el general Mitre y el doctor Lopez, han citado este hecho bárbaro en las obras á que ya hemos hecho referencia.



como se habia reunido varias ocasiones y no habia logrado sancionar definitivamente la Constitucion, el pueblo queria desde luego una para sí, aunque fuese provisoria, con tal que fuese adoptable, y sin tomar notas de las tres que él mismo habia contribuido á echar por tierra.

El Cabildo se puso esta vez en el caso del pueblo; y ordenó que se convocase una *Junta de observacion* cuyos miembros debian ser « elegidos directamente por el vecindario de Buenos Aires. » De esta Junta surgió el *Estatuto Provisional* de 5 de Mayo de 1815. (1).

Lo primero que saltaba á la vista en este Estatuto,— como resultado lógico de una política turbulenta y estafalaria, que tenia que seguir las ondulaciones caprichosas de la multitud posesionada de la escena,—era que, apesar del oríjen puramente Provincial de la Junta, él creaba poderes Nacionales con atribuciones anexas á estos.

Verdad es que el Estatuto era muy pródigo á este respecto. Las atribuciones del Poder Legislativo eran formidables, pues llegaban hasta « enmendar el Estatuto y sancionar otros nuevos. » Otro tanto sucedia con las atribuciones del Director, que desempeñaba el Poder

(1) El doctor Alberdi dice (Bases pág. 779) que esta *Junta de observacion* salió del seno de la *Asamblea de 1813*, lo cual es inexacto, como se vé por el tenor del decreto que transcribimos. El movimiento de Abril de 1815 derrocó al Directorio y á la asamblea de 1813; y fué en esta ocasion, precisamente, cuando el Cabildo de Buenos Aires se desligó por la primera vez de la tradicion, convocando al pueblo á la *eleccion directa de los Representantes que constituyeron esa Junta* de observacion. V. Mem. de Paz, T. 1º.—Mitre, historia de Belgrano, T. 2º Pág. 99 y Lopez, Revista del Río de la Plata—Tº 8 Pág. 611.

Ejecutivo sin límite y sin control. Pero como este cúmulo de atribuciones no derivaba del propio mecanismo que ideaba el Estatuto, ni obedecía á las reglas armónicas sobre que se funda la independencia relativa y el control de los poderes entre sí, resultaba que tanto el Director como la Junta se creían menoscabados en su autoridad cada vez que querían ejercerla.

Había algo mas grave todavía que estas deficiencias, que la Junta pretendió salvar nombrando una comisión de su seno para que redactara un plan de reformas del Estatuto.

Las principales atribuciones de los Poderes que creaba el Estatuto, quedaban reducidas á su letra, dados los claros que no se habían atrevido á llenar en él los que querían constituir *provisoriamente* la Nación bajo la base del Cabildo de Buenos Aires.—Por ejemplo, el Estatuto daba á cada Provincia el derecho de nombrar su gobernador; y dejaba, para meditar, cual sería la relación de estos Gobernadores con el Poder Central pues nada decía sobre esto ni sobre el régimen administrativo de las Provincias.

El Reglamento de 1811, su fiel trasunto, había sido un poco mas explícito. El Estatuto ni podía decir una palabra al respecto, ni podía dejar de decirlo. No podía decir, porque su origen era meramente Provincial. No podía dejar de decirlo porque *nacionalizaba* por su cuenta los Poderes que creaba.

Este Estatuto no obedecía, pues, á ningún régimen dado. Era una creación caprichosa, suspendida en el aire, donde no le era dado buscar los propios fundamentos de su razón de ser, ni aun la armonía de los he-





chos con la ideas; que es lo que dá fuerza á toda Constitucion, sea cual fuere el régimen ó la forma de gobierno que establezca.

Dictado en otra parte y bajo otros auspicios habria pasado por una Constitucion monárquica. En nuestro país, ni era una Constitucion unitaria, ni federal, ni mista de ambas formas.

Como era de esperarse, ese aparato de poderes nacionales desapareció al dia siguiente. Con escepcion de Salta y Tucuman, donde predominaba la influencia de Belgrano, todas las Provincias rechazaron el Estatuto; y la obra de la Constitucion quedó librada á la próxima reunion del Congreso que se habia convocado.

Con todo, es de creerse que cualquiera otra Constitucion Nacional habria corrido esta misma suerte. Y esto, no porque faltára voluntad para constituirse ni para llevar adelante nuestro organismo. El patriotismo, como la gloria, era un patrimonio que todos lo querian hacer suyo. Eran las evoluciones naturales de un orden librado á la accion del tiempo, y nada mas que del tiempo, las que imprimian ese aspecto incierto y vacilante á los acontecimientos, que hasta hacian en atropellarse para producirse y dar paso á otros acaso mas inciertos todavia.



CAPITULO IV

EL CONGRESO DE TUCUMAN



I.—Esfuerzos para la reunion del Congreso—II. Elementos de que se componia el de Tucuman—III. Circunstancias en que declaró la Independencia—IV. Discusion de la forma de Gobierno—Monarquistas y Republicanos—V. Nuevo Directorio—Pueyrredon—VI. Reglamento provisorio de 1817—VII. Derecho electoral—VIII. Los Cabildos—IX. Poder Ejecutivo—X. Provision de empleos—Administracion—Declaraciones.

I—Por lo que queda dicho en el capítulo anterior, se vé que la causa de la Revolucion se hallaba, á mediados de 1815, sériamente comprometida.

Los dias de prueba se presentaban cada vez mas sombríos á los ojos de los que libraban á la perseverancia del patriotismo, la obra de nuestra independencia y de nuestra libertad. Al rechazo del *Estatuto* de 1815 se siguió consiguientemente la disolucion de los Poderes Nacionales, cuando el Litoral Argentino era presa del bandolerismo federal de Artigas y sus tenientes; y á esto la desastrosa derrota de Sipe-Sipe, que obligó á las provincias del Norte á replegarse sobre sí mismas, para poder servir de antemural al Español que las amenazaba.

Sin embargo, era necesario mostrarnos fuertes y resueltos, frente á los ejércitos y escuadras Españolas que



recobraban sus perdidas posiciones; y retemplar el espíritu abatido de los pueblos, con un hecho que, afuera de audaz y de grandioso, los comprometiera á vencer ó á sucumbir en la lucha que venian sosteniendo.

Así lo creyeron, entre otros Belgrano, que tenia conexiones íntimas en las provincias del Norte, y San Martín que militarizaba las de Cuyo para formar su ejército de los Andes, que debia libertar á Chile y al Perú.

Poniendo en juego todas sus influencias, estos dos grandes hombres trabajaron para realizar cuánto ántes la reunion del Congreso General Constituyente, cuya convocatoria se habia impuesto al gobierno que surgió del movimiento de Abril de ese año; lo que consiguieron en efecto, venciendo resistencias y debilidades á fuerza de abnegacion y de patriotismo.

Buenos Aires, Tucuman, Córdoba, Catamarca, Santiago del Estero, Salta y Jujuy, las provincias del Alto Perú, San Luis, San Juan y Mendoza enviaron sus Diputados (1) al Congreso proyectado, el cual abrió sus sesiones el dia 24 de Marzo de 1816 en la ciudad de Tucuman. (2)

II—Pero desde luego se vió que el Congreso corria riesgo de pasar á nuestra historia como una de tantas

(1) Segun lo disponia el *Estatuto Provisional* de 1815, estos Diputados se eligieron indirectamente, por colejos electorales en cada provincia, y en razon de uno por cada quince mil habitantes de cada una de estas.

(2) Las sesiones se celebraron en el espacioso salon que cuadra el primer pátio de la casa que ocupa actualmente la oficina de Telégrafos de esa ciudad. El frente de esa casa ha sido renovado, pero el salon se conserva como en 1816, medio oculto tras el ramaje de un corpulento naranjo:—mudo testigo de lo que allí se habló y se hizo, . . .

tentativas gloriosas, si los hombres que habian contribuido á que se reuniera, no sofocaban con su influencia y con sus prestijios las ideas estraviadas que comenzaban á trabajarlo.

Apesar de que se creía haber desvanecido los vanos temores de los localistas de algunas provincias, alejando al Congreso de toda influencia de la capital,—en el seno de este bullian antagonismos desgraciados, que se traducian en un encono manifiesto hacia esa capital que hasta entónces habia salvado á la Revolucion, mostrando su pecho desangrado para que imprimieran en él la dura ley del sacrificio, siempre desconocido y muchas veces esplotado en contra de la civilizacion. En Salta, por ejemplo, se eligieron los Diputados al grito de ¡Mueran los Porteños!

No dejaba de contribuir á esto el hecho de que las provincias de Entre Rios, Corrientes, Santa Fé y Banda Oriental se habian negado á enviar sus Diputados, libradas como estaban á las influencias de Artigas quien queria tener tambien su Congreso, en nombre de su pomposo título de *protector de los pueblos libres*. El doctor don Pedro J. Agrelo y el coronel Dorrego, en odio á San Martin y á los que influian para la reunion del Congreso de Tucuman, enviaron á Artigas las bases para la convocatoria de un Congreso *federal*; que debia reunirse en Paisandú. (1) Uno de los primeros que se presentó á consumir este sacrilegio, fué un desgraciado bandolero, el indio Andresito.

(1) Lopez—*Historia del año 20*, en la Rev. del Rio de la Plata T. 5º Pág. 111.





A estos conatos que parecían mas bien delirios de cabezas enfermas, se seguía la liga que promovieron los Diputados por Córdoba para formar en el seno del Congreso una agrupación *Federal*; la cual sea dicho de paso, jamás mostró tener el mínimo conocimiento de la idea que pretendía adoptar como bandera. Dirijía esta agrupación el coronel Moldes, patriota hasta el sacrificio en aras de sus convicciones, pero bárbaro en sus odios, y *guaso* en sus procederés. En un banquete brindó por la destrucción de los Porteños; como después lo hizo Lavalleja; (1) y en plena sesión del Congreso quiso abofetear al doctor Passo, á un patricio de la Revolución.

Frente á estos, se encontraban en el Congreso los Diputados por Buenos Aires, quienes se inclinaban al régimen Unitario, porque creían que este era el único medio que había para asegurar nuestra independencia y nuestra nacionalidad; hasta que los acontecimientos que se fueron sucediendo en una marcha política regular, decidieron á la larga, de la bondad de otro régimen. Creían que la *federación* era una tentativa prematura,

(1) Con Motivo de los arreglos que se hacían entre Buenos Aires, Entre Ríos, Santa Fé y el Estado Oriental, en la expectativa de la guerra con el Brasil el año 1823, el gobernador Lopez de Santa Fé reunió en su mesa á la Diputación de Montevideo, y al señor Lucio Mansilla gobernador de Entre Ríos. • Tocóse á brindar, y lo hace el oriental don Juan Antonio • Lavalleja en estos términos: *Brindo por la total destrucción de Buenos Aires*. El señor Mansilla interrumpió á Lavalleja para agradecerle el • insulto que hacía á su patria en un lugar que respetaba, y rogándole • quisiese evitar otro que le pusiese en la necesidad, no de espresarse sino de proceder. • Véase *El Centinela* de Buenos Aires, año de 1823—T. 2º, Pág. 229.



que solo serviria para retardar indefinidamente esos mismos progresos institucionales, algo absurdo a fuer de imposible.

Había además en el seno del Congreso otro grupo, formado por los Diputados del Alto Perú, que prohiaba los cándidos proyectos de Belgrano sobre monarquía de la *casa de los Incas*; y que contaba, en todo caso, con el apoyo de otros Diputados Monarquistas. En cuánto á San Martín,—hoy está fuera de duda,—sus ideas se inclinaban en favor de la República. Así lo manifestó espresamente, llamandose con orgullo, ante alguno de sus amigos del Congreso « Ciudadano Republicano. » (1)

III—Las Provincias, entre tanto, lanzadas en la senda estraviada de los caudillos, ó sufriendo los rigores de una anarquía que cundia al favor de los malos elementos, ó estrechadas de cerca por un enemigo triunfante y poderoso, obligaron al Congreso á arbitrar aquellas medidas que las pusiera en aptitud de servirle de apoyo y de columna en el momento supremo en que sancionára legalmente, y á la faz del mundo, las ideas fundamentales que habia tenido en vista la Revolucion de Mayo.

Pero el tiempo que el Congreso empleó en esos objetos, no dió mas resultados que el de reagrar la situacion, á punto de hacer perder las esperanzas á los mas comprometidos en ella.

Entónces el Congreso bajo las inspiraciones de San Martín y de Belgrano, sobreponiéndose á todas las dificultades que la fatalidad parecia descargar sobre su

(1) V. Mitre, *Historia de Belgrano*, t. 2º, pág. 127.



cabeza, declaró en su sesion de 9 de Julio de 1816 por aclamacion de todos sus miembros « que era voluntad
« unánime de las Provincias de Sud América romper
« los vínculos violentos que las ligaban á los reyes de
« España, recuperar sus derechos, investirse del alto
« carácter de nacion libre é independiente, quedando
« de hecho y de derecho con ámplio y pleno poder pa-
« ra darse las formas que exijiere la justicia. »

Fué así como el Congreso de Tucuman interpretó uno de los grandes principios de nuestra Revolucion.

Decimos que el Congreso interpretó un principio fundamental de la Revolucion de Mayo, porque es fuera de duda que no hizo mas que prestar, en nombre de la Nacion, sancion legal á un hecho preexistente desde 1810, consagrado por la voluntad y el sentimiento de todas las Provincias, y reconocido por nuestra legislacion.

No debe alegarse en contra de esto las protestas de adhesion á Fernando VII que hicieron los miembros de la 1^a Junta; por que ellas eran simplemente otros tantos medios para prevenir una reaccion inmediata del elemento godo; y para llevar adelante la revolucion aun con ayuda de los que despues la combatirían.

Las declaraciones de Moreno, de Passo, de Castelli y de Belgrano, consignadas en la *Gaceta de Buenos Aires* y en los demás papeles revolucionarios, son terminantes á este respecto. La Revolucion era para ellos la Independencia y la regeneracion. Y las contrarrevoluciones sofocadas con severidad tremenda, así como los grandes aprestos que hacia España para lanzarlos sobre Buenos Aires y demás Provincias, muestran de un modo evidente que ni los revolucionarios ni



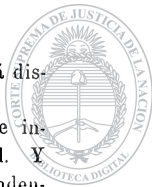
la misma Metrópoli creían que el movimiento de 1810 fuese como el de las demás provincias del reino, que instituyeron Juntas para salvarse del poder de Napoleón antes y después de la cautividad del Rey; sino que era una verdadera revolución, que entrañaba por lo ménos la independencia del país.

Por lo demás tanto el Gobierno de la Junta como el de los Triunviratos, se propusieron desvirtuar, por una serie de medidas enérgicas y patrióticas, las influencias que pudieran hacer valer los Españoles en nuestro país. Todos ellos *ejercieron sin interrupcion la soberanía Nacional* hasta la Asamblea de 1813; y ésta sancionó una serie de leyes inmortales, que muestran que el verdadero programa de la Revolución consistía en romper todos los vínculos políticos y sociales que nos unían con la metrópoli, formando una patria independiente y libre.

IV—La declaratoria de la independencia retempló el espíritu Nacional; y el Congreso, sin pérdida de tiempo, siguió sus tareas discutiendo la forma de gobierno que debía adoptar el país.

Esta cuestión era árdua y peligrosísima, porque la opinión de los pueblos se había manifestado unánime en favor del sistema Republicano, en tanto que el Congreso tenía vistas diferentes á este respecto,—que se daban como conocidas, y que por esto solo, levantaron nuevas resistencias contra ese cuerpo, que hubo de disolverse á poco de declarar nuestra independencia.

La influencia de Belgrano, que había sido oído en una reunión particular que celebraron algunos Diputa-



dos, se dejó sentir cuándo el Congreso comenzó á discutir la cuestion sobre forma de gobierno.

La opinion de la mayoría de los Congresales se inclinaba, en efecto, á la monarquía Constitucional. Y esto era, á todas luces, un falseamiento de las tendencias Republicanas de la Revolucion de Mayo, que nuestros Congresos anteriores habian traducido en hechos prácticos y universalmente aceptados, para contrarrestar los prestijios tradicionales del régimen colonial.

Era comprometer para siempre la suerte de la Revolucion, despues que el Congreso Argentino de 1813 la habia encaminado por las sendas mas progresistas y mas liberales de la época, declarando que todos los poderes emanaban del pueblo, y asumiendo en nombre del *pueblo Argentino la soberanía de la Nacion*, consagrando la igualdad civil y política, aboliendo los fueros, privilejios y títulos de nobleza, y despertando de todos modos los sentimientos Republicanos, como si hubiese querido desafiar á los poderosos de la Europa que trabajaban por ahogarlos en virtud del tratado de la Santa Alianza.

Era, sobre todo, traicionar las esperanzas y los votos íntimos de los pueblos; que preferian despedazarse antes que consentir en que los revistieran con una librea semejante á la de aquellos á quienes habian vencido. Era lógico—Suipacha, el Cerrito, Montevideo, San Lorenzo, Salta y Tucuman habian abierto un abismo entre la monarquía y el pueblo de las Provincias Unidas.

Estos sentimientos que envolvian resistencias invencibles, parecian no preocupar el ánimo de los Diputados Monarquistas, á juzgar por el tiempo que invirtie-



ron en los ruidosos debates sobre forma de gobierno. Los apólogos á la monarquía se sucedieren al través de un lirismo verdaderamente olímpico. Desde este punto, al que no llegaban las palpitaciones del corazón de la pátria, era natural que se rindieran tributos á la preocupacion y al fanatismo. Diputado hubo que, abjurando en pleno Congreso de sus creencias Republicanas, se pronunció por la monarquía porque, segun él, esta facilitaba la rápida ejecucion de las leyes. » (1) Otro abundó en el mismo sentido, alegando que la forma monárquica era la que Dios dió al pueblo de Israel, la misma que Jesús dió á su iglesia, y la mas favorable al progreso de la religion católica. » Para honra de la República, un fraile patriota y venerabilísimo—FRAY JUSTO DE SANTA MARÍA DE ORO, declaró que si el Congreso sancionaba el sistema monárquico sin consultar préviamente la voluntad de los pueblos, él pedia permiso para retirarse de ese cuerpo, pues no estaba autorizado para proceder en ese sentido. (2)

Es fácil imaginarse el grado á que llegaría la sobreexcitacion de la opinion en todas las Provincias, cuando se apercibieron del jiro que tomaba en el Congreso esa desgraciadísima cuestion. En Buenos Aires mismo se provocaron manifestaciones anti-monárquicas: la prensa, que estaba á la sazón dignamente representada, declaró traidores á la pátria, á los miembros del Congreso, y hasta se pensó en sustraer la Provincia á la obediencia de este cuerpo.

(1) Redactor del Congreso—Nº 10, Pág. 4.

(2) Redactor del Congreso Nº 10, Pág. 3.



Hubo un momento en que los caudillos fueron justificados hasta cierto punto. Ellos se habian sustraído á todo réjimen y á toda organizacion, explotando precisamente el temor de caer bajo una monarquía que, segun ellos, era el desideratum de los políticos de la Revolucion; y era el Congreso donde no habian querido enviar sus Diputados, el mismo que iba á sancionarla apesar de la oposicion que encontraba entre los pueblos!

Y el hecho se presentaba claro y desconsolador para las Provincias. Esa monarquía que se acariciaba antes de la reunion del Congreso, que debía discutirse en el extranjero, y trabajar la reputacion intachable de nuestros principales hombres, iba, por fin, á imponerse por la fuerza contando con la cooperacion de San Martin y de Belgrano, y con la presencia de los ejércitos de la patria, empeñados al mismo tiempo en la lucha contra la monarquía tradicional que habíamos jurado estirpar de nuestro suelo!

La verdad es que esos proyectos de monarquía nunca respondieron al ideal político de ninguno de los prohombres de nuestra Revolucion, si se esceptúa á Belgrano; sino á las exigencias cada vez mayores de nuestra *diplomacia guerrera*, que tendia á librarnos del poder militar de España, oponiendo entre esta y nosotros alguna de las potencias que habian entrado en la Santa Alianza.

Pero tambien es verdad que los pueblos no entendían entonces mas diplomacia, ni querian conocer otra exigencia que la República. Los medios para constituir-la los esperaban naturalmente de los hombres en quienes delegaron la funcion de representarlos, á condicion



de que respetarian la tradicion gloriosa de la Revolucion de Mayo, y los compromisos y sacrificios que se habian arrostrado y se arrostraban para hacerla triunfar definitivamente.

V— Todo esto dió márgen á que el Congreso suspendiera la consideracion de un asunto tan mal recibido por la Nacion.

Felizmente para esta, el Congreso habia nombrado Director Supremo de las Provincias Unidas al general Juan Martin de Pueyrredon, uno de los políticos mas hábiles y mas eminentes de nuestra Revolucion.

En este nombramiento como en el de las personas que debian robustecer la autoridad del nuevo Director, pesó la influencia organizadora de San Martin, que se preparaba á abrir su campaña de Chile, y que creía que el éxito de los acontecimientos que se produjeran desde que su ejército se moviera de Mendoza, dependia de la libertad de accion y de medios que le dejaran los hombres del gobierno.

Los vínculos sagrados del patriotismo ligaron felizmente á estos dos grandes hombres; y debido á ello pudimos asegurar nuestra independencia, destruyendo á los Españoles en Maipú Chacabuco y Lima.

Así fué que, cuando Pueyrredon llegó á Buenos Aires el 29 de Julio de 1816 á tomar el mando de manos de Escalada y de Irigoyen, á quienes el Cabildo lo habia confiado cuándo hizo cesar al Director interino Balcarce, traía perfectamente trazadas las sendas que debia abrirse con su política. Darse la mano con San Martin para arrojar á los Españoles; y seguir, en lo tocante á nuestra organizacion política, las huellas del



Directorio que surgió de la Asamblea de 1813, dada la necesidad de que el Poder Ejecutivo Nacional tuviera un asiento seguro en Buenos Aires, donde estaban concentrados todos los recursos y una gran parte de los elementos por seguir la guerra.

En este sentido Pueyrredon personificó naturalmente las aspiraciones nobles del agrupamiento político que habia rodeado á Alvear, y que habia caído poco ántes con Moreno. Eran los mismos prohombres que estuvieron divididos por circunstancias que nada influían sobre las ideas fundamentales que profesaban respecto de la independencia y de nuestra organizacion. Ello se comprueba con el hecho de haberse afiliado en la Lójjia de Lautaro, que dirijian San Martín y Pueyrredon, los hombres mas conspicuos del centro de Alvear, que fueron presos ó desterrados el año 15.

Fue así como esta Lójjia de Lautaro consiguió hacerse el árbitro de la situacion creada por el mismo Directorio, tomando resueltamente la direccion de los negocios, y haciendo concurrir todas las fuerzas sociales al triunfo de los grandes propósitos de la Revolucion. Nunca se ha visto, acaso, en nuestro país una falange mas numerosa y mas brillante, animada de ideas mas nobles que las que perseguian los miembros de la Lójjia de Lautaro. Todo cedió á este influjo del talento y del patriotismo ya probados. Por la primera vez teníamos un gobierno Nacional que imperaba de un extremo al otro del país, con ejércitos poderosos para lanzarlos sobre la barbarie del Litoral y para llevarlos por casi toda la América, en tanto que seguia trabajando nuestra organizacion política.



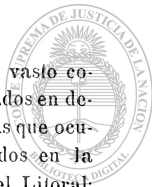
Pero entre el Ejecutivo Nacional y el Congreso, mediaban cuatrocientas leguas. No era difícil que quedaran interceptados por los ejércitos Españoles que pisaban el territorio de Jujuy.

Fuera este peligro, ó las necesidades de la administracion, ó las conveniencias de la política del Director, el hecho fué que Pueyrredon se empeñó en que el Congreso se trasladase á Buenos Aires, apesar de que San Martin opinaba que los poderes Nacionales debian fijar su residencia en Córdoba.

El Congreso se ocupó en sesiones secretas de su traslacion á la capital, y despues de acaloradísimos debates promovidos por los Diputados de Córdoba, resolvió afirmativamente la cuestion. El 12 de Mayo de 1817 reabrió sus sesiones en Buenos Aires, sin los Diputados de Córdoba, que se negaron á acompañarlo; y continuó ocupándose del Estatuto que debia servir de norma á los poderes Nacionales hasta que se dictara la Constitucion.

VI—Esta tarea quedó en breve terminada con el REGLAMENTO PROVISORIO de 3 de Diciembre de 1817, que el Congreso venia trabajando desde Tucuman bajo la base del *Estatuto* de 1815, y del plan de reformas que fueron propuestas á este Estatuto por la comision *ad hoc* de la Junta de Buenos Aires, á que nos hemos referido en el capítulo anterior.

Este REGLAMENTO, mas franco y, sobre todo, mas práctico que el que le precedió, fué unitario. Decimos que era mas práctico, porque al adoptar el régimen unitario, el Reglamento se ajustaba en un todo á las necesidades apremiantísimas de la guerra, que requería



uniformidad y vigor en la accion, en un país vasto como el nuestro, cuyos recursos estaban localizados en determinadas provincias, inutilizados en aquellas que ocupaban los ejércitos Españoles, ó comprometidos en la reaccion que operaban los caudillos en las del Litoral, y porque ese régimen venia impuesto por las condiciones mismas de los pueblos fieles al Congreso, y trabajado por todos los hombres que dirijían la política y la guerra desde la capital, que era el centro natural y el taller de la Revolucion.

Sin embargo, el sistema electoral que adoptaba el REGLAMENTO, tendia á salvar, en lo posible, una de las ideas capitales del gobierno libre:—el derecho de cada agrupacion, de cada localidad para concurrir con su autoridad propia á la representacion general del Estado.

VII—En efecto: segun el Reglamento, la poblacion era la base del sufragio; y este lo ejercian todos los Argentinos, y los extranjero son cuatro años de residencia, que supiesen leer y escribir, y que fuesen propietarios ó tuviesen arte ú oficio útil al país. Esto era, como se vé, adelantarse algunos años á las franquicias que recién hemos otorgado por la ley de Municipalidades de 1877.

Bajo esta base se organizaban las Municipalidades—fuente orijinaria de todos los poderes que creaba el Reglamento. Cada ciudad ó villa se dividia, al efecto, en cuatro secciones. En proporcion al censo, cada seccion sufragaba por una lista de electores, y estos electores se constituian en colegio para nombrar la nueva Municipalidad, renovable cada año.



La eleccion de Diputados al Congreso se practicaba bajo la misma division territorial, y era indirecta como la anterior.

Cada seccion sufragaba por tantos electores cuántos correspondiesen al total de su poblacion, en razon de uno por cada cinco mil habitantes. Los miembros de cada *Municipalidad* acompañados de los jueces de barrio, constituian las mesas receptoras de votos, y el jurado del escrutinio de esta primera eleccion. Verificado este, se constituia á su vez el colegio de electores en la ciudad capital, y nombraba los Diputados correspondientes á cada provincia, para formar el Congreso General.

El derecho electoral de las localidades, no se detenia aquí, porque participaba tambien en la eleccion de los gobernadores de provincia. Todos los Cabildos debian enviar al Director Supremo, listas de ocho individuos de dentro ó fuera de la provincia, para que este eligiera sobre ellos los gobernadores, tenientes gobernadores, y Subdelegados de Partido.

Como se vé la Municipalidad, el barrio, venia á ser propiamente la fuente de todos los poderes, sin esceptuar el que representaba el Director, á quién nombraba el Congreso en *tercero* y último *grado*.

Claro es que esta deducccion aparece violenta, si se parte del principio de que el derecho electoral que establecia el Reglamento *tenia dos ramas*. Pero es que el Reglamento no quiso hacer tal distincion,—pues en este caso, habria limitado el derecho de los ciudadanos que elejian Municipalidades, ó el de los que elejian Diputados. El Reglamento consagraba el derecho en fa-



vor de todos los ciudadanos y en todas las elecciones. El único oríjen de todos los poderes que creaba el Reglamento,—declarando que residían *orijnariamente* en el pueblo,—estaba en esas *secciones territoriales* que elijian Municipalidades, que elejían Diputados, y que por el órgano de su respectiva representacion, proponían sus gobernadores en las listas de donde debía elejirlos el Director Supremo.

VIII—Esto no era nuevo entónces. El régimen Municipal era una conquista del pueblo desde muchos años ántes de la revolucion. La misma revolucion de Mayo habia sido municipal en su esencia y hasta en su forma. Así como Burke y Lord Chatana decían en el Parlamento que los Norte-Americanos se habian independizado en nombre del propio derecho inglés,—así podría decirse que los revolucionarios de Mayo, echaron los cimientos de su independencia, defendiendo las libertades y prerogativas de los Cabildos.

Desde las invasiones inglesas hasta la época de Rivadavia en que se abolieron,—los Cabildos fueron el *palladium* de nuestras pobres libertades; el único poder que surgía siempre del pueblo, el único á quien este volvía los ojos, y trataba de conservar en los cambios continuos de nuestra política turbulenta. En el Cabildo de Buenos Aires, concluían todas las perturbaciones políticas, que se sucedían con la rapidez de las épocas transitorias que atravesábamos. El Cabildo quedaba siempre. Él abatía todas las influencias subversivas; y, en todo caso, reasumía el mando, como representante jenuino de todos los intereses de la comuna porteña, y defensor armado de todos sus derechos, en su calidad

de *Capitan General* de los *Civicos* que le pertenecian por completo.

Antes de la declaracion de nuestra independenciam, y veinte años antes que Tocqueville lanzase su *Democracia en América*, nuestros publicistas traducian algunas de nuestras prácticas, sentando en bellos trozos de filosofía política—«que el poder Municipal es independiente del Ejecutivo» «que sus miembros no pueden ser removidos por este» «que la ley de las comunas son sus propias necesidades» «que cada Comuna es el juez de las suyas, siempre que no perjudique á la comunidad social,» etc. etc. etc.

De manera que, el Reglamento de 1817, al desenvolver el derecho electoral tomando como tipo la Municipalidad, como base el barrio (la seccion),—no hacia mas que ratificar las prácticas saludables en que se habian venido educando los pueblos, segun se lo permitian las circunstancias de cada uno de ellos.

IX—La verdad es que muchos de los beneficios de semejante mecanismo, venian á ser ilusorios en presencia de la estension de atribuciones que el Reglamento conferia al Poder Ejecutivo. Pero esto era una imposicion de la época y de las circunstancias. Las ideas estaban ahí para mejores tiempos; y tan cierto es que no se engañaban, que nosotros las hemos adoptado cincuenta años despues en nuestra ley de Municipalidades.

El Director Supremo, nombrado por el Congreso, tenia todas las atribuciones propias de un Monarca que gobierna. El Reglamento las limitaba en una larga série de prohibiciones. Pero éstas, ó no impedian en lo





mínimo que el Director fuera el *fac-totum* de la administracion y del Gobierno,—ó estaban comprendidas en sus atribuciones mismas. Esto no era de extrañarse entónces. Nuestra Constitucion actual es, en este sentido, tan pródiga como el Reglamento de 1817. Todos esos hilos que venian á parar á manos del Director tocaban al pasar las de sus tres Ministros,—quienes, si bien no podian legalizar decretos contrarios al Reglamento, eran *amovibles* á voluntad de aquel;—lo cual los constituían en dóciles instrumentos, sin que en ningun caso pudiera hacerse efectiva su responsabilidad;—pues que la acusacion á que el Reglamento se refería, no alcanzaba al jefe del Ejecutivo, y los Ministros no podian ejecutar acto alguno *sin mandato y anuencia de éste*.

X—Pero esto no impedía que el Reglamento abundara en reglas excelentes de buena administracion. Así, los miembros de las Cámaras Superiores de Justicia, eran nombrados por el Director á propuesta de cuatro letrados, que debian presentar aquellas de entre los mas distinguidos.

Todos los demás empleos públicos, que debian ser desempeñados por letrados, se nombraban por el Director, á propuesta en terna de las Cámaras de Apelaciones. Las propuestas militares, para cualquier grado, debian hacerse *estrictamente* por el conducto y las escalas que prevenía la ordenanza del Ejército. Las propuestas para empleos en Hacienda, Policía y demás oficinas de la administracion, se hacían por sus jefes respectivos, *por escala* de antigüedad, en igualdad de aptitudes y buenos servicios de los empleados, y debian



publicarse en el Departamento donde ocurriese la vacante, desde ocho días ántes de elevarlas al Director, para que recurriesen de ellas los que se considerasen postergados.

Ya no figuran en nuestras constituciones estas y otras reglas de buena administracion, que traía el Reglamento. El silencio que ellas guardan, se suple con *leyes especiales*, que van quedando olvidadas á medida que caen años sobre el *Registro Oficial* que las contiene. Y en esto no imitamos á los Estados-Unidos y á la Suiza. Las Cartas de los Estados Federales traen secciones exclusivamente consagradas á reglamentar las funciones de los mandatarios responsables, así como el ejercicio de las libertades y derechos de los ciudadanos. Así no hay peligro de que una ley posterior amplíe las atribuciones de aquellos, ni limite ó restrinja las garantías constitucionales.

El Reglamento de 1817 seguía esta escuela previsor, que nunca dá motivos para que se toquen en lo mínimo los derechos individuales, porque sabe que, una reglamentacion posterior que se haga de ellos, importa otras tantas reglamentaciones cuántas leyes 'deroguen las miras diferentes de las Legislaturas que se suceden. Así el Reglamento reproducía íntegras las anteriores disposiciones patrias sobre Libertad de Imprenta, en un capítulo sobre *seguridad individual*, donde se reconocía á los ciudadanos, entre otros derechos, el de tener pólvora y armas en su casa, para defender su persona y las leyes, — derecho que tampoco figura en nuestra constitucion actual.

E imbuido en lo que hoy se llamaría *candores* del



individualismo, el Reglamento fijaba en otro capítulo los deberes del hombre en el Estado, llegando en el siguiente, á esta atrevida concepcion que, treinta años despues, empezó á ser el origen de cuanta revolucion socialista ha conmovido á la Europa:—« EL ESTADO DEBE ALIVIAR LA MISERIA Y DESGRACIA DE LOS CIUDADANOS, PROPORCIONÁNDOLES LOS MEDIOS DE PROSPERAR Y DE INSTRUIRSE. »

Por lo demás, el Reglamento contenía entre otras disposiciones notables, la libertad que concedía al ciudadano de emitir su voto público ó secretamente en todas las elecciones; y otra por la que sujetaba á *juicio de residencia* á todos los funcionarios públicos, incluso el Director Supremo y sus secretarios. El juicio quedaba abierto contra ellos por cuatro meses contados desde el dia que bajaran de sus puestos.

CAPÍTULO V

CONGRESO DE TUCUMAN.—CONSTITUCION DE 1819

I. La cuestion constitucional en 1819—II. La Constitucion—III. El Dean Funes—IV. Poder Legislativo—Senado Argentino—V. Poder Ejecutivo—VI. Poder Judicial—VII. Formas exteriores—VIII. Declaracion de derechos—IX. Régimen politico—X. Renuncia de Pueyrredon—XI. Levantamientos en las Provincias.

El Directorio de Pueyrredon fué fecundo en acontecimientos gloriosos. Si otro fuera mi objeto, esta sería la oportunidad de hablar acerca de la influencia que tuvo nuestra diplomacia sobre el destino del Directorio de Pueyrredon y del Congreso que coadyuvó á las miras de los políticos de ese tiempo.

Segun el plan que me he trazado en este trabajo, debo limitarme á indicar las manifestaciones orgánicas de la Revolucion Argentina, al través de sus múltiples corrientes, de sus grandes episodios ó de sus cruentas desgracias.

Bastará con decir que los proyectos de monarquía que trabajaban nuestros diplomáticos, han pasado á la historia con todos los perfiles de una comedia, que podría dividirse en tres actos: 1° Los cándidos desvelos de Belgrano, ó sea la *Monarquía Incana*, por medio de la coronacion del «cholo bastardo de *Huayna Capac*,» como se decia en las gacetillas: 2° Las artimañas patrióticas





de los verdaderos revolucionarios, ó sea la monarquía borbónica con el príncipe de Luca. 3º El trono de naipes, que iba desapareciendo á medida que se alejaba para Venezuela la expedición española, dirigida en un principio sobre el Río de la Plata. El proyecto primitivo de Rodríguez Peña, á quien seducía el ejemplo de la Inglaterra y con cuyo protectorado creyó contar, no fué siquiera discutido.

Ninguno de ellos influyó en lo mínimo sobre el ideal republicano de los pueblos, sino en el sentido de fortificarlo y enardecerlo, cuando se supo que el Congreso soñaba con ellos aun despues de dictada la Constitución de 1819.

Todos los órganos de la opinion pública se empeñaron en esta lucha memorable, cuyo resultado inmediato fué la vulgarización mas acabada y mas completa de los principios republicanos. La Monarquía quedó solemnemente enterrada, aun con aplauso de los que la prohibaban, y sin dejar mas rastros que unas cuantas venganzas, y algunos cientos de epigramas políticos que hicieron suyos las masas del pueblo, lanzadas en pos de los nobles estímulos de la democracia.

Pero mas alarmante que esta lucha pacífica de las ideas, que se habian sostenido brillantemente en nombre de la República, era el desequilibrio político y social en que habia entrado el país, contagiado con el triste ejemplo del Litoral, que seguia rebelado á la obediencia del Gobierno Nacional.

Y el Gobierno del Director, trabajado por la labor penosa de tres años, en los que se produjeron los hechos mas grandiosos de nuestra revolución, y ante una situa-



cion que se complicaba cada día mas, dirigió todos sus conatos á la pronta terminacion de la Constitucion que el Congreso de Tucuman estaba comprometido á sancionar.

Ahora bien. para esplicarse la solucion que dió el Congreso á la obra de la Constitucion, creemos que conviene tener presente los antecedentes de los hombres que dirijían la política del Director.

Si se recuerda lo que hemos dicho respecto de la derivacion del partido que comenzó á organizar el Director Pueyrredon, se comprenderá cómo Tucuman, Salta, Cerrito, Talcahuano, Chacabuco, Maipú y demás grandes acontecimientos de la Revolucion, fueron el resultado de los esfuerzos de unos mismos hombres, llamados necesariamente por su posicion y sus talentos, á desempeñar los primeros papeles en la escena política.

Es cuestion de nombres. La parte selecta y distinguida de los amigos de Alvear que, ó formaron parte de la Asamblea de 1813, ó contribuyeron á crear la situacion del primero y segundo Directorios, compusieron el núcleo del partido Directorial de Pueyrredon, como ser Lopez, Iezica, Gomez, Rondeau, Anchorena, Patron, Rivadavia, Escalada, Castro, Passo, Aguirre, Riglos, Garcia Zúñiga, Saenz, Pinto, Balcarce, Chorrorain, etc., y otros prohombres que, en 1811 habian caido con Moreno. Casi todos ellos eran miembros obligados de la Lójjia de Lautaro. La Lójjia era el cráneo de la Revolucion. Sus nérvios de acero se plegaban del otro lado de los Andes, donde estaba San Martin.

En esta evolucion política, fruto del esfuerzo de San

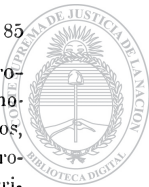


Martin y de Pueyrredon, que habian aproximado entre sí á los hombres mas distinguidos del país, reposó propiamente el plan constitucional de 1819. Estos hombres que dominaban la situacion, impusieron sus vistas politicas al Congreso, que se habia convocado y constituido en nombre de ideas y de sentimientos antagónicos á los que asumió despues, bajo la presion fatal de los acontecimientos, que no podian destruirse, ni ménos detenerse. (1)

Es que la cuestion constitucional,—como tentativa justificada de un órden definitivo que no podia fundarse en esa época,—habia venido vinculándose, hasta casi confundirse, con la cuestion suprema de la independencia; y estaba, por otra parte, sujeta todavia á los sacudimientos que se suceden en la série de las transformaciones porque pasa todo país, que busca un nivel político en la tarea de su organizacion, sobre bases mas ó ménos orijinales, pero igualmente sostenidas por unos y por otros, en nombre del derecho imprescriptible de su propia soberanía.

Y se sabe cual fué el principio que sirvió de base á la política del Directorio que surgió de la asamblea de 1813, y que robusteció el Directorio de Pueyrredon con el prestigio incontrastable de los hombres principales de la Revolucion: *la unidad de accion* en el gobierno, indispensable para el éxito de la lucha que se dirijia desde la capital.

(1) El General Mitre en su Historia de Belgrano, tomo 2º, y el doctor Lopez en su Historia del año 20 (tomo 9 y 10 de la Revista del Río de la Plata) abundan en este mismo órden de consideraciones.



II—En esta corriente de ideas fué sancionada y promulgada la Constitucion de 22 de Abril de 1819, en momentos en que comenzaba la ebullicion de los pueblos, que debia hacer en breve su crisis estupenda, para pro-
genitar otros embriones y lanzarnos en la triste peregrinacion de una noche de veinte años.

Desde luego, el Congreso comenzaba su tarea sentando una inexactitud. Sancionaba una Constitucion para las Provincias Unidas, y muchas de estas le habian negado,—no ya su obediencia, sinó hasta sus representantes. Estos habian concurrido por lo ménos, á los Congresos anteriores, sin perjuicio de que sus Provincias respectivas *se reserváran el derecho* de acatar ó no las leyes emanadas de esos cuerpos. Pero al Congreso de 1816 no concurrieron los Diputados del Litoral; y por esta razon el acta de la independencia no lleva al pié la firma de ellos.

En cuanto á la Constitucion de 1819, solo fué firmada por los Diputados del Alto Perú (Charcas, Cochabamba, Misque y Chichas) y los de Tucuman, Santiago del Estero, Mendoza, Buenos Aires, Córdoba, Jujui, San Luis, Rioja y Catamarca. No concurrieron, pues, los Diputados de Entre Rios, Corrientes, Santa Fé, y los de Salta y San Juan, en vista de lo cual el Congreso decia á renglon seguido en el apéndice á la Constitucion, que debiendo esta lograr con celeridad el allanamiento del territorio entero, y deseando llevar adelante la liberalidad de sus principios, respecto de las Provincias hermanas que no habian *podido concurrir* á sancionarla concedia á todas ellas, luego que concurrieran con sus Diputados—el derecho de promover en la primera lejis-



latura las reformas que creyeran convenientes. etc,

De cualquier modo la Constitucion de 1819 es un hermoso ensayo de gobierno parlamentario, moderado y conservador. Habria sido el *fundamento* estable de nuestra organizacion política si, cuando se dictó, nuestro país no hubiera atravesado una situacion incierta y nebulosa, en medio de una tormenta revolucionaria cuyas fuerzas comenzaban á agitarse, empujadas por causas superiores á toda voluntad.

III—Fué redactada por el Dean Funes, autor de las Constituciones anteriores, y uno de los hombres mas notables que produjo la Revolucion. Obligado por su carácter eclesiástico y, si se quiere, por las exigencias del tiempo, á detener el vuelo atrevido de sus ideas, el Dean Funes sabia sin embargo procurarse ocasiones propicias para lanzar unas veces, para dejar consignadas otras,—con el tímido candor de un adolescente, con la humildad que lo caracterizaba,—las espresiones mas ó menos acentuadas de los últimos progresos que en su época habia alcanzado la ciencia política y social.

En la obra de esta Constitucion, el Dean Funes no pudo ocultar la familiaridad en que vivia con las ideas inglesas, y lo que es mas, con las de los socialistas de entónces. Esto que escandalizaria hoy á esos pobres clérigos que pujan bajo su edificio bamboleante,—extrangeros en el suelo en que nacieron,—era cuestion de patriotismo para aquel argentino ilustre, que imprimió á todas nuestras constituciones el sello de la libertad y de la civilizacion, dejando consignados principios admirables de buen gobierno, y hasta novedades que hemos



olvidado posteriormente, y que la Europa ha recojido para servirse de ellos como propios.

Y obró así, porque el Dean Funes supo interpretar el espíritu civilizador del pueblo argentino. Y no se alegue las variaciones que ha sufrido nuestra Constitucion, y la inestabilidad de todas ellas. Por regla general, estas variaciones y esta inestabilidad,—ó son las manifestaciones lógicas del progreso en su ley ascendente,—ó son las evoluciones fatales de la opinion que se estravió, retrotrayéndose á un pasado que decora con las galas ilusorias de intereses artificiales ó siniestros.

En este segundo caso ha estado la Francia, por ejemplo; y por eso es que Laboulaye,— á la frase de aquel Norte Americano que decía que un buen ciudadano debia llevar siempre en el bolsillo la Constitucion de su país, respondia con este epígrama: «pues los franceses debieran cargar en maletas todas las que nos hemos dado.» Esto es obvio. El espíritu del pueblo francés, civilizador por exelencia, liberal y progresista hasta donde no ha llegado pueblo alguno de la tierra, no se ha incrustado en ninguna de sus constituciones desde el 89 hasta nuestros dias.

Pero con nosotros ha sucedido lo contrario. El pueblo argentino se ha impuesto á sus Congresos. Su soberanía le ha costado mucha sangre, y siempre ha tenido quienes velasen por ella.

Y como en su calidad de nacion, el pueblo argentino no tenia pasado; como debia construir su edificio constitucional para aspirar á serlo, se ha visto obligado á pasar necesariamente por las evoluciones y sacudi-



mientos que tenían origen virtual en su existencia embrionaria y vacilante.

Y estas evoluciones del pensamiento organizador argentino llevan todas en sí el sello de una civilización adelantada, y constituyen la suma mayor de esfuerzos que háyamos hecho para realizarlo definitivamente. Luego, los antecedentes constitucionales que de ellas se derivan, son preciosos para nosotros; y grandes son los hombres que nos los legaron entre el estrépito de una guerra esencialmente civilizadora, que debía dar al mundo un continente de Repúblicas.

IV—Y bien, la Constitución de 1819, fué la primera que dividió nuestro Poder Legislativo en dos Cámaras. Hasta entónces habíamos prohiado á este respecto la idea de los teoristas de la Revolución de 1789, ese despotismo anónimo de una sola Cámara que hacia decir á Benjamin Constant: «Una nación no puede ser libre, sino en tanto que sus representantes tengan un freno.»

En la composición del Poder Legislativo, el Dean Funes ha ido mas allá que Paley, cuya *Filosofía moral y política*, así como los *derechos del hombre* de Paine, eran el objeto de sus lecturas predilectas; y mucho mas allá que Siéyes, con quien sin razón se le compara, por el mero hecho de tener siempre «una constitución bajo su manteo de tafetan»—cuando la verdad es que en ninguno de nuestros Congresos se levantó voz alguna para decir que el silencio del ilustre Dean, era una calamidad pública, como calificó Mirabeau en tono de mofa el silencio de Siéyes.

No; Funes habló siempre, y habló como el primero de



su tiempo sin exceptuar á Monteagudo, Passo, Gomez ó Lopez. Ahí están sus obras para demostrarlo. Bajo *ese manto* habia luces y talentos dignos de mejores tiempos, en que barrida la barbarie, por lo ménos, hubieran podido contribuir poderosamente á fijar nuestra marcha constitucional.

La idea para la composicion del Senado, en la constitucion de 1819, no es ni Inglesa, ni Norte Americana; En su parte esencial, es orijinal de Fúnes, por mas que este se haya inspirado en alguna de ellas para desenvolver la suya, como va á verse.

Fúnes quiso constituir un Senado aristocrático en cuánto á la suma de talentos y méritos distinguidos de los que debian componerlo; y *esencialmente conservador* en cuánto á las *tradiciones* de la Revolucion que ese cuerpo debia representar perpétuamente, así como en cuánto á los grandes *intereses sociales* que de ella habian nacido y que debian ensancharse á costa del *progreso* que ella misma simbolizaba. Todo esto sin perjuicio de que el Senado tuviera un *origen popular*.

Veamos si la alta Cámara Inglesa ó el Senado Norte Americano se encuentran en estas mismas condiciones.

Pensamos que la alta Cámara Inglesa no representa, por sí sola, los elementos conservadores de esa sociedad política,—como vulgarmente se dice. El elemento conservador se encuentra en la Cámara de los Comunes, como en la de los Lores, porque la cualidad de *conservador*, es peculiar del carácter Inglés. El *common law*, el precedente, que vive allí como regla inva-



riable de administracion y de gobierno, lo está diciendo con toda evidencia.

La Cámara Alta,—con la pequeña escepcion de la representacion que ejercen algunas Universidades y Obispos,—representa *una clase* privilegiada de Inglaterra: la nobleza,—la Edad Media que se dá la mano con la nuestra, para quedar ambas de pié, sin chocarse una con otra. Aquí no están, pues, los intereses sociales reunidos en un punto superior, desde el que puedan ejercer su influjo incontrastable, en nombre de un derecho que les confiere la sociedad misma. Aquí están los hombres por derecho de primogenitura, aquí representan el interés de su casta y de sus fueros. Y esto no es principio conservador de gobierno. Es el último resto de una semi-barbarie, que hace al hombre superior en condicion al hombre. Y de aquí es que en Inglaterra no hay igualdad política, aunque haya igualdad civil.

Tampoco el Senado Norte Americano representa el elemento conservador. Los Norte Americanos establecieron su Senado, no con la idea preconcebida de constituir un '*poder conservador*', sinó con la de dar *igual representacion* á los Estados, en su capacidad política, como el único medio práctico de cortar la larga controversia que habian suscitado los mas pequeños de entre ellos, respecto del número de Senadores con que debian concurrir á la formacion de ese cuerpo.

Ni en El Federalista, ni en ningun comentador de la Constitucion, se encuentra consignada esa idea. Por el contrario Bluntschli estudiando estas instituciones, en un libro verdaderamente notable por la novedad de



sus ideas (1) muestra como concluirán por desvirtuar los fundamentos del gobierno libre, tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos si, á las intemperantes evoluciones de la *democracia pura* que las caracteriza, no se oponen los vínculos *moderadores* de una *aristocracia* representada por las *clases dirigentes*, y realmente conservadoras de la sociedad.

Esta, esta fué la idea de Fúnes para la composicion del Senado Argentino de 1819.

Esa Constitucion establecia que *cada uno de los Cabildos* de ciudad, de cada Provincia, nombrára un miembro de su seno y un vecino de su distrito, (que tuviera un fondo de diez mil pesos por lo ménos) para que reunidos todos en un punto central de la Provincia, eligiesen tres ciudadanos *de la clase civil*. Sobre cada una de estas ternas, el Senado (la primera vez el Congreso) designaba por mayoría de votos el que debia ser Senador por su Provincia respectiva.

Además de estos Senadores de la *clase civil*, que representaba á los Estados en su calidad de entidades políticas, tenian asiento en esa Cámara, tres Senadores de la *clase militar* (de coroneles mayores para arriba,) tres Senadores de la *clase eclesiástica*, elejidos en la misma forma que los de la clase civil, sobre los ternas que debian emplear los cabildos eclesiásticos; un Senador por *cada Universidad*; el Obispo que eligieran todos los Obispos de la República, y el Director del Estado, concluido el término de su mandato.

(1) Teoría general del Estado.



Aquí se vé la diferencia entre la idea de Funes y la idea inglesa.

Los asientos de la Cámara alta Inglesa, si se exceptúan los que se ocupan en nombre de algunas Universidades y Obispos, están reservados para una sola clase: la aristocracia. Se cierran cuando están llenas por los Lores; se abren cuando muere uno de estos y *le sucede su hijo*.

Funes, como lógico teorista, dejaba á salvo la máxima *omnis potestas writur populo*, haciendo arrancar la eleccion de los Senadores de los *poderes creados*, y de las *instituciones consentidas* por el pueblo. ¿Por qué? Porque su ideal consistia en dar representacion á las *clases dirijentes de la sociedad*, á las instituciones, *conservadoras* en sí mismas, dadas las raices que tenian en el país, las tradiciones que mantenían y el carácter que asumían.

Y como en la sociedad Argentina no se sentía en ese tiempo la accion de los progresos múltiples, á que se vinculan naturalmente las *diversas* clases que los alimentan, haciéndose solidarias entre sí; como no habia mas vias abiertas al trabajo, al capital y á la inteligencia, que las que pudiera ofrecer un comercio pobre y aislado, y la milicia, el profesorado, las letras, el foro y la Iglesia,—el Dean Funes tomó *estas clases*, tal como existian, y las llevó, por el órgano de sus espresiones mas jenuinas, á formar parte del mecanismo gubernativo que debia seguir, desde luego, las tendencias de todo orden conservador; como un término medio, (por lo que á nosotros importaba) entre la tradicion política de que nos habíamos divorciado, y las aspiraciones



violentas de la demagogia, que amenazaba llevarlo todo por delante.

Si en ese tiempo hubiera habido en nuestro país grandes industriales, sábios, artistas, etc., etc. etc., es fuera de duda que el Dean Funes habría dado colocacion en el Senado á los representantes de cada una de estas clases. Sobre esto reposaba precisamente el mecanismo conservador formado por el Dean Funes. Y de esto, así como de los principios sobre sociabilidad, escritos por él en esta y en las anteriores constituciones, se deduce que si algunas ideas lo influenciaron á ese respecto, fueron mayormente las de los socialistas de esa época, y sobre todas las de la escuela San Simoni-ana.

Saint Simon habia dicho (1) estas palabras, que tengo á la vista: « Los intereses de la sociedad deben ser dirigidos por los hombres, cuyos talentos sean de una utilidad mas general y mas positiva. Los sábios, los artistas, los grandes industriales, los representantes de los altos intereses de la sociedad, son los llamados á dirigir los intereses nacionales. Así se lograría el progreso y la prosperidad, y se irian reduciendo algunas de las funciones del Gobierno, como las del Ejecutivo, por ejemplo, que vendría á ser un simple guardian de la tranquilidad pública. »

El Dean Funes aventajó al socialista francés en el origen popular que dió al Senado, por mas que éste, fuera eminentemente conservador; dado el carácter especial de los Senadores, que tomaban asiento en repre-

(1) Organizacion social, tomo 2º de sus obras.



sentacion de las clases vinculadas á la sociedad, dada la duracion de sus funciones, y aun algunas de sus atribuciones.

Levantémos, pues, este legado glorioso; y no caigamos en la vulgaridad de repetir que no hemos tenido quién nos sacára de la barbárie á que nos empujaban, en aquel tiempo, los desgraciados enemigos de la civilizacion; y quien nos legára principios de Gobierno que todavia hemos de adoptar, cuando nos curemos de esa *berruga de Estados-Unidos*, que tenemos en la nariz; la cual siempre se adelanta á nosotros mismos, dando argumento para que cualquiera repita con don Juan Cruz Varela: « Entró una nariz primero

«

«

« Y de todos los que entraron

« *su dueño fué el postrimero.* »

Por lo demás, la otra Cámara se componía de Diputados elegidos directamente, en razon de uno por cada veinte y cinco mil habitantes; y tenía entre otras atribuciones privativas, (las mismas que tiene hoy) la de iniciar, de oficio ó á instancia de cualquier ciudadano, el juicio político contra los miembros de los poderes creados por la Constitucion y demás altos funcionarios de Estado. Las inmunidades de los Senadores y Diputados, así como sus atribuciones é incompatibilidades, eran, en general, las mismas que establece nuestra Constitucion de 1853-1860.

V—El Poder Ejecutivo de la Nacion residia en un ciudadano con el título de Director Supremo. Era ele-



jido por las dos Cámaras en asamblea; y tenía las mismas atribuciones que corresponden al Presidente por la Constitución actual,—hasta para remover y nombrar por sí solo sus ministros.

VI—El Poder Judicial residía en una Alta Corte. Por primera vez existía entre nosotros un Poder Judicial fundido en el molde Norte-Americano.

Si se exceptúa la soberana atribucion de conocer y decidir de todas las causas sobre puntos regidos por la Constitución y por las leyes del Congreso, que ha hecho de la corte Norte-Americana, un verdadero *poder politico* ánte el cual se inclinan los otros poderes,—la alta Corte de la Constitución de 1819, tenía todas las atribuciones que tiene la actual Corte Judicial.

Los miembros de la alta Corte, eran nombrados por el Director, con el consentimiento del Senado. Eran inamovibles en sus puestos; y no podían desempeñar ningún otro empleo.

VII—Así como los Diputados y Senadores debían usar sobre sí, en el desempeño de sus funciones, un escudo de oro con este lema: *Ley*,—los miembros de la Corte debían *vestir la toga*, ó usar escudo también con el lema—*Justicia*.

Esto es nuevo hoy para nosotros; y sin embargo, es una práctica consagrada hace siglos por la justicia Inglesa. Recuerdo haber leído en Du Boys algo respecto de la influencia decisiva que ejerce esta esterioridad de las formas, en el procedimiento criminal sobre todo. Los comentadores ingleses, por su parte, dicen que la justicia en su país tiene dos grandes divisiones: la parte *dispositiva* y la parte *imponente*.



Se sabe cuál es la parte *imponente*? La exterioridad de las formas, esas togas, que envuelven á los magistrados, allá á la distancia, medio ocultos entre sillones monumentales, cuyos brazos robustos tienen algo de las garras del tigre para el que mira; cuyo respaldar tiene un mas allá inaudito para el que cree adivinarlo, consolador para el que confía en la verdad; esos escudos de oro, que brillan por encima de una mesa piramidal, que representa con los colores mas vívidos ó la Roca Tarpeya ó el Capitolio; esas tapicerías encolchadas y guarnecidas de borlas y cordones, por donde penetra el frío á las conciencias; esa severa simetría en los detalles, que están ahí como otros tantos adornos de un mausoleo de lujo; esa magestad en el conjunto, que hace de cuatro paredes de una pieza, como la suya y la mía, un recinto *imponente* donde se veneran, como en un templo, las decisiones soberbias de la ley.

Todo esto, que hoy ya no se vé mas que en los salones de nuestras Universidades, y que lleva á los estudiantes, de carrera, al lomo del potro de Mazeppa,—como si á los estudiantes se les debiera impresionar con el aparato que reservó la sabiduría de la ley para los dolosos y para los criminales, es lo que sancionaba la Constitucion de 1819, para rodear de solemnidades las funciones augustas de nuestra justicia.

VIII—La declaracion de derechos de esta Constitucion, es hermosa y digna de mejores tiempos. Todas las garantías sobre la seguridad individual, la propiedad y el honor están consignadas en ella. A falta de una disposicion espresa que responsabilizára al juez ó mandatario por la violacion de estos principios del



Habeas Corpus, la Constitucion (1) consagraba en favor de todos los ciudadanos « el derecho de elevar sus quejas, y el de ser oidos hasta de las primeras autoridades del pais. »

En otro artículo defería al Poder Legislativo la sancion de la ley del *juicio por Jurados*; y en el 128 estampaba estas hermosas palabras, que mucho despues ha recogido la Inglaterra para hacerlas efectivas en algunas de sus colonias, y que no nos han aprovechado todavia, porque hemos preferido concluir á cañonazos á los dueños primitivos de la tierra dónde hemos nacido todos los Argentinos :

« SIENDO LOS INDIOS IGUALES EN DIGNIDAD Y EN DERECHOS Á LOS DEMÁS CIUDADANOS, GOZARÁN DE LAS MISMAS PREEMINENCIAS Y SERÁN REGIDOS POR LAS MISMAS LEYES. « Queda estinguida toda tasa ó servicio personal, bajo cualquier pretesto ó denominacion que sea. *El cuerpo legislativo promoverá EFICAZMENTE EL BIEN DE LOS NATURALES, POR MEDIO DE LEYES QUE MEJOREN SU CONDICION, HASTA PONERLOS AL NIVEL DE LAS DEMÁS CLASES DEL ESTADO. »* Y.... hace poco.... cincuenta años despues de escrito ese artículo.... los diarios publicaban el telégrama de *una victoria sobre los indios*, que concluía así: «la ametralladora ha barrido» ¡Bien pudo aplicarse á los indios este gracioso remedo de Oudinot, cuando hablaba de los prodijios del Chassepot para cazar patriotas italianos en Mentana!

Ese articulo, como aquel del Reglamento del 1817, que consagraba en favor de los ciudadanos el derecho

(1) Artículo 126.



de demandar á los Poderes constituidos, asistencia, instruccion ó trabajo; y como muchos otros de nuestras Asambleas y Congresos, han quedado olvidados en medio de esa fiebre que nos lleva á pasar por alto los antecedentes grandiosos de nuestra Revolucion. ¡La fiebre no nos da tiempo para avergonzarnos de los procedimientos con que hemos sustituido esos antecedentes! . . .

IX—Por fin, en cuánto al régimen de Gobierno, la Constitucion se limitaba á decir: « Continuarán observándose las leyes, *estatutos* y reglamentos que hasta ahora rigen, en lo que no hayan sido alterados, ni estén en contradiccion con esta Constitucion, hasta que reciban de la Legislatura las variaciones ó reformas que estime convenientes. »

Como toda la cuestion reposaba sobre la relacion en que quedaban las Provincias con el Poder Nacional, y como casi todas habian concluido por contagiarse con la federacion,—que, sea dicho de paso, no entraba en el programa de los hombres que dirijian este plan constitucional,—es fuera de duda que el Congreso quiso reposar sobre una ambigüedad á este respecto.

Digo ambigüedad, porque en el silencio de la Constitucion, era el caso de aplicar, como ella misma lo decía, lo que al respecto establecian los Estatutos y Reglamentos anteriores. Pero el Estatuto de 1815 libraba á las Provincias la eleccion de sus gobernadores respectivos, y les adjudicaba el sueldo que cada una de estas les señalase; en tanto que el Reglamento de 1817 libraba esa eleccion al Director Supremo, sobre las listas que debian remitir al efecto los Cabildos.



Para que la ambigüedad resaltára mas, la Constitución en su artículo 8 confería á la Cámara de Diputados el derecho privativo de acusar á *los Gobernadores y Jueces Superiores de las Provincias*, por faltas en el ejercicio de sus funciones; y entre las atribuciones de la alta Corte incluía la de conocer de las causas que se suscitasen entre *Provincia y Provincia*, sobre límites ú otros *derechos contenciosos*.

El hecho real y desconsolador era que había gobernadores elegidos por las provincias, sin intervencion ni conocimiento de los Poderes Nacionales; y que esto, como la relacion de esas Provincias con estos Poderes, constituian el nudo gordiano de la cuestion, que el Congreso no queria ni podía resolver francamente, dadas las agitaciones violentas de los pueblos, que en breve iban á poner á ese digno cuerpo en la curiosísima situacion de tener que delegar poderes en el Cabildo Metropolitano de Buenos Aires.

Tal fué la Constitución de 1819. El manifiesto con que el Congreso la acompañó, concluía con estas palabras: « Ciudadanos, ó renunciemos para siempre el derecho á la felicidad, ó demos al mundo el espectáculo de la union, de la sabiduría y de las virtudes públicas. Mirad que el interés de que se trata, encierra un largo porvenir. Un calendario nuevo está formado: el dia que cuente en adelante, ha de ser ó para nuestra ignominia ó para nuestra gloria. »

X—La Constitución se juró el 25 de Mayo de 1819; y el Director Pueyrredon, abrumado del peso de una situacion política que habia durado tres años, merced á los patrióticos esfuerzos de sus amigos de la lógia de



Lautaro, y á San Martín y Belgrano que habian conquistado las glorias de Salta, del paso de los Andes, de Chacabuco y Maipú, solo esperaba ese dia para resignar el mando en un hombre capaz de hacer respetar esa Constitucion, por la influencia de que él gozara en toda la República.

Desde luego su candidato fué el general San Martín. Pero este Alejandro, que era tal vez el único que podia cortar ese nudo gordiano, se negó terminantemente á ello, por ir á libertar al Perú y arrojar á los Españoles de esta parte de América.

El 9 de Junio elevaba Pueyrredon su renuncia, y el Congreso nombraba en su reemplazo al general Rondeau.

XI—Se necesitaba toda la abnegacion de este hombre benemérito para aceptar el Directorio en esos momentos, en que empezaban á desatarse todas las furias de la tempestad!

Tucuman se declaraba *República Independiente*, nombrando Director á don Bernabé Araoz; Santiago del Estero hacia remedos idénticos; Santa Fé, violando el armisticio de San Lorenzo celebrado con Lopez, apresaba los convoyes que el Gobierno Nacional enviaba á Cuyo bajo las órdenes de Balcarce; el resto del litoral ardía en las manos abrasadas de los caudillos, y..... los dos ejércitos que podian haber evitado en gran parte la catástrofe, se sublevaban vergonzosamente á la voz insana de sus gefes, enceguecidos por ambiciones locales, que quedaron defraudadas, como si la propia fatalidad de los sucesos se hubiese encargado de castigar esa mancha que echaron sobre sus repu-



tados antecedentes. El N° 1° de Cazadores de los Andes y el N° 11, se sublevaban en San Juan el día nueve de Enero de 1820, y conflagraban todas las provincias de Cuyo; y el día siguiente, el 10, tenía lugar en la posta de Arequito la sublevación del Ejército Auxiliar del Perú, que ponía á Bustos y demás caudillos en condiciones de dominar libremente á todas las Provincias del Interior....!

Tal era el escenario. Así comenzaba el drama. La lanza tenía la palabra. Una banderola roja flameaba allí, dónde mas distintamente se oía los truenos retumbantes de la tremenda crisis revolucionaria, con que empezaba el año 20....!

.....



CAPÍTULO VI

EL AÑO VEINTE

I. El partido Directorial—II. El caudillaje—III. La Anarquía—IV. Dorrego—V. Teoría de la Anarquía en el año 20—VI. Resultado transitorio de la trégua.



I—El nombramiento del general Rondeau no podia satisfacer, en modo alguno, las aspiraciones en cuyo nombre se habian conflagrado las Provincias, iniciando una época de descomposicion y de trasformismo, que debia adquirir formas orgánicas y estables despues de una série de sacudimientos políticos.

El general Rondeau era miembro de la Logia de Lautaro y pertenecia, de consiguiente, en cuerpo y alma al partido Directorial; cuyos principales hombres venian desempeñando desde 1812 los papeles mas conspicuos en nuestra escena política, haciendo con éxito la guerra de la independencia, poniendo al país en aptitud de unificarse y constituirse, y ahogando en lo posible aquellas tendencias del elemento reaccionario y semi-bárbaro de la República, que dificultaban estos propósitos supremos de nuestra Revolucion.

Y en esta labor larga y penosa, el partido Directorial estaba demasiado comprometido para desasirse de las vinculaciones que se habian venido estableciendo entre



los hechos consumados y las ideas que los habian inspirado. La lójica de estos antecedentes, lo llevaba á profesar un credo vaciado en el molde de la idea cuyas espresiones, mas ó menos acentuadas, lo habian caracterizado como partido en la práctica diaria, ó habian servido de punto de partida á nuestras constituciones.

Así sucedió en efecto. La esfera en que se agitaba el partido Directorial, los principios antagónicos que encarnaban los caudillos, á quiénes la pátria y la civilizacion debian mirar con espanto; y la repulsion natural hacia los que se abandonaban á sus instintos disolventes, proclamando una federacion que era una locura,—dieron forma á ese partido que, al cernirse en el horizonte el fantasma del año 20, se llamó francamente *unitario*. (1)

II—Con esto, tuvieron los caudillos un otro motivo para dar rienda suelta á sus iras, y un otro pretesto para derrocar á los poderes Nacionales, que residian todavia en Buenos Aires.

La resistencia era imposible, y era además inútil. Los resultados que se iban buscando, no dependian de una ni de diez batallas. Debian irse desenvolviendo al través de evoluciones sociológicas, que se iniciaban recien operando la descomposicion, y que debian pasar por una crisis mas ó ménos larga, antes de abrir rumbos ciertos, ó traducirse en hechos prácticos, estables, y aceptados por el conjunto de la Nacion.

En nada influyeron el patriotismo, los servicios, la

(1) LOPEZ. Hist. del año 20 (en la Rev. del Río de la Plata, t. 10 págs. 75, 176, 261 y t. 11 págs. 256;) y MITRE (Hist. de Belgrano t. 3 págs. 152.)



tradicion y la gloria:—el partido Directorial que representaba la causa de la Revolucion, por haberla sostenido desde el 25 de Mayo de 1810; de la independencia, que declaró de hecho en una série de leyes inmortales en 1813, y que aseguró por las victorias de Montevideo, Tucuman, Salta, Cerrito, Chacabuco y Maipú,—se vió acorralado en Buenos Aires, vilipendiado, humillado y vencido por la barbarie de las selvas Argentinas, encarnada en caudillos temerarios que ligaron su nombre á la lucha estupenda de ese año.

Recien entraban como protagonistas en la escena. Antes del año 20, los caudillos se ensayaban en el teatro siempre verde de sus largas correrías, sustrayéndose á todo órden y á toda obediencia. Por esto la Revolucion vivió siempre rodeada de peligros. El peligro interno venia del Litoral, dónde se concentraban las pasiones francas, arrebatadas y predisuestas en contra del elemento civilizador de la Revolucion. Eran ellas las que enjendraban los caudillos, que, siguiendo el camino de sus triunfos, se enseñoreaban del territorio que pisaban, y se hacian los árbitros de la voluntad de sus inferiores, gauchos y valientes como ellos. Y por esto era que al mismo tiempo que lucian las grandes figuras que daban gloria é independencia á la República, se producian las escenas exornadas con el aparato insultante de que hicieron gala Artigas y José Miguel Carrera, por ejemplo.

Artigas, este famoso gaucho tan temido por su valor como por sus hechos salvages, proclamó la *Federacion*, en nombre de los *pueblos libres* de que se titulaba Protector, y con el designio de ensanchar su imperio al



favor del desórden, que mantenian en las Provincias del Litoral sus tenientes Ramirez, Lopez, y otros bárbaros como él, que en 1820 trataban de independizar sus dominios para sí!

La idea de la Federacion, como medio de sustraerse á la obediencia de un Gobierno Nacional, regular y civilizador, cundía en medio de esa barbárie que recorria á caballo las llanuras leyentinas, sin mas rumbo que el marcado por Artigas. Explotando esta Federacion, se explotaba el sentimiento hácia la libertad del pillage y de las correrías guerreras, innato en el gau-chage; el cual iba levantando, como era natural, la bandera disolvente del localismo, que hubo de romper para siempre nuestra nacionalidad.

Este mismo peligro habia amenazado á Norte-América, que contaba con masas mucho mejor preparadas que las nuestras, pero imbuidas tambien en los errores de Jefferson, que quería encerrar en las soberanías de *los Estados*, los elementos indispensables para consolidar la *Nacionalidad*, que era el ideal de Washington.

Y que la memoria de Jefferson me perdone sí de paso, lo recuerdo al mismo tiempo que á un bárbaro, nada mas que para sentar el hecho de que la Nacionalidad Argentina se hizo imposible, mientras que los caudillos ejercieron sus influencias bárbaras, porque no sentían la necesidad de un vínculo comun que los uniera con la patria comun de que se habian divorciado; porque la idea de su soberanía propia, halagaba sus ambiciones de dominio; y porque no faltaban quienes estimulasen estos instintos indomables que rechazaban toda organizacion política seria.



La grande escepcion entre todos los caudillos, fué Güemes, porque amó á su patria y á Belgrano. Fué federal á su manera, pero jamás negó su brazo á la unificacion Nacional, y no se dió trégua en la lucha de la Independencia, hasta la noche en que una celada traidora lo arrebató á sus conciudadanos. En Buenos Aires, habia otra escepcion mas quisquillosa y mas zumbona, sobre la que hablaremos en seguida: Dorrego.

Esos enjendros de la naturaleza selvática del Litoral, que ninguna participacion habian querido tomar en los hechos gloriosos de la Independencia, eran los que se arrojaban sobre la ciudad de Buenos Aires, en los primeros dias de 1820, poseidos del deseo de devastar en ella todo lo que hasta entonces habia servido de antemural á sus planes desquiciadores.

Los bárbaros capitaneados por Atila pudieron alegar, por lo ménos, que iban á destruir el águila prodigiosa que habia amontonado á su alrededor los despojos de todos los pueblos, á quienes rindió como esclavos— Los caudillos, aprendiendo de memoria una frase que el lirismo demagógico lanzó como al descuido, se limitaron á decir—que iban á libertar á Buenos Aires del yugo de los que venían pactando, hacía diez años, la entrega del país al extranjero!!!

El Director Rondeau salió á batirlos con el ejército de la capital—Ramirez, Lopez y Campbell, que comandaban el *ejército federal*, lo derrotaron en Cepeda el 1º de Febrero. Solo se salvó intacta la infantería Directorial, bajo las órdenes del General Juan Ramon Balcarce.



Bajo la impresion de este acontecimiento, que sacaba de su quicio á los Poderes Nacionales, el ilustre Congreso de Tucuman, despues de dictar algunas disposiciones tendentes á poner á la ciudad en estado de defensa, se declaró en receso, y abdicó su autoridad en el Presidente del Cabildo de Buenos Aires; á quien habia nombrado Director sustituto !

III—Aquí comenzó la anarquía á desatar todas sus fúrias, como impelida por el vértigo político, que la hacía buscar un lecho de jirones para presenciar desde él, la ruina de la patria,—ébria de odio, impudente, desnuda en sus propósitos, provocativa, insultante, diforme como verdadera bacante ó como verdadero mónstruo.

La reaccion que se operó al saberse que Balcarce habia salvado la infantería en Cepeda, duró un minuto. El General Soler, á quien el Cabildo habia nombrado Comandante General de Armas y gefe de un pequeño cuerpo de ejército,—despues de conferenciar y entenderse con los caudillos, que esperaban á la puerta de la ciudad, intimó á nombre de ellos la disolucion del Congreso y el cese del Director.

El 11 de Febrero el Cabildo tomó el nombre de *Gobernador*; y comunicó á las demás Provincias la dislocacion de las autoridades nacionales—Al dia siguiente, expidió, en consecuencia, un célebre bando en el que convocaba al pueblo á la eleccion de representantes, á fin de dotar de un Gobierno regular á la nueva provincia federal. Sarratea fué nombrado Gobernador; y para contentar á Soler se renovó *in totum* el Cabildo, con hombres de su devocion.

Inmediatamente Sarratea y Soler, se trasladaron al



campo de los caudillos, y allí celebraron el famoso tratado del Pilar de 23 de Febrero; por el cual cada Provincia contratante (las del Litoral) admitía el hecho actual de la Federacion, y libraba la resolucion de esta y otras cuestiones al Congreso que debía convocarse, invitando al efecto á las demás Provincias. Entre otras cláusulas del tratado, habia una sobre subsidios de armas y dinero que debía dar Buenos Aires á los Gobernadores *federales*; y otra que mandaba abrir un juicio político á los miembros del Directorio y del Congreso que acababan de caducar.

Entretanto, el General Juan Ramon Balcarce con la infantería que había salvado de Cepeda, consumaba el pronunciamiento de 6 de Marzo que lo llevaba al poder, seguido del General Alvear, quién acababa de volver á la escena reproduciendo en una noche algo semejante (1) á la hazaña de aquel Coronel La Mothe que apresó él solo la guarnicion de Mons. Y los caudillos, por su parte, amenazaban no ya con volver á atar sus potros al pié de la Pirámide de Mayo, sino con llevarlo todo á sangre y fuego, si no eran repuestos Sarratea en la Gobernacion, y Soler en la Comandancia de Armas.

Balcarce caía á los pocos dias. Sarratea volvía al poder, mandaba abrir el proceso de alta traicion (!) contra el Directorio y el Congreso, y se ponía al habla

(1) El General Alvear, que estaba alejado de Buenos Aires desde la Revolucion que le hicieron en 1815, y que no tenía ningun género de afinidades con las fracciones de 1820,—se presentó de improviso, solo, tranquilo y resuelto, el dia 5 de Marzo, en el Cuartel del Cuerpo de *Agucerritos* que mandaba el Coronel Rolon, con el objeto de conferenciar con el General Balcarce, lo que consiguió en efecto por intermedio de aquel gefe.



con el General Alvear y con Carrera, para librarse del General Soler.

El General Alvear, que estaba oculto en un buque en nuestra rada, desde el día en que se presentó con su habitual arrogancia, ante el Cabildo abierto convocado con motivo de la caída de Balcarce; y que creía que se ganaba tiempo en estas empresas difíciles, yendo derecho al objeto, sin demoras de ninguna especie,—bajaba á tierra en la noche del 26 de Marzo, se instalaba en el Cuartel de Aguerridos, mandaba prender á Soler y á algunos otros oficiales, en tanto que sus amigos elevaban una solicitud pidiendo para él, al Gobernador, el mando en jefe de las armas.

Esta escena de májia política duró un día. El día 27 se levantó nuevamente el telon, y apareció Soler al frente de su querida Comandancia, rebosando ira contra Sarratea. Sarratea procuró aplacarla, declarando á Alvear «reo de alta traicion»; lo cual importaba á Soler muchísimo ménos que el mando, que era para él cuestion de días.

Entretanto, la Junta de Representantes, creada por Bando de 12 de Febrero, se integraba con los hombres del partido Directorial. Sarratea, perdido tambien por este lado, hacía esfuerzos para eliminarlos, pero se encontraba con la figura arrogante de Anchorena, quien lo retrataba con perfiles pronunciados, y lo obligaba á dejar el Gobierno entre las fustigaciones de la prensa.

La Junta nombró en su reemplazo á Ramos Mejia; y Soler . . . trasladaba su teatro á la Villa de Lujan. . . . La escena comenzó en *los campos de la Libertad*, por



una série de renunciaciones del cargo militar que desempeñaba Soler; siguió con una intimación teatral hecha al Cabildo; y concluyó con la entrada de Soler á recibir el baston de mando, que le alargó la Junta, disolviéndose en seguida.

El Cabildo, envuelto en esta vorágine, maniatado por los giros diversos de la opinión tumultuaria, que se manifestaba á cada instante en sentido opuesto, en los Cuarteles convertidos en Congresos, y en la plaza principal, que era el salón de los Gobernadores dramáticos;—Gobernante por la mañana, gobernado por la tarde; apoyado por unos, desconocido una hora después por los más, y humillado el mismo día por todos,—se había sometido *bon gré mal gré* á la dura ley de la época, como creyendo que había llegado el momento de preguntarse, á la faz de sus antecedentes y de sus fueros, si era cierto que en Buenos Aires se habían vuelto locos todos los hombres, y si era preferible dejar que pasara la crisis para empezar á hablarles como á cuerdos.

Porque todos estos hechos se habían sucedido en algunas semanas rápidas, como las escenas de un drama de májia. La májia había sido aquí el vértigo, retratado por sí mismo, entre chuzas y carbones encendidos,—flotando sobre una superficie opaca, en la que se dibujaban furias que compartían de lo carnavalesco y de lo horrible.

Así lo dicen todos estos sucesos; así lo dicen los diarios de ese año, las valientes pinceladas del arrogante Anchorena; y entre muchas otras cosas el siguiente *soneton* que escribió una mano muy conocida, y que reasume la fotografía de la época.



Lo conservamos de puño y letra de quien lo escribió,
Dice así :

SONETON

¡ Qué conjunto de pillos descarados !
¡ Qué apiñado monton de bandoleros !
¡ Qué redil de ladrones tan rateros !
¡ Qué San Andrés de locos desatados !
¡ Qué vigardones tan desatentados !
¡ Qué burdos tramoyistas tan groseros !
¡ Qué majada de ovejas y carneros !
¡ Qué zahurda de inmorales tan osados !
¡ Qué parásitos viles é indecentes !
¡ Qué ambiciosos del real tan insaciables !
¡ Qué indignos de vivir entre las gentes !.....
Tal es el círculo de entes detestables
en que danza, se vuelca y sarandea
el máximo entre todos — Sarratea. »

IV—Pero el año fatal no habia concluido. Soler Gobernador en la ciudad, mientras Alvear se hacía elejir tambien Gobernador en Lujan, con ayuda de los caudillos,—fueron á dirimir la contienda en la Cañada de la Cruz. El General Alvear fué derrotado, y obligado á alejarse de la escena política—Detrás de Soler quedaba Pagola, un semi-bárbaro veterano, que todo lo resolvía á sablazos. Pagola condujo la infantería porteña (que nunca vencían los caudillos) hasta la Plaza de la Victoria. Allí se proclamó Comandante General de Armas; impuso á todos su voluntad, y le previno al Cabildo que tenía que contener á su gente, para que no degollara á todos los *traidores*!



Esto, mientras que los caudillos se preparaban, desde las puertas de Buenos Aires, á recobrar la presa que habian dejado escapar. Amenazaban de nuevo el último baluarte de la civilizacion. ¡Verdad es que los hombres que sirvieron á esa civilizacion habian pactado con los caudillos, sometiendo la dignidad de la patria al capricho de la barbarie!

Aquí aparece Dorrego,—á quien Soler habia nombrado Comandante General de Armas.

Dorrego no era ajeno á estos acontecimientos. Los caudillos federales, al invadir nuevamente á Buenos Aires, contaban con la cooperacion de él para colocar á Alvear en el gobierno. Verdad es que estas afinidades de Dorrego venian de tiempo atrás. Su conducta respecto de los hombres que habian gobernado hasta ántes de 1820, manifestada con la noble energía, que fué uno de sus rasgos prominentes, habla bien claro. Esas afinidades lo habían llevado á divorciarse de todos los que defendían *la causa de América*, para confabularse con Artigas. Es sabido que Dorrego y el doctor Agrelo, enemigos de San Martín y del Congrero de Tucuman, (prestando que este último se componía de monarquistas, una vez que se hizo público el sueño cándido de Belgrano, sobre Monarquía Incana,—y el contenido de las *actas* secretas de ese cuerpo) enviaron á Artigas las bases para la convocatoria de un Congreso *Federal* que debia reunirse en Paisandú!!! (1)

Sarratea y Soler habian hecho suyos estos mismos

(1) Lopez, Historia del año 20, en la Revista del Río de la Plata, T. 5º, pág. 111, 118 y 120.



acontecimientos, mandando abrir el proceso de alta traicion contra ese Congreso y el Directorio que surgió de él; y eligiendo para acusador nada ménos que al doctor Agrelo, amigo íntimo de Dorrego.

Desde que Buenos Aires se convirtió en Provincia Federal, era natural que Dorrego, que habia sido desde la prensa el grande agitador de esta idea, esperára el momento oportuno para representarla desde el gobierno, tal como él la entendia.

Los acontecimientos que se siguieron á la separacion de Sarratea y de Soler, le presentaron ese momento.

Pero entónces, Dorrego se espantó de su propia obra, de sus consejos anteriores, de sus ligas necesarias para el triunfo de sus ideas. Ya no podia desafiar las conveniencias, la pátria y los peligros, para darse el placer de ver en todo ello un epígrama, fiado en sus prendas personales distinguidas. La nobleza de su corazon, el éco de su patriotismo, se sublevaron contra la invasion vandálica de las masas federales, que, á realizar sus designios, no habrían dejado piedra sobre piedra en Buenos Aires.

Dorrego era el único hombre capaz de defender la ciudad, en esos momentos: pero los únicos defensores de esta estaban precisamente en las filas del partido opuesto á aquel en que Dorrego militaba. El patriotismo y la civilización triunfaron—Dorrego se plegó al partido Directorial ó unitario.

Y toda la brillante juventud unitaria se puso á las órdenes del candillo federal. El bullicioso agitador desapareció en esos momentos bajo la severa y arrogante



apostura del veterano glorioso. Y unitarios como Anchorena, Passo, Lopez, Azcuénaga, Lezica, Andrade, Castro, Aguirre Escalada, Ramos Mejia, Romero, Gallardo etc. etc. etc. impidieron con su prestigio, con su dinero y con su influencia el que los caudillos federales vinieran nuevamente á hacer gala de barbarie al pié de la pirámide de Mayo.

Acompañado de las simpatías populares, y de sus ensueños de adolescente, Dorrego se puso en campaña el 18 de Julio. El 2 de Agosto caía como un rayo entre los caudillos aparapetados en San Nicolás (Alvear estaba entre ellos!) y tomaba este pueblo por asalto. Y en pos de su jenial lijereza, ordenaba al general Balcarce, gobernador sustituto, que convocase dentro de veinte y cuatro horas á elecciones de representantes, para que procedieran á nombrar, el gobernador propietario. (1) Sin darse trégua caía nuevamente sobre los caudillos, y les daba otro golpe en Pavon, el 12 del mismo mes; hasta que fué derrotado en el Gamonal, el 2 de Setiembre.

Lopez lo venció doblemente; porque en vez de seguir adelante, dirigió una nota al Cabildo en la que pedia la paz, y daba á entender que Dorrego era el único obstáculo para afianzarla.

Porque la fatalidad empujaba á Dorrego.—En vez de aprovechar de su victoria de Pavon, iniciando él mismo la paz; ó de la impresion favorable que produjo en la opinion la nota de Lopez,—que hacia esperar la alianza de



las dos Provincias y, de consiguiente, la ruptura de Lopez con los demás caudillos del Litoral,—Dorrego siguió adelante por el campo de la derrota, como Napoleon en la sombría noche de Waterlloo; y anunció á los pocos dias al Cabildo que habia organizado un cuerpo de ejército para proseguir la campaña; en tanto que subalternos muy inferiores á él, como el Comandante Rosas, entretenian con el fatigado caudillo Santafesino las proposiciones de paz que se ajustaron despues.

V—Antes de seguir adelante, debemos detenernos en el lúgubre interregno en que gobernaron sin programa fijo, sin vínculo sério entre sí, el Cabildo, Aguirre, Sarratea, Balcarce, Irigoyen, Ramos Mejía, Soler ó Dorrego, en medio de la verdadera tormenta revolucionaria.

Del rápido bosquejo que acabamos de hacer, resulta que los sucesos *se imponian*, en esa época de cambios turbulentos, que interrumpian la labor y defraudaban la esperanza de los mas osados; como si todos los hombres debieran ser necesariamente instrumentos ciegos ó inconcientes, en las evoluciones diarias de una política llena de sombras y de incertidumbres.

Y de aquí se desprende una otra consecuencia:—Las ambiciones, los ódios, las venganzas, pudieron precipitar lo que se hallamado con razon el caos del año 20; pero ellos no lo produjeron. La crisis política y social se produjo en fuerza de la lógica irresistible de los hechos; y en virtud de las propias leyes del desenvolvimiento de estos últimos, para los que habia llegado el momento oportuno de la crisis.

Todo esfuerzo habia sido, pues, inútil para sofocar la tremenda crisis revolucionaria del año 20.



La palanca formidable de Arquímedes, no habría tenido mas punto fijo que el seno mismo del cáos, negro como la fatalidad que lo suspendia entre las ondas del vértigo.

Hay fuerzas superiores, que deciden de los acontecimientos políticos, como las que rijen los fenómenos naturales.

Un aereólito se vé, se palpa, cuándo se entierra en el hoyo que forma en la tierra. Una peña se sumerge en el océano, cuándo los niveles del mar, que se elevan en una proporcion que nadie tuvo en cuenta, combinaron su reaccion con elementos invisibles, acaso ignotos, para borrarla de la superficie dónde se destacaba como una de tantas creaciones efímeras.

Por qué no se ha de creer en la sucesion de estas leyes fatales, cuyo cumplimiento, por lo que respecta á la política, se funda en la relacion múltiple de los hechos que preparan los acontecimientos? . . .

Por qué la accion permanece en la tiniebla del *no ser*, porque no es dado medir la órbita en que jira, por qué no se previó el resultado?

Pero la duda no puede fundar aquí la negacion. Las fuerzas se agitan ocultas, bajo el impulso fatal de la ley que las rige. Cuando sus múltiples movimientos,—que son aquellas séries de hechos,—concluyen su combinacion armónica, el fenómeno se produce. Si vive ¿por qué no dudar de uno mismo, ántes de negarlo? Si nuestro organismo, nuestro ser, es un vivo reflejo de una de esas mismas combinaciones lentas de molécula con molécula ¿por qué circunscribir la accion de esas leyes, á falta de medios para explicárnoslas? Si la ley



es universal, cómo infinito el espacio en que se ciernen, ¿por qué no estenderla al mundo moral, dónde nos ajitamos con nuestras ideas y acciones,—para las que hay también una sancion ineludible, cuyos fundamentos residen en nosotros mismos, á fuer de indispensables para garantizar nuestra propia estabilidad?

Estas no son abstracciones. Son verdades prácticas. La misma ley de la combinacion de las sustancias, aun la que imprime á la materia cien evoluciones, hasta petrificarla, esto es, hasta producir un resultado,—aplíquese al cuerpo humano en la época de su desarrollo. Una verdadera revolucion se opera fatalmente en todo el organismo. En medio de transformaciones, *extrañas siempre al que las experimenta*, y de cámbios que parecen arrebatar la armonía del conjunto, se produce, por fin, el fenómeno que nadie habria detenido.

Desde este punto de vista, debe examinarse, á mi juicio, el año 20. Aquello fué el caos. Una idea surjía para ser desnaturalizada en seguida. Los hechos emprendian la carrera en opuestas direcciones, arrastrando consigo las miserables migajas del bien que á todos pertenecía. Grupos de hombres notables á quienes estaba encomendada la organizacion de la pátria, que pugnan por destruirse mutuamente, aunque alcanzáran el reinado de las cenizas. Un patriotismo mentido unas veces, exajerado otras, que conducia á la demagogía. Un absolutismo inaudito, allí dónde se veía la opinion en esqueleto. El *Tartufismo*, envuelto en el blanco y celeste, llamando «á la lid tremenda.» Robespierre, levantando la cuchilla para quedar él solo, y poder gri-



tar á sus anchas, sin temor de ser interrumpido: ¡Viva la Federacion!

Y....hay desgracias que enseñan mas que las bibliotecas. Hay sacudimientos profundos que descubren la verdad, que no se pudo encontrar en un mundo de abstracciones; dónde la timidez, la imposibilidad para la aplicacion de un sistema, hacía perder el rumbo á los que profesaban el patriotismo mas acendrado.

El año 20 es una de ellas. El año 20 no fué la obra de las ambiciones, de los odios. No fué la combinacion calculada y progresiva de las pasiones insanas, que chocaron con estrépito en un momento dado. Estas pudieron avivar ese volcan, pero no lo crearon. Soler, Dorrego y Balcarce ó Rodriguez, y si aun se quiere, Ramirez, Lopez, Bustos etc. etc. etc. fueron, cuando mas, la espresion jenuina y palpitante de aquellas pasiones; pero todos juntos eran impotentes para detener la vorájjine, con que debia inaugurarse la crisis estupenda de un pueblo, que recién iba á fijar sus miras en el gran problema de su organizacion.

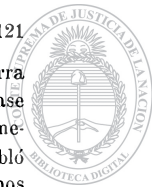
El hecho era fatal. Y vuelvo á mis ejemplos. Del seno de los mares, ó allá.... cerca de una roca que cien veces dejó atrás un navegante, surge derrepente una masa informe á la distancia, luego una especie de montaña negra, desconocida, inaudita, y despues.... tierra, tierra firme! un abrigo mas donde se estendía una sábana inmensa, sudario de mil esperanzas. La naturaleza incubaba este prodijio. Cálculos mas ó ménos aproximados pudieron anunciarlo si se quiere; pero la isla surgió en el momento en que una ley debía cumplirse. Tal fué el año 20:—el cumplimiento ineludi-



ble de la ley que preside el primer plan de desenvolvimiento de todo cuerpo político, en el que todos sostienen la eficacia de su pensamiento reconstructor, por mas que se excluyan recíprocamente en el momento decisivo de la crisis.

Se ha querido ver en las escenas de esta anarquía, un colorido semejante al de las de 89 en Francia. Pero la verdad es que son dos dramas de muy distinto argumento. Alfieri puede trasuntar algo del *arcaísmo* de Eurípides; como Moratin algo del génio de Molière, en eso de querer perpetuar en sus escenas á los tipos inmortales de este último; pero esto no induce semejanza entre ninguno de ellos.

Francia era una civilizacion sellada por la mano de los siglos. Nuestro país era un mero antemural opuesto á la barbarie de las Pampas, en los diez años de vida que contaba. Nosotros teníamos que *crear*, para *ser* una nacion. Francia tenía que *destruir*, para *rejenerarse*. Francia tenía que arrojar todo su pasado en la hoguera de sus delirios. Nosotros debíamos encontrar en los tremendos delirios de nuestro presente, el principio fundamental de nuestra organizacion futura. La crisis revolucionaria se produjo allí desde ántes que cayera la Bastilla, al empuje de *La Razon*, que el pueblo arrastraba por las calles; y duró dia por dia hasta despues de aquel en que, el éco de la revolucion desnaturalizada, apagaba el [de Robespierre, diciéndole: « la sangre de Danton te ahoga. » Entre nosotros, la crisis revolucionaria, esto es, la crisis *orgánica*, se produjo en el momento oportuno y lógico,—en fuerza de los acontecimientos que venían sancionándola, como con-



secuencia de las ventajas que obteníamos en la guerra de la *Independencia*, que era el fundamento y la base del nuevo orden inaugurado en 1810. La única semejanza que existe, es que en ambos países habló el *contrato social*; y que nosotros también decapitamos tres reyes á falta de uno, usando de una guillotina de la que nadie se declaró inventor: la *diplomacia* y el *ridículo*.

El año 20 no volverá probablemente para nosotros, porque las crisis sociales de la naturaleza de aquella, se suceden pocas veces en la historia política de los países en general. El año 20 fué la época en que hizo crisis la *transformacion* que venía incubada en las entrañas de un gran pueblo. Y en la série de las transformaciones—mucho mas que en la série de las *causas* de Aristóteles, es indispensable detenerse.

En resúmen:—una fuerza superior que hacía jirar todos los elementos populares en un círculo insalvable, en el que se amalgamaban tumultuosamente, para rechazarse en seguida, y volver debilitados, cuando se creían repuestos, á la lucha continua cuyo término no se veía, á falta de *un* resultado que lo fundara,—tal fué, á mi juicio, la causa productora del año 20, segun lo que he expresado. Las ambiciones pudieron precipitar ese torrente, pero ellas no le dieron origen. Todo sacrificio, habría sido, pues, impotente para salvar ese caos en cuyo fondo bullía la incertidumbre mas desesperante, y en cuyos ámbitos chocaban ideas violentas, prematuras, y perjudiciales, pero perfectamente fundadas en la naturaleza y en la índole del teatro recién abierto á las investigaciones y á las esperanzas de todos los que



eran empujados, por un sentimiento generoso, á ese daldato aterrador, cuya salida no se veía entónces. »

Es posible que algunos de nuestros lectores no adhieran á estas conclusiones. Hay entre nosotros una escuela, cuyos discípulos atribuyen nuestras desgracias á uno de los partidos que se diseñaron ántes del año 20, —en razon de las simpatías que han heredado, ó de las conveniencias que les hace prestigiar glorias, de que todos á la vez se creen representantes legítimos, por mas que nieguen el esfuerzo de los unos ó de los otros hombres de aquel tiempo. Permítasenos decir que los que así piensan, adolecen de un mal que podría llamarse *panteísmo político*, y que consiste en confundir el efecto con la causa.

Los que así piensan, no quieren creer en la lógica de los hechos que existe, pese á quien pese. Quieren fundar esclusivamente todos los acontecimientos, todos los fenómenos sociales, en las pasiones y en las ideas de esa época de extravíos horribles. Y al ir á tocar su obra, se encuentran con el vacío, por la sencilla razon de que ven predominar en absoluto la perversidad política, la confusion vertiginosa, el choque inaudito de mil aspiraciones,—todo lo cual los conduce á un resultado perfectamente negativo, como quiera que de este conjunto abominable no pueden deducir las premisas para su sistema.

No pueden explicarse la incubacion de las ideas; que debian hacer crisis precisamente en el momento en que chocarán con estrépito, al caer juntas en el crisol que tenía preparado de tiempo atrás, el destino de un pueblo próximo á surgir á la vida propia.



Olvidan que las séries de los acontecimientos políticos, no constituyen, *en sí*, mas que otros tantos écos de la idea madre que los enjendró, obedeciendo en este sentido á la ley de la transformacion, que es inmutable como el progreso; de la misma manera que se sucede con las fisonomías ó tipos nacionales, que adquieren perfiles orijinales y bellos cuándo las razas han operado su combinacion lenta y progresiva; y aun con los idiomas, que á la larga se transforman, conservando apénas las raices primitivas de sus orígenes olvidados.

VI—Ahóra bien, ¿ qué debía, qué podía venir inmediatamente despues de la catástrofe, que queda bosquejada en la teoría y en los hechos que la fundan ?

¿ La *última* espresion de la idea *orgánica* y fundamental de la Revolucion Argentina ?

No; las ideas están sometidas tambien á leyes de desenvolvimiento, que el tiempo va fijando poco á poco. En 1820 esa *idea* no tenía la sancion del tiempo, ni la sancion de todos los elementos que *contribuian á extraerla del seno mismo del conjunto que despedazaban*.

El teatro era muy vasto, para que se pudiera fijar, en 1820, los progresos de esa idea. Esos elementos se cernían en todos los ámbitos de la República, para caer sobre Buenos Aires, como otras tantas sierpes de fuego, que alumbraban todo el proyecto que recorrían destrozando.

Así era como en los dias mas calamitosos de la crisis, se veía dominar el pensamiento de la nacionalidad, y de la organizacion.... Esfuerzos que quebraba el rayo del siguiente dia, pero esfuerzos que anunciaban el cumplimiento, mas ó ménos tardío, de una ley que nada



ni nadie podía quebrar; porque entónces se habría levantado un destino frente á otro destino, lo cual no es admisible, tratándose de un país que lo tenía fijado de antemano por el movimiento político mas grandioso de este siglo.

Si; sin contar las invitaciones de Sarratea y de Soler para la convocatoria del Congreso en San Lorenzo,—el Cabildo de Buenos Aires y su Gobernador, en Julio de ese año, la Junta de Representantes, en Setiembre, dirigían manifestaciones á todas las Provincias, sobre la necesidad de reunirse en Congreso, para decidir sobre la suerte y *organizacion de la Nacion*. Hasta Bustos, el mas Tartufo de los caudillos, trabajaba por su parte, para que los Diputados se reunieran en Córdoba, como lo comenzaron á hacer, en efecto, algunos de ellos en el año siguiente. (1)

Lo que se veía, pues, cuando se aplacaron las furias de la tormenta, y se afianzó el principio de autoridad en Buenos Aires, (pues necesariamente tenemos que referirnos á Buenos Aires donde todo venia á converjer) venciendo el último dia de la anarquía del año 20, en la persona de Pagola y sus desgraciados ayudadores,—era una mera manifestacion de la opinion, en favor de la *Organizacion*.

Se ha visto que esta organizacion no podía anticiparse, sin violentar sus propias premisas. El carácter de

(1) Los Diputados á ese Congreso, que se encontraban en Córdoba á mediados de 1821, eran los siguientes: Por Buenos Aires, don Juan Cruz Varela, don Matias Patron, don Justo García Valdéz y don Teodoro Sanchez de Bustamante.—Por Córdoba, don Dámaso Jijena.—Por Santa Fé, don Pedro Larrachea.—Por Mendoza, don Francisco Delgado.—Por San Juan, don Posidio Rojo.—Por San Luis, don Marcelino Poblet.—Por Santiago del Estero, don Mateo Saravia.



esa manifestacion era, de consiguiente, transitorio;—pues que se había producido en mérito de las ventajas parciales que conseguían los partidos diezmados, exhaustos, despues de tanto esfuerzo y de tanto desvío, para alcanzar su predominio á costa de la destruccion de los demás.

El partido que en estos momentos estuviera en mejores condiciones debía decidir, naturalmente, de este resultado.

El descrédito en que cayeron las fracciones federales de Sarratea y de Soler, con quiénes Dorrego había contemporizado alternativamente,—ya fomentando el proceso de *alta traicion* contra el Director y el Congreso, en el que fué Fiscal su íntimo amigo el doctor Agrelo,—ya como Comandante General de Armas, ántes que aquel General fuese derrotado por Lopez y Carrera en la Cañada de la Cruz;—la famosa convencion del Pilar, firmada en 23 de Febrero por Sarratea, Lopez y Ramirez, que era una marca de fuego para Buenos Aires, y que por esto mismo había contribuido eficazmente á que los hombres principales de la Revolucion y de los Directorias se unieran por el sentimiento de la dignidad herida;—la derrota del Gamonal que sufrió Dorrego cuándo la Junta debía elegir Gobernador, en virtud de la órden que él dió á Balcarce para que hiciese proceder á ese nombramiento « dentro de veinte y cuatro horas » (despues de San Nicolás); y el empeño del mismo Dorrego en seguir la guerra contra Lopez, cuando este había depuesto sus sentimientos de paz y union ante el Cabildo de Buenos Aires, que se veía en esos momentos prestigiado por los hombres mas distinguidos del partido



unitario, dueños de la Junta,—tal fué lo que decidió del resultado á que me he referido.

Y como consecuencia de ello, el 26 de Setiembre (1820) el General Martin Rodriguez, fué nombrado Gobernador y Capitan General de las Provincias de Buenos Aires.

El partido unitario, representado por los hombres que habían vinculado su nombre á todos los progresos de la Revolucion, en los diez años trascurridos; y por la brillante juventud de Buenos Aires, que los miraba en la cumbre de la gloria, inauguraba una situacion, de donde debía surgir otro plan de reconstruccion.

Vamos á seguirlo. Rodriguez, como miembro conspicuo del partido unitario, ántes Directorial, anunciaba á RIVADAVIA, quien debía poner bien pronto su jénio y sus virtudes al servicio de su pátria.

CAPÍTULO VII

CONGRESO DE 1824—LA PRESIDENCIA



I. Rivadavia—II. La poesía revolucionaria—Analogía en sus propósitos con los de la que le precedió—III. La revolución social—IV. Convocatoria del Congreso—V. Guerra del Brasil—VI La cuestión presidencial—su exámen crítico histórico—VII. Ley de *capitalización*—su análisis.

I—El gobierno del general Rodríguez fue una especie de *renacimiento* de la civilización Argentina.

Bajo sus auspicios, Buenos Aires empezó á proyectar nuevamente los vívidos resplandores de su libertad y de su gloria, sobre la frente de sus hermanos abatidos.

Para llegar á este punto, se requería algo mas que ese patriotismo y esa voluntad, que se habían estrellado veinte veces contra obstáculos superiores á la prevision.

Se requería un hombre que, sobreponiéndose á las circunstancias, estrechára sobre su corazón magnánimo todas las dificultades, y las hiciera suyas como productos lógicos de la patria común, para dominarlas y vencerlas, venciendo y abatiendo las causas que las habían enjendrado, y las preocupaciones y los intereses que pugnaban por mantenerlas. Se requería una cabeza tocada por el espíritu de Moreno, que viviera en el mundo de las grandes inspiraciones, fija á toda hora en la fe-



licidad de la patria, unificada con esta por el consorcio misterioso de un amor inmenso.

Ese hombre superior fué Rivadavia. (1)

Desde su ministerio de gobierno lanzó á Buenos Aires en pos de sus grandes aspiraciones, encarando valientemente la *revolucion social*, para llamar con ella al corazon y al sentimiento del pueblo que acababa de apurar sus amarguras. (2)

En este sentido, Rivadavia llegó á ser la personificación mas alta y mas brillante del partido que habia creado la nueva situacion política; y cuyos principales proponentes habian formado el núcleo de patriotas que convocaron « á la lid tremenda, » que dieron el programa de la Revolucion de Mayo, y que la sostuvieron y

(1) A Rivadavia le llamaban *loco sério*, en su época, y despues de su época. Lo de *cabeza tocada* podría pasar por un retruécano sinó fuera un homenaje tributado al grande hombre. Lo cierto es que nuestra *Casa Rosada* no ha guardado muchos *locos* semejantes. El único que la ha habitado despues de Rivadavia, como *loco malo*, ha sido Sarmiento.

(2) Un Argentino que se ha hecho notable por la influencia que han ejercido sus altas vistas y sus opiniones reposadas é ilustradísimas, en la política Argentina, Peruana y Chilena, durante la primera década de la Revolucion de Mayo, á causa de la mancomunidad de esfuerzos que existía entre él y los hombres mas comprometidos en esta, y de la amistad íntima que lo unía con San Martín,—el general Tomás Guido,—cuyas palabras no pueden ser sospechosas á este respecto,—escribía lo siguiente, acerca de la obra iniciada y llevada á cabo por Rivadavia, como Ministro del general Rodríguez:—« Cada vez que recibo los papeles públicos de « Buenos Aires, bendigo el día en que apareció su presente administración. *No cabe en el cálculo de un hombre que observe desde lejos, como « en tan cortos dias han podido apartarse los escombros de una gran ruina, y erigirse monumentos sublimes.* Todo parecia reparable ménos « el crédito público y los estragos del fanatismo, pero el jenio de la justicia y de la sabiduría se ha anticipado al tiempo. » (Abril 22 de 1823)—Véase Revista de Buenos Aires, T. 13, pág. 35.



dirijieron durante los Directorios que se siguieron al Triunvirato.

Casi todos respondieron al llamado del grande hombre, que debia borrar en tres años de administracion y de labor constante, las huellas devastadoras de la borrasca que acababa de azotar á Buenos Aires.

Y la idea de Mayo volvió á destacarse entónces en el cielo de la pátria, como uno de esos astros luminosos que sirven de guía al caminante, en las noches de su peregrinacion al sitio querido de sus ensueños. Esto no es figurado. El ensueño existía, velado por esperanzas patrióticas que, ojála se hubieran apreciado despues!

II—Aquello fué un despertar de gloria! Engrande-
cer á la pátria por la libertad y por la civilizacion, era el ideal dominante de los hombres de esa época, que vinculaban sus esfuerzos para continuar la obra de los propagandistas y poetas de la primera década, interrumpida, olvidada y perdida en la noche fatal del año 20.

Porque en ésta como en aquella época, la poesía pátria ejerció influencias decisivas, al favor de la mision civilizadora que emprendió, con un éxito de que no hay otro ejemplo en nuestra historia. Sus vuelos, mantenidos por el hilo de un mismo pensamiento, llegaron á abrazar todo el conjunto de la sociedad, y á levantarla en pos de sus estímulos poderosos.

Es que la poesía de estas dos épocas no buscó sus inspiraciones en ninguno de esos climas lejanos (dónde se puede aflojar la rienda á la inventiva) dónde la naturaleza descubre sus púdicos encantos,



al arrullo de brisas amorosas que se aduermen en el espacio, donde acaso flotan las sombras voluptuosas que las empujan.; ni en las grandezas, preocupaciones, ó ideas ajenas á los intereses del país en que se vive; como es fama que proceden las escuelas incoloras, para dar tréguas al fastidio de los que resuelven no hacer nada, ó para complacer la presuntuosidad de los que creen que han hecho demasiado.

La poesía de estas dos épocas, y muy principalmente la de la última, se consagró á popularizar, en todos los tonos, las ideas que emanaban de la Revolucion de Mayo, á preconizar los progresos que ellas encerraban, á enseñar uno por uno los medios con los cuáles los ciudadanos podian y debian asegurarlas para la posteridad del pueblo Argentino; combatiendo y destruyendo, con una valentía superior á todo elogio, todos los intereses, todas las preocupaciones, todos los hábitos que resistían tenazmente, en nombre de la colonia, la rejeneracion social de nuestro país, que desde entónces pudo aspirar á un puesto digno entre las naciones civilizadas.

Fué, en una palabra, revolucionaria y propagandista: ejerció la verdadera mision que corresponde á la poesía en los paises libres,—que viven del estímulo que se preste á los mejoramientos y progresos de que sean susceptibles sus instituciones.

• Nuestros poetas, ha dicho un ilustre publicista Argentino, han sido los sacerdotes de la creencia de Mayo, y los que han mantenido vivo en el altar de la pátria el fuego de sus primeras centellas. Unos á otros se han trasmitido de jeneracion en jeneracion,



« la llama sagrada del entusiasmo por la libertad, cuyo resplandor es tan poderoso que todavia puede guiarnos en el camino del ideal por en medio de las sombras del positivismo egoista que arrastra las naciones á la tumba. » (1)

Verdad es que los propósitos que caracterizaron á la época que se siguió al año 20 eran mas amplios y mas radicales, si se quiere, que los que se trabajaron en la época anterior. Pero de todos modos, el pensamiento civilizador siguió predominando en nuestra poesía.

Antes de 1820, como lo dice Gutierrez, la palabra inspirada de nuestros poetas levantó un altar en el alma de cada ciudadano, dónde debia mantenerse perennemente, como en el Templo de Vesta, el fuego del amor á la pátria. Mil veces lo pregonaban sin cesar ya cantando en el lenguaje valeroso de Tirteo la marcha triunfante de nuestras lecciones, ya despertando á la juventud con algun eco del poema de Mayo, que les repetian las madres en su regazo, los maestros desde la cátedra, los artistas desde el teatro. . . . empapados todos en esa idea salvadora, surjida del Pampero Revolucionario que la hacia llegar á todas partes.

En esta poderosa manifestacion de las fuerzas de nuestra sociedad, habia, sí, algo del *realismo* de las epopeyas de aquella Gran Grecia, immortalizadas por sus poetas, que eran soldados como Esquilo en Maraton; por Sófoeles que las exaltaba, cantando á la libertad despues de Salamina; por Eurípides que las hacia revivir en el teatro; y por Demóstenes, soldado tambien,

(1) Juan Maria Gutierrez —Vida y obras de don Juan de la Cruz Varela.



por Herodoto que las recojia como las mas grandes palpitaciones del alma de la historia, por Fidias que les daba eterno color y eterno brillo bajo la majestuosa belleza de las formas.

Dejándose llevar acaso por esta idea, el poeta de Mayo dijo en un momento de exaltacion patriótica :

« Calle Esparta su virtud,
« sus hazañas calle Roma;
« silencio ! que al mundo asoma
« la gran capital del Sud ! »

III—Despues de 1820 los pueblos Argentinos eran independientes, pero no eran libres. La poesia y la propaganda, que habian tenido por teatros principales nuestros ejércitos y nuestros pueblos invadidos, debia consagrarse, luego de vencida España, á reunir, levantar y rejenerar á esas sociedades que conservaban todavia todas las tradiciones y hábitos de la colonia. A la revolucion de la Independencia debia seguirse la *revolucion social*, que era su complemento propuesto desde 1810.

A esta *revolucion social* dirigió todos sus conatos la poesia revolucionaria de 1822, de consuno con todos los pensadores y propagandistas de la época.

Y todo cedió al empuje que inició esta época de reconstruccion y de labor. Nadie recordaba esa tremenda noche del año 20, en que todo hubo de perderse. La sociedad cambió de faz completamente, tratando de arraigar en su seno las ideas mas libres, y los progresos mas directamente vinculados con sus intereses materiales.

Y el patriotismo multiplicaba el esfuerzo. Así lo



prueba la diversidad de roles igualmente brillantes que asumían los hombres de esta época, en sociabilidad y en política. Así como Castelli y Belgrano, de abogados se habían convertido en generales, que alcanzaban victorias semejantes á las de San Martín y á las de Alvear, así todos los hombres que secundaban las altas miras de Rivadavia, poetas revolucionarios los unos, militares los otros, sacerdotes en buen número, ó sin ocupacion fija, los mas, se trasformaron en publicistas, oradores y tribunos de la *revolucion social*; asociando sus nombres á reformas políticas y humanitarias, que han sido despues las fuentes dónde hemos encontrado mas de una idea salvadora, perdida en la larga noche de nuestras contiendas civiles! . . .

(Que hermosa trasformacion! y que gloria tan pura la del hombre superior que la inició y que la llevó á cabo!

Y que era él, que era Rivadavia, no hay duda—. . . ¿Tuvo colaboradores? Es cierto: todo el antiguo partido Directorial. ¿Quien no los tiene? García lo acompañó tambien, abarcando con su talento y sus grandes conocimientos, las cuestiones que se referian á nuestros intereses económicos, á nuestras finanzas. Pero Rivadavia fué el alma de la época que él inició, y en la que incrustó su jénio, sus ideas, sus sentimientos, y hasta las nobles aspiraciones que seguia alimentando todavia en el silencio imponente de su destierro voluntario.

Los mismos que lo fustigaban, lo reconocieron así al fin. La prensa,—que solía salir de quicio, en alas de una libertad que no podía ser tan liviana,—rindió sus homenajes al ilustre hombre de Estado, que se había



connaturalizado con todas las impresiones, con todas las desgracias y con todas las glorias de la gran Revolución.

Sería muy prolijo enumerar todas estas opiniones contemporáneas, tanto ménos sospechosas cuánto que partían de los adversarios francos de Rivadavia y de su política.

Voy á trascribir tan solo una opinion imparcial é ilustrada, del otro lado de los Andes.

Dice así el *Despertador Araucano*—diario importantísimo, fundado en Chile en Abril de 1823, por los hombres que iniciaron allí la revolucion social bajo el mismo plan que la nuestra :

« Buenos Aires en un tiempo muy corto, ha andado el camino de muchos años. El tiene hacienda, crédito, luces, policía arreglada, libertad en los ciudadanos, como en los países mas clásicos; ha reformado su administracion de justicia; ha estendido sus relaciones con todos los Estados con quienes debe entenderse; ha dado á su comercio exterior é interior una elasticidad admirable; y los ciudadanos reposan en libertad, en paz y en abundancia, *sobre la confianza imperturbable de las virtudes del Gobierno, de la sabiduría de sus providencias*, seguros de no volver á sufrir la anarquía de que fueron presa. »

« Este es un fenómeno bien singular, para que pasemos adelante sin observarlo. El señor RIVADAVIA HA PODIDO HACER TANTO BIEN Á SU PAIS, PUES SE LO HA HECHO; pero se lo ha hecho mas con su actividad que con su prudencia; queremos decir que, si despues de haber hecho algo hubiera dejado el resto para el año si-



« guiente, no sabemos si hubiera logrado ni aun lo co-
« menzado. *Sabia este grande hombre que el pueblo*
« *mas siente que examina*; que toda su política consiste
« en la comparacion que hace, mas ó ménos exacta, de
« su estado presente con su estado anterior; . . . y . . .
« ¿ cómo hacerle amar de pronto formas nuevas, de un
« solo golpe, y sin otra seguridad que la conciencia que
« el Gobierno tenía de su justicia ? »

« Ved allí el gran antemural *que encuentran los Go-*
« *biernos para rejenerar los pueblos*, y QUE ES PRINCIPAL
« GLORIA DEL DE BUENOS AIRES HABER ENFRENTADO. NO
« se consiguió ni pudo conseguirse el objeio de otro
« modo, que obrando todo de golpe. Cualquiera que
« recorra los trabajos del Gobierno de Buenos Aires,
« dados en su Registro Oficial, observará que UN SOLO
« HOMBRE SE HIZO CARGO EN LOS PRIMEROS MESES, DE LO
« QUE HOY YA SERÍA LA OBRA DE MUCHOS. Allí encon-
« trará, con todo el desórden que resulta de la exigen-
« cia de las circunstancias, la VISTA DEL GOBIERNO, Y SU
« ACCION PRODIGIOSA Y SIMULTÁNEA DE TODOS LOS RAMOS
« DE SU ADMINISTRACION. SU COMPRESION ADMIRABLE,
« ABARCA Á UNA VISTA LO POLÍTICO, LO ECONÓMICO, LO SO-
« CIAL, LO MORAL, LO RELIGIOSO, LO BELLO DEL PAÍS . . .
« EL PAÍS DEBÍO SER CONMOVIDO TODO ENTERO . . . muy
« pronto la sociedad empieza á sentir los efectos be-
« néficos de su reparacion . . . »

IV—Ahora bien, este esfuerzo que ponía de manifies-
to la potencia intelectual y política del pueblo de 1810,
debía ejercer una influencia decisiva, en el momento en
que el país se propusiera llevar adelante la obra de su
organizacion, interrumpida en 1820.



Buenos Aires había cimentado esta vez su organizacion; en tanto que las demás provincias vivían en la relativa opresion y oscuridad en que las mantenían los caudillos, despues de las sublevaciones de Arequito y de San Juan, por lo que respecta al Norte y al Interior; ó en la disolucion semi-bárbara que habia subsistido despues de la trágica muerte de Ramirez, por lo que respecta al Litoral.

Rivadavia tomó tambien sobre sus hombros esta obra de la nueva organizacion.

Brillando como un astro sobre todos los hombres principales de la República, reunidos los unos en Buenos Aires, ó acompañando los otros con sus votos y sus influencias, la política digna y elevada del grande estadista Argentino, — Rivadavia — se afianzó sobre cimientos esencialmente nacionales, para promover la reunion de un Congreso General en la capital tradicional del Virreynato, — satisfaciendo de esta manera las aspiraciones de esos hombres, que eran la espresion mas viva de los pueblos, y las necesidades inmediatas de la época, que así lo estaban exijiendo.

A este objeto, Rivadavia retiró los Diputados que Buenos Aires había enviado á Córdoba, con arreglo al Tratado de la Pacificacion de 1820, y nombró una Comision de ciudadanos distinguidos, para que fuesen á prestigiar en las Provincias la convocatoria del nuevo Congreso.

Así lo anunciaba en el laborioso cuánto magnífico mensaje que presentó á la tercera Legislatura de la Provincia. (1) En 15 de Junio siguiente, salía de San

(1) Mayo de 1823.



Nicolás el señor Zavaleta á desempeñar su comision en algunas provincias, en tanto que los Generales Arenales y Las Heras, y el doctor Cossio se dirijían á las demás.

Pero esta situacion tan audazmente creada y tan patrióticamente dirijida, venía complicándose por el lado del Brasil, cuya política tendía á anexarse la provincia oriental del Uruguay.

El Brasil llevó á cabo el año 17, la ocupacion de la Provincia Oriental, pretestando las contiínuas invasiones que llevaban los montoneros al sur de sus fronteras. El Gobierno Argentino reclamó de este abuso incalificable; y, posteriormente se negó á reconocer á don Pedro I como emperador del Brasil, hasta que este no devolviera la provincia Oriental, que había usurpado.

Rivadavia acreditó en el Janeiro á don Valentin Gomez, para negociar ese arreglo; pero la negociacion fracasó, porque el Brasil desconoció completamente los derechos de la República Argentina.

En estos momentos el General Las Heras sucedía al General Rodriguez en el mando de la Provincia,—Rivadavia se dirijía á Europa á servir nuevamente los intereses de su país como va á verse,—y el Congreso General de las Provincias Unidas celebraba sus primeras sesiones en Buenos Aires.

V—El Gobierno de Las Heras, fijándose en el estado de las Provincias, empezó contemporizando con el Brasil, aun á costa de la dignidad del país; pero, á poco, se vió obligado á asumir una actitud enérgica y decisiva, ante los sucesos que se habian producido, y ante la opi-



nion unánime de los círculos y de la prensa de Buenos Aires, que pedían la guerra á todo trance.

No podía procederse de otro modo. Don Juan Antonio Lavalleja y sus partidarios, unidos á don Frutos Rivera, acababan de derrotar á los imperiales en las Gallinas, Sarandí y Coquimbo, limpiando casi todo el territorio, y llegando hasta establecer un Gobierno propio, de donde surgió un Congreso que declaró expresamente que la Provincia de Montevideo formaba parte de las Provincias Unidas del Rio de la Plata. (1)

Don Pedro I, en vista de esto, declaró la guerra á las Provincias Unidas; y el General Las Heras expidió una proclama entusiasta, en la que calificaba duramente la conducta del Brasil, y concitaba al pueblo Argentino á vengar el insulto inferido á su Nacionalidad, castigando ejemplarmente la osadía del Imperio.

Esto, apesar de que la situacion de la República no estaba tan despejada como para hacer con éxito la guerra; lo que justificaba la conducta anterior del Gobierno de Las Heras. Los ejércitos que habian luchado en la cien batallas de la Independencia, no existían sino en el nombre. Sus gloriosos restos, ó estaban del otro lado de los Andes, ó habian cedido el peso de las vicisitudes intestinas; si bien es cierto que todavía brillaban las figuras del mismo Las Heras, de Alvear y Lavalle, de Soler, Olavarría, Paz, Otemberg, que con otros militares de renombre como Chilabert y los de su escuela, se basaban para defender la dignidad del país, comandando

(1) Diaz—Historia de la República Oriental. Lopez—Historia del año 20.



un ejército que salvára como siempre el lustre de las armas Argentinas.

Por otra parte, los caudillos,—que surjían de los caudillos como esas fibras que saltan y se estremecen y caracolean cuándo se parte un pólipo,—meditaban sobre si acompañarían ó no al Gobierno en la guerra á que había sido provocada la Nacion. Se decía que Facundo Quiroga limpiaba su lanza y medio se componía su melena rebelde; aunque otros agregaban que esto lo hacía para derrocar al Gobernador de Catamarca y.... etc. auxiliado por Bustos y por Ibarra. Pero Facundo, en todo caso, no era el único; y era fácil preveer lo que vendría á ser del país, si los caudillos, aprovechando la coyuntura de la guerra Nacional, preferían convertirse modestamente en señores feudales, para dirimir su contienda de provincia en provincia, como lo habían hecho durante la guerra de la Independencia.

Toda la gravedad de estas circunstancias se sentía en el seno del Congreso; cuyos trabajos se habían limitado hasta entónces á la discusion y sancion del proyecto de *ley fundamental*, que le dió su carácter de *constituyente*, fijó la manera cómo se rejirían las provincias hasta que se diera la Constitucion, y confió provisoriamente las funciones del Ejecutivo Nacional al Gobernador de Buenos Aires.

Ya se había hablado en el Congreso sobre la necesidad de hacer cesar el Provisorio, nombrando un Presidente en propiedad para robustecer la autoridad nacional, y para repartir la responsabilidad que recaía hasta entónces únicamente en el Congreso, al través de una situacion cada vez mas comprometida.



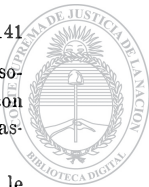
La renuncia que elevó el General Las Heras al Congreso, el 28 de Enero de 1826, presentó la oportunidad de proveer á esa necesidad. El Congreso, por una gran mayoría, sancionó una ley proyectada por el doctor Bedoya, Diputado por Córdoba, segun la cual debía procederse inmediatamente á la eleccion de un Presidente de la República, que duraría en su cargo el tiempo que determinase la Constitucion que se dictára. Y el 7 de Febrero, el Congreso eligió Presidente á Rivadavia, por unanimidad de votos, ménos tres.

VI—Antes de examinar la Constitucion de 1826, es necesario detenerse aquí. La eleccion de Rivadavia fué contestada. Mas aun: se ha dicho que ella fué el origen de las desgracias que se siguieron! . . . Veámos si los hechos hablan mas elocuentemente que esta manía cómoda, y por esto antigua, de pedir prestado orígenes para lavar nuestros propios yerros.

Desde luego, la LEY FUNDAMENTAL que sancionó el Congreso el 23 de Enero de 1825, para controlar todos sus actos y para desvanecer dudas y desconfianzas, como lo consiguió en efecto,—á la vez que dió á ese cuerpo el carácter de *constituyente*, lo revistió de todas aquellas facultades *legislativas* que emanaban de la soberanía que los pueblos habian delegado en él, y que este tenía que ejercer necesariamente para facilitar la misma organizacion que se trabajaba.

Así, el artículo 7 de esa LEY FUNDAMENTAL decia:—
• Hasta la eleccion del Poder Ejecutivo Nacional, queda este provisoriamente encomendado al Gobernador de Buenos Aires. •

Pero hé ahí que el Gobernador de Buenos Aires re-



nuncia al poco tiempo el cargo de Presidente provisorio, en circunstancias en que estábamos en guerra con el Brasil, y ante la siniestra perspectiva de nuevos trastornos internos.

Entonces el Congreso hace uso de la facultad que le daban los artículos 4 y 5 de la ley fundamental: «Cuánto concierne á los objetos de la Independencia, integridad, seguridad, defensa y prosperidad nacional, es del resorte esclusivo del Congreso.» que. . . . expedirá progresivamente las disposiciones que se hicieran indispensables sobre esos objetos. . . . etc.»—Modifica su autorizacion anterior, sancionando su ley de 6 de Febrero de 1826, y nombrando Presidente *en permanencia* á Rivadavia, en sustitucion de Las Heras; y este proceder tan legal y tan lógico, subleva las iras de una demagogia turbulenta que amenaza al país con nuevas calamidades.

A cualquiera debió ocurrírsele que, si el Congreso estaba facultado para conferir la autorizacion del artículo 7 de la Ley Fundamental, (que nadie contestó) lo estaba igualmente para retirarla, para limitarla ó modificarla en su alcance y en sus términos.

Asi lo dicen claramente los mismos términos en que fué conferida esa autorizacion: «POR AHORA, Y HASTA LA ELECCION DEL PODER EJECUTIVO NACIONAL, queda este PROVISORIAMENTE encomendado etc.» Y la renuncia del Gobernador de Buenos Aires que lo ejercia, así como las apremiantes circunstancias en que se encontraba el país, en guerra con el Brasil, eran motivos mas que poderosos para que el Congreso DETERMINARA ESA OPORTUNIDAD PREVISTA por el artículo 7 de la Ley Funda-



mental, para LA ELECCION DEL PODER EJECUTIVO NACIONAL. Esto fué lo que hizo el Congreso por medio de su ley de 6 de Febrero de 1826. (1)

Era imposible que raciocinaran así los que atacaban la Presidencia no en nombre de la ley ó del antecedente, (que los condenaba como va á verse), pero impulsados de la pasion política, que cierra los ojos del alma y hace alargar las manos para que caiga al fin . . . algo como lo que contaban que pidió Alejandro al bueno de don Pedro el de los Cielos! . . . Solamente porque el Presidente electo fué Rivadavia; acaso porque no fué . . . ¿quién? . . .

Estos demagogos que pretendían calzar prendas de grandes hombres, y que eran el éco de las preocupaciones de la época; así como los que se han empeñado despues en transmitir las, contando con el prestigio de su palabra entre la generacion actual, que ningun vínculo puede conservar con los antiguos partidos *unitario* ó *federal*,—han dado mucho valor al argumento de que, mal podía nombrarse á la República un Presidente *en permanencia*, cuando no se habia sancionado la Constitucion, que debia fijar las atribuciones de ese funcionario, la forma de la eleccion, la duracion en el cargo etc. etc.

Pero este argumento es contraproducente. Ni la *ley fundamental* que hemos citado, ni ninguna de las que sancionó posteriormente el congreso, ni ninguna disposicion, reserva ó limitacion establecida por una ó mas

(1) SIENDO YA OPORTUNA Y URGENTE la instalacion del Poder Ejecutivo Nacional de un modo permanente. . . dice el considerando de esta ley. (Véase Registro Oficial página 741. Ed. Angelis.)



provincias se oponia á la creacion del Poder Ejecutivo Nacional permanente.

Por el contrario, todos nuestros antecedentes legislativos desde 1810, estaban de perfecto acuerdo con *la ley sobre Presidencia*; y debian hacer fuerza para el Congreso que la dictó, como hicieron despues de 1826, y como tendrán que hacer siempre que no haya ley escrita, sobre una materia dada.

Todos los Poderes Ejecutivos Nacionales que se han sucedido desde 1810, han sido nombrados por los congresos respectivos ANTES QUE ESTOS DICTASEN LA CONSTITUCION. Así fué nombrado Saavedra, antes que el segundo reglamento de 1811 estableciera las atribuciones que él invistió; así lo fué Posadas y en seguida Alvear por la famosa asamblea de 1813. Pueyrredon fué nombrado Director Supremo por el Congreso de Tucuman tres años antes que este sancionase la Constitucion de 1819, y mas de un año antes del Reglamento de 1817. Y sin Constitucion ejercieron el Poder Ejecutivo Nacional, con facultades mas ó ménos estensas, Dorrego primero, y Rosas despues; y por fin Urquiza, con facultades omnímodas, un año antes de darse la Constitucion de 1853.

Por lo demás, la ley que creó el Poder Ejecutivo permanente confería al Presidente, las mismas atribuciones que fijaba la LEY FUNDAMENTAL (art. 7°); y establecía en su artículo 4° que duraría en sus funciones «por el tiempo que establezca la Constitucion, el que se le computará desde el dia que tome posesion.»

La ley de 6 de Febrero de 1826, era, pues, la simple *determinacion* de la oportunidad prevista por el art. 7



de la *Ley Fundamental*; y se ajustaba además, en un todo, á nuestros precedentes legislativos. Prescindiendo de las razones poderosas de circunstancias que la abonaban, nada habia que objetar acerca de su justicia y de su bondad.

Pero no era esta justicia lo que tenia en vista la demagogia localista y federal de 1826 en Buenos Aires. Era la ambicion de apoderarse á todo trance de la situacion, para conducirla bajo sus auspicios, lo que la agitaba. Y sus resistencias y su oposicion sistemada y tenaz, provenian principalmente de que no conseguian rodear á sus corifeos de la espectabilidad en que estaban colocadas algunas personalidades, en quienes el Congreso y la opinion sensata fijaban naturalmente sus miras para robustecer el nuevo gobierno, en esos momentos de grande expectativa y, al mismo tiempo, de grandes peligros para la pátria.

Cuando Rivadavia subió al mando, y anunció que estaba decidido á llevar adelante, sin pérdida de tiempo, los propósitos en virtud de los cuales se habian unido nuevamente las Provincias; cuándo el grande hombre trató de rodear á la autoridad Nacional, que investía legalmente, de todo el prestigio indispensable para que fuera respetada en beneficio de todos, la demagogia localista se dió la mano con el populacho federal, (que manejaban algunos caudillos), para iniciar la cruzada contra Rivadavia y su gobierno; como lo habia hecho con los anteriores gobiernos de orden, enjuiciando y persiguiendo á los patriotas de 1813, y á los miembros del Directorio de Pueyrredon, y desconcertando, con estos actos de verdadera demencia política, los



resultados trascendentales que estaba llamada á proporcionar al país una labor que, fuera de toda duda, esa demagogia era incapaz de acometer por si misma.

Bien pronto se dió un pretexto para ello.

VII—En su discurso de recepcion, Rivadavia declaró francamente que era indispensable que el Congreso diera á todas las provincias « una cabeza, un punto
« capital que regle á todas, y sobre el que todas se apo-
« yen. Sin esto no hay organizacion en las cosas, ni
« hay subordinacion en las personas, y lo mas funesto
« será que, los intereses queden como hasta el presente,
« sin un centro que garantiéndolos, los adiestre para
« que se multipliquen fecundizándolo todo; y al efecto
« es preciso que todo lo que forme la capital sea esclu-
« sivamente nacional. »

Dos dias despues, Rivadavia elevaba al Congreso la ley sobre *capitalización* (1) que el Congreso sancionó casi por unanimidad.

No es nuestro objeto seguir la discusion que suscitó esta ley. Creemos sí, que debemos fijar los antecedentes que demuestren que el gobierno Nacional de 1826 no fué el que dió márgen á la dislocacion que se siguió, trabajada, mantenida y llevada á cabo por el partido localista que se decia *federal*.

Desde luego conviene recordar que el Congreso de

(1) Artículo 6º «Corresponde á la capital del Estado todo el territorio
« que se comprende entre el puerto de las Conchas y el de la Ensenada;
« y entre el Río de la Plata y el de las Conchas hasta el puente llamado
« de Marquez, y desde este, tirando una línea paralela al Río de la Plata
« hasta dar con el de Santiago. » (V. Reg. Of. de Buenos Aires, pág.
746—2ª parte, Ed. Angelis).



1824 se instaló bajo el ministerio del señor Manuel I. García, quien mantenía conexiones íntimas con los hombres que venían soñando desde 1816 la *Confederación de Provincias*. (1)

Autorizado el gobierno de Buenos Aires por ley de 27 de Febrero para acelerar la reunión del Congreso Nacional (que trabajaron Arenales, Cossio, Zavaleta y el mismo general las Heras, á quienes Rivadavia comisionó al efecto cuándo era ministro del general Rodríguez); y dispuestas las Provincias á enviar sus Diputados, el Poder Ejecutivo convocó al pueblo para el día 28 DE MARZO de 1824 á elección de los Diputados que correspondían á Buenos Aires.

El resultado de la elección que se verificó ese mismo día, no pudo ser mas adverso para el ministerio. Los Diputados electos eran antiguos Directoriales, ó jóvenes unitarios, vinculados entre sí por la tendencia política y hasta por el esfuerzo común que habían desplegado en 1819 y en 1820. Baste saber que Dorrego, que pasaba por el hombre mas prestigioso entre el pueblo, por mas que estuvo ausente, no fué elegido Diputado por Buenos Aires, apesar de los trabajos de sus amigos de dentro y fuera del ministerio, sino por Santiago del Estero. Idéntico resultado arrojaba la elección de Tucumán, Salta y Jujuy, San Luis, Rioja, sin contar con algunos de los Diputados de Córdoba y Catamarca.

(1) Esto fué lo que movió al coronel Dorrego y al doctor Agrelo á enviar á Antiguas las bases para la reunión de un Congreso *Federal* en Paisandú, en circunstancias en que se reunía el Congreso Nacional de Tucumán y que el país estaba invadido por tres ejércitos Españoles; como lo hemos recordado en un capítulo anterior.



El federalismo de Buenos Aires apesar de sus ramificaciones con los caudillos de algunas Provincias, estaba pues vencido en el seno del Congreso, mucho ántes que estese instalára, (el 16 de Diciembre de ese año.) Y tanto mas vencido, cuánto que la tendencia unitaria estaba representada en el Congreso por los talentos mas brillantes y mejor preparados de la República como ser, los señores Manuel A. Castro, Somellera, Zavaleta, Bustamante, Julian S. de Agüero, Pinto, Funes, Valentin Gomez, Manuel B. Gallardo, Vasquez, Gorriti, Elias Bedoya, Velez Sarsfield y otros mas.

El Congreso fué mirado, desde luego, con ojeriza por los Poderes Provinciales de Buenos Aires, que estaban dominados por la tendencia federal, contra la que nada podia la influencia contemporizadora pero débil del nobilísimo general Las Heras.

Y como en ese tiempo ya sabíamos dar pasos largos en eso de entorpecer la accion enérgica y eficaz de la autoridad, sin detenernos á averiguar la legalidad de los medios que poníamos en práctica para conseguirlo, los federales echaron mano de un arbitrio especioso que, segun ellos, debia servir para fundar la resistencia que se preparaban á hacer á los poderes Nacionales.

A este fin, la Legislatura de Buenos Aires sancionó una ley de 15 DE NOVIEMBRE (ALGUNOS MESES DESPUES DE LA DERROTA ELECTORAL DE LOS FEDERALES) cuyo artículo 1º decia así: «La Provincia de Buenos Aires se regirá del mismo modo y bajo las formas con que actualmente se rige, hasta la promulgacion de la Constitucion que dé el Congreso Nacional.»

Esta ley era la que invocaron, á su tiempo, los fede-



rales para iniciar abiertamente ese escándalo político que debía dar en tierra con la Presidencia y el Congreso, y lanzarnos despues de nuevas aventuras y nuevas correrías, en esa triste peregrinacion de veinte años, que concluyó despues de Caseros.

Ella tendía á imposibilitar el cumplimiento de la ley sobre Poder Ejecutivo Permanente, (cuya justicia hemos demostrado) impidiendo que éste residiera en el único punto desde dónde podia hacer cumplir las resoluciones del Congreso. (1) -

El señor Lopez, que tan duramente aprecia la ley sobre *capitalización* en su magnífica *Historia del año 20*, recuerda con mucha oportunidad que « la dificultad para el cumplimiento de esa ley estaba en que entónces no existía la *ciudad de plata* (Argirópolis) que inventó despues el señor Sarmiento. »

Decimos con mucha oportunidad, porque ello dá una prueba mas de que el motivo principal de la controversia, no era el *fondo de la ley* justa y arreglada, sinó la circunstancia de ser Buenos Aires el punto designado por ella para capital—dónde los federales localistas querian tener su taller y su centro de operaciones, aunque pereciera la Nacion, ó mejor dicho, aunque esta no existiera, como ya habia sucedido en las dos ocasiones que hemos recordado ántes. Y que esa ley era justa y arreglada, vamos á demostrarlo tambien, por mas que

(1) Es de advertirse que las Provincias, al enviar sus Diputados, habian convenido en que el Congreso debía reunirse en Buenos Aires; respondiendo á la consulta que se les hizo al respecto en el artículo 7 de la ley de 27 de Febrero de 1824 (V. Rej. Of. 2ª parte, Pág. 573. Ed. Angelis.)



nos duela recordar, como Porteños y como Federales, los estravíos de una cantidad de hombres distinguidos que se empeñaban en aniquilar toda autoridad Nacional, explotando las ideas estrechas de localismo que contribuyeron naturalmente á romper nuestra nacionalidad; con lo cual mostraban estar muy léjos todavía del ideal político que unió despues á los Argentinos.

En efecto—Buenos Aires habia declarado en tres ocasiones solemnes que *era parte integrante de las Provincias Unidas*. Lo habia declarado despues de haber sido capital de la Nacion (como lo habia sido del Vireynato) bajo el réjimen unitario. Era de este punto de dónde debia partir; y no de su independencia interior que se reservó recién en 1831, y sobre lo cual ningun Congreso Argentino habia hablado todavia.

Cuando el Congreso Argentino de 1824 volvia á asumir la soberanía de la Nacion ¿que derecho tenia Buenos Aires, como Provincia Argentina, para anteponerse á ese Congreso, dictándose una ley sobre objetos esencialmente nacionales?

Para que ese derecho existiera habria sido necesario que Buenos Aires entrára, como Estado independiente, á formar parte de una *confederacion*; y no como *parte integrante de la Nacion*.

¿Ni que valor tenia esa ley provincial de 15 de Noviembre, en presencia de leyes posteriores de la misma Provincia de Buenos Aires? • LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES RECONOCE EN EL CONGRESO instalado el 16 de Diciembre de 1824 LA REPRESENTACION LEJÍTIMA de la



Nacion, y LA SUPREMA AUTORIDAD DEL ESTADO » decia la ley de 27 de Junio de 1825. (1)

Esto es decisivo. Si esta representacion lejitima era la autoridad Suprema del Estado, es fuera de toda duda que estaba investida de la autoridad suficiente para fijar y nacionalizar la residencia de los Poderes que se habia dado ese mismo Estado, llenando con esto una necesidad Nacional indispensable.

Soberanía á la Francia, se dirá: Asamblea Constituyente, Congreso Legislativo, Tribunal de Acusacion, Jurado de Sentencia, despotismo que comienza en el juego de Pelota, pasa por encima del cadáver de Luis XVI, lleva á Danton al patíbulo, y . . . etc. Esto se dijo en 1826 entre los recientes exesos de esa demagogia turbulenta y federal que *limpió* (!) á Buenos Aires arrojando léjos á todos los patriotas de la revolucion. Cuánto mas racional y mas provechoso habrá sido recordar en 1826 lo que dicen los comentadores Ingleses respecto del Parlamento, es á saber, que puede hacerlo todo, ménos cambiar los sexos!

Se ve, pues, que se hacía un cargo puramente especulativo, cuando se decia que el Congreso habia *violado la ley Provincial* de 15 de Noviembre.

La ley fundamental de 23 de Enero, por otra parte, no podía oponerse tampoco para fundar esa pretendida violacion.

« *Por ahora y hasta la promulgacion de la Constitucion que ha de reorganizar el Estado*, decia el artículo

(1) V. *Rej. Oficial de Buenos Aires*, pag. 667—2ª Parte. Ed. Angelis.)



2º de la Ley Fundamental, las provincias se rejerán *interinamente* por sus propias instituciones. » La ley de capital de 6 de Marzo de 1823, no tocaba para nada á las Provincias. Se limitaba á recuperar en beneficio de la *reorganizacion del Estado*, como condicion sine qua non de este fin, la parte indispensable de territorio en que estaba comprendida su capital tradicional. Por su artículo 6º nacionalizaba solamente la ciudad y los alrededores de Buenos Aires. Y léjos de abatir las instituciones provinciales, establecía por su artículo 7º: « En el resto del territorio perteneciente á la Provincia de Buenos Aires, se organizará por ley especial una provincia. » ¡Cuatro leguas para la reorganizacion de la Nacion! . . . Si el localismo las negaba hasta como limosna, ¿qué podía esperarse de él cuando fuese llamado á esa reorganizacion que tres veces había fracasado? . . . Nada mas de lo que sobrevivio.

Por fin, esa misma Ley Fundamental, autorizaba al Poder Ejecutivo Nacional « para elevar al Congreso *las medidas que conceptuase convenientes para la mejor expedicion de los negocios del Estado*, » y al Congreso « para *espedir progresivamente* las disposiciones que se hicieran indispensables en lo concerniente á los intereses generales del Estado. » (1) La única limitacion espresa

(1) El señor doctor Lopez dice en su *Historia del año 20* (T. II, pág. 630 de la Revista del Rio de la Platin) que el señor Garcia, Ministro del General Las Heras, y enemigo de la Presidencia, sugirió al señor Acosta, Diputado por Corrientes, el proyecto de *Ley Fundamental*, que éste presentó en el Congreso, y agrega que « ella estaba de acuerdo con la ley provincial de 15 de Noviembre de 1824 » de donde el doctor Lopez deduce que la ley de capital envolvía una violacion de esas dos leyes. Pero una prueba de que la ley sobre capital no contrariaba en lo minimo ni el espiri-



que se puso al Congreso, fué la de que algunas Provincias se reservaban el derecho de aceptar la Constitucion;—en tanto que otras declararon anticipadamente que se adheririan á la que el Congreso sancionase.

Bajo ningun punto de vista, puede hablarse, pues, de esa pretendida estralimitacion ó violacion que se atribuye todavia al Congreso de 1824.

El objeto de este ensayo, nos impide detenernos mas sobre este punto importantísimo, que solo una vez ha sido presentado en nuestros textos de historia, un tanto desfigurado por la preocupacion que no puede hacer escuela. Vamos pues, á generalizar los hechos, siguiendo al Congreso en sus trabajos, y mostrando las causas que hicieron abortar el plan de organizacion en esa época.

tu ni la letra de la ley fundamental, se tiene en que el mismo Diputado señor Acosta fué de los mas ardientes sostenedores del proyecto de ley sobre capital, llegando hasta decir en el Congreso : —Me pronuncio en favor del proyecto, y al hacerlo es porque considero ser, sino *la única, la conducente y la mejor base para la organizacion de las Provincias*, y con esto creo, haber llenado la primera obligacion que me impone el lugar que ocupo. La Provincia que represento no se ha reservado derecho alguno; me ha conferido, como á los demás colegas míos, amplios poderes, y declara que no se consideren restringidos por la falta de alguna cláusula especial; *creo en lo intimo de mi conciencia, que aprobando el proyecto, coopero al fin á que hemos sido enviados por los pueblos. Las instituciones de la Provincia de Buenos Aires, no las contemplo holladas por este proyecto : tengo consideraciones como el que mas á este respecto, y creo que todo se resguarda, tanto mas cuanto que al considerarse el proyecto en particular. . . . etc.* (Véase diario de Sesiones del Congreso de 1824, número 107, página 22, Sesión del 3 de Marzo de 1826).

CAPITULO VIII

LA CONSTITUCION DE 1826



- I. La Constitución—II. La cuestión régimen de gobierno en 1826—III. Adopción de la unidad de régimen—IV. División de poderes—Poder Legislativo—V. Poder Ejecutivo—VI. Poder Judicial—VII. Gobiernos de Provincia—VIII. Parangón entre este régimen y el nuestro actual—IX. Fracaso de la Constitución y disolución de los Poderes Nacionales.

I—El Congreso que sancionó la Constitución de 1826 ha sido el mayor de todos los que hemos tenido hasta la fecha. Diez y seis Provincias Argentinas, sin contar el territorio desmembrado de la capital, ni la de Jujuy incluida al principio en la de Salta, concurrieron por el órgano de sus representantes á elaborar esa constitución, á saber: Las tres del Interior, las tres de Cuyo, tres del Norte, tres del Litoral que concurrían por la primera vez desde 1810, la de Misiones que hoy no existe, y las de Tarija y de Montevideo que se segregaron posteriormente.

Esta constitución debe su celebridad á la circunstancia de haber sido prolijada por Rivadavia, quién creyó realizar con ella los grandes bienes que se prometieron los que lo llevaron al gobierno; y á la de ser la primera que adoptó entre nosotros algunas ideas é instituciones de los Estados Unidos.



La Constitucion de 1826, considerada en general, no ostenta la originalidad de conceptos, ni ciertos vuelos atrevidos del pensamiento democrático, de que se servian las leyes fundamentales anteriores para hacer que el *Estado* supliera las funciones que, mucho despues, hemos librado al *individualismo*, yendo á caer en males acaso mayores que los que pretendíamos evitar, y palpando la incapacidad de los pueblos con cuya iniciativa creíamos contar.

Veámosla en sus detalles.

Despues de ratificar la independencia del país, de dar colocacion al artículo tradicional sobre Religion de Estado, y de definir la ciudadanía y los modos de perderla ó de suspenderse, la Constitucion decía en su artículo 7º: « La Nacion adopta para su gobierno la forma representativa republicana, consolidada en unidad de régimen.»

II--Esta fué la gran cuestion de la época; la que mas se debatió en el Congreso; la misma que se habia debatido anteriormente sin arribar á una solucion definitiva, porque de uno y otro lado militaban intereses y ambiciones que hacian retroceder ó variar á los mas osados; la que quisieron resolver los caudillos, *pechándose* entre sí, segun veían que Buenos Aires recobraba ó no su autonomia, sin entregarse á ninguno de ellos; la que habia sublevado, en fin, cuánta resistencia se había opuesto á la obra de la organizacion Nacional.

Y sin embargo, estaba ya escrita la resolucion definitiva que se adoptó en 1853; como se verá oportunamente.

El Congreso de 1826, que ya habia consultado á las



Provincias al respecto, abortó resueltamente esta cuestion, delicadísima y peligrosa, por cuánto los partidos,—apesar de lo que queda dicho sobre la composicion del Congreso,—creían entrar á la lucha de las ideas con iguales probabilidades de buen éxito;—circunstancia que inducia á creer que, si estas quedaban burladas sublevarian resistencias contra el nuevo orden de cosas que surgiera, en ese tiempo, en que la nacionalidad y la union estaban en manos de los caudillos que esperaban.....

Esto era tanto mas factible cuánto que el Congreso estaba dentro del orden de ideas y tendencias con que se habia inaugurado la política Presidencial; y que la exaltacion de los partidos llegaba á su colmo, cuándo se iba á decidir nuevamente de nuestro régimen constitucional, despues de haber sido obsecadas nuestras anteriores constituciones por todos los caudillos que *repuntó* el Federalismo.

Por todo ello, esta lucha se ha hecho memorable. La idea unitaria estaba representada en el Congreso por los hombres mas distinguidos de la República, algunos de los cuales hemos nombrado ya. Del lado de los federales se encontraban don Manuel Moreno y el coronel Dorrego, consecuentes con sus principios desde 1816 en que, juntamente con Agrelo, enviaron á Artigas las bases para la reunion de un Congreso *Federal* en Paysandú, de que ya hemos hablado; y á ellos acompañaban Cavia, Ugarteche, Mena y otras mediocridades comprometidas con ellos por influencias locales.

Por sus servicios militares, por sus dotes personales, por su prestigio entre el pueblo, por la sorprendente faci-



lidad con que conseguia que los suyos se imagináran mas ó menos claramente lo que él mismo no comprendia á fondo, cada vez que preconizaba su *federacion* en la tribuna, en la prensa, en el café, en la calle y en todas partes donde se hermanaba con la multitud, (que simpatiza con el que grita mas, por lo mismo que es sorda al éco del debate razonado) parodiándole su *argot* con el mas pintoresco y mas insinuante de los vocabularios; participando de sus inclinaciones con el tino del hombre que las ha querido estudiar con un fin determinado; prodigándole el epigrama y la burla que recojía esa multitud, ávida de tener armas afiladas para esgrimir las contra los hombres bien colocados, ó contra las cosas que ella iba aprendiendo á detestar;—disponiendo del tiempo suficiente para acudir á cualquier punto,—club sobre la calle, ó salon aristocrático,—dónde los mas humildes ó los mas encumbrados discutieran ideas contrarias á las que él profesaba, y prodigar todavia allí los dones de su inteligencia traviesa, repartiéndoles jenerosamente *misericordias* afiladas, para que se defendieran, por el placer de luchar y de vencerlos, con la refinada cultura que no habria desdenado Monteagudo, con la firmeza de la conviccion que habria dejado estupefacto á Moreno; ó, segun los casos, con esos arranques espléndidos de su sátira mortificante é inagotable, que nunca olvidaron Pueyrredon, Rivadavia, Alvarez Thomas y cuánto bulto (permítaseme la espresion) amorató con el escosor sangriento de sus ronchas,—Dorrego vino á ser el jefe de los federales, que ventilaban sus ideas en el Congreso de 1826.

Dorrego fué, pues, nuestro Jefferson; pero un Jeffer-



son empujado por el vértigo político, que, aunque decia profesar los últimos principios en materia de derecho federal de aquel tiempo,—se veia obligado, en fuerza de las pobres nociones que tenia, y de los elementos que podian ayudarle á generalizarlas, á subordinar las reglas fundamentales del propio régimen que defendía, á las exigencias temerarias de los caudillos;—los únicos, absolutamente los únicos que representaban la federacion en las Provincias.

Porque él mismo era demasiado localista. Asi lo prueban sus mismos escritos y proclamas, y sus desavenencias con Pueyrredon, San Martin y todo hombre que figurára mas arriba que él; á punto de divorciarse de todos y asociar su nombre al de Artigas en el Congreso de Paysandú.

Esta propension de su carácter, era la que le arrancaba sus teorías confusas y ladinadas sobre *soberanías locales*, sobre atribuciones propias, que exaltaba y hacía exaltar como base principal de su sistema. Y esto halagaba, naturalmente, los sentimientos de los caudillos de Provincia, localistas tambien, y absorbentes á cual mas, en su aspiracion de hacerse cada uno de un gobierno que les permitiera vivir á sus anchas, dando solamente al gobierno nacional lo indispensable para conjurar peligros comunes, ó evadir responsabilidades propias.

Porque es necesario no engañarse con apariencias hermosas, que fueron desmentidas por el mismo resultado de esa lucha memorable; y por las ideas, hábitos y tendencias que han campeado sin interrupcion en nuestro pais desde entónces hasta despues de 1853: si se es



ceptúa á don Manuel Moreno, Dorrego, Agrelo y algunos otros hombres distinguidos, los elementss puestos al servicio de la federacion en 1826, creian que esta no era otra cosa, que la vida libre dentro del territorio en que se agitaban, y dónde no debia oirse mas éco que el de sus jefes respectivos; tanto mas peligrosos cuánto que ya no vivian del todo divorciados con los hombres de las ciudades, quienes azusaban sus instintos rebeldes ó hacian liga comun con ellos.

Y entre todos esos hombres distinguidos pero ilusos, no habia uno, uno solo que pudiera imprimir la duracion de un dia al réjimen de gobierno que sostenian; porque ó no lo conocian á fondo, ó exageraban el error para caer en otro mayor todavia. Dorrego, Moreno, etc., etc. etc., fueron los paladines de la *Federacion* sancionada en Estados Unidos en 9 de Julio de 1778, para satisfacer las exigencias disolventes de los Estados. De aquí era que, los unitarios de 1826 invocaban en su apoyo las ideas de Washington; y los pretendidos federales no sabian responderles que, una cosa era esa *Federacion* y otra la *Constitucion Federo-Nacional* de 17 de Setiembre de 1787; por que las confundian á ambas.

Y aunque esos mismos hombres hubiesen concebido admirablemente el Gobierno Federal, no habrian podido realizar el prodigio de trasportarlo á nuestro país, semi-bárbaro todavia, ineducado en su totalidad, plagado de influencias disolventes y reaccionarias, sin prácticas ni antecedentes federales, mas que el desgraciado remedo de 1811, que nos arrebató primero á Moreno y en seguida á Saavedra, y las tres ocasiones en que Bue-



nos Aires recobró transitoriamente su autonomía provincial, en fuerza de las circunstancias, mas que de los hechos, que acreditasen sus deseos de adoptar un régimen federal.

El régimen de Gobierno de un país que surgió con él á la vida, y que creció bajo sus impulsos, en virtud de la propia lógica de los hechos sucesivamente manifestados,—no puede trasportarse, ni mas ni ménos que una máquina, á otro país que se desenvuelve recien bajo otros auspicios, y que viene buscando sus ideales políticos al través de evoluciones progresivas y perfectamente lógicas tambien con la índole de las fuerzas que lo alimentan y que lo mantienen entretanto.

En este error cayó Dorrego, medio soñador y medio niño, en eso de lanzarse intrépido tras los impulsos de su corazon lleno de fuego:—poseido del entusiasmo de aquel joven aleman que se había enamorado de una estatua, creyó trasportar con éxito á su país el Gobierno de los Estados-Unidos, « dónde solo estuvo los cuatro dias de su proscripcion » como lo recuerda Alberdi.

Error tanto mas grande cuánto que el régimen que se pretendía trasportar á nuestro país, era una de las expresiones mas altas del progreso á que iban llegando las instituciones políticas; . . . á nuestro país que entónces oponía contra él, tremendos y deformes, los obstáculos que todavía no hemos podido remover despues de cincuenta años!

Era en presencia de estos obstáculos que el General San Martín, con ese acierto político que nunca le abandonó, decía á las Provincias Unidas en una proclama que tengo á la vista: « El génio del mal os ha inspirado



« el delirio de la Federación. Pensar establecer el Gobierno federativo en un país casi desierto, lleno de celos y de antipatías, escaso de saber y de experiencia en los negocios públicos, desprovisto de recetas para hacer frente á los gastos del Gobierno Federal, fuera de los que demande la lista civil de cada Estado; es un plan cuyos peligros no permiten infatuarse, ni aun con el placer efímero que causan siempre las ilusiones de la novedad. »

Se ha hecho, pues, una apolojía de lo imposible material, siempre que se ha dicho que el régimen federal pudo implantarse en 1826, porque ya era tiempo de que empezáramos á gozar del progreso de las instituciones; y porque así lo requerirá nuestros *hábitos*, nuestros *precedentes* (como ha dicho el doctor Alberdi refiriéndose entre otros precedentes á las Intendencias del tiempo del coloniaje) y hasta la misma topografía del territorio ! . . . El desierto inmenso, manteniendo entre las hondas de sus vientos el equilibrio del régimen federal ! . . . La vida nómada y en perpétua transición, como los médanos de la Pampa, que debía asentarse por vía de encantamiento sobre los cimientos de muchos centros civilizados ! . . . El soberbio caudillaje, mágicamente domado con el *nuevo hábito* que transformaría inmediatamente á los potros y á las lanzas en instrumentos de trabajo y de orden ! . . . Niños, pueblo, nómades y bárbaros, en fin, que por esas y otras muchas razones análogas, estaban llamados á aprender su abecedario político, comenzando por la *Z*, al revés, por la federación que era una especie de Biblia Hebrea ! . . .

III — Lo dicho hasta para dar una idea de los motivos



que se hacian valer en pró y en contra de la cuestion régimen de Gobierno en 1826.

Los unitarios, mas apegados á los precedentes políticos argentinos, los aceptaban tales como se habian sucedido en el período revolucionario, y los sintetizaban en una forma estable, persiguiendo dos propósitos fundamentales—1° Fundar una AUTORIDAD NACIONAL cuyos prestigios reposáran sobre los respetos con que, á todo trance, debía rodearse al principio en sí mismo, para que esa autoridad se manifestára perpétuamente sin ménoscabo de su propia dignidad, y llegara á ser en el hecho y en la práctica un interés superior á todos los otros intereses, cualquiera que fuesen las vistas de los hombres, ó las influencias transitorias de los sucesos.—2° Facilitar por este medio, la accion de los Poderes Nacionales, de manera que pudieran mantener con enerjía y eficacia una política de orden y de progreso; abatiendo las reacciones propias de la época de guerra porque habíamos pasado, y trabajando el plan de reformas sociales que nuestra gran Revolucion se había propuesto; librando, por lo demás, al tiempo y á los cambios que esa política fuera operando en la vida de los pueblos, las soluciones definitivas que por entónces no tenian base sobre que apoyarse.

Los Federales, por el contrario, aceptaban los hechos actuales tal como se presentaban, inciertos los unos, complejos los otros; y partiendo de que estos eran otras tantas influencias que militaban en favor del sistema que ellos ideaban, creían que lo esencial era que subsistiesen equidistantes y paralelos entre sí, sin llegar á un punto superior de interseccion, que los dominára y les



imprimiera una marcha uniforme en cualquier momento dado, tomándolos como resortes secundarios de un orden que solo alrededor de ese punto podía moverse.

La cuestion se resolvió en favor del régimen unitario, por una gran mayoría de votos del Congreso; lo que vino á constituir una gran mayoría sobre las diez y seis Provincias consultadas previamente á este respecto, de acuerdo con la ley de 21 de Julio de 1825.

Cuando el Congreso sancionó el artículo 7º de la Constitucion, adoptando el régimen unitario, las Provincias se habian ya pronunciado en la forma siguiente, segun consta del diario de sesiones del Congreso:

Entre-Rios, Santa-Fé, Mendoza, San Juan, Santiago del Estero y Córdoba,—por la *Federacion*.

Tucuman, Rioja, Salta y Jujuy—por la *unidad* de régimen.

Corrientes, Catamarca, Montevideo, San Luis y Tarija,—por LO QUE EL CONGRESO RESOLVIESE al respecto.

Buenos Aires y Misiones, que no emitieron opinion.

Ahora bien, el Congreso sancionó la Unidad por CUARENTA Y UNO de sus miembros contra solo ONCE que votaron por la forma Federal; luego, las cinco Provincias que OPTARON por el RÉGIMEN QUE EL CONGRESO SANCIONASE, debian computarse entre las que aceptaban el régimen unitario, como se computaron en efecto, con arreglo al artículo 189 de la Constitucion, que preveía el caso.

Así resultaba: 6 (seis) Provincias por la *Federacion*; 9 (nueve) por el régimen unitario; mas propiamente, once Provincias, pues que los Diputados de Misiones votaron por la unidad; y en cuanto á los de Buenos Aires



eran en su totalidad unitarios conocidísimos desde la administración del General Rodríguez.

Resuelta así la cuestion principal, las demás no ofrecían mas dificultades que las que podía presentar la necesidad de corregir con acierto tal ó cual vicio de las constituciones anteriores, adoptando los principios de buen Gobierno que rijieran á los países mas adelantados.

IV—Y así se hizo. Porque es necesario repetirlo: nuestra Constitucion no es la obra de un Congreso, de una época, ni es una imitacion servil de la de Estados Unidos, como estamos acostumbrados á oirlo.

Así como la América se creó una lejislacion propia en materia de derecho público eclesiástico, así nos hemos creado los Argentinos un derecho constitucional que á nadie sino á nosotros pertenece, bueno ó malo. Este derecho es la obra de nuestros Congresos; y con todos estos antecedentes hemos venido elaborando nuestra constitucion, sin introducir en ella mas variacion fundamental que la que se refiere al réjimen de gobierno, el cual dependia de la accion progresiva de los acontecimientos que caracterizaban la época esencialmente revolucionaria que atravesábamos.

Examinando la Constitucion de 1826, equidistante, por decirlo así, de las que la precedieron y de la de 1853—1860, se vé la exactitud de esta observacion.

El Poder Lejislativo bi-camarista como en la Constitucion de 1819. Los Diputados elejidos con arreglo á la poblacion. Los Senadores, representando la entidad política de las Provincias (dos por cada una) y nombrados por juntas elejidas *ad hoc*; siendo de notar que



toda esta Sección IV de la Constitución que se refiere á la duración de funciones de los miembros del Poder Legislativo, á las atribuciones de cada Cámara y á la formación y sanción de las leyes, está reproducida al pie de la letra en la Constitución de 1853—1860.

V—El Poder Ejecutivo residía en un Presidente, elegido por juntas de electores, que debía nombrar el pueblo de la capital y de cada provincia, en la misma forma que para la elección de Senadores. Las actas de la elección debían enviarse al Presidente del Senado para que el Congreso procediese al escrutinio. Si de este no resultaban dos terceras partes de votos en favor de un candidato, el Congreso debía proceder á hacer por sí mismo la elección.

El Presidente duraba cinco años en su cargo, y tenía las mismas atribuciones régias que confiere á ese funcionario nuestra constitución actual. La responsabilidad ministerial estaba también consagrada en ella, en los mismos términos en que la consagra esta última.

VI—En cuanto al Poder Judicial, estaba fundido en el molde del de 1819, despojado de las atribuciones soberbias que le hemos dado posteriormente, y que lo constituyen en un verdadero poder político.

Verdad es, que si se exceptúan estas atribuciones, esto es, las de conocer y decidir en las causas sobre puntos rejidos por la Constitución y leyes nacionales—la de 1826 confería á la Alta Corte todas y cada una de las que tiene hoy, como ser, conocer originaria y exclusivamente en todos los asuntos en que una Provincia ó la Nación fuesen parte, ó en los que se suscitasen entre dos provincias, entre una Provincia y vecinos ó pueblos



de otra; en los concernientes ó embajadores, ministros públicos, cónsules; y conocer en grado de apelacion en las causas que se elevasen de los tribunales inferiores, en la de almirantazgo, en todos los negocios contenciosos de hacienda y en los crímenes cometidos contra el derecho público de las naciones etc. etc. etc.

Para la composicion de los tribunales superiores de provincia, la Constitucion adoptó las reglas que siguió despues la de 1853—1860; con la diferencia de que aquella confería esa atribucion, no al Senado sino á la Alta Corte de Justicia;—forma mucho mas adecuada por la misma capacidad que debe suponerse á estos altos magistrados para la funcion de elegir otros; y mucho ménos peligrosa puesto que librando á la responsabilidad de ellos mismos la composicion de un Poder esencialmente conservador, lo sustraía á las influencias transitorias y egoistas de los partidos.

VII—Por lo que hace á los demás poderes de Provincia, la Constitucion establecia en cada una de ellas un gobernador bajo la dependencia del Presidente de la República, y una Junta ó Consejo de administracion.

Tal es la amazon que requería el régimen que habia triunfado legalmente en el Congreso.

«Provincias con gobernadores dependientes del Presidente de la República! Pero esto era el despotismo acogotando á la libertad! ¿Qué ardite de influencia y de progreso podian esperar ya los pueblos de esta nacion á lo Luis XI? ¿Qué venia á ser de la autonomia de los Estados, que habian hecho la guerra por su cuenta, que habian celebrado alianzas parciales, que habian consumado pactos que los ligaban para el futuro, en la



época de libertad en que las *tenencias* de provincia se segregaban formando otras, cambiando gobernadores como los *guapos* cambiaban de caballo? ¿Qué significaba eso de mayoría de Provincias y mayoría de votos, en favor de ese régimen de comedia? Pues ¿y el gobierno propio de San Juan, Santa Fé, Santiago del Estero, etc etc., habia de resignarse en las manos de un intendente, á quien se le llamaba gobernador, para darle el rango de que se despojaba á esas provincias? »

« Y que venian á ser esos horribles *consejos de administracion*, cuyas atribuciones eran meramente municipales, que establecia la Constitucion separándose de todas las conveniencias, y burlándose del progreso de las instituciones? ¿Era que ese señor Rivadavia habia abolido los cabildos para darse el placer de restablecerlos cuando el viento le fuera favorable? ¿Es que la Nacion debia encasquetarse de nuevo la librea de la monarquía, tantas veces soñada? Pero ¿esto era siquiera sério? Pues, ¿y los negocios de cada provincia? ¿y sus rentas ¿y la importancia relativa de sus necesidades y de sus aspiraciones?

Tal era el lenguaje con que la demagogia federal y el elemento semi-bárbaro de la época, acogian la Constitucion que el Congreso Soberano de la Nacion había sancionado por mas de las tres cuartas partes de sus votos; y que la mayoría de las Provincias habian adoptado por resoluciones espresas, ó por compromiso solemne de estar á lo que el Congreso sancionase.

VIII—Y sin embargo, existía este hecho real y palpable: el régimen unitario de la Constitucion de 1826, reposaba sobre la base de cada municipio, á la manera



del de la Constitucion de 1819:—los Gobernadores, las juntas venian á ser la espresion jenuina de esos municipios; en tanto que hoy, con una Constitucion Federal, no hay un Gobernador, una Legislatura en cuyo nombramiento ó composicion, no influya directamente el Presidente de la República, prescindiendo de las conveniencias y de la opinion de las provincias donde reparte sus creaturas.

Por estas causas y otras análogas, han sido fusilados ó asesinados,—desde 1853 en que empezó á rejir la Constitucion Federal,—ocho Gobernadores de Provincia, y derrocados unos treinta y tantos, incluyendo los de Buenos Aires, despues de una revolucion popular, ó de sucesos escandalosos, llevados á cabo por los partidos que contaban con la adquiéscencia del Gobierno Federal.

Y para llevar adelante, en el hecho y en la forma, esta mistificacion del régimen unitario, (que establecía francamente la Constitucion de 1826, limitándolo en razon de las conveniencias mas vitales del país,)—el Gobierno Nacional se ha servido en estos últimos años, de las *intervenciones* armadas y de los gefes del Ejército, como influencias poderosas para la estabilidad del Gobierno. Este último resorte se ha hecho un accesorio de nuestro sistema:—si se exceptúa dos ó tres Provincias cuya influencia pesa muy poco,—el Gobierno Nacional conserva actualmente al lado de cada Gobernador, un Coronel ó General con uno ó mas batallones de línea, que son los que tienen la palabra en las grandes ocasiones.

Estas grandes ocasiones se presentan cuando deben renovarse los poderes de cada Provincia; los cuales vienen á ser, naturalmente, la espresion de la política



Presidencial. La que sale de este camino, indicado por el Gefe Nacional, que hace la guardia á las instituciones, sable en mano, en nombre del Presidente de la República,—ve venir sobre ella las bayonetas de la *intervencion*, que siempre pesan mas que las prerogativas y derechos que otorga la Constitucion á las Provincias, como parte de la soberanía que estas no han delegado. Fuera de San Luis y Catamarca, donde se decretó una sola vez la *intervencion*, las ha habido por partida doble desde 1853, en Salta, Jujuy, Tucuman, San Juan, Mendoza, Rioja, Córdoba, Santiago del Estero y Corrientes, en Entre-Rios, dónde se ha hecho crónica, y en Buenos Aires dónde la tenemos desde 1863 descansando las armas, es cierto, pero pronta á echárselas al hombre, como efectivamente lo ha hecho en tres distintas ocasiones. A una intervencion por cada año de Gobierno! Total que cuesta la suma mayor de millones que hayámos gastado hasta ahora; sin contar la sangre argentina, los escándalos y la propia corrupcion del régimen de Gobierno, que no sabemos ó que no queremos encaminar, en armonía con las grandes promesas que nos hicimos para derrocar á Rivadavia!

Por esta estadística de cuya exactitud responden,—no los mensajes de nuestros Presidentes, sinó los estados de la contaduría, y el *estado* actual de las Provincias,—se vé que el régimen federal no ha sido hasta ahora un hecho real y palpable para los Argentinos; en todo aquello que concierne á la organizacion y gobierno de cada Provincia: punto capital de nuestra discusion de cincuenta años, y causa eficiente del rechazo de la Constitucion de 1826.



Y si esto es un hecho, ó mejor dicho, si estos hablan elocuentemente, se deduce que la Constitucion unitaria de 1826, no solo respondía á las necesidades mas vitales de su época, sinó que, á haber sido respetada por las Provincias cuyos representantes la sancionaron, habria ido removiendo muchos de los obstáculos que se presentaron juntos y deformes al dia siguiente de la sancion de la de 1853.

Y habria removido esos obstáculos, porque la oposicion de que ella fué objeto, la disolucion que sobrevino disolviéndose el Congreso que la dictó, en pos de la misma grita que habia disuelto al de Tucuman,—no provenia de los pueblos. No: hoy está esto muy claro. Provenia de un centro radicado en Buenos Aires, y aliado en miras y tendencias con cuatro ó cinco caudillos que decidian, la situacion en sus respectivas provincias con sus lanzas y sus escuadrones; porque allí no habia masas de ciudadanos que se aparapetáran delante del respeto que merecia la ley fundamental de la Nacion, si quiera porque hacia diez y seis años que sin ella habíamos vivido, y porque con ella teníamos todos el derecho de ventilar nuestras ideas, en beneficio del progreso de las instituciones, en vez de ir á buscarlo en medio de la barbarie, que concluyó por reasumir en si todos los derechos.

La Constitucion de 1826 tomaba á los pueblos tales como estaban: en la infancia de su vida democrática, en la imposibilidad de sobrellevar *por si mismos* el mecanismo complicado, las responsabilidades, los deberes y los gastos del réjimen federal; que reposa precisamente en esa concurrencia armónica de los Estados en



sus relaciones con la Nación, y con el gobierno que cada uno de ellos constituye.

La Constitucion se colocaba, pues, en el verdadero terreno práctico, reteniendo *en la Nación* los derechos que las Provincias no podian ejercer por si mismas, sin convertirse en instrumentos dóciles de sus caudillos, ó de la tiranía que inaugurára el 'mas afortunado; como efectivamente sucedió cuándo, rota la Unidad Nacional, recobraron toda su soberanía, proporcionando á Rosas el medio fácil de asir á cada una de ellas.

Así lo decia el Congreso en el manifiesto que acompañaba á la Constitucion. «La Federacion sería la forma ménos adaptable á nuestras Provincias, *en el estado y circunstancias* del país: el mas grande interés de la República es la consolidacion de nuestra union: no es posible proveer á este objeto, si no fijamos un poder central capaz de fomentar, é incapaz de contrariar los principios de bienestar de cada provincia. »

La Constitucion concluía con una declaracion de derechos, idéntica en su testo á la de la nuestra actual. Comparando una y otra, se puede decir que, si se exceptúan las disposiciones referentes á los gobiernos de provincia y sus concordantes, así como algunas atribuciones de la Corte Suprema que añadió esta última, son ambas de un mismo tenor.

IX—A pesar de todas las circunstancias que quedan enumeradas, apesar de que la mayoría de las Provincias habian adherido préviamente al réjimen unitario, unas por declaraciones espresas, otras obligándose solemnemente á estar á lo que el Congreso resolviese,—la Constitucion de 1826 fracasó completamente. El



triunfo del unitarismo decidió de la suerte de ella y de la Presidencia.

Los localistas de Buenos Aires, unidos en la tendencia desquiciadora con los caudillos que dirigian algunas de las Provincias que ménos participacion habian tomado en la guerra de la Independencia, á punto de negarse á concurrir á los Congresos que la declararon,—concluyeron por atraerse así á todos los intereses y á todos los elementos que venian cerniéndose amenazadores sobre la cabeza de Rivadavia desde que, como ministro del general Rodriguez inició una série de reformas que chocaron naturalmente con los hábitos y los antecedentes creados por el coloniaje.

Porque los partidos que reaccionan contra el orden de cosas sancionado por los órganos legítimos de un país, nunca rechazan la resaca política que se les plegatentando satisfacer aspiraciones relativas; por la sencilla razon de que libran, no ya el derecho que conculcaron, sino á la fuerza, la decision de sus deliberaciones.

El momento no podia ser mas oportuno para que reaccionáran esos elementos, que don Juan Cruz Varela habia señalado valientemente ante la opinion, diciendo en 1822 « no digamos que hemos nacido para ser libres. miéntas que por medio de una santa alianza, no nos conjuremos contra esos hombres cuyo corazon es un templo profano. »

En este camino el Federalismo encontró dos auxiliares poderosos;—las masas del pueblo, cuyo descontento habia venido estimulando desde que inició su cruzada contra la Presidencia y el Congreso; y la iglesia de Estado, que nada habia adelantado desde la famosa no-



che del 19 de Marzo de 1822, en que quiso llevar adelante una venganza de las leyes sobre *reforma eclesiástica* (que abolieron algunos conventos) abriendo las puertas de la cárcel á los presidiarios para que, seguidos de otros desgraciados, la tomaran por sus manos al grito tradicional de ¡viva la religion! ¡mueran los herejes!

Y adviértase que el primero de estos reaccionarios—el pueblo,—nunca, desde los dias de la Revolucion de Mayo, fué mejor servido que bajo la administracion de Rivadavia.

El Registro Oficial de esos años, el legado de establecimientos, fundaciones, progresos morales y materiales que Rivadavia hizo á su país, prueban, como ya se ha dicho, que no en vano se propuso ser el continuador de la idea de Mayo; levantándola como hombre de Estado á la altura de las verdades prácticas, y prestigiándola como patriota con la libertad y la moral pública, que fueron la norma de todos sus actos.

En cuanto al otro auxiliar—la Iglesia de Estado,—que desde 1810 se habia divorciado de la causa Americana, predicando contra ella, sublevando ejércitos y poblaciones, en observancia de la encíclica papal condenatoria de la Independencia (1)—nunca pudo, tampoco, gozar de una posicion mas ventajosa que la que le ofreció Rivadavia.

No es una paradoja. Si es cierto que al lado del grande hombre lucía el jénio demoledor de don Juan

(1) La última encíclica papal fué la de 24 de Setiembre de 1824 (Efemeridog.—de Buenos Aires).



Cruz Varela, que vulgarizaba en el Centinela primero, en el Mensagero Argentino posteriormente, principios de filosofía política y ciencia social, que respiran todavía el perfume de la novedad,—no lo es ménos que en esta política regeneradora colaboraban en primer término clérigos de la talla de Agüero y de Gomez.

Con estos hombres, y poseido de la inspiracion del bien, al que sacrificó su persona y todo su presente, Rivadavia trabajaba en los dias dificiles de su corta Presidencia, por levantar á la Iglesia de Estado de la postracion á que la habian reducido sus propios extravíos.

Nada de esto se tuvo en cuenta, El desórden no permitía oir mas écos que los de sus propios truenos. Toda esa masa de elementos heterogéneos, acaso sin otro vínculo quela esperanza de tirar para sí un despojo del naufragio nacional, desbarató completamente la organizacion de 1826.

Producido el desquicio, Rivadavia vino á ser el blanco de los rencores del federalismo legalmente vencido, de la Iglesia que buscaba su imperio absoluto, y del populacho con ojos y conciencia prestados.

Y Rivadavia cayó entre el clamoreo del fanatismo político y religioso; pero cayó como un grande hombre, encerrándose en el soberbio silencio de su conciencia sin mancha, despues de haber depositado en el seno querido de su patria, el rico tesoro de su jénio, legando á la posteridad el ejemplo dignísimo de una virtud y una fé democrática que no desmintió jamás.

Por eso su posteridad le ha hecho justicia. Su obra en la administracion y en el Gobierno, se recuerda to-



davía con respeto; ha servido de modelo á nuestros principales hombres de Estado; y es el antecedente mas notable que tenemos de un Poder Ejecutivo dotado de facultades régias, que haya *administrado* mas y gobernado ménos,—aproximándose así á un ideal, á que no hemos llegado todavía, porque para ello se requiere una *virtud* y una austeridad de principios que se van comunmente por los oídos cuando vienen las riendas á la mano.

.....

.....

El gran escándalo político que disolvió los poderes nacionales en 1826, y condujo á Rivadavia al ostracismo (1) desfiere á Dorrego la palma del triunfador. Si todo lo que queda dicho no bastára para comprobarlo, ahí están todos los que han escrito la historia de esos días, y entre ellos el señor doctor Lopez, quien dice (2) que inmediatamente de haber renunciado Rivadavia, Dorrego despachó un *chasque* urgente, que *diese á conocer á Bustos* lo sucedido, diciéndole *que impartiese la noticia para que cesasen las operaciones de la guerra civil*, y para que las *provincias federales lo ayudasen, etc. etc. etc.*

Dorrego ligado á los caudillos, fué el alma de este escándalo. Nadie pensó que los escándalos son hijos de la fuerza; y que esta, como Saturno, se los suele tragar vivos, para abortar mónstruos mayores,—la tiranía por ejemplo.

(1) Rivadavia murió en Cádiz el 2 de Setiembre de 1815.

(2) Historia del año 20, Revista del Río de la Plata—Tomo 13, página 253.

La ambicion de alcanzar lo que hasta ese momento habian impedido los caudillos, llevó á Dorrego, ligero y fácil como un adolescente á hacer liga con Rosas; y este solo hecho de un hombre de su valer y de sus dotes, abrió horizontes al astuto gaucho, que debía hacerse tirano á la sombra de los mismos que pensaron hacerlo instrumento ciego de sus miras.





CAPITULO IX

R O S A S



- I. El sentimiento y la razon de la sociedad—II. Como debe estudiarse á Rosas—III. Retrospecto histórico—la aristocracia de la Revolucion—IV. Reaccion de las clases medias—V. Causas eficientes de la reaccion de las campañas—VI. Reaccion de las campañas—Rosas—VII. Influencia de Rosas en el gobierno—VIII. Pronunciamiento de 1º de Diciembre de 1828—Convenio de 1829—IX. Gobierno de Viamont, de Rosas, de Balcarce—X. Ley de 7 de Marzo de 1835—XI. Nueva reeleccion de Rosas—XII. Manifestaciones de la opinion en su favor—XIII. Resúmen de los orígenes de la tiranía.

I—1826.... 1853....! ¿qué viene á ser este interregno de un cuarto de siglo, en el que se pierde el camino andado, y se borran todos nuestros antecedentes constitucionales?

El título de este capítulo lo indica:—Rosas.

Rosas!.... ¿pero es que existió alguna vez?....

Los legitimistas y jesuitas franceses negaron á Napoleon, diciendo en sus historias, pocos años despues de Austerlitz, que esta batalla de los tres Emperadores había sido ganada por *un General* al servicio del Rey Luis XVIII, llamado *Buonaparte*.

La perfidia pudo llegar hasta oscurecer al que vivió como grande, soñando gloria y civilizacion para su patria. Pero nosotros no podemos negar á Rosas.



Rosas soñó con la barbarie que erigió en sistema del país en que nació.

La libertad, el bien, la moral, la regeneracion, todo tuvo su símbolo en una gota de sangre que destiló veinte años consecutivos.

Las heridas pueden verse abiertas todavia. Las victimas que salvaron de esa catástrofe, viven del estremecimiento de sus recuerdos.

Los hijos, la generacion que ha venido en pos, agrandando el fantasma de la tiranía en razon de las impresiones aterradoras que les causaba en su infancia; los extraños que la han oido relatar de lábios de una sociedad ultrajada en lo mas íntimo; los viejos que lo vieron de cerca; las madres que vienen inspirando desde su regazo, ese horror á la tiranía, á que se refería el poeta de la libertad,—todos, al buscar una espresion del gran descenso, un éco de aquel llanto, una tiniebla de aquella noche, pronuncian un nombre.... ROSAS!

« Rosas! en el título se comprende el poema injurioso de la depravacion, que aparecía triunfante; en cada uno de sus actos, para amortiguar la fibra de un pueblo, y habituarlo á la abyeccion. »

« Rosas! su nombre basta para caracterizar la demencia aplicada á la política, despues de un bautismo de sangre. »

« Qué importa el enjendro, si existió de cualquier modo con la monstruosidad de sus hechos, y la depravacion de sus tendencias, si llegó á constituir un sistema cuya calificacion ha de ser única en nuestra historia? ¿ A qué penetrar mas allá? ¿ Acaso esto lo haría menos deforme? ¿ Sus delirios aparecerían ménos horri-



bles, cuando ya no pueden resucitar los millares de sus víctimas?»

.....

Así habla *el sentimiento* de la sociedad.

Ello es un derecho de la sociedad, conmovida todavía por el recuerdo de la moral ultrajada, de la libertad escarnecida, del vicio y del crimen santificados.

Pero este *derecho* puede ser tan imperceptible como la conciencia, y llegar, con todo, á exagerar la verdad, ó caer en el error, que es lo mismo.

Este *derecho* puede hacer de *ese sentimiento* una fuerza de primer orden, que arrastre consigo á la sociedad, y se transforme en la *opinion* de esta; que es la que decide y la que impera. . . . *quia nomenor leo*.

Pero, con todo esto, el sentimiento no servirá nunca como regla infalible de criterio. Será, cuando mas la victoria del entusiasmo de un dia, sobre la verdad que vendrá en seguida, á asentarse sobre las victorias efímeras que la precedieron.

Porque al lado de la *opinion* ó en contra de ella, ó mas arriba que ella, está siempre la *razon* de la sociedad, que va estudiando las relaciones de los hechos con las ideas y con los sentimientos; y que, de consiguiente, se pronuncian, no en razon de las pasiones del presente, que algunos quieren hacerlo suyo, sino en provecho del porvenir que pertenece á todos.

De otra manera se haría de todo punto imposible la sucesion de los antecedentes lógicos, sin los cuales, ni se puede averiguar la índole de los hechos que dan forma y valor á las épocas, ni se pueden ligar entre sí las generaciones en la obra de orden y de progreso de una



sociedad constituida sobre las mejores experiencias.

II—Ateniéndose pues, á la razon, se puede ir mas lejos que los que se atienen al sentimiento para resolver esta cuestion. Se puede ir mas léjos sin negar al tirano, pero sin agolpar sobre la cabeza del hombre un cúmulo de maldiciones que se olvidarán á la larga. ¿Cómo? . . . Estudiando al hombre á la faz de la época en que vivió, y de los intereses á que sirvió.

Pero se dirá: ¿si no se niega que debe execrarse la memoria del tirano, si no se le puede separar del hombre, ¿cómo no fulminar maldiciones contra él, cuando se juzgan sus actos como gobernante?

Y bien, el hecho de la tiranía pertenece á la posteridad, y como tal, hecho ominoso debe reputarse siempre. Un pueblo no puede tener dos opiniones á este respecto, sino á costa de degradarse mas en aquellos dias trísticos.

Pero las causas de la tiranía, la índole y el orígen del agente que la sirvió, los intereses que representó, y que la robustecieron de consiguiente, este análisis severo y desapasionado, debe llegar necesariamente á conclusiones muy distintas:—El recuerdo de Rosas se irá borrando. Solo se conservará la tradicion opaca de su época—que es lo único que puede aprovechar á la salud y al progreso de nuestro país.

Rompamos, pues, con las vinculaciones de la pasion, que amenazaba rehabilitar en el futuro al representante del único gobierno fuerte que nos cupo; como quiera que ella jamas se detuvo á estudiar las causas que lo produjeron.

Pactando con la verdad, bien puede esta dar ánimo



suficiente para esperar. . . . con el pecho entero y los brazos abiertos, el embate del sentimiento, enardecido todavia contra Rosas.

Retrogrademos, pues, para encontrar esas causas en el teatro mismo de la accion.

III—La Revolucion de Mayo de 1810, si se la considera por el lado de los hombres que la sirvieron, y aun por algunas de sus tendencias, fué aristocrática en su forma esterna.

Ella fué sostenida y llevada á cabo por el elemento acomodado, acaudalado y *dirigente* de la ciudad de Buenos Aires.

Sus fautores confundieron sus ideas, sus aspiraciones y sus tendencias para poder realizar el pensamiento fundamental que los unía, á cuya prosecucion eran naturalmente llamados, y en cuyo logro estaban principalmente comprometidos.

Así fué como dieron carácter y fisonomía á esa época, que prestijaron con sus talentos superiores y con el patriotismo ejemplar de sus procederes.

Verdad es que ellos constituian una aristocracia especial, que se hermanaba con los fines mas liberales y mas humanitarios de la Revolucion; la aristocracia legítima del talento, de las virtudes públicas, de los grandes servicios á la patria; que atraía á todos los hombres de posicion encumbrada, cuyas familias y cuyos vínculos entre sí y con el país, eran otros tantos baluartes opuestos á la reaccion.

Todos los que influian en los destinos del país, todos los que servian en primer término á la Revolucion respondian á esa tendencia; bien fuera por índole ó por há-



bito, ó porque creyeran que tal era uno de los medios eficaces para impedir que ese gran movimiento se desnaturalizara ó se comprometiera, cayendo bajo la direccion de hombres inespertos y sin influencia, como sucedió despues.

Los Rodriguez Peña, Belgrano, Vieytes, Moreno, Lopez, Pueyrredon, Saavedra, Chiclana, Passo, Castelli, Rivadavia, Balcarce, Azcuénaga, Escalada, Lezica, Anchorena, Luca; como Ortiz-Ocampo, Rodriguez, San Martin, Alvear y todos los que desempeñaron papeles importantes en la Revolucion, eran hombres dotados de prendas distinguidas y probadas, ó de posicion espectral; y unos y otros gozaban de ese crédito y de esa influencia que dispensa la sociedad á los miembros de las familias bien colocadas que han dignificado sus antecedentes con hechos que obligan su reconocimiento.

Es cierto que la Revolucion tuvo tribunales y propagandistas poco conocidos ó oscuros al principio. Así debia suceder. El esfuerzo abnegado y patriótico estaba encomendado á todos. Todos querian contribuir al triunfo de la causa que no reconocía diferencias ni privilegios, en el sentido vulgar de la palabra. Estas excepciones tienen, pues, su explicacion, en antecedentes bien conocidos. El hecho en jeneral, la tendencia que predominó en la Revolucion la tiene tambien.

Todos los Americanos comprendemos que no hemos nacido para ser aristócratas á la europea. El que quiere serlo es un pobre diablo que no sabe lo que se hace. Pero... si en una sociedad rejida por instituciones libres, ó que trabaja por afianzárselas, no hubie-



ra núcleos principales, compuestos de los hombres que confunden su talento, su saber, su posicion, sus virtudes y su servicios en provecho de esa sociedad, ¿á donde acudiría esta en busca de todos esos bienes que constituyen su vida misma, que se consagran á ella unidos por el principio de la solidaridad? ¿Los pediría de prestado? ¿Renunciaría á ellos? A esta clase es á la que hemos llamado aristocracia; y es esta aristocracia de la Revolucion de Mayo la que proclamó uno á uno los principios de GOBIERNO LIBRE que hoy rijen en toda la América del Sur.

En el gobierno, en la Administracion, en los ejércitos, en todas partes se veía á esta aristocracia conduciendo con mano de hierro la Revolucion, cuando San Martín, con esa voluntad de grande hombre que nunca le abandonó, fundó lo lójia de Lantaro en union de Alvear, Zapiola, Guido, Monteagudo, Lezica y Pueyrredon.

Y entónces no habia castas entronizadas, que hicieran valer prerrogativas odiosas en medio de las grandestribulaciones de la patria. No; todos concurrían al triunfo de la causa. Los jóvenes de la sociedad mas selecta corrían á alistarse en los ejércitos, ó en donde pudieran prestar sus servicios, uniendo despues, á la consideracion de que gozaban sus familias, la posicion que ellos mismos se habian conquistado.

Por esos hombres y por estos jóvenes fué conducida la Revolucion, miéntras el peligro comun de perder en una derrota, en unos dias, lo que ya se reputaba como nuestro, mantenía acalladas las pasiones, que necesariamente debían fermentar y hacer crisis en un pueblo



nuevo como el nuestro, que tenia mucho que hacer en el sentido de su organizacion definitiva.

Cuando el Congreso de Tucuman declaró la independencia, y se vió el territorio libre, por el momento, de Españoles, empezaron á desencadenarse las pasiones del pueblo, lleno devida y de ardor, ante la perspectiva de una obra que cada cual queria concluir mejor, en uso del derecho perfecto que todos invocaban.

Lo demás ya se sabe. Todos los patricios de la Revolucion, ó desaparecieron ó fueron desterrados y perseguidos. La creencia equivocada de que exaltando al pueblo se exaltaba á la Revolucion, dió rienda suelta á los candores patrióticos. . . . Se entonaron diti-rambos *al gorro de la Libertad* so pretesto de que los hombres de Mayo habian calzado la librea de la monarquía. El famoso gorro hizo siempre acto de presencia en ese carnaval político de tristes consecuencias.

IV—Tal fué la reaccion tumultuaria de las *clases medias*, contra la pretendida oligarquía de los hombres y partidarios del Triunvirato y de los Directorios.

La *clase media* tenía por órgano al Cabildo; y estaba representada por los propietarios de la ciudad, por los negociantes, y por algunas mediocridades descontentadizas, que no habian conseguido desempeñar su deseado papel en las administraciones anteriores.

Como el Cabildo conservaba incólume su tradicion, y disponia de los batallones de Cívicos y del bajo pueblo que hacia liga comun con estos, cada vez que se trataba de una revuelta que le proporcionase impresiones nuevas y variadas en la política de las calles y de las plazas públicas,—la *clase media* se hizo dueña de



la situacion, apoderándose del gobierno que debia sucederse con rapidez vertiginosa, como enjendro de aspiraciones que no tenian en su apoyo antecedentes políticos de ninguna especie.

La reaccion se operó bajo esos auspicios, es cierto; pero en virtud de algo que podríamos llamar la *ley de nuestras renovaciones políticas*, que, por lo que á nosotros respecta, se ha ajustado á principios revestidos de una orijinalidad y una lógica dignas de ser estudiadas, para meditar con fruto sobre nuestra filosofía histórica.

Ella fué el punto medio entre la época inaugurada en Mayo y la época que inauguró Rosas. Un mismo número de años la separan de una y otra. Diríase que hubo hasta *proporcionalidad* en la série de los hechos que contribuyeron á crearla, y de los que ella produjo para que la derrumbáran.

Las mismas causas que alegó esa reaccion para divorciarse de la tradicion y de la gloria que representaban los gobiernos anteriores, á quienes procesó como traidores, fueron alegadas, con corta diferencia, por la nueva reaccion que la derrumbó.

El programa que se propuso esa reaccion, cuando nuestra nacionalidad estaba en jirones, en fuerza de los sucesos que ella misma provocó,—fué arrebatado diez años despues por otra reaccion análoga, cuyos fines eran mas radicales, aunque tan exclusivos como los de la primera.

Si una no era la reaccion de la otra, ambas se presentaban como espresiones latentes de la accion que iban tomando los elementos militantes de nuestra sociedad,



que habian permanecido alejados del verdadero teatro de la Revolucion.

Tratemos de estudiar esta causa, para explicarnos ese fenómeno.

V—Las Provincias Unidas, no habian heredado de la España una sola ley que favoreciera sus dilatados territorios. Sin hablar de los que confinaban al Norte y al Oeste, que eran llanuras desiertas dónde el salvaje imperaba como dueño y señor,—los territorios adyacentes á las Provincias mas regularmente pobladas, estaban completamente abandonadas. Baste recordar que, en la campaña de Buenos Aires se contaban, á principios de este siglo infinidad de mercedes reales por cincuenta y mas leguas, á favor de un propietario, que jamás sentó en ellas una sola poblacion.

Este desconocimiento completo de la importancia de una sábia y prudente economía, de que siempre hizo gala España,—preocupada en desalojar de nuestros exhaustos mercados todo el oro que podia,—habia venido estableciendo el desequilibrio mas estupendo en la poblacion, y resistiendo, de consiguiente, las relaciones civiles y políticas entre los muy pocos centros poblados que teníamos, y los que no lo eran.

España no conocia el influjo poderoso de la poblacion, ni la habia fomentado nunca, por desgracia suya. Encastillada en su esclusivismo comercial y político, alejaba de todas sus colonias la concurrencia del Portugal y de la Inglaterra; proscribiendo asi el único medio de establecer corrientes espontáneas de inmigracion, que habrian engrandecido á estos países, para eterno orgullo de esa Nacion. Y nada podíamos hacer contra



este estado de cosas en los momentos supremos en que iniciábamos la lucha en favor de nuestra independencia. A este fin circunscribíamos todos nuestros esfuerzos. Inútiles fueron las medidas que sujirieron Vieytes y Belgrano para remediar en un tanto ese desequilibrio que nos aislaba unos de otros. Cincuenta años de continua labor apenas nos han permitido empezar á ensayar el sistema contrario al que empleaba España para esclavizarnos. Gobernar, es poblar, hemos dicho ante ese desequilibrio, que existe todavía, como una prueba de que los errores económicos son mas peligrosos y mas trascendentales que cualesquiera otros.

Esa guerra era de vida ó muerte. Demandaba sacrificios de todo jénero, recursos cuantiosos que debian, sacarse de nuestras provincias empobrecidas. Harto hacian nuestros gobiernos en sostenerla con gloria, persiguiendo tenazmente nuestro triunfo definitivo.

Se hacia imposible, pues, beneficiar á toda la sociedad con las grandes promesas de la Revolucion. Y sucedió lo que no podia evitarse, lo que nadie habia evitado en esos dias.

Ese desequilibrio en la poblacion dió oríjen á un antagonismo de intereses y de ideas, alimentados por los hombres de las campañas, respecto de los hombres de los centros poblados é ilustrados, donde los habia

El aislamiento en que vivian los hombres de nuestras dilatadas campañas, obraba poderosamente en este sentido. Reducidos á sus mezquinos recursos, alejados de toda relacion política ó social, que los pusiera en camino de gozar de los beneficios inherentes á los hombres libres, que les asignaban nuestras constituciones;



requeridos tan solo en sus personas para las necesidades militares,—encontraban otros tantos motivos para vivir de ese antagonismo que debia sernos funesto.

Y los bienes que se les negaban, se los tomaron ellos mismos, con la arrogancia del que usa una parte de lo suyo y abandona el resto al que se lo negó.

La libertad escrita que no les habia alcanzado, la adoptaron tambien como cosa propia, que habian comprado con su sangre, y la interpretaron en razon de su ignorancia y de sus instintos. En cuanto á su desamparo, su miseria, las obligaciones puramente onerosas á que vivian sujetos, eran desgracias que pasarían con los hombres de la ciudad y con el gobierno que representaban.

Antes de 1820 esos sentimientos habian sublevado casi todas las provincias en masa contra el elemento civilizado de las ciudades.

Se mantenian todavia tres ó cuatro Provincias que, por las distintas influencias de la Revolucion, se habian hecho de centros ilustrados y regularmente poblados.

Pero esos sentimientos se abrieron camino fácilmente. Esos centros de poblacion estaban interceptados por soledades inmensas. Y en todos los ámbitos de este desierto se encontraban y se reconocian los que debían imponer la ley del mas fuerte á la República.

Era una evolucion fatal, basada en la composicion de nuestra sociedad embrionaria. La liga de esos elementos potentes de las compañías, se operó bajo los auspicios mas funestos. El terror, que es entre el gaucho el mayor de los prestigios, los acompañaba. El



orgullo de haber hecho á su modo y con éxito la guerra contra España, destruyéndole ejércitos enteros é imponiendo su voluntad á las poblaciones con la fiera de un vencedor que á nadie debe cuenta de sus actos,—los inducia á creer que eran ellos los llamados á complementar la grande obra de la independendencia, por medio de la tremenda reaccion que operaban.

Dueños del Litoral concluyeron por avasallar el Interior; el Norte que ya no obedecía á Güemes bajo las inspiraciones de Belgrano; y Cuyo dónde no se sentía tampoco la influencia organizadora de San Martin.

VI—El desastre jeneral se aproximaba. Buenos Aires jermen, cabeza, verbo de la Revolucion, fué el teatro escojido de la nueva reaccion. Aquí se condensó, porque aquí habia mucho que destruir.

En una lógica inflexible! . . . Las reacciones políticas que se operan bajo los auspicios de un cambio radical,—no en las ideas, sinó en los hombres que las sostienen, nunca miran el porvenir; y por esto su obra viene á ser destruida, no por los hombres contra quienes se ensañaron sino por aquellos de quienes pensaron servirse para consumarla.

Esto se cumplió con la reaccion de las *clases medias* de que hemos hablado. Aisladas dentro de la ciudad llena de recursos; en frente del elemento de las campañas que entraba en escena por sus propias fuerzas, enconado con los que cayeron y con los que no habian caido todavia, arrebatado por el torbellino de ideas que le servia de bandera; y en presencia del Litoral que hacia campamento en Buenos Aires,—esas *clases medias*, se vieron en la necesidad de pactar vergonzosa-



mente con los caudillos en la capilla del Pilar el 23 de Febrero de 1820.

En vano halagaron á los representantes del gauchaje con mando y con honores, probablemente con el fin de asegurarse la influencia que habian arrebatado explotando las pasiones del populacho.

El populacho contra las *clases medias* venia ahora de las campañas. La reaccion de las campañas se operó, obedeciendo á las causas que hemos indicado; y siguiendo la escala en *proporcion descendente*, cuyo segundo término fueron esas *clases medias* desde el dia que se hicieron dueñas del gobierno escluyendo el elemento *ilustrado y civilizador* de la Revolucion de Mayo.

Pero la fuerza brutal tiene sus paroxismos. Es el momento en que el gigante hace tambalear la roca, la mira con ojos inyectados de voluntad para derrumbarla, y cae junto con ella mutilado y sangriento.

La reaccion de las campañas lo tuvo tambien. De los senos palpitantes de ese caos no surgía un solo rayo para los mismos que lo habian precipitado.

La reaccion estaba triunfante, pero sin apariencias de vida. Solo quedaba de pié lo que habia estado léjos de la escena, el núcleo de viejos compatriotas que no habian podido detener el empuje vertiginoso de los sucesos. Y estos vinieron nuevamente á robustecer en esos dias aciagos el gobierno del general Rodriguez, inaugurando una era de paz y de reparacion que aceptaron todos los partidos exaustos, impotentes y desengañados, despues de un sacudimiento tan tremendo.

Aquí se presenta el hecho mas culminante de esa escena múltiple y confusa. La anarquía habia cesado,



el orden se habia restablecido, la paz y la tranquilidad volvian á todos los ánimos no por el esfuerzo de los militares de la escuela de Buenos Airës, sinó por el auxilio vigoroso y eficaz de un comandante de milicias *de campaña, que habia tenido alguna participacion en los tratados del Pilar*, y que se llamaba don Juan Manuel de Rosas. Cuándo este entró á la plaza despues del motin del 1° de Octubre de 1820,—al lado del gobernador Rodriguez, y seguido de sus bravos *colorados*,—el pueblo saludaba por la primera vez, en ese gallardo jóven, el prestigioso hacendado que habia venido representando á las campañas, á darse la mano con las autoridades lejítimas, para estirpar el desórden y fomentar la libertad.

¿Y que esplicacion tenia ese hecho? ¿Era que las campañas retrocedian ante su propia obra? ¿Era que espiaban la oportunidad de aprovechar de ella á la sombra del partido diminuto que habian repuesto en el poder? ¿O era mas bien una trégua que se daban sus representantes con el objeto de adquirir la influencia y la significacion indispensables para consumarla al fin?

Esto último es lo que se deduce mas claro de los hechos subsiguientes. En 1820 las campañas de Buenos Aires no tenian hombres que les imprimieran direccion ni rumbos fijos. Los caudillos del Litoral los envolvieron en la reaccion, y ellas siguieron este camino que tan bien cuadraba á sus sentimientos y sus hábitos tradicionales. El único que mostró su prestigio entre ellas fué el comandante Rosas. Pero Rosas era un jóven sin antecedentes políticos, si vinculos sérios con



los hombres de la ciudad, que recién surgía á la vida pública y que no tenia mas título para la opinion que el que habia adquirido ayudando patrióticamente á restablecer las autoridades legales. Las campañas de Buenos Aires necesitaban de Rosas para abrirse el camino que se habian abierto las del Litoral; y nadie podia hacer en ellas lo que Rosas no hiciera. Así se explica como la conducta de Rosas, decidió por el momento de la conducta de nuestras campañas.

El gobierno de Rodriguez, por otra parte, era aceptado por toda la poblacion de la ciudad y sus suburbios (pues es necesario hablar así al referirse á aquellos dias) inclusive las *clases medias* que acababan de caer estrepitosamente. Los batallones de cívicos á las inmediatas órdenes del gobierno y comandadas por jefes adictos á este, respondian de la ciudad. Y sin la ciudad no habia gobierno.

Rosas se retiró de la ciudad aclamado por los unos, endiosado por sus milicianos y saludado en su tránsito, como un verdadero Libertador, por el gauchaje que lo habia visto salir de sus filas compactas.

Allí entre los suyos comenzó su verdadera carrera pública. Allí se consagró esclusivamente á labrar su influencia; y la campaña se dejó apropiar porque vió en Rosas su propio enjendro.

Rodriguez lo veía, porque esa influencia llegaba hasta su gobierno: como habian llegado otras análogas, acaso la misma, á los gobiernos que le habian precedido en ese año.

Sarratea, Soler y Dorrego tuvieron que contemporizar con esas influencias que ellos mismos habian crea-



do, solicitando á cada paso la participacion militar de las campañas, para mantenerse en el poder ó para luchar contra la anarquía.

En el capítulo sobre el año 20 lo hemos visto. Sarateá, divorciado de la opinion de la ciudad, se echó en brazos de los caudillos. Soler, soldado antes que todo, militarizó nuestras campañas y llevó al seno de ellas todos los bagajes de la anarquía. Estas se iniciaron en la desnaturalizacion de la opinion, nombrando en Lujan su Junta y su gobernador frente al gobernador y la Junta de la ciudad. Y esta desnaturalizacion y este desórden quedaron legitimados por la sancion de la fuerza que obligó á la ciudad á capitular. Dorrego, desde otra posicion, tuvo la debilidad de creer que podia atraerse á las campañas y al elemento semi-bárbaro en general, contemporizando con las unas á trueque de comprometerse él mismo, y ligándose al otro con promesas y proyectos que á él mismo le repugnaban.

El gobierno de Rodriguez que debia en gran parte su restablecimiento á las campañas, siguió los mismos rumbos; y se vió tanto mas estrechado cuanto que cada concesion que hacia, cada cargo, cada mandó que confería á los hombres de la campaña, se miraba como un premio digno de los sacrificios de quienes habian sufrido hasta entónces el olvido de todos los gobiernos.

Así se ponía el dedo en la llaga. Y el ponerlo, ese cuerpo robusto que la habia visto crecer en su desamparo, reunía todas sus fuerzas ansioso de borrar con las satisfacciones del presente, el ingrato recuerdo de un pasado en que vivió solo, siempre esperando.

VII—Ahora bien, casi todos esos cargos, mandos y



beneficios, se acordaban á solicitud del coronel Rosas, quien nada, nada habia pedido para sí. Este era uno de los objetos principales de los viajes que hacia Rosas á la ciudad. Cuando volvía á sus estancias llevaba el medio de levantar á alguno de sus hombres.

Todo esto se sabia en la campaña. De pulpería en pulperia iba cundiendo la influencia que el coronel Rosas tenia con el gobierno. Los gauchos veían á los suyos bien colocados, por la primera vez, gracias á la influencia jenerosa de ese hombre, gaucho tambien, que todo lo habia rehusado con un desinterés sin ejemplo.

Y tanto mas se extendía su influencia cuanto que apesar de sus servicios,—que exageraba el agradecimiento de los unos, la simpatía ó la complacencia de los mas—á pesar de sus relaciones y de su valimiento en la ciudad,—Rosas se habia consagrado esclusivamente á sus establecimientos rurales, poniéndolos á una altura casi desconocida hasta entónces.

Ellos eran el centro mas adecuado para todas sus operaciones políticas—y lo fueron en efecto. Persistente, astuto, observador, conocedor profundo del carácter y de los hábitos del gaucho, dotado de una actividad incansable y de algunas condiciones morales que le hacian guardar siempre cierta distancia de todos aquellos con quienes allí rolaba, sin perjuicio de que no perdiera la oportunidad de mostrarse gaucho tambien, atacando las faenas mas rudas y dando ejemplo de destreza y habilidad, sóbrio, severo y emprendedor, Rosas llegó á ser el gran señor de la campaña. (1)

(1) De la confidencia que hizo Rosas, el día que se recibió por primera vez del gobierno, al señor don Santiago Vasquez que se encontraba



Aquello era un deslumbramiento! Los gauchos veían á Rosas á cien codos de distancia de los demás, con los mismos ojos con que una multitud fanatizada ve el atand suspendido de Mahoma. Lo que la influencia y prestigio de Rosas no hiciera por ellos y para ellos, nadie era capaz de hacerlo. En los fogones se hablaba de las yerras, de las carreras, de las liberalidades, de los servicios del coronel Rosas; y los gauchos templaban sus guitarras pasándose de boca en boca los detalles de las escursiones que hacia á la ciudad ese su coronel Rosas, á quien tanto respetaba el gobierno y á quien tanto debian querer ellos, pues que él era su defensor, su intermediario, el único que pedia para ellos el bien y la justicia que esperaron en vano tanto tiempo!

acreditado en Buenos Aires como agente del Estado Oriental, y la cual fué publicada por el señor Andrés Lamas en el Título 5º, pág. 599 de la Rev. del Río de la Plata, tomamos las siguientes palabras de Rosas que corroboran en un todo nuestros asertos. Refiriéndose á que los gobiernos que se habian sucedido se conducian muy bien con la jente ilustrada, y despreciaban los hombres de las campañas, dice Rosas: •Yo noté desde el principio, y me pareció que en los lances de la revolucion, los mis-
 • mos partidos habian de dar lugar á que la *clase de las campañas se*
 • *sobrepusiese* y causase los mayores males, porque V. sabe la disposi-
 • cion que hay siempre en el que no tiene contra los ricos y superiores:
 • me pareció, pues, desde entónces *muy importante conseguir una in-*
 • *fluencia grande sobre esa clase* para contenerla ó para dirigirla, y me
 • propuse adquirir esa influencia á toda costa; para esto me fué preciso
 • trabajar con mucha constancia, con muchos sacrificios de comodidades
 • y de dinero, hacerme gaucha como ellos, hablar como ellos y hacer
 • cuanto ellos hacian; protegerlos, hacerme su apoderado, cuidar de sus
 • intereses, en fin, no ahorrar trabajó ni medios para adquirir mas su
 • concepto. . . . Yo he observado la exactitud de mis ideas, porque
 • he visto asomar por tres años esa época que calculaba: unael año 15,
 • otra el año 20, y otra ahora: en el año 20 nada se hubiera hecho sin
 • mis esfuerzos; despues aumenté mi influencia hasta donde puede aumen-
 • tarse. . . .



Las administraciones se habian sucedido entretanto. Durante la primera presidencia y la guerra del Brasil, Rosas permaneció alejado de la ciudad. Recien bajo el gobierno de Dorrego se le vió tomar una parte activa en los sucesos que, hasta cierto punto, se habian precipitado, por sus mismos trabajos.

VIII—Consumado el pronunciamiento del 1º de Diciembre de 1828, Rosas, en su carácter de comandante general de campaña, reunió las milicias y los indios en número de dos mil hombres, y esperó en Navarro, bajo as órdenes de Dorrego, el cuerpo veterano que venia de la ciudad á las órdenes del general Lavalle.

Dorrego fué la víctima espiatoria, sacrificada en aras de las necesidades del tiempo, tal como las entendia el soldado leal y patriota que lo venció. Rosas emprendió la fuga á Santa Fe. Allí le habló á Lopez del sentimiento hostil que cundia en toda la campaña de Buenos Aires respecto de Lavalle y su partido; y como Lopez sabia que Lavalle no se iba á detener en el Arroyo del Medio en busca de caudillos, se decidió á emprender la cruzada contra él, nombrando á Rosas mayor general de su ejército.

Despues de los encuentros de las «Palmitas» y «Biscacheras» en que las campañas de Buenos Aires tomaban la ofensiva con las armas en la mano, tuvo lugar el combate de Puente de Márquez, en el que Lavalle fué agoviado por el número, sin ser completamente vencido. Este combate coincidia con el triunfo que acababa de obtener el general Paz sobre Bustos en Córdoba. Lopez temeroso por este lado se retiró á Santa Fe y dejó á Rosas frente á Lavalle.



Pero Lavalle estaba aislado en la campaña. Rosas abarcaba todos los recursos, y engrosaba sus filas con grandes masas de gauchos, que acudían de todas partes al llamado que les había hecho en sus proclamas, « para salvar el país de la anarquía en que se encontraba después del fusilamiento de su gobernador legal, y restablecer las leyes que habían sido holladas. »

Y Lavalle aislado, interceptado, con un escaso número de soldados, hostilizado de todos lados por las montoneras, era impotente contra Rosas.

La suerte lo quería así! Lavalle que había sacrificado su renombre en holocausto á su patria, pensó que no estaba todo perdido si Rosas cumplía lo que prometía en sus proclamas

Desde su campamento de los Tapias, el soldado de Maipú, Riobamba é Ituzaingó, se dirigió solo al campamento de Rosas en la noche mas triste de su vida.

Después de conferenciar largamente firmaron ambos el convenio de 24 de Junio de 1829, que establecía el cese de las hostilidades, el restablecimiento de relaciones entre *la ciudad y la campaña*, el olvido de todo lo pasado; la elección inmediata de representantes que debían nombrar el gobernador, á quien Lavalle y Rosas harían entrega de las fuerzas de su mando; y el pago que este Gobierno debía hacer de las obligaciones contraídas por Rosas durante la campaña; así como el reconocimiento en sus clases á los jefes y oficiales de línea y milicias del ejército de este último.

Este convenio hubo de fracasar á causa del resultado de las elecciones del 26 de Julio, de que protestaron Rosas y los amigos de Dorrego. Lavalle y Rosas firma-



ron en 24 de Agosto algunos artículos adicionales á ese convenio, por los que se establecía que el gobernador actual y el comandante general de campaña (Rosas) nombrarian un gobernador provisorio que actuaria con ministros y un senado consultivo, etc. etc. etc.

De acuerdo con el convenio, Lavalle hizo entrega de sus fuerzas al gobierno, y este las licenció en su mayor parte; Rosas por el contrario, hizo su entrada triunfal á la ciudad, obtuvo armas, pertrechos y dinero, y volvió á salir con ellas á situarse en su campamento de Santa Catalina.

IX — El general Viamonte, en quien recayó el nombramiento de gobernador, era una sombra en el Poder. Quien gobernaba era Rosas. El gobierno que pendia de él, no daba un paso sin consultárselo. Y en este sentido, Rosas que se pretendía el sucesor de Dorrego, habia conseguido colocar á los amigos de este en casi todos los puestos públicos. Así se atraia á estos, y se ganaba la plebe. Para esta Rosas era el jefe de los federales, que habia vencido á Lavalle separándole de la escena y vengando á Dorrego.

Bajo esa misma presion, el Gobierno convocó á sesiones á la Legislatura disuelta el 1º de Diciembre del año anterior y compuesta de Dorregistas. Esta eligió á Rosas Gobernador de la Provincia. Rosas se recibió del mando el dia 8 con las facultades extraordinarias que le concedió la ley del 6 de Diciembre, sancionada bajo los auspicios del odio que inspiraban los restos del partido vencido. La Cámara Dorreguista servia á Rosas, creyendo desahogar sus agravios recientes.

Rosas gobernó con facultades extraordinarias hasta



el 15 de Noviembre de 1832, en que la Legislatura rechazó un proyecto que difería tan solo en los términos de la ley de 6 de Diciembre; avergonzada acaso ante la protesta enérgica y audaz que formularon algunos jóvenes unitarios, en el recinto mismo de las sesiones.

Inútil es hacer aquí una reseña de ese período gubernativo.

No es nuestro objeto tampoco. Basta decir que fué una série de violaciones contra el derecho, contra las libertades que desaparecieron una tras una,—una tiranía de tres años, perfectamente legalizada por una Legislatura apasionada y servil.

Al cabo de estos, la Legislatura que había facilitado el camino al gobierno fuerte, coronó la obra de su cobardía, reeligiendo á Rosas. Pero Rosas prefería las facultades extraordinarias, y confiaba en que en breve le serían devueltas. Por eso renunció el cargo y emprendió su campaña al desierto.

La Cámara nombró al General don Juan Ramon Balcarce. Rosas lo hizo derrocar al año siguiente, como si hubiera querido demostrar que no podría haber otro gobierno estable que el suyo propio; y volvió á ser nombrado gobernador. Rosas elevó cuatro renunciaciones consecutivas; y en seguida renunció el cargo de Diputado y el de Comandante General de Campaña.

Rosas deponía todos sus cargos, lo que quería decir que se desligaba de quienes se lo habian otorgado!

Pero estos eran nada sin él. Existían por él,—él podía suprimirlos, como había suprimido la resistencia del partido caído á fuerza de persecuciones, y de enconar contra él las pasiones del populacho, desde que



ordenó (Febrero 1832) el uso del cintillo punzó como emblema de la Federación.

Entonces se vieron amenazados de grandes peligros, que debía conjurar una mano fuerte; el populacho desbordado los siguió; y la campaña, como un solo hombre, rodeó á Rosas que era su encarnación viva. Era fácil prever el fin donde vendrían á parar estas manifestaciones de una opinión fanatizada y sin control.

X—En efecto, después del provisorio del General Viamonte, la Cámara renovada con adictos de Rosas, dictó la famosa ley de 7 de Marzo de 1835, por la cual nombraba á éste Gobernador de la Provincia, por el término de cinco años; y *depositaba en él toda la suma del poder público*, sin más restricciones que las de conservar la religión católica (oh lógica de los despotismos!) y la de defender la causa nacional de la Federación.

El resultado estaba obtenido. Pero faltaba un requisito de que no se han apercibido los déspotas en general. Solo Napoleón III lo tuvo presente, inspirado acaso en el ejemplo de Rosas.

Rosas quiso que el pueblo, todos los ciudadanos votaran la ley de 7 de Marzo, esto es, quiso que el sufragio universal legalizara la tiranía.

A este objeto pasó el día 16 una nota á la Legislatura en la que hacía revista general de los peligros que amenazaban al país, y concluía pidiéndole que reconsiderara en sala plena, la ley de 7 de Marzo, y acordara el medio más adaptable «*para que todos y cada uno de los ciudadanos y habitantes de esta ciudad, de cualquiera clase y condición que sean, expresen su voto preciso y categóricamente sobre el particular, quedando éste consig-*



nado de modo que en todos tiempos y circunstancias, se pueda hacer constar el libre pronunciamiento de la opinion general. » (1)

La Legislatura decretó incontinenti que en los días 26, 27 y 28 del mismo mes de Marzo, se procediera por los Jueces de Paz y vecinos respectivos, á recoger el voto de todos los hombres libres naturales del pais, ó avecindados en él desde la edad de 20 años, sobre si estaban ó no conformes con la ley del 7 de Marzo.

Simultáneamente la Legislatura citaba á todos sus miembros para el 1° de Abril, con el objeto de reconsiderar esa misma ley; previniéndoles que no se abriría la sesion hasta que, ó estuviesen presentes todos los Diputados, ó se recibiesen por escrito los correspondientes avisos de los que faltasen, espresando la causa motivada de su inasistencia, como así mismo su voto sobre cada uno de los artículos de la citada ley

La Legislatura ratificó en sala plena todos los artículos de la ley de 7 de Marzo; y así lo comunicó á Rosas en el mismo día.

« Aunque la Honorable Sala, decía esa comunicacion, ha estado íntimamente persuadida de que había procedido en consecuencia con el sentimiento público, no ha trepidado en explorarlo, y el resultado de esta medida comprueba de un modo auténtico, el acierto de la Honorable Sala. »

« Los registros presentan la espresion libre de esta poblacion, manifestada en *nueve mil setecientos veinte*

(1) Vida pública del Brigadier General Juan M. de Rosas etc., etc , etc.
etc. pub. ofic. páj. 91.



individuos, de los cuales solo *cuatro* (1) han estado en disidencia con la ley. No se ha consultado *la opinion de los habitantes de la campaña*, porque á mas del retardo que esto ofrecería, *actos muy repetidos y testimonios muy inequívocos, han puesto de manifesto que allí es universal ese mismo sentimiento*, que anima á todos los porteños en general. » (2)

XI—Vencido el período, la Legislatura volvió á sancionar la tiranía, reelijiendo é Rosas el 5 de Marzo de 1840, y depositando en él toda la suma del poder público.

Pero Rosas que hasta entónces había dado á sus actos públicos todas las apariencias de la legalidad, gobernando con la aprobacion unánime de la representacion de la Provincia, del pueblo y de la campaña cuya adhesion llegaba al fanatismo; que había respetado escrupulosamente todas las formas,—pues de sus renunciaciones reiteradas y continuas, así como de las demostraciones que estas suscitaban, resultaba que él aceptaba el mando abrumado por las súplicas de los poderes públicos, y en fuerza de las manifestaciones de la opinion que así se lo imponian, en nombre de los intereses del país que peligraban, y que solo él podía salvar; Rosas se negó á ocupar tambien esta vez el cargo de Gobernador, sin presentar previamente una série de renunciaciones, para dar así un desmentido elocuente á la prensa unitaria de

(1) Estos cuatro ciudadanos, cuyos nombres ha recojido la tradicion, para honor de ellos, fueron el doctor Jacinto Rodríguez Peña, el general Gervacio Espinosa, el comandante Juan Escobar, y el señor Juan José Bosch (boticario del barrio de la Merced).

(2) Vida pública del general Rosas—pub. of. pág. 97.



Chile y del Uruguay, que lo presentaba aislado de la opinion, imponiendo su tiranía por medio del terror y la violencia.

XII—Los que dicen que en 1840 Rosas no gobernaba con la opinion,—si la opinion la constituian los poderes públicos, el pueblo de la ciudad en masa y la campaña,—deben fijarse en los antecedentes de esta su tercera elevacion al poder.

Rosas renunció cuando tres ejércitos unitarios lidiaban para derrocarlo, cuando el país estaba comprometido en graves cuestiones internacionales, poco despues de haber sido sofocada la revolucion de Maza en la ciudad y, lo que era mas tremendo para él, la revolucion de la campaña del Sur. ... Entónces sí, existian enemigos y peligros por todas partes, para Rosas y su Gobierno !

¿Qué se requería para concluir con ese Gobierno fuerte, aislado entre el terror, sin opinion, sin sostenedores, como se decía ?

Un poco de civismo y un poco de dignidad. Admitir la renuncia reiterada de Rosas, sirviendo los propios intereses que éste invocaba mañosamente; y darse la mano con los hombres que habian jugado el todo por el todo, ántes que estos abandonaran la ciudad y la campaña y se fueran á engrosar las filas de Lavalle. O aunque no hicieran esto último, nombrar otro Gobernador y dejar á Rosas aislado y frente á frente á todos los poderes públicos. Rosas, ó se habría resignado, y en este caso, la tiranía habría concluido, ó habría atropellado á esos Poderes, y entónces estos y sus parciales, habrian formado,—dentro ó fuera de la ciudad, el nú-



cleo de la resistencia, que habría tenido al día siguiente por aliados naturales á todos los elementos que combatían á Rosas.

Pero esto era lo imposible. La tiranía tenía raíces profundas; y estas raíces se extendían al corazón de todo un pueblo que vivía del fanatismo por la Federación de Rosas.

En su renuncia, Rosas recordaba á la Legislatura «su deber de sacrificarse y morir al lado de sus compatriotas, por la noble causa de la Libertad», y haber ofrecido «sus haberes, su vida y su fama, para la defensa de la causa nacional americana, y contra los desertores de ella los salvajes, inmundos, asquerosos unitarios.» (1)

La Legislatura rechazaba esta renuncia «para no permitir que los traidores vándalos que hostilizan á la República, consigan mancillar el honor nacional» (2) y en prueba de su adhesión á la tiranía y de su invariabilidad en sostenerla, acordaba á Rosas nuevos honores y títulos, á punto que en sus comunicaciones oficiales llegó á llamarle: El Exmo. señor Brigadier General don Juan M. de Rosas, Ilustre Restaurador de las Leyes, Héroe del Desierto, Defensor Heróico de la Independencia Americana, Gobernador y Capitan General Propietario de la Provincia, Encargado de la Dirección Suprema de los Negocios de Paz, Guerra y Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina, y General en Jefe de su Ejército Unido! Y este servilismo cada

(1) Vida púb. del general Rosas. Pub. Of. pág. 160.

(2) Vida púb. del general Rosas. Pub. oficial pág. 168.



vez mas esponjoso y mas carnavalesco se manifestaba, en esta forma, dos meses despues de haber llegado Lavalle con su ejército á seis leguas de Buenos Aires! . . .

XIII—Reasumiendo ahora, creemos que los hechos que hemos presentado, tal como se han ido sucediendo demuestran elocuentemente lo que dijimos al principio de este capítulo: el gobierno fuerte de Rosas no tuvo su origen en tal ó cual acontecimiento aislado, y producido por los errores de tal ó cual hombre: fué una evolucion lenta, natural, y progresivamente trabajada sobre bases incommovibles. Rosas fué el *representante jenuino de una época* que no se había sucedido todavía, pero que necesariamente debía marcarse alguna vez en nuestra sociedad, dada la composicion de esta. En una palabra, Rosas fué la encarnacion viva y palpitante de los sentimientos, de las ideas, de las aspiraciones de nuestras campañas, que, con él á la cabeza, se impusieron por la primera vez á la Provincia.

Comprendo que esta conclusion chocará á todos los que se han ocupado de la época de Rosas. Yo me permito creer que los que han llegado á otro género de conclusiones, no han estudiado el rol fatal y necesario que ha desempeñado cada una de las capas de nuestra sociedad, hasta llegar por fin al resultado orgánico de 1853—1860.

Repetir como se ha repetido hasta el cansancio, que Rodriguez, Las Heras y Rivadavia, prepararon el camino á Rosas, y que Lavalle facilitó la tiranía, es pues, un esfuerzo de imaginacion, que importa el desconocimiento de hechos incontrovertibles.

Rodriguez, Las Heras, Rivadavia, qué de comun te-



nian ó habían podido tener con Rosas y con el elemento de las campañas? Rivadavia era un viejo patriota que soñaba con las instituciones libres y mas adelantadas. Las Heras era en el gobierno la disciplina incorruptible que heredó de San Martin. Rodriguez, militar de escuela, fué toda su vida enemigo de los caudillos, y perseguido por los mas famosos. Güemes le preparó una emboscada en la Cabeza del Buey, de la que escapó milagrosamente, dejando todo su equipage, que fué rematado en la plaza de Salta.

Ninguno de los tres subió al poder bajo los auspicios del elemento de las campañas. Ninguno de sus actos, ningun hecho autoriza suponerlos ligados por vínculos ó promesas que sus hábitos y su educacion política rechazaban.

Lo único que hizo Rodriguez fué servirse de las milicias de campaña para restablecer el orden en 1820. Estas milicias debian ser reunidas y mandadas por alguien; y este alguien, el mas caracterizado entónces en la campaña por su conducta honorable, por su posicion y por su grado, era el Comandante Rosas—he ahí todo.

Se alega la dudosa amistad de Rodriguez con Rosas, porque se desconoce la influencia que tenian las campañas en 1820; y porque no se quiere ver que de grado ó por fuerza, ellas se iban imponiendo á nuestros Gobiernos. 1820 es la clave. Basta fijarse en él, para cerciorarse de que los Gobiernos que se sucedieron hasta Rosas, no pudieron ser mas que una efimera esperanza de orden y de estabilidad, que de hecho había que-



brado la gran masa de opinion, que recién participaba de la cosa pública.

De Rivadavia se salta al 1828 y se dice: « si Lavalle no hubiera fusilado á Dorrego, Rosas no habría subido al poder, y la tiranía no habría existido. »

Esta hipótesis es caprichosa y vulgar, dados los antecedentes que hemos estudiado y las consecuencias lógicas que fluyen de ellos. Es además especulativa. El designio que la inspira, se descubre fácilmente. Se corre tras un nombre. No se quiere buscar las verdaderas causas de la tiranía porque estas son anónimas, porque nos alcanzan á todos, á todos. . . . ! Creemos quitarnos de encima la responsabilidad y la ignominia que quiere nos arrojar sobre uno ó unos ! . . .

¿ Qué medios, qué recursos, que influencia podia dar Lavalle á Rosas, que este no tuviera ya asegurados ? Lavalle habia vivido completamente alejado de nuestros partidos y de nuestra política, mientras duró la guerra de la independencia y la del Brasil. Cuando llegó á Buenos Aires cubierto de honores y de gloria como el que mas,—Rosas era ya el caudillo prestigioso de nuestra campaña, á quien Dorrego habia hecho mas fuerte confiriéndole grados y mandos militares y viviendo íntimamente ligado con él.

Lavalle, separando á Dorrego de la escena pública no podia dar á Rosas lo que este ya no necesitaba de nadie. Rosas se habia entronizado bajo la propia administracion de Dorrego, á costa de ser el intermediario de este en la campaña. Dorrego arrastraba la ciudad, pero nada podia hacer en la campaña. Por esto Rosas era indispensable, y por esto era temido.



El gobierno de Dorrego, por otra parte, ni fué mas popular ni tuvo mayor influencia moral sobre todos los elementos sanos de la Provincia, que el gobierno de Rodriguez y el de las Heras; y con estos habia mediado Rosas y á la sombra de ellos habia ensanchado su prestigio y su poder, lo que prueba que la accion represiva de los gobiernos, cualesquiera que estos fuesen, era perfectamente impotente para destruir la obra que venian elaborando las campañas.

De consiguiente, aunque Dorrego hubiera sobrevivido á Lavalle, Rosas habria subido al poder, pues como queda dicho, Dorrego estaba sujeto desde 1827 á la influencia depresiva «del gaucho pícaro» como él lo llamaba, que habia desparramado sus hombres en los cargos militares de la campaña y aun de la ciudad; y con tanta mayor facilidad cuánto que, si se exceptúa una fraccion de hombres de alguna importancia que acompañaban á Dorrego, este no tenía mas apoyo que el de la plebe, y el que Rosas,—que trabajaba ante todo para sí,—quisiera darle. Y Rosas se habria perpetuado en el poder, en igualdad de circunstancias, porque Dorrego no habria hecho mas de lo que hicieron Lavalle y Paz para derrocarlo. No tenía mas mérito ni mas capacidad militar que esos dos veteranos, ni habria contado con el apoyo del partido unitario que despues se multiplicó para formar ejércitos y dar batalla tras batalla durante quince años.

El gobierno de Rosas no tuvo oríjen, pues, en ninguna de las circunstancias de que se ha hecho mencion, y que fueron mas propiamente los detalles secundarios de un drama de quince años, cuyo desenlace tocaba á



su fin. Rosas habria subido al poder á pesar de todo como el representante lejítimo de las aspiraciones exclusivas de las campañas, en antagonismo tradicional de miras y de intereses con los hombres de la ciudad que habian gobernado hasta entónces.

Sarmiento, refiriéndose á esos dias, ha estampado estas palabras llenas de colorido y de verdad: . . . Rosas en Buenos Aires tenía ya su trabajo maduro y en estado de ponerlo en exhibicion: era una obra de diez años, realizada en darredor del fogon del gauchó, en la pulpería al lado del cantor. Dorrego estaba demas para todos, para los unitarios que lo menospreciaban, para los caudillos á quienes era indiferente, para Rosas, en fin, que ya estaba cansado de aguardar y de surgir á la sombra de los partidos de la ciudad que queria gobernar pronto, incontinenti. (1)

Es necesario desengañarse. El espíritu de nuestra filosofía histórica nos dice que Rosas no representa una tiranía aislada, como tantas que se han sucedido en otros países viejos en civilizacion y en dias de Gobierno. Rosas representó *una época*, que venia trabajándose por los mismos elementos que debian concurrir á nuestra organizacion.

Nuestra historia política contaba entónces *veinte años!* Nuestra civilizacion naciente habia hecho prodijios para estenderse hasta el límite estrecho de nuestras ciudades. De estas exclusivamente, y no de otra parte, habian salido todos los hombres que marcaron en el gobierno las dos épocas anteriores: las de las clases

(1) Civilizacion y Barbarie, pág. 106. Ed. 1868.



ilustradas y *dirigentes*,—y la de las clases medianamente acomodadas.

Quedaba la mayoría semi-bárbara de las campañas; que habia visto cómo los caudillos de las demás provincias se imponían á los hombres de la ciudad, en las evoluciones inorgánicas del gobierno que pregonaban sin comprenderlo. Y esa mayoría se creyó, naturalmente, con mejor derecho á hacer lo propio, llevando sus representantes al gobierno. El que estuviera en mejores condiciones para explotar estos sentimientos del indómito hijo de los campos, debía ser el indicado para marcar esa nueva época.

Ese fué Rosas,—he ahí todo. Rosas fué el enjendro de esas aspiraciones. El nombre que se buscaba, el culpable sería en todo caso el destino, que no nos permitió llevar la civilización al corazón de las campañas, que se abrió con la espontaneidad de la flor del aire para acojer al primero de sus representantes en el gobierno.

Pero para completar este resumen queda todavía algo.

Si Rosas representó en el gobierno las aspiraciones de la mayoría de la Provincia, si esta se empeñó en mantenerlo en él, legalizando todos sus actos por medio de demostraciones de adhesión, que jamás prodigó á ningún otro gobernante, ¿la historia debe descargar sobre la cabeza de Rosas todas las acusaciones, todo el oprobio, toda la odiosidad que pueda inspirar la tiranía?

Esto sería perseguir el recuerdo de nuestras pasadas desdichas; y legar á nuestra posteridad con nuestro sen-



timiento hostil á Rosas, los errores especulativos que solo servirian para estraviarla.

Y en esto hay un gran peligro. La historia especulativa no vive sino para aquellos cuyas preocupaciones alienta.

La reaccion vendrá tarde ó temprano. Como toda reaccion, exaltará la verdad histórica por sobre la preocupacion fundada en la autoridad del tiempo. Exaltando la verdad, sela exajera; y exagerándola se cae en el error. Rosas podria llegar á ser á los ojos de esa sociedad renovada, algo semejante á San Martín, acaso superior á todos nuestros estadistas. . . . ; y tendrian que sucederse otras renovaciones sociales (porque cada jeneracion se apega mucho á sus ideas) para que esa verdad histórica se restableciera.

Tenemos delante un *cuerpo social*, y un *hombre*, ¿porqué no hacer la autopsia del primero, en vez de descuartizar, sin fruto para el porvenir, el cuerpo de Rosas, de Rosas que fué un mero enjendro?

¿Porque el pueblo es menor de edad, ó porque queremos eludir la responsabilidad de esa degradacion y de esa tiranía, que fué una calamidad esencialmente argentina? (1)

Quince años de penosos sacrificios para derrocar la tiranía, hablarán eternamente en favor de la libertad y del derecho que la tiranía no pudo estirpar del suelo argentino; pero no bastan para destruir la solidaridad

(1) Creemos que el ilustrado jóven doctor José M. Ramos Mejía no habria desvirtuado la índole de su libro (*Neurosis de argentinos célebres*) acompañando, con reflexiones análogas á las que hacemos, algunos de los hechos que él reune para hacer la *neurosis* de Rosas.



que existe entre todos los miembros de una sociedad política. Nuestra conducta es hoy distinta de la de ayer,—porque ayer luchábamos contra la tiranía y hoy nos enconamos contra Rosas. La dignidad de la patria es una, la integridad es sagrada para todos. San Martín regaló su espada á Rosas para que la empuñara contra el extranjero; los poetas de Mayo acompañaban con sus votos á Rosas con motivo de la declaratoria del bloqueo francés á Buenos Aires; el gobierno argentino aduce hoy en nuestro favor precedentes establecidos por Rosas, en nuestras cuestiones de límites internacionales. Y que levante el dedo el argentino que niegue que nuestra dignidad y nuestro honor no estaban tras las débiles trincheras que defendían los soldados de Rosas en el combate de Obligado.!

Lavalle no se ensañaba contra Rosas, ni legaba los odios estériles que empequeñecen las jeneraciones, y hacen perder de vista los verdaderos progresos políticos. No; levantaba solemnemente la bandera de Mayo que él habia honrado con sus laureles de Montevideo, Chacabuco, Maipú, Pichincha, Río Bamba, Putaendo, Moqueguá é Ituzaingó. . . . como el símbolo de la libertad y de la civilizacion, que protestaba *contra esa época* luctuosa y fatal,—espíritu y obra de nuestra última clase social, que seguía en proporcion descendente, la evolucion demócrata iniciada despues de la revolucion de 1810.

Es tiempo ya de que tomemos á *esa época*, tal como se presentó; ingrata y sombría: y que prescindamos de Rosas que fué simplemente su representante.

Así habremos ganado en experiencia lo que háyamos

perdido en preocupacion. La tiranía será una leccion severa é imperdurable, porque conoceremos las fuentes de donde surgió y las verdaderas causas que la mantuvieron; en vez de estraviarnos sin fruto, desahogando sentimientos que ya no tienen razon de ser, y que pueden conducirnos, á la larga, á facilitar el camino á nuevas calamidades políticas, encubiertas bajo el velo del estímulo que presten á esos desahogos, que no sirven para nada.





CAPÍTULO X

CASEROS



1. Resistencias y campañas contra Rosas, anteriores á Caseros—II. Alianzas para derrocarlo—III. Caseros—IV. Móvil de la resistencia en Caseros—V. Chilavert—Paralelo histórico—VI. Preliminares de la nueva Organizacion Nacional—Acuerdo de San Nicolás—VII. Exámen legal del acuerdo—VIII. La Legislatura de Buenos Aires—IX. Dictadura del General Urquiza—X. Pronunciamiento del 11 de Setiembre—XI. Organizacion del Gobierno propio en Buenos Aires.

Se sabe cual era la composicion de los elementos que robustecieron el poder de Rosas: la multitud urbana, ineducada y engreida en *sus ideas federales*; la multitud de las campañas, enorgullecida de tener en el gobierno á su representante jenuino;—la iglesia, que explotaba en provecho comun estos sentimientos espontáneos, (1) y

(1) Todos sabemos por nuestras madres que el retrato de Rosas recibió honores en los altares de los templos católicos. El señor Lamas en sus apuntes sobre las agresiones de Rosas, pág. 26, cita tambien este hecho. El ministro del gobierno de Rosas dirigió al obispo de Buenos Aires una nota de fecha 7 de Diciembre de 1836, en la que le pedia que tirase un decreto, que podría estamparse en todas las sacristías, para que los predicadores al fin de cada sermon exhortaran al pueblo á que se mantuviese firme en el sosten y defensa de la causa de la federacion. Esto se hizo sin excepcion, á punto que entre los clérigos y curas los habia buenos y mejores federales. En cuanto al obispo, llegó á declarar al Dictador «el elegido de Dios para regir los destinos del país;» y en otra ocasion (con motivo de la pretendida máquina infernal para matar á Rosas) declaró por sí y á nombre del Senado del Clero que *la voz del cielo, la voz del milagro*, hacian comprender á Rosas que no debía esponer su vida. (Oficio del obispo Medrano, publicado en el núm. 5299 de la Gaceta Mercantil de 14 de Abril de 1841.



una buena falange de hombres de alcurnia y de talento á quienes Rosas,—con una prevision política que acaso le inspiró el estudio de los sucesos y de las causas que dieron por resultado su exaltacion al poder, dió posicion y honores, para tener con quienes compartir mas tarde las tremendas responsabilidades que contraía ante sus conciudadanos que tanto lo dignificaban, y ante la historia que se anticipaba á estampar su nombre entre los beneméritos de la patria.

Se ha visto como la solidaridad de causa centuplicaba el esfuerzo de esos hombres, para quienes el gobierno desaparecía tras una personalidad que exaltaba, para deslumbrar el sentimiento de las muchedumbres y habituarlas á que la contemplaran como la primojénita de la gloria y del mérito escepcional.

Se ha visto la singular complacencia de los caudillos de las Provincias para con esa misma personalidad, á la que todo lo subordinaban, obedeciendo una misma consigna en todo el territorio militarizado. Sabemos, en una palabra, que el Gobierno llegó á ser, por estos medios, un mecanismo imponente que jiraba al impulso de un resorte político de primera fuerza: el centralismo absoluto é irresponsable.

Pero sabemos tambien que, si todos los argentinos hubieran cabido dentro de ese mecanismo, la tiranía se habría sucedido de mano en mano, y hoy no podríamos hacer gala del orden y del progreso que empezamos á cosechar.

Sí, debe declararse en honra,—no tanto de nosotros que nos sonrojaremos siempre, quien mas quien ménos de esa tiranía esencialmente argentina,—cuanto del



derecho y de la civilización connaturalizados en nuestro país de 1810: la resistencia á la tiranía ha sido un hecho constante en Buenos Aires y fuera de Buenos Aires, desde poco tiempo después del convenio que celebraron Lavalle y Rosas en 1829, hasta la batalla de Caseros, ganada por los aliados en 3 de Febrero de 1852.

Los antecedentes que comprueban esta resistencia, son otros tantos hilos del drama de veinte años que termina en Caseros. Prescindir de ellos y circunscribirnos á Caseros, — dado el objeto que nos hemos propuesto, de estudiar del mejor modo que podamos, las *consecuencias orgánicas* de los hechos, — sería aislarnos en un punto fijo y estrecho, desde el que tendríamos que pedir auxilio á la inventiva. Ejemplo de ello nos han dado los mas caracterizados, diciendo, en un libro de los mas leídos, cosas como esta: — « Buenos Aires fué libertada contra su voluntad por la espada victoriosa del general Urquiza. » (1)

A riesgo, pues, de sacrificar el rigorismo de un método, propio de un libro con otras pretensiones que este pobre ensayo, vamos á comenzar por el principio, sin romper por esto la hilación de los sucesos.

La resistencia contra la tiranía comenzó propiamente, con el segundo período gubernativo de Rosas. Ya el general Paz la había iniciado en el Interior, venciendo á Quiroga en la Tablada en Junio de 1829, y venciendo otra vez en Oncativo (Laguna Larga) en Febrero

(1) Alberdi. Bases para la organización Argentina, pág. 117, 3ª edición.



de 1830 (1) hasta que cayó prisionero de los caudillos, cuando avanzaba sobre Lopez, general en jefe del ejército *federal*. A Paz le siguió Lamadrid. Pero la caída de este en la ciudadela de Tucuman, y el *pacto federal* entre las Provincias del Litoral de 4 de Enero de 1831, robustecieron el caudillaje y quitaron naturalmente á la resistencia los medios materiales de luchar por el momento.

Después de la revolucion que hizo Rosas á Balcarce en 1833, y cuando comenzaba la série de persecuciones y venganzas contra los desafectos á un régimen anormal, la resistencia se manifestó en Buenos Aires á trueque de la vida. Sus primeras víctimas fueron Zelarrayán y Céspedes, promotores de la sublevacion en Bahía Blanca, en Abril de 1837.

Al mismo tiempo se combinaban en la ciudad los planes de una revolucion, (2) que habría cambiado completamente la situacion política, si un desgraciado traidor; no la hubiera denunciado al Gobierno.... El Coronel Maza, jefe militar de ese movimiento, fué fusilado inmediatamente por orden superior; y el doctor Manuel V. Maza, que pasaba por uno de sus principales promotores, fué asesinado en las oficinas de la

(1) El general Paz fué enviado por Lavalle al mando de la 2ª Division del ejército del Brasil, para que restableciera en las Provincias del Interior el orden de cosas iniciado el 1º de Diciembre de 1828.

(2) «Es fuera de duda que habia elementos poderosos de oposicion á Rosas. Fuera de los que *habia aglomerados en Buenos Aires*, habia tambien en la campaña, que se malograron por una fatalidad incomprensible.» (Mem. del general Paz, t. 3º pág. 96 y siguientes).



Cámara de Representantes, en momentos en que escribía su renuncia de Presidente de este cuerpo. (1)

Esto sucedía en Junio de 1839. El 22 de Setiembre del mismo año, el general Lavalle, ayudado de los emigrados, conseguía el triunfo del Yerúa. En Octubre Castelli, Rico, Cramer, Otamendi, Ramos Mejía y otros sublevaban el Sud de la Provincia de Buenos Aires,—el hervidero de Rosas,—y daban la batalla de Chascomus. . . . La cabeza de Castelli era clavada sobre una pica, en la plaza de Dolores y Rico, seguido de ochocientos ciudadanos, se dirigía á engrosar las filas del Ejército Libertador, á las órdenes de Lavalle.

Entonces el laureado veterano de Maipú, inició esa série de combates legendarios, (que el autor de las Bases vió desde una prudente distancia, pues ni atrás de los muros de Montevideo quiso tomar un fusil) en nombre de la civilizacion Argentina y bajo la bandera de Mayo, cuyos colores habian cambiado los caudillos.

(1) Segun algunos, el doctor Maza no desempeñó en esta revolucion el papel que se le habia atribuido. Los que esto piensan llegan á afirmar que no fué Rosas quien lo mandó asesinar. Que Rosas cuando tuvo conocimiento de la revolucion, se limitó á esclamar, dando una patada en el suelo, y refiriéndose á Maza, en cuya amistad habia confiado: « Canalla, ¡ merecía que lo matasen, ! »—de lo cual se prevalecieron. . . algunas personas. . . para consumir por su cuenta el asesinato. Agregan que el doctor Maza, á cuyos oidos llegaron probablemente esas palabras, se dirigió á casa del señor Juan N. Terrero, quien se le ofreció á llevarlo á la presencia de Rosas, asegurándole que todo quedaria arreglado; pero que, al pasar por la Cámara de R. R. el infortunado doctor Maza, cambió de resolucion, y penetró en las oficinas donde le esperaba, en breve, la muerte. Los que hacen estas aseveraciones, que nosotros apuntamos sin responsabilizarnos en lo mínimo,—se fundan en las revelaciones, de los *papeles secretos* de Rosas, que se conservan en Londres, en poder de una persona respetable.



A Yerúa se siguió don Cristóbal en 10 de Abril de 1840, contra el ejército de Rosas, mandado por los generales Echagüe, Lavalleja, Garzon y Gomez; á esta la batalla de Sauce Grande en Julio, y la del Tala en 6 de Agosto del mismo año.

En un año Lavalle venció cuatro ejércitos en cinco provincias! El 23 de Agosto de 1840, Lavalle se hallaba en Merlo, á siete leguas de la ciudad de Buenos Aires!... ¡Qué resistencia, y qué hombre!...

Al retroceder á Santa-Fé (1) le esperaba la victoria del 23 de Setiembre en el asalto de esa ciudad; y después... las derrotas del Quebracho, Famaillá y Rodeo del Medio... último acento de bronce del héroe de dos épocas, que quería reunir á todos los buenos en la hora suprema del sacrificio por la patria, cuando el cielo estaba oscuro, y rujían las furias de una borrasca de sangre!...

La muerte de Lavalle, las derrotas de Lamadrid y el sacrificio de Avellaneda, así como el de Beron de Astrada, obligaron á la resistencia á replegarse á un punto dado para poder levantar un baluarte á la libertad, una vez que los ejércitos del dictador quedaban dueños del territorio.

Y la resistencia se organizó en Montevideo, bajo las órdenes del general Paz (2.) La lucha duró nueve años.

(1) V. Memorias del general Paz, tomo 3º pág. 293.

(2) • La juventud diezmada en Buenos Aires y en los ejércitos Libertadores reaparece en Montevideo peleando al lado de los patriotas que defienden la bandera de Mayo; ó predica por la prensa los dogmas santificados con la sangre de innumerables mártires, alimentando con su palabra viva la fé en los corazones quebrantados por tan largos y dolorosos infortunios. • Esteban Echeverría—(Dogma Socialista. Prefacio, pág. LXVI).



Los ejércitos de Rosas se estrecharon en esos muros que guardaban la libertad y la civilizacion del Rio de la Plata,—las mismas que debian lucir en breve en los campos de Caseros.

Hasta este dia, la resistencia de Buenos Aires ha sido, pues, un hecho constante y palpable. De Buenos Aires y de Corrientes, de Córdoba y de Tucuman han salido los ejércitos de Lavalle y de Paz—de Buenos Aires la emigracion que mantuvo y dirigió la resistencia.

Qué resultado práctico se consigue con negarlo, al hablar de Caseros, que fué el esfuerzo supremo de esa misma resistencia?

Ninguno. Se deprime á un pueblo para glorificar á un hombre; sin pensar que la vergüenza de la tiranía alcanzó á todos, como alcanza la miseria á todos los miembros de una familia, que viven bajo el mismo techo; y que si se fuera á repartir las responsabilidades, la menor no pesaría sobre ese mismo hombre que, como teniente de Rosas, hizo degollar compañías enteras de prisioneros argentinos, y sacar para su uso una lonja del cuero de Beron de Astrada.

Decir que Buenos Aires fué libertada contra su voluntad porque habia en la Provincia quienes sostuvieran á Rosas, *como los habia en toda la República*, es lo mismo que decir que lo fué contra su voluntad en 1810, porque de su seno surgió la contra revolucion de Alzaga; y que contra su voluntad se declaró la independencia porque de su seno surgieron tambien los trabajos de los federales de ese tiempo contra el Congreso de Tucuman.

II—Sentado esto, veamos ahora *quiénes* derrocaron



la tiranía para explicarnos claramente las soluciones de Caseros.

De los diarios de la época y de los trabajos de la Comisión Argentina de Montevideo, consta que el general Lavalle invitó al general Urquiza á que se le asociara para derrocar juntos á Rosas (1) y que Urquiza se negó á ello pretestando la intervencion de los extranjeros.

Es sabido tambien que en 1845 se entabló desde Montevideo una negociacion análoga con el general Urquiza, y que este despues de admitirla la puso en conocimiento de Rosas.

Sea de ello lo que fuere, el hecho es que las cosas cambiaron despues de la batalla de Vences. Urquiza quedó reñido con Rosas; y esta circunstancia abrió las puertas del Entre Rios á una multitud de jefes y emigrados de Buenos Aires; quiénes no tardaron en ponerse de acuerdo con sus amigos de Montevideo para trabajar en el sentido de que el general Urquiza se pronunciara abiertamente contra Rosas.

Estos trabajos no eran aislados. El Brasil los habia venido secundando, por su parte, negociando desde 1849 una alianza ofensiva y defensiva con Urquiza. El Brasil alegaba fuertes motivos de queja contra el Gobierno de Rosas. La tiranía era, al sentir del Imperio, una amenaza constante, á la vez que el obstáculo para el desenvolvimiento de todas aquellas relaciones que debian existir entre naciones limítrofes, para

(1) El general Paz habla de una otra alianza que ofreció á Corrientes en 1842 el gobernador Lopez de Santa Fé, con el objeto de derrocar á Rosas, á la que se creía arrastrar á Urquiza—V. Memorias, t. 3º pág. 351.



que pudieran participar de los beneficios comerciales y políticos á que eran naturalmente llamadas.

Estas declaraciones que honrarán siempre al Brasil por los términos altamente progresistas en que estaban concebidas y por la altura con que las sostuvo hasta despues de la batalla de Caseros, contribuyeron á concluir la negociacion, que dependia de la voluntad del general Urquiza.

Pero este no asumía la actitud franca que le correspondia; y el Brasil que ya no podia retroceder, le pasó una nota que se registra en su Relatorio de Relaciones Exteriores en la que le comunicaba que con Urquiza, sin Urquiza ó contra Urquiza, estaba decidido á abrir la campaña contra Rosas. (1)

Entónces fué cuando se firmó en Montevideo el convenio (29 de Mayo de 1851) de alianza ofensiva y defensiva entre el Brasil, Entre Rios y la República Oriental (2) (que suscribió Corrientes en seguida) casi al mismo tiempo que el general Urquiza desde su cuartel general de San José, lanzaba su declaracion, invitando á los pueblos Argentinos á que lo acompañaran en la cruzada que emprendía contra la tiranía de Rosas.

Cuatro meses despues el general Urquiza desde su campamento del Pantanoso, se puso en contacto con las fuerzas que defendian la plaza de Montevideo, y obligó á capitular al general Oribe, gefe de las fuerzas sitiadoras. Entre las cláusulas estrañas de esta capi-

(1) V. este Relatorio, y el apéndice al n.º. 26 del Archivo Americano, dónde se registra la correspondencia del general Rosas con el Plenipotenciario de S. M. B. respecto de las agresiones del Brasil.

(2) Registro Nacional, t. 1.º (Documentos, pág. IX).



tulacion (que no fué consultada previamente al Brasil apesar de que el artículo 3° del tratado de Mayo de 1851, establecía esta restriccion por lo que se refería al general Oribe) había una por la que se declaraba que Oribe y su ejército habian asediado nueve años á Montevideo en sosten... de *las leyes* y de la independencia Oriental. (1)

Y sin embargo, en la proclama que el general Urquiza dirigió á los Orientales el 21 del mismo mes, les decia: «Las cadenas con que os oprimía el tirano de mi pátria están hechas pedazos»..... Oribe era teniente de la tiranía; con el ejército y los dineros del gobierno de Rosas asedió nueve años á Montevideo: ¿quiénes habian combatido por las leyes y la independencia? *¿por qué* habian combatido entónces los emigrados Argentinos y los Orientales de la plaza de Montevideo?.....

La campaña contra Rosas se abrió en seguida, con arreglo al nuevo tratado, que celebraron los aliados en 21 de Noviembre de 1851; segun el cual, el Brasil concurría con cinco mil hombres, su escuadra á disposicion de Urquiza, como jeneral en jefe del ejército, y con la cantidad de cien mil patacones mensuales, que le serían devueltos con el interes del seis por ciento anual. En cuanto á las ulterioridades de la campaña, el artículo 1° de ese tratado establecía que las partes aliadas dejarían á Buenos Aires en el pleno goce de su soberanía, para que se diese el gobierno y las instituciones que mas le conviniese. (2)

(1) Cláusulas 1ª y 2ª de la cap. de 8 de Octubre de 1851, Rej. Nacional. (Documentos pág. XVIII).

(2) Registro Nacional, tomo 1º (Documentos pág. 21).



III—En consecuencia el ejército aliado (compuesto de las tropas Entrerianas y Correntinas, reforzadas con la brillante oficialidad de Paz y de Lavalle, y de los Orientales y Brasileños) invadió á Buenos Aires por el Norte; y vino á situarse el día 2 de Febrero de 1852 en frente del campamento de Rosas, á siete leguas de la ciudad.

Dispersada, sin combatir la vanguardia de Rosas, ambos ejércitos se aproximaron al día siguiente, y se empeñaron en un estupendo simulacro que se ha dado en llamar *la batalla de Caseros*.

Cincuenta mil soldados aproximadamente ocupando el estrecho frente que mediaba entre los Santos Lugares y la cañada de Moron, cuyo mayor número no pudo entrar en acción:—el general Lamadrid empujado por una especie de vértigo hasta San José de Flores, entre una masa inmensa de caballería que no combatió:—el general Galán inmóvil con sus infanterías á la distancia, sin combatir tampoco: el general Urquiza llevado á otro rumbo entre otra masa de caballería: las artillerías brasileira y oriental imposibilitadas, á causa de esto, para seguir maniobrando: todo el ejército de Rosas disperso casi sin combatir, y á poco pasado ó prisionero,—tal es el bosquejo de la batalla de Caseros. (1)

(1) En corroboracion de esto transcribimos algunos párrafos de las *Memorias del General César Díaz*, comandante en jefe de las tropas orientales en Caseros. « La Division La Madrid se prolongó por retaguardia de la línea sobre la derecha de esta, á una légua y media por lo ménos. . . . la division Brasileira y demas cuerpos de infantería del centro (Brigadier Marques) y la derecha (general Galán) permanecieron »



Decimos mal, todo esto fué el simulacro. La batalla, la verdadera batalla, puede encerrarse en tres cuadros: 1° El asedio de la casa misma de Caseros por la artillería de Mitre y de Pirán, y por la infantería brasilera y oriental: 2° La resistencia heroica y desesperada del coronel Chilavert, el único que peleó hasta el fin en el ejército de Buenos Aires: 3° El fusilamiento de Chilavert, ordenado por Urquiza. (1)

Es que el ejército de Rosas estaba vencido mucho ántes de la batalla. La prédica incesante y bien dirigida de los emigrados influyó poderosamente á este respecto. Ella hizo ver á los partidos que la pretendida *Federacion* no era mas que un medio puesto en juego por la tiranía para imperar sobre los ódios y las divisiones; y que ellos, los llamados unitarios por haber militado con Lavalle y con Paz y por haber ayudado á ambos,—proclamaban tambien el gobierno federal como un vínculo de union entre los Argentinos.

• cieron en su primera posicion fuera del tiro de cañon. . . . Los batallones enemigos se sobrecogieron ante la carga de nuestra caballería y se pusieron en fuga. *La dispersion de Monte Caseros* se hizo general, . . . El número de muertos y heridos fué insignificante con relacion á la fuerza de ambos ejércitos, por que en general, la resistencia fué débil ó nula. • (Mem. pág. 286 á 294.)

(1) Esta misma opinion la he oido de labios de militares que se hallaban en Caseros. Los que vieron de cerca los sucesos están tambien acordes con ella. El general José María Flores, solicitado por el mismo general Urquiza para que lo acompañara á Caseros, y nombrado posteriormente por el mismo Urquiza comandante de un Departamento de Buenos Aires, dice en su manifiesto de 1853 (pág. 18). « El ejército invasor llegó á Monte Caseros; y *despues de ligeras escaramusas*, en que tomaron parte algunos regimientos, se dispersaron las fuerzas del dictador. »



Esto en primer término, y los trabajos sibilosos de los mismos emigrados, para disuadir á los mas comprometidos en sostener el gobierno de Rosas, es lo que induce á creer que los principales jefes de este contribuyeron á conceder á Urquiza una victoria, que habria sido idéntica á la del Tala en Agosto de 1840, si Chilavert no hubiera estado allí para sacrificarse, obedeciendo á móviles muy distintos de los que se han puesto para arrojarle sin piedad el dictado de traidor.

VI—Estos detalles son muy importantes,—no han sido estudiados todavía y ayudarán á esplicar la conducta posterior de muchos de los hombres adictos á Rosas que contribuyeron á nuestra reorganizacion.

¿Qué móviles podian impulsar á Chilavert? Los mismos que impulsaron al general San Martin á regalar su espada á Rosas para que la empuñara contra el extranjero;—los mismos que impulsaron á casi todos los guerreros de la independencia á ofrecer á Rosas sus servicios; los mismos que indujeron á otros á no hacer fuego contra sus compatriotas del lado de los extranjeros. (1)

Porque,—apesar de la desmoralizacion del ejército del Dictador á que nos hemos referido,—cuando se supo que el Brasil debia invadir á Buenos Aires, Rosas

(1) . . . fuí requerido de nuevo por el general Urquiza para que le acompañase en su próxima campaña (la de Caveros). El señor coronel Wenceslao Paunero tuvo comision especial para hacerme proposiciones honoríficas, dejándome la eleccion del puesto que yo quisiese ocupar en el ejército invasor. Nada acepté: *obstaba esa alianza con el extranjero que yo miraba con antipatia.* • (Manifiesto del general José M. Flores, 1853—pág. 15.)



recobró por un momento la espectabilidad que habia perdido desde el bloqueo Anglo-Francés, durante el cual le fué atribuida toda la gloria que alcanzaron sus soldados en Obligado.

Para explicarse esto, es necesario pensar lo que significaba una invasion extranjera en aquel tiempo en que los hombres mas espectables cedian al temor de una conquista, ante el recuerdo fresco todavía, de la guerra de la independencia, y el de las negociaciones de nuestra diplomacia guerrera, á virtud de las cuales se creyó mas de una vez al país próximo á caer bajo el dominio de Inglaterra, Francia ó Portugal.

Daba mas auge á esta preocupacion el hecho de ser el Brasil quién invadia, cuando vivian casi todos los oficiales de Ituzaingó, que habian formado ó formaban parte de los ejércitos de Rosas. Rosas que conservaba entre sus títulos el de defensor de la independencia Argentina—se presentaba, pues, en esta ocasion, no como el sostenedor empecinado de su propio gobierno, sino como el defensor armado del territorio invadido por los mismos que nos habian obligado años antes á firmar una paz deshonrosa, despues de una victoria espléndida de nuestra parte.

Y la verdad es que habia motivos para que Rosas hiciera alarde de llamarse defensor de la independencia y de la integridad Argentina... «Instintos de gaucho que miraba con ojeriza al extranjero,» se dirá;... «recuerdo que le era indispensable pulsar para mantener viva la adhesion de las masas que viven de preocupaciones;» «especulacion á la alza de la tiranía» perfectamente; pero el hecho existe.



Rosas refrenó á Bolivia; Rosas confundió á Chile con protestas que constituyen hoy antecedentes preciosos para nosotros en nuestra cuestion de límites; Rosas tuvo el raro mérito de entender al indomable gauchi-político del Paraguay, y, lo que es mas, el de ser entendido por este; Rosas puso á raya al Brasil apelando á la diplomacia del general Guido, ó mostrando sus fuerzas en las fronteras del Imperio, segun el caso; y puso á raya á Inglaterra y á Francia juntas, desde las baterías de Obligado, dónde las caballerías Argentinas (!) *golpearon la boca* á los primeros marinos del mundo.

No hacemos apolojías. Citamos las causas y los hechos que indujeron á muchos hombres distinguidos á poner su espada ó sus servicios á las órdenes del Dictador que representaba la autoridad de la Confederacion Argentina en los dias anteriores á Caseros.

¿ Se engañaron estos hombres? ¿ Y quién no se engaña una vez en política? ¿ No se engañaron tambien los hombres mas distinguidos del país, euando creyeron que el general Urquiza era el único que debia y podia organizar la República? El único profeta fué Sarmiento: Sarmiento le dijo á Urquiza en 1852: «la República sin Buenos Aires es un contrasentido,— *usted nunca llegará á organizar la República con la principal de las provincias que la componen.* »

V—Y bien; el coronel Martiniano Chilavert, fué el único que se sacrificó visiblemente en aras de esas convicciones.

Chilavert combatió con denuedo en la guerra del Brasil, y al lado del general Lavalle en nuestras guerras



civiles. Posteriormente tomó servicio en el ejército de Rosas para volver á combatir á los vencidos de Ituzaingó.

Por esta circunstancia Urquiza lo llamó traidor y lo mandó fusilar sin forma de ninguna especie.

Si Chilavert fué un traidor porque luchó en Caseros contra el Brasil que invadía, ¿que son, como deben calificarse los Argentinos que, seis años antes, trataban con el Brasil la segregacion de las Provincias de Entre Rios y Corrientes para formar con algun estado vecino la Confederacion de los rios?

A este terreno debieron venir los que han desfigurado nuestros hombres y nuestras cosas, amasando la historia con ódios, con amores de novela; y sancionando así, de paso, la inmoralidad de que los hijos miren con desconfianza todo lo que les legó la mano impura de sus padres.

Aun que no existiera mas precedente que el de la segregacion de dos provincias hermanas, que se negociaba á nombre de la Comision Argentina (1) él bastaría para justificar plenamente á Chilavert.

Era el Brasil quien debía favorecer esa segregacion, —el Brasil á quien Chilavert ametralló en Ituzaingó;— y era Rosas el representante (bueno ó malo) de la autoridad armada para combatir la invasion brasilera á Buenos Aires.

Chilavert sirvió á *esa autoridad*, á quien San Martin

(1) Véase *Memorias de Paz*. Tomo 4º pág. 226 y 227. Entre los papeles de Chilavert, poseemos una carta de su puño y letra, en la que manifiesta su opinion á ese respecto.



había enviado su espada de los Andes. San Martín ¿fue traidor también? Y Urquiza que fue hasta la batalla de Vences, el eco vivo de Rosas en todo el Litoral, ¿qué era entonces?

Chilavert estaba al cabo de la desmoralización del ejército del Dictador, sabía que iba al sacrificio, pero marchó tranquilo á él, porque lo acompañaban sus convicciones mas profundas. (1) En un solo caso, no habría concurrido Chilavert á la batalla de Caseros: en el caso en que esta se hubiera librado entre argentinos solamente.

¿Qué laureles, que recompensas esperaba, cuando sabía que Rosas sería vencido por los cien medios que se habian puesto en juego para quebrar la moral de su ejército? ¿Ni qué sombra podian hacerle á Chilavert ninguno de los militares de su graduación, de uno y otro ejército? ¿Quién de entre estos tenía mas servicios, mas conocimientos, mas ciencia que Chilavert? Chilavert fue como Dorrego, que rechazó el generalato, por que quería alcanzarlo sobre el campo de batalla, como había ganado uno á uno todos sus grados. Ambos corrieron la misma suerte. Ambos fueron víctimas. Dorrego de la *necesidad* que supieron pintarle á Lavalle

(1) Refiriéndose al fusilamiento de Chilavert, dice el general César Díaz en sus *Memorias* (pág. 304) « El señor Elias, Secretario del general en jefe (Urquiza), á quien me tomé la libertad de interrogar sobre el particular, me dijo: que habiendo sabido que Chilavert había dicho, « (probablemente al mismo Urquiza, agregamos nosotros, porque Chilavert tenía una entereza indomable) *que tenía la conciencia de haber servido á la Independencia del país, sirviendo á Rosas*, y que si mil veces volviere á encontrarse en igualdad de circunstancias, mil veces volvería á obrar del mismo modo »—lo mandó matar. . . .



sus consejeros, para responsabilizarlo á él solo ante la historia. Chilavert del odio de un gaucho miliciano, que aprendió en la escuela de los caudillos sangrientos, la manera de deshacerse de los hombres superiores á él.

El primero sucumbió bajo el peso de la *politica* intransigente de los partidos. El segundo fué sacrificado por el capricho exclusivo de un hombre.

Dorrego era el gefe armado de la fraccion política opuesta á la que representaba Lavalle. Chilavert era una entidad aislada, que nunca hizo política en contra ni en favor de Urquiza.

Dorrego y Lavalle no cabian en Buenos Aires. Chilavert y Urquiza seguan distintos rumbos en muy distinto teatro.

Lavalle creyó de buena fé decapitar en Dorrego una idea, que obstaba segun su conciencia honrada, á la organizacion nacional. Urquiza quiso decapitar un hombre que lo había agraviado, segun él, un artillero científico á quien jamás pudo doblar. (1)

Lavalle, llevado de su alucinacion patriótica se habría lanzado, como en Rio Bamba, catorce veces sobre Dorrego, hasta que cayera uno de los dos. Urquiza, guiado por su cobardía, espío siempre la ocasion de des-

(1) Peseemos un libro de apuntes de un honradísimo anciano,—el mismo que levantó en la Iglesia de San Roque el acta del pronunciamiento de Lavalle el año 1828,—del cual tomamos el siguiente, que corresponde al día 4 de Febrero ds 1852. . . . « El picaro de Urquiza le quitó la vida al infeliz de Chilavert. . . . al día siguiente mis hijos levantaron el cadáver que estaba tirado en una zanja, y lo sepultaron á su costa. . . . *El fin de ese asesino será funesto.* » El anciano falleció el año de 1856...



hacerse de Chilavert, ante cuyos bríos temblaba: y lo verificó en Caseros como lo habría verificado en Pago Largo ó India Muerta.

Lavalle se espatrió despues de sacrificar á Dorrego, confiado en que Rosas llevaría adelante la Organización Nacional segun lo pactado con él. Urquiza despues de hacer fusilar á Chilavert, se aprestó á continuar,—no la dictadura hasta cierto punto legalizada con las formas teatrales de Rosas,—sino la dictadura gauchi-estrafalaria, que ordenaba sin ton ni son el uso del cintillo punzó, ponía en libertad á don Mariano Maza (habrá violin y habrá violon) y daba carta blanca al desgraciado Alegre.

El sacrificio de Dorrego fué una crueldad, que exijía toda la abnegacion del laureado veterano, que la ordenó en un rapto de patriótico delirio.

El fusilamiento de Chilavert fué una venganza bárbara, perpetrada por un caudillo aquejado del delirio de sangre en el momento en que comenzaba á ser un grande hombre. (1)

.....

(1) ¿Por qué mató, general, á Chilavert al día siguiente de la batalla, despues de la conversacion que tuvieron? Todo el ejército se quedó asombrado, sin aaber por qué causa secreta, pues aparente no había, se deshacía de Chilavert. Contemplando con Mitre su cadáver desfigurado. . . . ¿á quién habrá fusilado el general en este pobre Chilavert? me decía. No sé por qué me parece, replicábale yo, que es al artillero científico. . . . Qué singular y qué misteriosa coincidencia sería que los tres artilleros de la Rspública, los generales Paz y Pirán y el coronel Mitre, se encontrasen reunidos contra V. E. Chilavert era el único que le quedaba para oponerles, por su habilidad y su valor. Acaso la sombra sangrienta de este infeliz se le presente, general, á ofrecerle sus servicios y preguntarle ¿por qué me hizo matar siendo prisionero de guerra;



La batalla de Caseros se redujo, pues, á un combate parcial, á la resistencia desesperada de Chilavert, y al fusilamiento de este. El mismo doctor Alberdi que decia (1) creyendo injuriar á Buenos Aires: «*Todos saben que un ejército de veinte mil hombres salió de la Provincia de Buenos Aires* (el doctor Alberdi quiso aproximar el ejército á la distancia en que él estaba. Este ejército se hallaba en su campamento de Caseros á siete leguas de la ciudad) *y peleó seis horas en campo de batalla para defender al opresor de sus libertades,*» —no pudo ménos de reconocer las circunstancias que obstaron para que Caseros fuera una gran batalla,—esto es, la desmoralizacion de las tropas de Rosas trabajada por los emigrados argentinos, por Urquiza y por todos los desafectos de la tiranía, en la forma que lo hemos enunciado,—y que el doctor Alberdi resume así: «*LA DIPLOMACIA y el ejército que han destruido á Rosas, tuvieron inspiracion en intereses vivísimos que palpitaban en las márgenes del Plata INFLAMADOS POR LA PRENSA DE MONTEVIDEO, de Entre Rios y del Brasil.*» (2)

VI—Después de Caseros, el general Urquiza era el primero. El era el Libertador. En sus manos estaba la organizacion de la República, y á su alrededor se agrupaban los hombres principales de todos los partidos.

militar de línea, sin ningún crimen aunque se me tachasen debilidades? He servido á Rosas en la artillería, pero no en la mashorca, no en las espoliaciones. (Sarmiento, carta á Urquiza de 13 de Octubre de 1852, pág. 14).

(1) Bases—pág. 117, 3ª edicion.

(2) Cartas sobre la prensa pág. 66, edicion 1863.



Cómo fué trabajada esta obra, y por qué causas se retardó, es lo que debemos indicar aquí, antes de llegar á las soluciones deprimitivas de 1862.

En las conferencias que celebró el general Urquiza en Palermo con algunos personajes, quedó resuelto lo que ya se habia pensado; á saber—consultar la opinion de todos los gobernadores de Provincia sobre las bases para un Congreso general que debía sancionar la Constitucion.

Entre tanto el general Urquiza se hizo autorizar para dirigir las Relaciones Exteriores de la República, por medio de un protocolo que firmaron en Palermo el 16 de Abril (1): el mismo general Urquiza á nombre de la Provincia de Entre Rios; el general Virasoro á nombre de la de Corrientes, cuyo mando habia delegado para hacer la campaña de Caseros como Mayor General del ejército; el doctor Leiva por la de Santa Fé, dónde no habia Lejislatura que lo autorizára para ello; y el doctor Lopez (D. Vicente) por la de Buenos Aires, cuyo mando le confirió provisoriamente el general Urquiza, y dónde tampoco habia Lejislatura.

Despues de ese nombramiento, innecesario en esta forma, pues que la autoridad que investía el general Urquiza era un hecho consumado, indispensable por el momento, y perfectamente admitido por todas las Provincias, incluso la de Buenos Aires, de cuyas rentas disponía y cuya administracion dirijía sin limitaciones que nadie pensaba en ponerle,—el general Urquiza invitó (Abril 8) á todos los gobernadores á la reunion que

(1) Registro Nacional. t. 1º, pág. 1 á 7.



debía tener lugar en San Nicolás de los Arroyos, para que entre sí «formáran el preliminar de la Constitución Nacional.»

Diez gobernadores, entre los que se contaban dos gefes del ejército del general Urquiza, celebraron en San Nicolás el acuerdo de 31 de Mayo de 1852; que vamos á examinar bajo su faz legal, y con toda la imparcialidad de que creemos haber dado pruebas en este ensayo.

Sabemos que es difícil considerar sin pasión los hechos que pertenecen á la historia contemporánea. Por mi parte, protesto que no me guía otro sentimiento que el de la verdad. Cuando se discutía el acuerdo de San Nicolás yo venía recién á la vida. La herencia de las afecciones á los hombres y á las cosas que me han precedido, la he recibido con beneficio de inventario. He creído ver en ello algo semejante á una de tantas tradiciones que atan el espíritu de una jeneracion á la coyunda de la que cae, y la habitúan á templarlo al calor del sol que templaba el de los abuelos. Como Argentino, yo no venero mas tradicion que la de Mayo de 1810. Y creo que la jeneracion que vive de meras tradiciones, se estravía para la historia, como esos indios que caminan para atrás, á fin de hacer perder el rastro á sus perseguidores. Lo que persigue á aquellos es la preocupacion. Y la preocupacion que hace caminar para atrás, lleva insensiblemente el espíritu del hombre hasta la Edad Media por ejemplo, en tanto que sus necesidades quedan en este siglo del derecho, que no lo goza el que no lo quiere. Y este desequilibrio es estupendo. Nada hay mas fácil entónces que encasquetarse las galas



empolvadas del feudalismo, ó comulgar con las hóstias de aquel excelente papa don Alejandro VI, el de las castañas. Y esto, y todo lo que se le asemeje, en religion como en política, me inspira horror.

VII—Y bien; el *Acuerdo* de San Nicolás arrancaba del *Pacto* que celebraron las cuatro Provincias del Litoral en 4 de Enero de 1831, al cual declaraba (1) «ley fundamental de la República, que debía observarse religiosamente en todas sus cláusulas.»

En virtud de esto mismo, el *Acuerdo* declaraba igualmente por su art. 2º que habia llegado el caso previsto por el art. 16 del Pacto de 1831, «de arreglar por «medio de un Congreso General Federativo la administracion general del país, su comercio, navegacion, «rentas, deuda, crédito, etc. etc. etc.» La reunion del Congreso, era, pues, el objeto principal y único que daba motivo á la reunion de gobernadores en San Nicolás, á estar á la letra del pacto invocado, (2) y aceptado por todas las provincias, que se mantenían de derecho en el pleno goce de su soberanía, sin mas vínculos que los que ese *pacto* marcaba, y que debian permanecer así hasta que el *Congreso Federativo* dejara establecido el nuevo mecanismo constitucional.

Veamos, pues, como llenaba este objeto el *Acuerdo* de San Nicolás y hasta que punto dejaban subsistentes las leyes que por él mismo se mandaban observar.

Siendo todas las provincias iguales en derechos, decía el art. 5º del Acuerdo de San Nicolás, queda estableci-

(1) Artículo 1º del acuerdo.

(2) Véase Registro Diplom. de Buenos Aires. T. único, pág. 113.



do que el Congreso se formará con *dos* Diputados por cada Provincia; *elejidos* (art. 4º) *con arreglo á la ley de elecciones de cada una de estas*. (1)

Desde luego, esto era desconocer completamente nuestros antecedentes constitucionales, (ya que no los del mundo entero) con tanta mayor desventaja cuánto que se desvirtuaba la base sobre la que reposan todos los Congresos.

El *acuerdo* se fundaba en que las provincias eran iguales en derechos. Pero esto era una vulgaridad en boca de los hombres distinguidos, que redactaron ese instrumento, en la cual no habría caído á sabiendas el ménos entendido en materia constitucional.

Las Provincias eran iguales en derechos como entidades políticas de la Confederacion: cada una podía invocar y demandar los que correspondiesen á su administracion interna, á su comercio, distribucion de sus rentas etc. etc. etc.

Pero el derecho no era la representacion. Las provincias de Jujuy, San Luis, Rioja y Catamarca son hoy *iguales en derechos* á cualesquiera de las demás; y no dejan de serlo por enviar dos ó tres Diputados al Congreso Federal, en tanto que Córdoba envía doce y Buenos Aires veinte y cinco.

El derecho de cada Provincia era un hecho preexistente. Confundirlo con la *representacion*, era suponer que solo por *este medio* quedaba reconocido; y esto era violar el testo del artículo 2º del *acuerdo* (art. 1º del Pacto de 1831) que reconocía á priori . . . la libertad,

(1) Registro Nacional, t. 1º, pág. 23.



independencia y derechos de cada una de las provincias. »

Y tanto mas incongruente era hacer derivar la igualdad de representacion de la igualdad de derechos politicos de las Provincias, cuanto que el mismo *acuerdo* decía terminantemente que para la eleccion de los Diputados « se seguiría en cada Provincia *las reglas establecidas por la ley de elecciones* para los Diputados de las Lejislaturas Provinciales. »

¿Con esto se quería significar únicamente que las elecciones serian válidas en cuanto se ajustáran á los detalles de la ley de cada Provincia? Pero esto se sobreentendía. No habia ley de elecciones Nacionales. Cada provincia era soberana é independiente segun el tenor del *acuerdo*. Lo esencial era que los poderes de los Diputados fueran refrendados por las autoridades de cada Provincia. La forma de la eleccion, era de cuenta de cada una de estas. Así se habian instalado todos nuestros Congresos.

Las reglas que establece una ley de elecciones no son detalles sin vínculo, sinó resultantes del principio fundamental que á esa ley inspiró. Hasta los que se refieren al acto de la recepcion de los votos y al escrutinio,— que son comunes á todas, difieren segun el sistema de la ley. Esto es obvio.

Estas *reglas* de la ley de elecciones de algunas Provincias como Tucuman, Buenos Aires, Córdoba, por ejemplo, obedecian al principio de la representacion *en razon de la poblacion*. Buenos Aires habia practicado este principio constantemente desde 1810; y en este sentido tenia sus leyes escritas, que ni Rosas se atrevió á



alterar. Era suyo este principio? No; era del mundo entero, que con él habia *dado razon de ser á todos los Congresos*.

Buenos Aires y todas las Provincias donde imperaba el mismo principio desde 1810, no podían, pues, elegir cada uno *dos* Diputados para que las representára, *con arreglo á sus propias leyes*, como decia el *acuerdo* contradiciéndose en sus propios términos. No; estas leyes quedaban violadas, y violados los derechos de las Provincias que el mismo *acuerdo* reconocía con arreglo al artículo 1º del pacto de 1831.

Por otra parte, la prueba de que *la igualdad de derechos* de las Provincias no implicaba ni podia implicar la igualdad en la representacion, la daba el artículo 19 del *acuerdo* que decia: « Para sufragar á los gastos « que demanda la administracion de los negocios Nacionales, las Provincias concurrirán *proporcionalmente con el producto de sus aduanas exteriores*. »

Este artículo demuestra la sin razon y la injusticia del otro. Corrientes, Córdoba, Mendoza, Buenos Aires, San Juan, Salta y Entre Rios eran mas ricos que San Luis, Rioja, Catamarca y Jujuy; y Buenos Aires era mucho mas rica que todos. Buenos Aires que sostuvo la guerra de la Independencia y la del Brasil y el Congreso de 1826, bien podia sostener el de 1853, como sostuvo despues el del año 1862; y era decoroso, era justo era patriótico que concurreria con la mayor suma tambien á la grande obra de la reorganizacion Nacional.

Pero tan justo y decoroso como esto, era un principio que no se quiso tener en cuenta, acaso porque no era argentino de oríjen. Era un principio con patente



Inglesa, que los Norte Americanos hicieron suyo, y que Lord Chattam lo reivindicó en favor del mundo entero: « El pueblo que paga contribuciones debe votarlas. La ley del impuesto debe rejer siempre la ley de la representacion. »

De aquí se deduce lójicamente que, si un Estado por ser mas rico ó mas poblado, paga mas que los otros de la Nacion, es justo que sea representado,—no en proporcion de lo que paga,—sinó en relacion á esa poblacion ó á esa riqueza, que le permite hacer mas que los demas Estados.

Si Buenos Aires, por ejemplo, concurría proporcionalmente con el producto de sus rentas de aduana, era evidente que su contribucion era igual á la suma de la contribucion de seis ú ocho provincias; y en este caso le correspondía,—no seis ú ocho veces mas Diputados que á estas,—sinó tantos cuántos resultasen á razon de uno por tantos mil habitantes, como se procedió prudencial y equitativamente con ella y con todas las demas Provincias para formar los Congresos de 1826 y de 1862.

Pero habia algo mas todavia.

Los artículos 9, 14, 15 y 16 del *Acuerdo*, facultaban al general Urquiza (además de confiarle la Direccion de las Rel. Ext.) para percibir y distribuir rentas Nacionales, para reglamentar la navegacion de los rios, el comercio etc., etc., etc. . . para mandar en jefe « todas las fuerzas militares que actualmente tenga en pie cada « Provincia, las cuales serán consideradas desde ahora « como partes integrantes del ejército Nacional. El « general en gefe destinará estas fuerzas del modo que « lo crea conveniente al servicio nacional, y si para



- llenar sus objetos, creyere necesario aumentarlas
- podrá pedir contingentes á cualquiera de las Provin-
- cias—ó podrá disminuirlas... etc. »

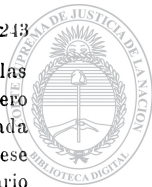
Como se vé, estas facultades eran verdaderamente imperiales, tratándose de un Director Provisorio, que debía ejercerlas sin mas control que el de un consejo de Estado, que él mismo debía nombrar segun el artículo 17 del *Acuerdo*.

Ellas eran además innecesarias y peligrosas, porque el nombramiento de Director Provisorio, recaído en el general Urquiza, no tenía mas objeto artículo 2º del *Acuerdo*), que el de convocar é instalar el Congreso «por haber llegado el caso previsto por el artículo 16, inciso 5º del Pacto de 4 de Enero de 1831.» (1)

El Congreso era el único que podía reglar esas facultades, que se acumulaban en el Director Provisorio. Hasta que este caso llegase, el Director no podía ejercerlas ni provisoriamente, sin violar abiertamente el *pacto* de 1831; porque *todas ellas eran privativas* de la Comision Representativa á que se refería el artículo 15 de este Pacto que, por el artículo 2º del *Acuerdo* se mandaba «*observar religiosamente* en todas sus cláusulas.»

Tan evidente era esto que, en el mismo protocolo del 6 de Abril de 1852 ajustado entre los generales Urquiza

(1) Dice así : Invitar á todas las demás Provincias de la República á reunirse en federacion, y á que por medio de un Congreso General federativo se arregle su *comercio* interior y exterior, su *navegacion*, el cobro y *distribucion* de las rentas generales. . . . su crédito . . . y la soberanía, libertad etc. de las Provincias. (Registro Diplomático de Buenos Aires, tomo único pág. 113.)



y Viraroso y los doctores Leiva y Lopez, á nombre de las cuatro Provincias del Litoral, para encargar al primero de las Relaciones Exteriores, acordaron estos que cada uno de los Gobiernos de esas Provincias «procediese inmediatamente al nombramiento del Plenipotenciario que debe concurrir á formar la Comision Representativa de los Gobiernos, para que, reunida esta en la Capital de Santa-Fé, entre, *DESDE LUEGO en el ejercicio de las atribuciones que le corresponden, segun el artículo 16 del tratado de 4 de Enero de 1831.* (1)

Ni se nombráron los Plenipotenciarios, ni ninguna de las Provincias hizo manifestacion de que se procediera con prescindencia de esa Comision Administrativa.

La Comision Administrativa fué absorbida por el Director Provisorio. «Teniendo presente las necesidades y los votos de los pueblos que *nos han confiado su direccion*, » se veían en el caso de decir los Gobernadores (2) para atribuir, sin restriccion y sin control, al Director Provisorio las facultades que el Pacto de 1831 daba á la Comision Representativa, sometiendo las resoluciones de esta al acuerdo ó ratificacion (segun el caso) de cada una de las Provincias Litorales (artículo 14.)

Como se vé, el *Acuerdo* de San Nicolás estudiado en su faz legal, no merece ser incluido entre nuestros antecedentes federales, como pretendió el doctor Alberdi;

(1) Véase Registro Nacional, tomo 1º pág. 5.

(2) Registro Nacional, tomo 1º pág. 21.



porque en su propio testamento se encargó de desvirtuar los principios consagrados en el *Pacto* de 1831.

Celebrado cuándo todo estaba sometido á la voluntad del General Urquiza, tampoco llenó los fines que se propuso; como lo vamos á ver ocupándonos de las razones que influyeron para que Buenos Aires le negára su aprobacion.

VIII—La Legislatura de Buenos Aires, constituida en virtud del propio decreto del General Urquiza, resolvió discutir el *acuerdo* de San Nicolás, ántes de sancionarlo.

Ahora mismo estraña esto de que una Legislatura discuta un *Acuerdo*. Porque la palabra *Acuerdo*,—como lo observaba el doctor Velez Sarsfield, á propósito del que nos ocupamos,—es mas que un *tratado*, es un *acto definitivo*. »

Y tanto mas definitivo era el de San Nicolás, cuánto que, los que lo firmaron, ni hicieron mencion de estar autorizados previamente al efecto, ni de someterlo á la aprobacion de sus Legislaturas.

Se quiso hacer servir de regla para todas las Provincias el precedente del protocolo del 6 de Abril de 1852, ajustado entre los cuatro Gobernadores del Litoral, sin autorizacion de las Legislaturas respectivas.

Y esto era una doble irregularidad que ponía á los Gobernadores firmantes del *Acuerdo* en el caso de fundar sus resoluciones : en la direccion que sus pueblos les habian confiado. » La prueba de ello, la dieron la Provincia de Córdoba (que declaró no poder concurrir á la reunion porque la representacion de su provincia no estaba integrada) y las de Salta y Jujuy, que adhi-



rieron posteriormente al *Acuerdo* de San Nicolás, por el órgano de sus Gobernadores, munidos de *plenos poderes* que les confirieron sus respectivas Legislaturas. » (1)

En todo caso la irregularidad partía de los Gobernadores y no de las Legislaturas. La Legislatura de Buenos Aires, al discutir el *Acuerdo* de San Nicolás, usaba del mismo derecho que habían usado las de Jujuy, Salta y Córdoba; derecho tanto mas perfecto cuánto que ella no había autorizado al Gobernador, el anciano doctor Vicente Lopez, para que celebrara *Acuerdo* alguno, pero ni siquiera tenía conocimiento de ello, mas que por una licencia que dicho Gobernador le había pedido para acompañar al general Urquiza á San Nicolás de los Arroyos.

Es indudable que en 1852, militaban razones de circunstancias, que, agregadas á las que quedan espuestas, hacian de todo punto inaceptable el *Acuerdo* de San Nicolás por parte de la Provincia de Buenos Aires.

Desde luego, el *Acuerdo* daba al general Urquiza todos los medios para ejercer una verdadera dictadura. Esta dictadura debía pesar naturalmente sobre Buenos Aires, asiento y cuartel general de ese Director Provisorio Imperial. Todos los que recordaban la dictadura anterior, veían con asombro que el General Urquiza se empeñaba en continuarla. Esto no era ilusion en los argentinos que acompañaron al General Urquiza hasta despues de Caseros, y que fundaron en él todas las esperanzas de la organizacion Nacional. Lo del cintillo punzó, el fusilamiento de Chilavert, los fusilamientos y

(1) Registro Nacional, tomo 1º pág. 29.



degüellos de Palermo, ordenados por el General Urquiza, así como la carta blanca que dió á malhechores fuera de la ley, y muchos otros actos impropios de un hombre como él, que no quería penetrarse, al parecer, de la posicion espectable en que lo colocaba el servicio inmenso que acababa de prestar á su patria,—eran hechos casi olvidados ya, cuándo el General Urquiza tuvo la malhadada inspiracion de diseminar sus batallones en los comicios, para hacer elegir Diputados de sus simpatías á la Legislatura de Buenos Aires. Se sabe lo que resultó de esto. El pueblo se preparaba á hacer triunfar la misma lista del General; pero ante el hecho injustificable de la fuerza, eligió otros Diputados, y mostró con esto que tenía los medios para oponerse á los avances de la Dictadura Militar.

Si estos hechos se habian producido ántes que el *Acuerdo* estuviera en vigencia en Buenos Aires, ¿hasta dónde llegarían los avances del General Urquiza, cuándo entrara en el ejercicio de las funciones ejecutivas y legislativas que el *Acuerdo* le confería?

Qué conveniencia, qué necesidad militaba para que Buenos Aires,—la única provincia que podía organizar inmediatamente un gobierno interno, que sirviera de base, de sosten á la organizacion federal que se proyectaba,—se desprendiera de todo lo que le pertenecía, ántes que el Congreso General sancionára la Constitucion que debía reglar los derechos y deberes de las Provincias y las relaciones de estas con la Nacion?

Hasta que este momento llegara, ¿no debía conservar su libertad, su independencia y sus derechos, con arreglo al artículo 1º del *Acuerdo* de San Nicolás?

Evidentemente sí.

Y, ¿qué poder de la República, incluso Rosas, había tenido hasta entonces un cúmulo mayor de facultades que el que confió el *Acuerdo* al Director Provisorio? Ninguno; porque este mandatario estaba investido de facultades que no podría acordar la Constitución al Presidente de la República, sin acumularle las legislativas; lo cual sería á todas luces absurdo, dada la forma de Gobierno que se proyectaba. Las facultades que el *Acuerdo* daba al General Urquiza para reglamentar la navegacion de los rios, para distribuir rentas nacionales, (todavía no se podía saber cuales serian estas) para reunir á su arbitrio milicias de las provincias, sacar contingentes etc., para intervenir militarmente en el territorio de estas, para arreglar las postas y correos, etc. etc., ¿son ó no facultades legislativas? . . . Estas y otras facultades eran las que se acumulaban en la persona del Director Provisorio, nombrado con el objeto de convocar é instalar el Congreso General Constituyente!!!

Pero se decía que ello era una necesidad transitoria, —que esas facultades debian ejercerse por muy corto tiempo, etc.

Pero la verdad era, como queda dicho, que la necesidad fundamental, el único objeto que se tuvo en vista para provocar la reunion de Gobernadores en San Nicolás, fué la *reunion del Congreso Constituyente*. El desempeño de las Relaciones Exteriores, ya se lo había hecho dar el General Urquiza, firmando él mismo este nombramiento en el protocolo del 6 de Abril. Y había muchísimos que aleccionados con la experiencia, se





decían:—cuatro días son mas de lo suficiente para estimular el apetito de la dictadura en quién vivió de ella. Un día bastó á Rosas para renovar á su paladar la Legislatura de Buenos Aires, que le confirió toda la suma del poder público; otro día para renunciarla; otro día para consultar la opinion del pueblo, y otro día para comenzar á ejercerla por espacio de diez y siete años.

La Legislatura de Buenos Aires, firme en este orden de consideraciones, hizo resaltar una á una las inconveniencias y los peligros que encerraba el *Acuerdo* de San Nicolás. Estos debates se han hecho memorables. Casi todos los oradores que los mantuvieron, desde el entónces Coronel Bartolomé Mitre que los inició, hasta el doctor Ortiz Velez, los mismos que habian comido quince años el pan de la emigracion, en la fatiga y en la lucha,—levantaron bien alto los derechos desconocidos de la desgraciada Provincia de Buenos Aires. El pueblo acompañó con sus votos á la Legislatura. El Gobernador, aislado de la opinion, renunció su cargo el día 23 de Junio. La Legislatura aceptó su renuncia y nombró,—con arreglo á las leyes de la Provincia,—Gobernador Provisorio á su Presidente, que lo era el General Pinto.

IX—En seguida se preparó á continuar la discusion del *Acuerdo* de San Nicolás, para votarlo y rechazarlo. Pero ántes que esto se verificara, el General Urquiza pasó una nota al Gobernador Provisorio, en la que hablando de los *síntomos de motin* que presentaba el pueblo, le decía con una insolencia que nunca empleó Rosas: «He sido informado de que la renuncia del señor don Vicente Lopez, ha sido admitida por la Sala, y



« que en su lugar se halla, no sé en virtud de qué disposición, la persona de V. S. . . . » A fin de salvar á la patria de la demagogia, he acordado como primera medida asumir *el Gobierno de la Provincia* y DECLARAR DISUELTA LA SALA DE REPRESENTANTES. . . . En consecuencia, están tomadas todas las medidas para que *lo: ex-Representantes* no puedan entrar á la Casa de Sesiones, la cual queda bajo la salvaguardia de la fuerza pública (la tropa de línea).

« En cuanto á V. S. ni como Presidente de la Sala, ni como Gobernador interino, le será obedecida orden alguna en todo el territorio de la Provincia. »

Y para poner freno á la demagogia, el General Urquiza pasó una nota al Gefe de Policía, el mismo 23 de Junio, en la que le ordenaba que intimara á los tenedores de imprenta. . . . « que no pueden imprimirse periódicos ni papeles de ningun género, hasta nueva resolución, debiendo *hacerallar sus prensas*. Y para estirpar la demagogia, el General Urquiza ordenaba al mismo funcionario, que prendiera y embarcára abordo del vapor de guerra « Merced » á los individuos (eran Diputados de la Legislatura disuelta) Dalmacio Velez Sarsfield, Bartolomé Mitre, Ireneo Portela, Pedro Ortiz Velez. Y para vigilar á la demagogia, el General Urquiza ordenó al dia siguiente al Mayor General Virasoro, « que hiciera recorrer la capital durante todo el dia y la noche por patrullas del Ejército compuestas de doce hombres y un oficial. »

Estos atentados probaban, con elocuencia incontrastable, la razon y el derecho que asistían á Buenos Aires para rechazar el *Acuerdo* de San Nicolás, que el Ge-



neral Urquiza invocaba para consumarlos, en un manifiesto en el que presentaba á la capital, presa de una demagogia frenética.

Lo mas irritante era que, *aun en el caso de que la Provincia de Buenos Aires hubiera aceptado el Acuerdo* en todas sus partes, este quedaba completamente violado, en su fondo y en su letra, por los actos arbitrarios y despóticos del Director Provisorio.

En efecto, el artículo 14 del *Acuerdo* de San Nicolás, en que se apoyaba el Director Provisorio, se refería á SUBLEVACIONES ARMADAS en una Provincia. En Buenos Aires no hubo sublevación, motin ni asonada de ninguna especie; á no ser que se hubiesen querido calificar de tales, el hecho de que las personas que cabian en el reducido recinto de la Sala de Sesiones, vivaron á los Diputados que combatieron el *Acuerdo*.

Ese artículo, además, autorizaba al Director Provisorio para emplear todas las medidas que su prudencia y acendrado patriotismo le sugirieran para restablecer la paz, SOSTENIENDO LAS AUTORIDADES LEGALMENTE CONSTITUIDAS. El General Urquiza disolvió la Legislatura constituida, y á la que él mismo había reconocido como tal; y derrocó al Presidente de esta, que con arreglo á una antigua ley de la Provincia, ejercía interinamente el Poder Ejecutivo, por renuncia del Gobernador propietario.

Los actos de Rosas revestian ciertas formas teatrales, que le daban una aparente legalidad, discutible por lo ménos. Pero el General Urquiza hasta de estas formas prescindía. Era que Rosas gobernaba con los demás poderes y con la opinion, fuere como fuere; en tanto que



el General Urquiza *dirijia el país por si solo*, lo cual no le parecía mucho, aunque la verdad es que no lo podía hacer peor, dado el móvil que le suponian, de querer avasallar á Buenos Aires, sabe Dios por qué. . . .

Júzguese por este otro hecho :—El 22 de Julio el General Urquiza dictó un decreto convocando *al pueblo* á eleccion de los dos Diputados *con que Buenos Aires debía concurrir al Congreso de Santa-Fé, con arreglo al Acuerdo de San Nicolás!* Y el mismo General Urquiza ¿no había disuelto la Legislatura legalmente constituida de Buenos Aires, el único poder que podía dar fuerza de ley en la Provincia á ese *Acuerdo*; y derrocado el Poder Ejecutivo, el único que podía hacerlo cumplir? Pues qué ¿no era en esta forma como habian prestado su aprobacion al *Acuerdo*, las Provincias de Mendoza, de Salta y de Jujuy? ¿No eran todas iguales en derechos segun el artículo 5º de ese mismo *Acuerdo*?

Esta conducta concluyó por desprestigiar completamente al que asumió la responsabilidad de una situacion insostenible. El venerable don Vicente Lopez, á quien el General Urquiza, por su propia cuenta, había nombrado nuevamente Gobernador de Buenos Aires, —como si nada le quedase ya que humillar en esta Provincia, sino las canas ilustres de uno de nuestros mas abnegados y perseverantes patricios,—se negó á seguir desde su puesto, la marcha estraviada de semejante Director. En igual sentido procedieron muchos otros personajes, cuándo vieron que ni el prestigio de sus doctes distinguidos, ni sus servicios, ni su patriotismo, influian en lo minimo, en el ánimo del hombre á quien los acontecimientos habian convertido en instrumento con-



tra la tiranía, y que nunca pudo posesionarse de su rol, porque vivió en perpétua lucha con las ideas semi-bárbaras en que se había educado, y á las que había servido hasta Vences y Pago Largo.

X—Semejante estado de cosas no podía durar largo tiempo. La pasada dictadura asomaba de nuevo la cabeza, y todos querían conservar la reciente libertad. O el ejército de Urquiza se tragaba al pueblo, ó el pueblo se tragaba á Urquiza. Para las dictaduras como para los fanatismos, no hay términos medios.

Dos meses después tenía lugar en Buenos Aires el pronunciamiento del 11 de Setiembre. El General Pirán, al frente de las tropas correntinas y porteñas, y del pueblo que lo rodeaba, anunció desde la Plaza de la Victoria, que aquel no tenía mas objeto que el de restablecer las autoridades legales de la Provincia, derrocadas por el General Urquiza. Así lo comunicaba el mismo día al General Pinto, Gobernador interino, agregando « que era el mas vivo deseo del pueblo y del ejército que se convocára inmediatamente á todos los Representantes que se dió la Provincia, y cuya corporación fué disuelta violentamente el 24 de Junio, para que vuelta á su centro esta primera base de nuestra legalidad, se reintegráran en el ejercicio de sus funciones todas las autoridades á cuyas órdenes se ponían desde ese momento. » (1)

Tres días después, se ponía en campaña el General Urquiza, impartiendo órdenes á gefes superiores de la Provincia, y al mismo General Galán (que acababa

(1) Registro Oficial de Buenos Aires, año 1852, pág. 281.



de retirarse) comunicándoles su resolución de imponer un *castigo ejemplar* á los *famosos criminales* (eran sus palabras) *que habian subvertido el órden* en Buenos Aires. Pero al llegar á San Nicolás, supo que los principales gefes con quienes él contaba, estaban de parte de las autoridades legales de la Provincia; y que esta ponía todos sus medios militares para rechazar una nueva Dictadura. En tan crítica situación, el General Urquiza se vió obligado á reconocer implícitamente el derecho de resistencia de Buenos Aires, declarando por medio de un enviado « que se retiraba con sus armas del territorio de la Provincia, dejando á esta *en el pleno goce de sus derechos.* »

XI—Buenos Aires organizó su Gobierno Provincial restablecido el 11 de Setiembre; y una de las primeras medidas de este, fué declarar que no reconocía ni reconocería ningún acto de los Diputados reunidos en Santa-Fé, fundándose en las razones que emanaban de los hechos que hemos apuntado, á saber: que esos Diputados estaban allí en virtud del *Acuerdo* de San Nicolás,—que las bases de este *Acuerdo* no habian sido aceptadas por la Legislatura de Buenos Aires, ni esta había autorizado al Poder Ejecutivo para que lo hiciera cumplir; — que la eleccion de los Diputados por Buenos Aires á ese Congreso, se hizo cuando el Gobierno legal de esta Provincia y sus leyes mas fundamentales, fueron destruidas por el Poder Militar del General Urquiza, etc. etc. Acto continuo se sancionó otra ley por la cual se hacía cesar el cargo que el Gobernador de Buenos Aires había hecho recaer en el General Urquiza para mantener las Relaciones Exteriores.



Después de esto, el Gobierno de Buenos Aires dirigió á todas las Provincias una esposicion de los motivos que la obligaban á proceder en este sentido, la cual concluía protestando « que Buenos Aires queria concurrir al Congreso Nacional, pero que queria hacerlo en uso de su derecho propio, como lo habian hecho las demás Provincias, y no por la direccion impuesta por un gefe militar á quien la Provincia no podía sacrificar sus instituciones y su soberanía.

En consecuencia, en Octubre 5, se promulgaba como ley de la Provincia, la que autorizaba al Poder Ejecutivo para « hacer los gastos que necesite el envío y desempeño de una Comision cerca de las Provincias hermanas, con el objeto de promover los intereses comunes de todo género y de fortificar las relaciones recíprocas. (1) Buenos Aires encomendó esta Comision al General José Maria Paz, quien tuvo que retroceder de San Nicolás porque el General Urquiza ordenó á los Gobernadores de Provincia, que no lo dejaran pasar por sus territorios;—desahogando contra Buenos Aires el mismo rencor que lo llevó á dictar, en su calidad de Director Provisorio, el decreto de Octubre 3, por el cual disponía que los productos de fabricacion é industria de Buenos Aires que se introdujesen al interior de la República, pagarían los mismos derechos que los de procedencias estrangeras!... Buenos Aires respondia á esta hostilidad, con su ley de Octubre 18, que declaraba abierto el Rio Paraná á la libre navegacion.

(1) Registro Oficial de Buenos Aires, año 1852 pág. 296. El doctor Alberdi calló estos hechos, para hacer á Buenos Aires inculpaciones sin fundamento. Véase Bases pág. 791.



El conocimiento de estos hechos es indispensable para explicarse la prescindencia á que fué condenada Buenos Aires por el Congreso de Santa-Fé, sometido á la influencia del General Urquiza :--el único Congreso, el único hombre público en nuestra historia, que ha tenido el raro corage de querer constituir la Nacion Argentina sin Buenos Aires, condensando todos los ódios y todas las preocupaciones sobre el Arroyo del Medio, de manera que fuesen necesarios nuevos esfuerzos todavía para conseguir los grandes resultados que ellos eran incapaces de llevar á cabo.

Vamos á seguir á este Congreso, porque de él, y principalmente de la Convencion de 1860, data nuestra organizacion política actual.



CAPÍTULO XI

CONSTITUCION DE 1853—CONVENCION DE 1860.



I. Invasion del General Urquiza, autorizada por el Congreso—II. Aseño y bloqueo de Buenos Aires—III. El General Flores—IV. Nuevas hostilidades—V. Pactos de Noviembre y de Junio—VI. La Convencion—Preámbulo de la Constitucion—VII. Régimen Federal—sus antecedentes argentinos—VIII. Culto—IX. Capital de la Nacion—X. Faz de esta cuestion en 1853—XI. Faz bajo que se presentó en 1826—XII. Faz bajo la cual la ha presentado el doctor Alberdi—XIII. Otras reformas de la Convencion—XIV. Poder Legislativo—El Senado—opinion del señor General Sarmiento—XV. Poder Ejecutivo—XVI. Poder Judicial.

I—En el capítulo anterior hemos puesto de manifiesto el derecho que asistía á Buenos Aires, para no dar cumplimiento en su territorio á la Constitucion que dieron los Diputados de las trece provincias, reunidos en la ciudad de Santa Fe. (1) Ni los Diputados de Buenos

(1) La Constitucion que sancionaron estos Diputados el 1º de Mayo de 1853, fué reformada por la Convencion Nacional Argentina de 1860, compuesta de Representantes de todas las Provincias, la cual dejó á Buenos Aires incorporada de derecho al resto de la Nacion. Estudiada separadamente los trabajos del Congreso y de la Convencion, sería dar lugar á repeticiones fastidiosas, y tanto mas innecesarias cuánto que de la Convencion data la organizacion actual de la República, que es la materia que abraza esta última parte de nuestro ensayo.

Por otra parte, debemos convenir en que siempre fué híbrida y absurda la idea de una Constitucion *para una Confederacion Argentina*, de la que no formaban parte Buenos Aires. Buenos Aires nunca ha dejado de ser



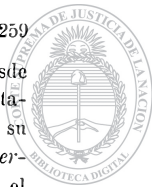
Aires la habían discutido, ni esta Provincia había intervenido para nada en la elaboración de esa Constitución que llegaba, apesar de esto, hasta declarar á Buenos Aires capital de la Confederación.

Ninguna consideración, ningún antecedente podía justificar la conducta extraña que observaban el Congreso y el Director, respecto de la Provincia mas importante de la República, de la única base segura é inmovible, sobre la cual debía reposar el propio régimen de Gobierno que acababa de sancionarse.

Verdad es que la conquista alcanza á veces á donde no alcanza el derecho. En todo caso, Buenos Aires se defendía de la conquista; lo cual no es paradójal, si se tiene en cuenta que, cuando se comunicaba á las Provincias la sanción de la Constitución, las autoridades legales de Buenos Aires estaban estrechadas dentro de la ciudad por un ejército rebelado contra ellas, y coman-

Provincia Argentina, ni nadie ha podido quitarle este derecho que ella mantiene sin interrupción desde 1810. Por esto es que no hay precedente entre nosotros de haberse constituido Nación, liga de Provincias, ni dictado estatutos ó leyes fundamentales con prescindencia de Buenos Aires. Al General Urquiza le cupo el triste honor de violentar esta ley de nuestra historia política, titulándose Director Provisorio, y Presidente Constitucional de la *Confederación Argentina*, cercenada en veinte y dos mil leguas de territorio, y en la tercera parte de la población. Si pues, en 1853, Buenos Aires no era la Confederación, las otras Provincias no lo eran tampoco. Esto mismo lo declaraba el Congreso de Santa-Fé, diciendo .

• Intereses de todo género constituyen á Buenos Aires en una especialidad
• en la familia argentina. Antes de la Revolución y después, se han
• ejercido allí y desde allí el Poder General de la colonia y el de la Nación.
• Buenos Aires es la mas alta expresión de nuestras necesidades, de nuestros sentimientos, de nuestras pasiones, de nuestra política, de nuestra
• fuerza intelectual, poder y genio. » (Véase Registro Nacional, tomo 1º pag. 206.)



dado y dirigido por el mismo Director Provisorio, desde que fué autorizado por una ley del Congreso de Santa-Fé « para que empleando todas las medidas que su acendrado patriotismo le sugieran, haga cesar la *guerra civil* en la Provincia de Buenos Aires, y obtenga el libre asentimiento de esta al pacto Nacional (Acuerdo de San Nicolás) de 31 de Mayo de 1852 (1)

La conquista se revelaba en esta autorizacion, que el Congreso de Santa-Fé no podía conferir porque carecía de atribuciones para ello.

Nuestros congresos anteriores, además de recibir de los pueblos el encargo de dictar la Constitucion, ejercieron á nombre de ellos las atribuciones inherentes al Poder Legislativo de la Nacion; pues que ninguna limitacion se les impuso al respecto. Las Provincias que concurrieron al Congreso de 1824, tampoco limitaron los poderes de sus Diputados; y por esto fué que el Congreso, además de declararse constituyente, consignó sus atribuciones Legislativas en la *Ley Fundamental*, que hemos estudiado en un capítulo anterior.

Pero con el Congreso de 1853 sucedía precisamente lo contrario. La reunion de Gobernadores en San Nicolás de los Arroyos, que fué su preliminar, regló por me-

(1) Registro Nacional, tomo 1º, pág. 162. Dos meses despues, el Congreso envió una Comision de su seno, para que presentára la Constitucion al *Gobierno de Buenos Aires*, á fin de recabar la aceptacion de ella en la forma posible. Pero esta Comision (los señores Carril, Gorostiaga y Zapata) creyó deber dirijirse,—no á las autoridades que investian el Gobierno legal de la Provincia, sino al Comandante en Jefe del Ejército Nacional que sitiaba á Buenos Aires, bajo la direccion del General Urquiza, en cuyo campamento se detuvo—Véase Registro Nacional, tomo 1º, pág. 170 y Bustamante, *Defensa de Buenos Aires* pág 443, 478, 489.



dio de un acuerdo las atribuciones de ese Congreso, y fijó de un modo terminante las bases á que él debía sujetarse. El Congreso de 1853 no tenía mas atribuciones que las que marcaba el artículo 12 del Acuerdo de San Nicolás: «*dictar la Constitucion y las leyes orgánicas para ponerla en práctica; despues de lo cual deberá ponerse en receso.*»

El Congreso no podía, pues, facultar al Director Provisorio, para que interviniera militarmente en una Provincia soberana é independiente en sus negocios internos, como lo era la de Buenos Aires con arreglo al Pacto de 1831, que «*debía observarse religiosamente como ley Fundamental*» segun el artículo 1º del Acuerdo de San Nicolás. Lo que le cumplía, en todo caso, era interponer sus buenos oficios para concluir con la rebelion, que había provocado el mismo Director contra las autoridades legales de Buenos Aires.

Lomas singular era que el Congreso autorizaba al Director Provisorio para obtener el *libre asentimiento de Buenos Aires* al acuerdo de San Nicolás, al mismo tiempo que,—para hacer cesar la guerra en esta Provincia,—lo investía con facultades idénticas hasta en los términos, á las que le confería el artículo 14 del Acuerdo para intervenir en las demás Provincias donde este ya pasaba como ley.

Era, pues, el arbitrario, la conquista lo que empujaba al Director y al Congreso de Santa-Fé. Todos los hechos así lo demuestran. Se trataba de sojuzgar á Buenos Aires. Para las Provincias del Norte hubo *Comisionados especiales* que arreglaron pacíficamente las diferencias promovidas por la conducta desarregla-

da del Director Provisorio. Este mismo Director autorizó á los *Poderes Públicos* de Corrientes, para que sofocáran *por sí mismos* el pronunciamiento del Coronel Cáseres. Para Buenos Aires estaban demás todas estas medidas del buen sentido político. A Buenos Aires debía venir el Director, que disolvió su Legislatura y derrocó su Poder Ejecutivo; y debía venir con todas las armas y bagajes de odio que pudiera arrear en su tránsito.



En consecuencia de esta autorizacion, el General Urquiza se plantó, como hemos dicho, en la campaña de Buenos Aires, en su calidad de *General en Jefe* del Ejército Federal, rebelado contra las autoridades legales de la Provincia:—único acto oficial que le faltaba consumar, para dejar sentado que él era el principal sostenedor de esa rebelion.

En seguida, el General Urquiza se negó á ratificar el tratado de 9 do Marzo, que celebraron sus comisionados munidos de plenos poderes, con el Gobierno de Buenos Aires; apesar de que por ese tratado quedaba incorporada Buenos Aires al resto de la Nacion, y volvía á conferir al Director Provisorio las mismas atribuciones á que se refería el Protocolo de 6 de Abril del año anterior. (1)

En este camino el Director debía llegar al mismo

(1) Registro Nacional, tomo 1º pág. 165. Véase tambien el folleto que escribió sobre este tratado de paz el doctor Luis José de la Peña, Ministro de Relaciones Exteriores de la Confederacion, y uno de los comisionados para ajustarlo. Esta opinion caracterizada y poco sospechosa, se pronuncia en contra de la política lijera, tortuosa y rencorosa del Director Provisorio.



punto donde llegó después del pronunciamiento del 11 de Setiembre.

II—El Gobierno de Buenos Aires, por su parte, reasumió la conducta del General Urquiza en una nota memorable que le dirigió, antes de asumir la actitud que le cumplía para repeler el asedio que este le puso por mar y por tierra.

Después de poner de manifiesto la política estrecha y violenta del General Urquiza, esa nota formulaba los siguientes cargos que este no podía desmentir.

« Que el General Urquiza con deslealtad había protestado no moverse de San Nicolás ni introducir fuerza alguna en la Provincia. »

« Que con deslealtad había desechado el tratado de 9 de Marzo, hecho con arreglo á la letra de las instrucciones de sus comisionados. »

« Que con deslealtad había penetrado con fuerzas hasta San José de Flores, y había mandado hacer levás en toda la Provincia para hacer la guerra á la capital, al mismo tiempo que invocaba la paz. »

« Que con deslealtad mientras proponía una nueva Comisión pacificadora, mandaba cargar armas en Montevideo, y treinta cañones con sus municiones, enviándolo todo á la Isla de Martín García. »

« Que con deslealtad había estado haciendo la guerra durante la suspensión de hostilidades, ordenando á la escuadra que obedecía sus órdenes, notificase á los buques mercantes la prohibición de entrar en el puerto. »

« Que con deslealtad había querido sobornar á los defensores de la capital, y que con deslealtad había



asegurado á los rebeldes que contaba con valiosos recursos, en tanto que solo hacía la guerra con la fortuna individual de los hacendados de la Provincia. »

« Que con deslealtad se habian degollado, durante el armisticio, á los Ayudantes Romero y Andrade, y mas de veinte ciudadanos. »

« Que con deslealtad invocaba la paz para descuidar al Gobierno, y á los defensores de la capital, mientras se preparaba á una guerra á muerte. »

Despues de esto el Gobierno se preparó á la defensa. La escena de Montevideo se reprodujo en Buenos Aires. El rol de Oribe lo desempeñaba Urquiza. Hubo esta diferencia: el desenlace no fué el mismo. El primero se retiró á su casa, vindicado por Urquiza, que, hizo consignar en la capitulacion la declaracion de que Oribe habia asediado nueve años á Montevideo en defensa de las *leyes y de la Independencia Oriental* (!) Urquiza no tuvo quién lo vindicára. Nadie tuvo este corage. Sus principales amigos se le separaron; y los principales gefes con quienes contaba para « sembrar sal en Buenos Aires » ó reconocieron el Gobierno legal de esta Provincia, ó se prepararon á castigar por sí mismos la dictadura que quería ejercer el General Urquiza, bajo su título de *Director*, que otros hicieron ilustre y que él volvió para siempre estrafalario.

III—Casi al mismo tiempo que el almirante de la escuadra bloqueadora de Urquiza, reconocía las autoridades legales de la Provincia, el General José Maria Flores, ex-Ministro de Guerra de Buenos Aires y ex-Comandante Militar del Departamento del Norte de



esta Provincia, lanzó á sus compatriotas de la campaña su proclama de 1º de Julio de 1853.

En esa proclama el General Flores epilogaba tambien la conducta del General Urquiza, que quería sojuzgar á viva fuerza á Buenos Aires; y fundaba en ello su resolucion de ponerse en armas contra el Director, para defender la integridad de la Provincia y sostener sus autoridades é instituciones.

Este proceder del General Flores (1) contribuyó á decidir la situacion. Su prestigio en el Norte de la campaña de Buenos Aires, desde donde obraba de acuerdo con el Gobierno, quebró completamente el poder del Director Provisorio, á tal punto que en Julio 13 el General Urquiza se dirigió al Gobierno de Buenos Aires comunicándole que, habiendo quedado resuelta por el Congreso Constituyente la cuestion que dividía á esta Provincia del resto de la Confederacion (!) había determinado retirarse fuera del territorio de Buenos Aires; y que sería honroso que este Gobierno declarára estar en paz con la Confederacion.

El Gobierno de Buenos Aires respondió que aunque no tenía conocimiento de la resolucion á que se refería el General Urquiza, reiteraba las seguridades de paz que ya tenía dadas; y espidió al dia siguiente una proclama á los habitantes de la campaña, ofreciendo un

(1) Las simpatías del General Flores no estaban del lado de las autoridades legales de la Provincia, cuando recién se inició la rebelion del 52; segun se deduce de sus actos, y de dos cartas dirigidas, una al Gobernador de Buenos Aires, doctor Valentín Alsina, y otra al Coronel Cayetano Laprida, las cuales conservamos en nuestro poder.



olvido completo de todo lo pasado desde el primero de Diciembre, y pidiendo á los que habian estado en armas contra las autoridades legales que se entregáran al trabajo, bajo la proteccion de las leyes.

IV—Pero este estado de paz que la Legislatura de Buenos Aires ratificó por medio de una declaracion solemne, y por todos sus hechos posteriores, tendentes á organizar la Provincia, y á remediar los males que en ella había causado el General Urquiza y su ejército, — fué transitorio.

El General Urquiza, apénas repuesto de sus descalabros, tomó nuevamente la ofensiva, haciendo invadir la Provincia de Buenos Aires, por gefes que revistaban en su ejército, quiénes renovaron hostilidades semejantes á las del año 1853.

Buenos Aires se vió obligada á protestar una vez mas en los campos de Cepeda, el 23 de Octubre de 1859. El General Urquiza llegó con su ejército á San José de Flores; y se habrían renovado las mismas escenas del sitio anterior, si no se hubiera ajustado el pacto de 11 de Noviembre, en que quedaron una vez mas consignados los medios honorables para que Buenos Aires quedára reincorporada al resto de la Confederacion.

V—Este pacto fué complementado y esplicado por el de 6 de Junio de 1870, que celebraron los comisionados del Gobierno de Buenos Aires, y los del Presidente de la Confederacion, y que fué solemnemente ratificado en todas sus partes, prévia autorizacion de los poderes competentes.

Partiendo de lo estipulado en el de Noviembre, el Pacto de Junio establecía en su artículo 1º que el Go-



bierno Federal, en el acto de recibir del de Buenos Aires testimonio auténtico de las reformas presentadas por la Convencion de esta Provincia, lo pasaría al Congreso Legislativo, á fin de que convocara la convencion *ad hoc* que debía tomarlas en consideracion.

Estos convencionales debian ser elejidos con arreglo á la poblacion de cada Provincia; pero, como no había censo aprobado, Buenos Aires aceptaba como base para elejir los suyos, la que determinaba el artículo 34 de la Constitucion sancionada en Santa-Fé (doce Diputados.)

La Convencion debía llenar su mision dentro de los treinta dias de su instalacion; y comunicar el resultado de sus trabajos al Gobierno Nacional y al de Buenos Aires. Quince dias despues de esta comunicacion, Buenos Aires debía ordenar la promulgacion y jura de la Constitucion Nacional reformada y enviar sus Senadores y Diputados al Congreso;— continuando, hasta la incorporacion de estos, en el régimen Provincial y en la administracion de todos los objetos comprendidos en su presupuesto de 1859, con escepcion de la parte relativa á Relaciones Exteriores.—Buenos Aires se obligaba, además, á contribuir por su parte á los gastos nacionales con un millon y medio de pesos moneda corriente mensuales. (1)

VI—La Convencion se reunió en Santa-Fé con arreglo á lo pactado; y sancionó una série de enmiendas y reformas á la Constitucion de 1853, sobre la base de las

(1) Registro Oficial de Buenos Aires, año 1860, pág. 137.



presentadas por la Convencion Nacional de Buenos Aires.

Vamos á ocuparnos de ellas, ocupándonos de la Constitucion de 1853, como dijimos mas arriba. Está demás repelir aquí, que no vamos á *comentar* la Constitucion de 1853. Fuera de que nada nuevo podríamos agregar á los brillantes comentarios que de ella se han hecho, no es este nuestro objeto.

Nos hemos propuesto hacer notar las variaciones y los progresos que ha sufrido nuestra Constitucion, desde que fué iniciada en 1810 hasta que fué definitivamente sancionada en 1860.

En este sentido, lo primero que llama la atencion en la de 1853-1860, son los objetos que ella se propone en su preámbulo.

Las cartas anteriores, dictadas en época de lucha y de transicion, proclamaban, ante todo, el principio de la independencia amagada, de la integridad siempre en peligro. Estos eran sus objetos inmediatos y supremos, sin perjuicio de que prepararan las sendas de la vida libre, al amparo del orden y del progreso, por medio de disposiciones sábias, que han sido despues reproducidas.

La Constitucion se establece con el objeto de . . . de constituir la *union Nacional*, consolidar la *paz interna*, promover el *bienestar general*, y asegurar los beneficios de la *libertad* para todos los argentinos y para *todos los hombres* del mundo que quieran habitar el suelo. . . . Desde este punto, pues, debe considerarse la Constitucion de 1853-1860.

VII—El artículo 1º dice que la Nacion adopta para



su Gobierno la forma republicana representativa federal, *según lo establece* la Constitución.

La Convención no tocó este artículo sino algunos de sus concordantes. En la forma que quedó establecido en 1860, el Gobierno Federal era una sanción del tiempo, una necesidad reconocida por todos los pueblos y *proclamada por los principales hombres de todos los partidos de la República.*

El pacto de 1831 y el *Acuerdo* de 1852 *no eran* «los que *determinaba* la naturaleza de la forma de Gobierno que debía adoptar la Nación», como equivocadamente decían los constituyentes de 1853. (1)

El pacto de 1831 sirvió para establecer una *liga federal* de cuatro Provincias *independientes entre sí* (artículo 1º del pacto); en tanto que la Constitución de 1853 se sancionó «para constituir la Unidad Nacional» y confirió á los *Poderes Nacionales* las atribuciones inherentes á este fin supremo; dejando, tan solo, á salvo á las Provincias el derecho de rejirse por sus instituciones, siempre que no estuvieran en contra de las de la Nación.

En esta forma, la Constitución establece el régimen *federal*; mas propiamente el régimen mixto de federal y unitario,— el régimen federo-nacional.

Y esta idea no solo no emana del pacto de 1831 ni del *Acuerdo* de 1852, pero tampoco del Congreso de 1853 ni de la Convención de 1860.

Esta idea fué prohibida por los prohombres de nuestra Revolución de 1810; y ha sido posteriormente el cre-

(1) Diario de Sesiones del Congreso Constituyente, pág. 107.



do político de los principales pensadores argentinos, así como de la emigración llamada unitaria por el hecho de combatir á Rosas y á los caudillos.

Moreno legó á nuestro derecho público este principio en estas palabras, tan mal traducidas por los que alguna vez dijeron inspirarse en él: « El gran principio de
« la federación se halla en que los estados individuales,
« reteniendo la parte de soberanía que necesitan para
« sus negocios interiores, *cedan á una autoridad suprema y nacional, la parte de soberanía que llamaremos eminente, para los negocios generales,*—en otros
« términos, para todos aquellos puntos en que deben
« obrar como Nación. » (1)

Passo, el otro secretario de la Junta de 1810, decía poco después: « Deseo ciertas modificaciones que suavicen la oposición de los pueblos, y que dulcifiquen lo
« que hallen estos de amargo en el Gobierno, de uno
« solo. Es decir, que las formas que nos rijan, *sean mixtas de unidad y de federación.* » (2)

El abatimiento, en general, del caudillaje, luego de derrocada la tiranía; la propaganda de quince años que sostuvieron los emigrados de Buenos Aires y de toda la República, en favor de esas ideas de Gobierno, y consiguiendo el apoyo que ellas encontraron en toda esta Provincia desde el día siguiente al de Caseros,—permitieron al Congreso de 1853 implantarlas por primera vez en nuestra Constitución.

(1) V. Vida y escritos, y también en la Gaceta de 1810.

(2) Diario de Sesiones del Congreso de 1825. Sesión del diez y ocho de Julio.



Conviene aclarar esto en beneficio de la cuestion misma, y tambien para no aparecer inconsecuentes con lo que hemos dicho en un capítulo anterior.

Los Argentinos de Buenos Aires y de las demás provincias, emigrados de la tiranía ó soldados de Paz y de Lavalle, aclamaron, despues de Caseros, la forma federo-nacional de Gobierno, porque creyeron que *habia llegado la oportunidad de llevarla al terreno de la práctica*, no porque jamás hubieran dudado de la bondad de ella en sí misma.

Digámoslo de una vez, pues que ninguna vinculacion puede detenernos. El viejo partido unitario, cuyo centro de accion fué Buenos Aires hasta 1829; sus vástagos ilustres, alejados de la patria durante los veinte años de Rosas, bajo el estigma de salvages unitarios, nunca han rechazado la forma federo-nacional de Gobierno. Han deferido solamente en su oportunidad. Ese pretendido rechazo ha sido una bandera de guerra, levantada aun por el mismo General Urquiza despues de 1862. Un poco de patriotismo y un poco de progreso, han bastado para repartir la justicia entre todos los argentinos, y para reconocer la parte que han tenido en esas ideas de Gobierno.

Dos Congresos Constitutuyentes, reunidos en Buenos Aires en 1819 (el de Tucuman) y en 1826, sancionaron para la Nacion la forma unitaria de Gobierno.

¿Por qué? Evidentemente, porque rechazaban la forma federal, se dice.

Sí, pero esta es la evidencia que Bastiat reconocería tambien en «*c'est ce qu'on voit*», «Lo que *no se ve*», son



los móviles y las consideraciones, que obligaron á esos Congresos á sancionar la unidad de régimen.

La Constitucion de 1819 se discutía cuando la España estaba encima de nosotros, cuando se anunciaban nuevas expediciones militares. El Congreso cedió á la necesidad de centralizar el Gobierno, para centralizar todos los recursos de la Nacion, todos sus medios de accion, y librarnos de la reconquista, como en efecto nos libró.

El Congreso de 1826 sancionó el mismo régimen unitario, cediendo á la imperiosa necesidad de levantar la autoridad de la Nacion, sobre las miras disolventes de los caudillos, que se aparapetaban tras sus respectivos cacicazgos, pregonando otras tantas *soberanías*,—el aislamiento, la eterna lucha,—por sobre la Nacion hecha pedazos.

Hemos hojeado estas discusiones memorables, y no hemos encontrado un texto, uno solo, que autorice á decir que los unitarios (en inmensa mayoría en ambos Congresos) negaban la bondad de la forma federo-nacional de Gobierno. Los que hemos encontrado, corroboran nuestra asercion. Aceptaban la forma unitaria, porque esa otra forma « debía ser para nosotros el resultado de una civilizacion cimentada sobre un aprendizaje político que no habíamos tenido todavía. » « La federacion, decía el manifiesto con que el Congreso de 1826 acompañó la Constitucion, sería la forma ménos adaptable á nuestras provincias, *en el estado y circunstancias del país*. (1)

(1) Y adviértase que nosotros no hacemos mérito de que esas sanciones de los Congresos fueran manifestaciones de la *opinión Nacional*, y no de



Los unitarios de 1826 no negaban, pues, la bondad de la forma federal—diferían solamente en la época para implantarla. Ellos citaban á Washington y á los amigos de este en apoyo de sus ideas; y los *federales anfictionicos* no sabían que responderles, porque confundían la *Confederacion* de 1778 con la union Americana de 1787.

Porque es necesario no confundir una cosa con la otra. Nos referimos á la forma federal « *segun lo establece la Constitucion* de 1853—1860; no á la federacion anfictionica que se oponía á los unitarios de 1819 y 1826, á la federacion que se remedaba en Cuyo en 1829, á la que se pactaba en 1831, que se ratificaba en el *Acuerdo* de 1852, y que encontraba prosélitos todavía en el Congreso de 1853.

Esta federacion no tiene en nuestra historia constitucional mas precedente que ese pacto de 1831; y no tiene mas historia que la de haber vagado en la sinietra incertidumbre en que vivían los caudillos, pasándose unos á otros el santo, la palabra—*federacion*—como símbolo de muerte y de ódio á la civilizacion que no podia hacer liga con ellos.

Sin barrer, como decía Lavalle, esta casta desquiciadora de los caudillos, no se podia pensar en la implan-

Buenos Aires. Muchas veces se ha dicho que la influencia de Buenos Aires, *the Imperial State*, pesó sobre esas sanciones. Nosotros aceptamos el hecho tal como se presenta, porque de cualquier modo lleguemos al fin de nuestra demostracion. Si quisiéramos hacer valer opiniones aisladas, nos bastaría recordar que las fracciones de Soler, Sarratea, Dorrego etc. mostraron bien claro las opiniones federales de Buenos Aires; bien es verdad que esta federacion era... *segun los divistas* de entónces lig anfictionica que habia da lo fiasco hasta en las *ciu la les* de la Grecia. •



tacion de la forma federo-nacional, y tal era y no otra la razon fundamental que tenian los unitarios para no adoptarla, desde luego, como base de la organizacion Nacional. La prueba de esto se tiene en que, al mismo tiempo que ellos luchaban contra los caudillos, y contra *el centralismo irresponsable* que estos adoptaban como sistema de su gobierno bárbaro,—echaban las bases de esa organizacion, propagando durante quince años, en los ejércitos de Paz y Lavalle, y desde Chile, Montevideo y el Brasil, todos los principios de gobierno libre que consagra nuestra Constitucion actual.

En este orden de ideas han militado todos los pensadores, todos los escritores unitarios.

Estévan Echeverría, ilustre socialista argentino, unitario porteño, cuyas afinidades con los hombres que cayeron con Rivadavia, que emigraron bajo Rosas, eran notorias, proclamó, como Moreno y Passo, la forma federo-nacional de Gobierno. Definiendo el partido federal y el unitario, dijo testualmente (1) «*La lógica de nuestra historia, está pidiendo la existencia de un partido nuevo, cuya mision es adoptar lo que haya de lejítimo en uno y otro partido; y consagrarse á encontrar la solucion pacífica de todos nuestros problemas sociales con la clave de una síntesis mas alta, mas nacional y mas completa que la suya, que, satisfaciendo todas las necesidades lejítimas las abraza y las funda en su unidad.*»

El General Paz, jefe militar del partido unitario despues de la muerte de Lavalle, decía «por mas que

(1) Dogma socialista Prefacio pág. 71.



Rosas nos proclamase unitarios, *todos nuestros actos manifiestan que estábamos dispuestos á abrazar la forma federal.* (1)

Sarmiento, el mas infatigable de los propagandistas del partido que Rosas y aun Urquiza llamaban unitario (2) estudió, vulgarizó é hizo circular por todas partes su Crónica, Argirópolis y Sud América, dónde se encuentran las principales ideas que sirven de base á nuestra constitucion de 1853-1860. Desde 1848, dice (3) me consagré á estudiar el derecho federal y . . . á ilustrar la cuestion de la federacion real . . . esta obra obtuvo el aplauso de los federales, Y DE LOS QUE HABIAN SIDO UNITARIOS. »

Podríamos citar infinidad de textos del Comercio del Plata y del Nacional de Montevideo que redactaban Varela (don Florencio), y Rivera Indarte, así como de los diarios de nuestros unitarios de Chile, en corroboracion de lo que venimos diciendo.

Pero ello es innecesario. Baste tener presente que el doctor Alberdi, que emigró de Buenos Aires entre los unitarios, es el autor del gran libro en que están consignadas las bases para la organizacion Arjentina bajo el réjimen federo-nacional, las cuales sirvieron de punto de partida á las discusiones del Congreso de Santa Fé en 1853.

(1) Memorias Póstumas t. 4º, pág. 23.

(2) Todavía en 1853, el general Urquiza llamaba salvajes unitarios á los defensores de la ciudad de Buenos Aires, que él sitiaba por mar y tierra. Me refiero al dicho de los gefes que entónces lo acompañaban.

(3) Carta á Urquiza—Yungay 1852. Campaña del Ejército Grande pág. 243.



Y si alguna duda quedára todavía, baste recordar que los miembros mas conspicuos de ese Congreso de las trece provincias, que sancionaron con su palabra y con sus trabajos el régimen federo-nacional, con mas ó menos restricciones, pertenecieron en cuerpo y alma al antiguo partido unitario. El doctor Juan M. Gutierrez fué el admirador de Rivadavia, y mas tarde compañero de Rivera Indarte en su propagando contra Rosas, tan sindicado de unitario como sus amigos Varela, Alsina, etc. El señor Zapata, vivió emigrado entre los unitarios. El doctor Salvador M. del Carril fué nada ménos que Ministro de Rivadavia; y despues Intendente del ejército de Lavalle, y uno de los mas allegados amigos políticos de este General. El doctor Santiago Derqui fué *Secretario* en campaña del general Paz, gefe militar del partido que Rosas seguia llamando unitario.

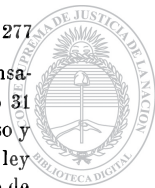
Creemos haber demostrado que la forma republicana representativa federal, tal como la establece la constitucion Nacional, no data del pacto de 1831 ni ménos del *Acuerdo* de 1852, sino de los primeros años de la Revolucion de 1810;—que la controversia de cincuenta años á que dió márgen, no ha versado sobre la bondad de esa forma en sí, sino sobre su *oportunidad*, dada la imposibilidad de implantarla en la República, arrastrada por el caudillaje, ó sojuzgada por el gobierno fuerte; y que la prueba de ello es que lo mas conspicuo y mas distinguido del antiguo partido unitario de Buenos Aires y demas provincias, se consagró á propagar esas ideas de gobierno federo-nacional, en diarios, en libros, manifestaciones de opinion etc.; las sostuvo en 1852 rodeando al general Urquiza, que era el indicado para reunir un



Congreso que las sancionára; las sostuvo en Buenos Aires por medio del pronunciamiento del 11 de Setiembre; las hizo triunfar en el Congreso de 1853 por el órgano de los mas conspicuos y viejos unitarios; y las afianzó para siempre en la Convencion de 1860.

VIII—El artículo 2 de la Constitucion decía: «El Estado sostiene (costea) el culto Católico Apostólico Romano. La Convencion de 1860 lo dejó tal como estaba. Nosotros no nos detendrémos en él, porque pensamos que una Constitucion política no puede ni debe legislar sobre esta cuestion, que afecta directamente un derecho íntimo de la conciencia; uno de esos derechos que el individuo se reserva naturalmente para sí, que no delega jamás en autoridad alguna de la tierra; un derecho tan absoluto como el derecho á la vida, que solo se restringue en fuerza de la preocupacion que es un jénero de despotismo. Esta cuestion, por otra parte, carece de importancia hoy que el mundo y la civilizacion viven y tienen que vivir de otras ideas, mas útiles y mas benéficas que la de hacer ostentacion pública de adoracion á ídolos de palo ó á ídolos convencionales, que dan con que vivir cómodamente á un gremio de comerciantes tradicionales, que consumen sin producir, bajo la razon social de Iglesia Romana y C^a, Luterana y C^a, Griega y C^o. etc. etc. etc.—formas igualmente decrépitas de un paganismo que hizo su época, cuando cada pueblo alimentaba con su sudor las récuas de sus tutores. (1)

(1) En el Congreso de 1853, hubo quiénes rindieron culto á la barbarie y al atrazo de la Edad Media. Hubo Diputado que proyectó sustituir el artículo 2, por este otro: «La Religión Católica Romana—la única ver-



Por lo demás el artículo 14 de la Constitución consagra la libertad de conciencia; lógico con el artículo 31 que dice que « la constitucion, las leyes del Congreso y los tratados con las potencias extranjeras, son la ley suprema de la Nación. » El artículo 12 del tratado de amistad, comercio y navegacion con la Inglaterra, aprobado por el Congreso de 1825 decía: « Los súbditos de S. M. B. residentes en las Provincias Unidas del Rio de la Plata, no serán inquietados por razon de su religion . . . gozarán de una perfecta libertad de conciencia, celebrando el oficio divino en las iglesias que edifiquen, etc. etc.

IX—El artículo 3 establecia: « Las autoridades que ejercen el Gobierno Federal residen en la ciudad de Buenos Aires, que se declara capital de la Confederacion por una ley especial.

Esta ley especial de 4 de Mayo de 1853, decía en su artículo 2: « Todo el territorio que se comprende entre

dadera,—es la religion del Estado. » Y para oponerse á la libertad de conciencia otro Diputado dijo lo siguiente: « Así como ningun deudor paga en moneda falsa, ni hay acreedor que se la reciba, así tambien ningun hombre debe ajar el tributo de la adoracion que debe á Dios con un culto falso, sino con el único y solo verdadero; ni al mismo Dios, como acreedor á nuestra adoracion, le será grato recibirlo de otro culto que del Católico Apostólico Romano. » (Pág. 151 del Diario de Sesiones del Congreso de 1853. El Diputado concluyó opinando que esa cuestion debia consultarse al Papa. . . . Y hacia cuarenta años que la Asamblea de 1813 habia declarado á la Iglesia Argentina libre de toda autoridad eclesiástica extranjera!

Otro Diputado de ese Congreso hizo grande oposicion en nombre de las mismas ideas, á la parte del artículo 76 de la Constitución que establece la *igualdad ante la ley*; alegando las disposiciones de los concilios, para demostrar que debia mantenerse los fueros de los eclesiásticos (Diario de Ses. pág. 159).



« el Rio de la Plata y el de las Conchas hasta el Puen-
« de te Marquez, y desde aquí tirando una línea al
« S. E. hasta encontrar su perpendicular desde el Rio
« Santiago, encerrando la Ensenada de Barragan, las
« dos Radas, Martin Garcia, y los canales que domina,
« corresponden á la Capital, y quedan federalizados.
« Y en su artículo 6º « La Provincia de Buenos Ai-
res será invitada á instalarse y constituirse, con arre-
glo á la Constitucion, en el territorio restante de la
Provincia. » (1)

Desde luego, debe advertirse que ni esta invitacion, ni la que se refería al exámen y aceptacion de la Cons-
titucion de parte del Gobierno de Buenos Aires, se lle-
varon á efecto; pues, como ya lo hemos recordado, la
Comision del Congreso, que trajo este encargo, se quedó
en el campamento del general Urquiza, y no ocurrió
ante lo Poderes Legales que tenia esta Provincia.

Por lo que respecta á esa ley, era altamente imprevi-
sora, á fuer de impolítica.

Prescindiendo de los móviles que la inspiraron, ella no
llenaba ni podia llenar las necesidades Nacionales, que
se prometian algunos hombres bien intencionados, pero
completamente engañados respecto de las miras del
poderoso Director Provisorio, á las cuales el Congreso
se ceñía, espuesto como estaba á ser disuelto, como lo
habia sido la Legislatura de Buenos Aires.

No llenaba una necesidad Nacional, porque la cues-
tion no consistía en dar una capital á la República,
sinó en buscar una que pudiera mantenerse sobre

(1) Registro Nacional t. 1º pág. 209. Compº. Ferreyra.



bases esencialmente Nacionales, á fin de no comprometer, desde luego, la propia estabilidad del régimen que se acababa de sancionar, fundado sobre la co-existencia de catorce Estados igualmente soberanos.

Y era altamente imprevisora, porque decapitando á Buenos Aires por el fraccionamiento, destruía el único Estado que podía llamarse tal por los recursos y por los medios propios de que disponía; el único punto de apoyo consistente que tenía por entónces el régimen federal en toda la República.

X—Además de estas consideraciones que no tuvieron en cuenta el Congreso y el Director, militaban otras no ménos poderosas para que Buenos Aires se negára á ser capital definitiva en 1853.

En efecto: la posicion topográfica de la ciudad de Buenos Aires; el haber sido la capital tradicional del Virreynato, y el asiento desde dónde ejercieron el poder los Gobiernos que se sucedieron desde 1810; el contacto en que vivió desde esta fecha con la Europa, tratando de proporcionarse los bienes de que se vió privada por tanto tiempo; todo esto, unido á otras circunstancias que nacían de la misma imposibilidad en que se hallaba de estender prudentemente su civilizaci6n, cuándo, por el hecho de su iniciativa y de su esfuerzo, era la mas comprometida en la guerra de la Independencia,—colocó á la ciudad de Buenos Aires en una posicion especialísima, que merece ser estudiada para esplicarse la actitud que ella asumió en 1853 respecto de la cuestion capital, cuándo esta se presentaba bajo una faz completamente distinta de la que tenía en 1826.

Esos hechos y esas circunstancias produjeron, á la



larga, el fenómeno de que en una superficie de veintidos mil leguas, costeadas en gran parte por el Océano y por los ríos, solo había quince ó veinte aldeas miserables, y *un centro regular* de población: la ciudad de Buenos Aires.

Ya lo hemos hecho notar en un capítulo anterior: Buenos Aires hizo prodigios para civilizarse, pero en veinte años de continua lucha y de continuas desgracias, no pudo estender su civilización mas allá de veinte cuartas de la plaza de la Victoria.

En 1826 la ciudad de Buenos Aires tenía el aspecto de una ciudad Europea. Su cultura, su movimiento intelectual, sus progresos, llamaban justamente la atención. Pero en lo que hoy es la plaza Once de Setiembre, comenzaba un semi-desierto, un eterno verde por lo ménos.

Antes del gobierno de Rosas, solo se veían en la campaña de Buenos Aires dos indicios importantes de la dominación española: El Cabildo de Luján, y un arruinado convento de jesuitas en la *Laguna de los Padres*.

Este estado de cosas se mantenía hasta 1852. En la campaña había mas poblaciones, pero no había centros mas poblados que en 1826.

Y este desequilibrio era tanto mas irregular, cuánto que en las demás provincias sucedía precisamente lo contrario. En casi todas estas la población estaba *regularmente* repartida, por escasa que fuera, entre sus respectivas capitales y los pueblos de sus campañas. Corrientes contaba tres ciudades, relativamente pobres, es cierto, pero igualmente pobladas. Entre-Ríos, cua-



tro; Santa-Fé tenía dos. Una regularidad semejante se observaba en Mendoza y San Juan. En Buenos Aires no habia mas que la capital. En esta capital estaba aglomerado todo el esfuerzo, todo el bien que se pudo alcanzar desde 1810; y que por las razones que ya hemos apuntado, no se hizo llegar al resto de la Provincia.

Buenos Aires estaba, pues, en la ciudad. Sin esta no había Estado Federal: había veinte y dos mil leguas de un desierto que, separado de la ciudad y reducido á sí mismo, se condenaba á un desamparo tres veces mas largo que el que había sobrellevado, apesar de su fertilidad y de su riqueza. Hacer de este desierto un Estado Federal, era pretender sobreponerse á la propia naturaleza de las cosas.

Pues esto era lo que hacía la ley de capital de 1853. Federalizaba la ciudad de Buenos Aires, sus suburbios, y la parte mas próxima á estos, y por consiguiente la mas poblada, é invitaba á los hijos de esta Provincia á que constituyesen un Estado Federal (!) en medio de ese desierto de veinte mil leguas, dónde cabían todos los absurdos!

Esta ley era tanto mas ruinosa, cuánto que suprimía un Estado Federal—él único que podía hacer efectivos *desde luego* las grandes promesas de la Constitucion, que debía traducirse alguna vez en hechos prácticos, estables y sucesivos, para que los pueblos no volvieran sobre sus pasos.

A este respecto no podía hacer dos opiniones en Buenos Aires (1) como las hubo en 1826.

(1) La prueba de ello, la prueba de que el ejército que comandaba el General Lagos frente á Buenos Aires estaba muy lejos de aceptar esa ley



Segun la ley del Congreso de 1853, la Provincia de Buenos Aires entraba á formar parte de una República Federal, no como *Estado* sino como *territorio*, que tenía que comenzar por organizarse y constituirse como pudiera, con los recursos que sacára de sus quince aldeas, interceptadas entre sus veinte mil leguas de desierto inculto.

Y Buenos Aires no podía ni debía consentir en esta decapitacion política y territorial, que no beneficiaba á la República, y que no se fundaba en mas razones ni en mas conveniencias que las que se reservaba el Director, Provisorio y el Congreso que dócilmente le servía.

XI—En 1826 Buenos Aires se encontraba en muy distinto caso. El réjimen unitario, por el cual optaron las Provincias, y que adoptó la Constitucion, *no hacía indispensable*,—como bajo el réjimen federal,—la coexistencia de Estados soberanos, con igual capacidad política, y con iguales derechos para arreglar su Gobierno interno, y constituir otras tantas *bases del Gobierno General*.

Buenos Aires, como cualquiera otra provincia, podía ceder, en 1826, una parte de sí misma á la Nacion, desde que esta las comprendía á todas, política y constitucio-

del Congreso, como lo pretendía hacer creer el Director Provisorio, para arrojar sobre los hombres de la ciudad, responsabilidades que no podian alcanzarles,—se tiene en el siguiente párrafo de carta que dirigió poco antes de sancionada esa ley, el mismo General Lagos, al General Crespo Gobernador de Santa-Fé,—la cual conservamos original en nuestro poder....

• Debo tambien advertirle que á la par que toda la Provincia desea la
 • paz y la organizacion Nacional, *está firmemente resuelta á defender sus*
 • prerogativas Y SU INTEGRIDAD COMO PROVINCIA DE LA CONFEDERACION. •



nalmente. Las Provincias existian como meras divisiones territoriales, regidas directamente por el Poder Central.

Siendo indispensable que estos Poderes Nacionales centralizados, se apoyarán en una base firme y segura, para poder estender su autoridad sobre toda la República; y no habiendo en todo el territorio de esta, un punto mas aparente para llenar tan grande objeto que la ciudad de Buenos Aires,—Buenos Aires pudo y debió consentir, como consintió, en sacrificar su integridad territorial, en holocausto á la Organizacion Nacional.

Tan natural era esta solucion, que, si se consulta y se compara las opiniones de 1826 y de 1853 acerca de la cuestion capital, se verá la perfecta armonía que existe entre ambas.

Los Federales porteños de 1826, sacrificaban las conveniencias Nacionales al triunfo de su ideal, es cierto; pero eran perfectamente lógicos. Ellos decían:—Combatimos la centralizacion Gubernativa y, de consiguiente, la idea de la capital en la ciudad de Buenos Aires; porque una y otra decapitan á nuestra Provincia y le arrebatan los bienes que queremos conservar para nosotros, que tenemos el deber de conservar en beneficio de la Federacion que sostenemos. Queremos á Buenos Aires como Provincia, como Estado, tal como está, y tal como están Jujuy, Córdoba, San Luis, Entre-Rios, etc.—que no tienen mas derecho que nosotros. Si la integridad de Buenos Aires es un obstáculo ¿no se crearán peligros mayores y mas trascendentales, destruyéndola? Si destruyéndola se dá un asilo á los Poderes Nacionales ¿se asegura que estos no tendrán, en breve, que



echar á correr, tanto mas desesperados, cuánto que por el hecho de ver realizado su ensueño de hacer suya la opulenta capital del vireynato, jamás fijaron su atencion en la conveniencia de las capitales modestas, apartadas y esencialmente Nacionales, como Washington ?

Y lo mismo, idénticamente lo mismo, decía Buenos Aires en 1853, respecto de la ley de Capital que dictó el Congreso de Santa-Fé.

Una vez adoptado el régimen federal en que habian entrado todas las Provincias, la de Buenos Aires que,—por el hecho de su pronunciamiento de 11 de Setiembre de 1852, para recobrar sus instituciones propias,—mostró que estaba resuelta á sostenerlo, por mas que no admitiera una Constitucion que no habian discutido sus representantes, se puso en el mismo caso de los federales de 1826 y se dijo: Sin Estados, no hay Federacion. Los Estados no se hacen por medio de una disposicion Constitucional—son los hechos los que los constituyen; son sus instituciones, su capacidad, sus recursos para mantenerse, lo que les da su razon de ser. El único que reúne estas condiciones en toda la República, el único apto, de consiguiente, para practicar *desde luego* y con algun éxito, el régimen federal, es Buenos Aires. Pero la Provincia de Buenos Aires sin la ciudad iniciadora, poblada, culta y llena de recursos, queda reducida á un territorio, inmenso, de gran porvenir, si se quiere, pero que de nada sirve al objeto supremo que nos proponemos hoy,—cuál es el de presentar un ejemplo, uno por lo ménos, de que la Federacion es posible entre nosotros, dentro del mecanismo de la Constitucion y de las leyes. Luego Buenos Aires debe



entrar en la Federacion como Estado, y no como territorio. El sacrificio de su integridad es estéril. No ambicionamos la ciudad por ella misma, sino por esa integridad que es una exigencia del régimen que nos hemos dado, y que es reclamada por la propia salud de la Nacion.

Ha habido, pues, lógica en la actitud que ha asumido Buenos Aires las dos ocasiones en que se ha querido fijar en ella la capital definitiva de la República, bajo el régimen federal.

XII—De todo ello se deduce que la cuestion *Capital de la República* no ha dependido, en uno ni en otro caso, de que «Buenos Aires se resistiera á abandonar las rentas y poderes Nacionales que retenía,»—como lo ha dicho el señor doctor Alberdi (1) repetidas veces, imbuido en esta su eterna preocupacion.

Si esta inculpacion fuera fundada, Buenos Aires se habría negado siempre,—no ya á decapitarse como capital de la República,—sino á formar parte de ésta, para no perder lo que el doctor Alberdi supone.

En el capítulo anterior hemos demostrado lo contrario, con documentos oficiales que nadie puede poner en duda. Pero lo que no hemos hecho allí, lo haremos en este lugar, para demostrar que el doctor Alberdi ignora la historia de su propio país, pues no queremos suponer malicia en él.

Esos poderes y esas rentas Nacionales que retenía Buenos Aires, eran, segun el doctor Alberdi, las Relaciones Exteriores, la clausura fluvial del Paraná, para

(1) Bases pág. 111.



favorecer el comercio esclusivo del Rio de la Plata, y estas rentas de aduana. (1)

Comencemos por lo primero. Las Relaciones Exteriores, se las adjudicó el mismo General Urquiza despues de Caseros, firmando de su puño y letra el protocolo que hizo firmar al Mayor General de su ejército, quien no tenía autorizacion para ello, al doctor Leiva presunto representante de Santa-Fé, donde no había Legislatura, y al doctor Lopez, en nombre de Buenos Aires, donde tampoco había Legislatura.

Buenos Aires no se opuso á este encargo dado por el General Urquiza. Era un hecho consumado, hijo de la necesidad, si se quiere, y como tal lo aceptó.

Pero cuándo el General Urquiza inició contra Buenos Aires esa série de actos arbitrarios y despóticos, disolviendo la Legislatura y violando las leyes fundamentales de esta Provincia, garantizadas por el artículo 1º del Pacto de 1831, mandado observar *religiosamente* por el artículo 1º del *Acuerdo* de San Nicolás,—Buenos Aires hizo su pronunciamiento pacífico de 11 de Setiembre de 1852, al solo objeto de librarse del segundo tomo á la rústica de Rosas, que se le venía encima; y quitó por su parte al General Urquiza el encargo de las Relaciones Exteriores.

Pero deseando salvar hasta este obstáculo para su reincorporacion al resto de la Nacion, Buenos Aires celebró con el Director Provisorio el tratado de 9 de Marzo de 1853, cuyo artículo 11 decía así: «La Provincia de Buenos Aires confiere por su parte al Exmo.

(1) Bases pág. 118 y 793.



señor General Justo José de Urquiza el encargo de conservar las Relaciones Exteriores de la República, sin contraer nuevas obligaciones, á ménos que preceda el acuerdo de la Provincia » (1) (El pacto de 1831 establecía este acuerdo previo.)

El General Urquiza.—apesar de haber dado plenos poderes á su Ministro de Relaciones Exteriores y á los señores Ferré y Zuviría,—se negó á ratificar este tratado, alegando que « presentaba grandes inconveniente, y que él se consideraba sin facultades para anular ni aun enmendar el *Acuerdo* de San Nicolás. »

El propio Ministro de Relaciones Exteriores de la Confederacion, adversario reconocido de la política de Buenos Aires, se encargó de poner de manifiesto la conducta irregular del Director Provisorio, en un estudio concienzudo que hizo de ese tratado de 1853. Después de evidenciar la mala voluntad del General Urquiza para organizar la Nacion con Buenos Aires, dice: (2) « Es muy digno de notarse que, dando conocimiento (el General Urquiza) al Congreso de ese tratado, ni le pida su sancion, ni espere su fallo para repelerlo. Antes por el contrario, le declare que no entra en las facultades del Director Provisorio, ratificarlo, ni puede solicitar del Soberano Congreso resolucion para hacerlo. (3)

(1) Registro Nacional tomo 1º pág 167.

(2) Tratado de Paz entre el Director Provisorio y el Gobierno de Buenos Aires pág. 45—por Luis José de la Peña.

(3) Nota del Director al Congreso fecha 20 de Marzo—publicada en la *Voz de la Nacion*, y en *El Nacional* de Buenos Aires número 267—(cita del doctor Peña.)



Entre la afirmacion apasionada del doctor Alberdi, quién desempeñaba en 1853 una mision diplomática fuera del pais, y las pruebas que aduce el doctor de la Peña, Ministro de Relaciones Exteriores de la Confederacion, y comisionado del Director para ajustar ese tratado de paz, no hay comparacion posible.

Buenos Aires no ha retenido las Relaciones Exteriores de la República. Desde el 6 de Abril de 1852, Buenos Aires encargó de ellas al General Urquiza. En 1853 volvió á conferirle ese encargo, y el General Urquiza se negó á aceptarlo, porque esta era una de las atribuciones que debía llevarlo á hacer la paz con Buenos Aires, y á que esta provincia se incorporára con sus Diputados al Congreso. Antes de 1852, las Provincias, *por el órgano de sus Legislaturas*, suplicaron á Rosas, entre alabanzas, que se hiciera cargo de las Relaciones Exteriores, como puede verse en el Registro Oficial de Buenos Aires de 1837 á 1842. Antes de Rosas, las mismas Legislaturas confirieron espresamente al Coronel Dorrego Gobernador de Buenos Aires, el encargo de las Relaciones Exteriores; como igualmente lo habian conferido al Gobernador General Las Heras, antes del nombramiento de Rivadavia. Antes de 1820 las facultades inherentes al Poder Ejecutivo Nacional fueron ejercidas por los Directores, por los Triunviratos y por la Junta de 1810. Esta es la historia, que no se aviene con la declamacion.

Viene en seguida la clausura fluvial del Paraná. El doctor Alberdi, en la tercera edicion de sus Bases, modifica sus opiniones anteriores sobre la cuestion capital de la República, entre otras razones por la de que Bue-



nos Aires no era ya el único puerto abierto al contacto diario con la Europa, desde que el General Urquiza proclamó la libertad de navegacion fluvial. (1)

Ahora bien, si nosotros demostramos que la libertad de navegacion fluvial ha sido proclamada por Buenos Aires muchos años ántes que el doctor Alberdi pensára en escribir sus Bases,—habrémos demostrado tambien que el doctor Alberdi jamás tuvo razon para cambiar de opinion, respecto de la cuestion capital; y que por lo mismo que no la tuvo, se ha visto obligado á inculpar á Buenos Aires la omision de hechos que esta Provincia ha consignado en documentos solemnes.

Y bien, Buenos Aires ha proclamado la libre navegacion de los rios desde ántes del Gobierno de don Martin Rodriguez en 1821, como va á verse.

Despues de la muerte de Ramirez, don Ricardo Lopez Jordan, á nombre de la Provincia de Entre-Rios, abrió negociaciones de paz con los Gobiernos de Santa-Fé y Buenos Aires, dirijiendo á este último una nota, en Agosto de 1821, en la que deploraba las circunstancias del país, y hacía resaltar las conveniencias de la union Nacional. El Gobierno de Buenos Aires aceptó la idea de la paz, pero para arribar á ella, exigió, entre algunas condiciones indispensables, la siguiente: « DEBE FINALMENTE DEJARSE LIBRE Y FRANCO EL COMERCIO POR EL RIO PARANÁ. »

Con sobrada razon, dice, pues, el señor doctor Vicente Fidel Lopez (2) de quien tomamos esta cita: « Los

(1) Bases pág 109

(2) Historia del año 20. (Revista del Río de la Plata, tomo 11 pág. 289)



que sin haberse tomado el trabajo de estudiar nuestra historia, *acusan á Buenos Aires de haber tenido cerrado los ríos*, pueden ver ahora que ese cargo es hijo de su ignorancia: que los caudillos y la barbárie local son los autores y responsables de esas monstruosidades, que concibió y ejecutó su propio partido. »

Idéntica actitud asumió Buenos Aires en 1852, como lo hemos hecho ver ya. El artículo 1º de la ley de 18 de Octubre de 1852, sancionada por la Legislatura de esta Provincia decía así: « La Provincia de Buenos Aires reconoce como principio la conveniencia general de la apertura del río Paraná, al tráfico y á la navegacion mercante de todas las naciones; y desde ahora la declara y otorga por su parte. » (1)

Viene ahora la última inculpacion,—la de que Buenos Aires se negó á ser capital por no abandonar las rentas de su Aduana.

Este cargo es ménos sério que los otros, dada la competencia del escritor que lo formula. Es sabido,—para no hablar de todos los dineros que ha invertido Buenos Aires en gastos nacionales, en 1826 y ántes de 1826,—que el General Urquiza dispuso de esas rentas á su antojo y sin dar cuenta, desde el día siguiente al de la

(1) Registro Oficial año 1852 pág 303.

En las instrucciones que el Gobierno de Buenos Aires dió en 1855 á su comisionado especial cerca de la Confederacion, se recordaba á este respecto lo siguiente : . . . « Buenos Aires que fué el primero en declarar el año 52 la libertad de navegacion del río Paraná, la declaró para la bandera mercante solamente; al paso que el Gobierno del Paraná, sea por la grande irritacion en que entónces se hallaba contra Buenos Aires, sea porque intentase disminuir así aquel mérito que Buenos Aires se granjeaba, ó sea por un lujo inconsiderado de liberalismo, declaró poco despues que él otorgaba esa libertad de navegacion aun á la bandera militar. »



batalla de Caseros. Es sabido, tambien, que en el pacto de 6 de Junio de 1860, Buenos Aires se obligó á contribuir á los gastos Nacionales, con dos millones y medio de pesos mensuales, provenientes de esas rentas de Aduana.—Y que Buenos Aires jamás ha podido hacer valer esas rentas como fundamento de su negativa, por que de cualquier modo,—fuera ó no fuera capital—ellas debian ingresar al Tesoro Nacional, desde el momento en que Buenos Aires se incorporára á la Nacion por los medios que indicaban la legalidad y la justicia, que desgraciadamente no tuvo en vista el Director Provisorio.

La Provincia de Buenos Aires no se ha inspirado, pues, en los móviles mezquinos que se han supuesto, presentándola como una Harpagona formidable, podrida en las riquezas que negaba á sus hermanas. Esas inculpaciones hirientes, pudieron gozar de cierto crédito, cuándo los partidos de la época aciaga que siguió á Caseros, las vulgarizaban como armas de combate. Hoy están confortablemente ataviadas con esas galas de brillante retintín, que emplean el teatro y el carnaval para exornar todo género de estravagancias. . . .

El tiempo, este viejo eterno que vá pasando por encima de todas las preocupaciones y de todos los errores, como quiera que le es imposible hacer la suma de las debilidades humanas, ha venido á desvanecer todas las dudas, y á poner de manifiesto la lijeza con que se acusaba á Buenos Aires.

En efecto: la Convencion de 1860 reformó el artículo 3º de la Constitucion, estableciendo que las autoridades nacionales residirían en la ciudad. . . . * que se declare capital de la República por una ley especial. . .



prévia cesion hecha por una ó mas Legislaturas del territorio que haya de federalizarse.

La Legislatura de Buenos Aires, presentó al Congreso las bases (1) de 26 de Setiembre de 1862, bajo las cuales éste sancionó la ley de 1º de Octubre del mismo año, declarando á la ciudad de Buenos Aires residencia de las autoridades nacionales; hasta que se dictase la ley de capital permanente. Y desde entónces los poderes nacionales se ejercen desde Buenos Aires como *capital provisoria*: diez y siete años hace que las rentas de Aduana de Buenos Aires calculadas en cuarenta mil patacones diarios, se invierten en subsidios á las Provincias, y en los demás gastos nacionales. El Gobierno Nacional no tiene recurso superior á este. Y ello ya está sancionado para siempre, pese á quien pese. ¿Por quién? Por la influencia de Buenos Aires, vencedora despues de la batalla de Pavon. La oposicion de Buenos Aires, desarmada despues de vencer al último caudillo de la Federacion de Rosas, ha realizado los inmensos bienes, que libramos á la labor incesante de los que nos sucedan.

(1) « La Asamblea de la Provincia, decía el preámbulo de estas bases, habria preferido la capital en San Fernando ó en otro puerto de la Provincia, que no fuese su principal ciudad, porque en este proyecto habia la ventaja de dotar á la Nacion de una cabeza permanente; pero teniendo entendido que estas diversas soluciones, como muchas otras que pudieran todavia proponerse, acarrearían una crisis gubernamental funesta para todos, siente la necesidad de hacer un gran sacrificio en aras de la paz y de la armonía, y ofrecer á V. E. . . » etc. La base 7ª acordaba que la ley que sancionara el Congreso, con arreglo á esas bases, sería revisada á los cinco años por este y por la Legislatura de Buenos Aires, lo cuál no se ha hecho hasta ahora. (V. Registro Oficial de Buenos Aires año 62, 2º Sem. pág. 102 á 103.



XIII—Ahora sigamos adelante. La Convencion hizo reformas de mas ó menos consideracion en el artículo 4º, sobre los derechos de importacion y esportacion (art. 67); en el artículo 5º, suprimiendo la atribucion del Congreso de revisar las Constituciones Provinciales; en el artículo 6º modificando sus términos, esto es, facultando al Gobierno Federal para intervenir en el territorio de las Provincias á fin de garantizar la forma republicana de gobierno, ó repeler invasiones, etc., y á requisicion de sus autoridades constituidas para restablecer estas; en el artículo 12, agregándole que en ningun caso pueden concederse preferencias á uno ó mas puertos de la República; en el artículo 15, con sagrando la libertad de cualquier esclavo, por el solo hecho de pisar el territorio argentino; en el artículo 18, borrando la prohibicion de ejecutar á lanza y á cuchillo; en el artículo 30, suprimiendo el término de diez años despues de jurada la Constitucion, como condicion para ser reformada; en el artículo 31, consignando entre las leyes de la Nacion (por lo que respecta á Buenos Aires) los tratados ratificados despues del pacto de 11 de Noviembre de 1859.

Despues de este artículo, la Convencion agregó las declaraciones de los artículos 32, 33, 34 y 35 de la Constitucion actual. Estos artículos y los que derivan del derecho federal, incluidos en esta seccion, son los únicos que no se registran en las constituciones anteriores. Esto proviene, no tanto de la imprevision ó de la deficiencia de estas últimas constituciones, cuánto de las relaciones várias y complicadas del régimen federo-nacional, que establece la Cons-



titucion de 1853-1860. El ojo ménos observador encuentra, en la de 1819 como en la de 1826, las declaraciones mas hermosas y mas benéficas en favor del derecho individual, y hasta las concepciones mas atrevidas del socialismo moderno, tendentes á levantar esa individualidad como fundamento del orden y del progreso.

XIV—La Convencion no reformó el título de la Constitucion que se refiere al Poder Legislativo. Verdad es que este título, con excepcion del sistema para componer el Senado, está tomado al pié de la letra de la constitucion de 1826, que á su vez lo tomó de la de 1819. Hasta el art. 45 de la constitucion, cuyos términos cambió la Convencion, es idéntico al de la constitucion de 1826. Por esto nos referimos á lo que ya tenemos dicho.

En el sistema que adoptó para componer nuestro Senado, la Convencion se apartó completamente de los antecedentes argentinos, para copiar la constitucion de los Estados Unidos. El Senado se compone de dos senadores por cada Provincia, elejidos por las legislaturas respectivas, y es presidido por el Vice-Presidente de la República porque. . . no se supo dónde colocar este funcionario,—segun la espresion de un comentador Norte-Americano.

Por lo demás, todas las atribuciones del Senado de la Constitucion de 1853-1860, condiciones de elejibilidad y duracion de sus miembros, etc. etc. están tomados al pié de la letra de la constitucion de 1826.

Nosotros, á fuer de argentinos, nos inclinamos á este respecto en favor de la constitucion de 1819. Pensamos que el Senado de 1819 era, cuando ménos, un gran paso



dado hácia el ideal Republicano, de constituir *un cuerpo conservador* del sistema y de las libertades, que deben existir siempre incólumes á despecho de algunos, pero en beneficio de todos; y moderador de todas las reacciones que se operan bajo los Gobiernos representativos, por las cien vías abiertas al derecho de cada uno, y que deben seguir las leyes naturales de su desenvolvimiento, para no comprometer la autoridad y la suerte de la Nacion, que tiene, ante todo, el *derecho de existir*.

Creemos que el Senado de la Constitucion de 1853-1860, no llena ni llenará jamás los grandes fines que se han venido prometiendo los comentadores Norte-Americanos. El Senado Argentino es un cuerpo conservador? En nuestro capítulo sobre la constitucion de 1819, creemos haber demostrado lo contrario. Los senadores duran nueve años en su cargo,—cinco mas que los Diputados, y son sorteados cada tres años. Pero esto no quiere decir mas que lo está escrito—que duran mas tiempo que el Presidente de la República, calculando desde el en que este *toma posesion del mando*,—á fin de que nunca llegue el caso de encontrarse en acefalía el P. Legislativo y el Ejecutivo á la vez.

Ni es un cuerpo conservador, ni es, sobretodo, el antemural perpétuo, incommovible, de la autoridad y de las leyes de la Nacion. El Senado Argentino se compone bajo los mismos auspicios que la Cámara de Diputados. El pueblo elije á estos—el pueblo elije las Juntas Provinciales que nombran á aquellos. El partido que triunfa nombra sus senadores, y estos ocupan su asiento sin olvidar jamás el origen de su eleccion, so pena de



aparecer, en el primer instante, como traicionando las aspiraciones y los sentimientos de la *cámara partidaria* que los nombró. Y eso que no hay mandato imperativo. Pero hay algo peor por sus consecuencias. Hay una ley que el pueblo mismo ha venido sancionando, imprevisor, ciego, y seducido con las fáciles influencias que ponen en juego nuestros Ejecutivos Imperiales. Es la ley de los hechos consumados á la faz de la República. Que se cite un solo ejemplo en que el espíritu de partido no haya hablado por boca de los senadores de la Nación, cuando así ha convenido á la opinion que los elevó á ese cargo, para desnaturalizarlo por ese solo hecho !. .

Estas mismas circunstancias son, por otra parte, la causa de que en el Senado Argentino no se encuentren reunidos los hombres mas ilustrados, mas capaces, mas experimentados del país. La regla general es que el Presidente de la República recomienda su ó sus candidatos, despues de cada sorteo en el Senado; y que los Gobernadores de Provincia hacen elegir los que tienen mas afinidades con el partido que elevó á este, ó se hacen elegir ellos mismos, componiendo lejislaturas *ad hoc*.

No hay necesidad de nombrar personas para salvar excepciones honorabilísimas; pero el hecho está ahí para que todos lo vean. Ha habido en el Senado hasta extranjeros, (un Chileno) en tanto que Mitre, Sarmiento, Lopez, Tejedor, Costa, Alberdi, Rawson, Oro, Molinas, Sanz, Posse Laspiur y otros, han estado léjos de ese cuerpo, que debería componerse siempre con los hombres principales del país.



Debemos declararlo con franqueza. Lo que ha venido á robustecer en nosotros estas opiniones, que teníamos desde que comenzamos á estudiar nuestras hermosas constituciones anteriores,—tan celosas de la autoridad Nacional, como si hubiesen querido dejar este precedente consolador, aunque fuera, para que los hombres que vinieran despues completáran la obra que debía librarse al tiempo;—lo que nos ha determinado á estamparlas aquí, ha sido la opinion caracterizada de uno de los Argentinos mas experimentados y eminentes, del hombre que viene estudiando nuestras instituciones desde treinta años atrás, con escacopio de luces que lo distingue y que lo hace una especialidad en la América del Sur—del señor General Sarmiento.

En una ocasion solemne, dijo así el señor Sarmiento:

« Creía, señor Presidente, traer al Senado en esta discusion, no tanta instruccion, talento, ó cualquiera de las otras calidades necesarias para tratarla, sino algo que no es comun en este Senado: largos años, y una larga y fructuosa experiencia de nuestros negocios públicos. »

« Todas las naciones tienen y tuvieron, desde los comienzos de la institucion del Gobierno, un cuerpo de ancianos para el manejo de los negocios públicos. »

« La institucion del Senado Romano ha gobernado la tierra durante siete siglos, despues de haberla conquistado con su cuerpo de Senadores. »

« Venecia, catorce siglos ha perpetuado las mismas instituciones romanas, y ha absorbido casi todo el mundo asiático. »



« En nuestros tiempos, la Inglaterra, con la institucion del Senado, la Cámara de los Lores, ha dominado los mares desde una pequeña isla, ocupando, con su raza, una tercera parte de la tierra habitada. »

« Nosotros tenemos un Senado, señor Presidente, pero yo no sé si están bien llenadas entre nosotros las condiciones de esta institucion. Cuando vuelvo los ojos hacia mis compañeros, tengo el sentimiento de ver muy raras canas en el Senado: la juventud ha entrado en este cuerpo. Se llenan las formas; pero el objeto de la institucion, á mi juicio queda burlado. »

« Pueden ostentar mis concólegas, en su mayor parte, instruccion, talento y cuantas calidades se requieren para manejar los negocios públicos; pero nunca podrán suplir, no diré la falta de esperiencia, sino aquellas modificaciones del espíritu humano, que vienen solo con los años. »

« Y yo me pregunto: ¿ dónde están los ancianos de la República Argentina? ¿ No tenemos viejos que sobrevivan á nuestros pasados desastres, que ocupen el lugar que las leyes y la Constitucion les habia designado aquí? »

« Veo con dolor que los proyectos en que se requería mayor calma, están informados é instruidos por la parte mas jóven de la Cámara; y yo diría á esos mismos concólegas:—No saben ustedes las responsabilidades adquiridas ante la historia de este país, por la manera de mirar las cosas, manera de mirar que no pueden remediar, pues son las de la juventud, son las de la inespериencia. »



« Un constitucionalista Inglés se quejaba ahora por
« cos años de un grave defecto de la Cámara baja en
« Inglaterra. Los Diputados duran siete años, y decía:
« En siete años no se puede aprender á gobernar: se
« cambian los Diputados y vienen otros nuevos á hacer
« el aprendizaje. »

« Tiene por fortuna un Senado cuyos miembros na-
« cen y mueren Senadores; y en cuarenta ó cincuenta
« años de la vida, hay sin duda el tiempo de hacer lo
« que hacen los viejos, que es ligar las consecuencias
« remotas para los jóvenes, inmediatamente á las cau-
« sas que las produjeron. »

« ¡ Este es el depósito que vienen dejando los años en
« la mente de los hombres maduros! Yo me he pregun-
« tado veinte veces: si todos los trastornos por que
« pasamos en este momento; si los movimientos que se
« notan en la Cámara de Senadores y en la Provincia,
« si la poca eficacia de nuestro Senado para contener
« los movimientos de la opinion, no proceden de que en
« una y otra parte, la juventud, diré así, la jeneracion
« presente, ha invadido todos los Consejos de Gobierno,
« faltándole el reposo y la calma necesaria para rela-
« cionar los antecedentes históricos que morigeran y
« corrijen la impresion que dejan los sucesos moder-
« nos. »

« Si al Senado se le dá nueve años de duracion por
« individuo, es precisamente para eso: para que cada
« hecho presente pueda ligarlo á la historia pasada del
« país, y no tomar aisladamente un suceso, sin recor-
« dar que ese suceso es el producto de una série de



« acontecimientos que lo produjeron y lo prepara-
« ron. » (1)

Esta opinion hija de una larga experiencia, y en boca del viejo atleta de nuestras libertades, del viejo Chattam como le llamó la prensa, ha de 'hacer escuela á no dudarlo; y ha de llevar, á los que estén mejor preparados, á emprender la reforma constitucional á este respecto.

El sistema ideado por la Constitucion de 1819 para componer nuestro Senado, hace de esta rama del poder un cuerpo esencialmente conservador, al que muy dificilmente pueden penetrar los que no vengan prestijados por sus talentos superiores, por su servicios al país, ó por una larga experiencia en la cosa pública.

Este sistema, con leves modificaciones, pertenece á la jurisprudencia constitucional Inglesa; y se aplica desde hace dos siglos para la composicion de la Cámara Alta de esa Nacion. Y no faltan autores, Blunckhili, por ejemplo, que entran en consideraciones verdaderamente alarmantes, por lo que respecta á las instituciones de los Estados Unidos, si esta República no modifica su Senado actual.

En cuánto á nosotros, la práctica desde 1853 hasta la fecha, nos ha mostrado que nuestro Senado, tal como está constituido, no solamente no llena los fines de su institucion, sino que es impotente para contrarestar las influencias subversivas que ván minando la autoridad de la Nacion; y para conservar incólumes los principios sobre que reposa el réjimen que nos dimos, contando

(1) Discurso pronunciado en la sesion del Senado del 11 de Julio de 1878, á propósito de la cuestion Intervencion á Corrientes.



naturalmente con que, en el peor de los casos, siempre quedaría firme é ilesa la representacion de los propios Estados, como garantía perpétua de aquella autoridad severa é inflexible.

La Convencion no tocó este capítulo de la constitucion mas que para suprimir un artículo sin mayor importancia; así como tampoco tocó las disposiciones comunes á ambas cámaras que son copiadas de la constitucion de 1826.

En el capítulo sobre las atribuciones del Congreso, la Convencion modificó el inc. 1º referente al modo de establecer los derechos de importacion y esportacion, lójica con la reforma que hizo el art. 4º; como así mismo el inc. 9 en la parte relativa á las Aduanas que existían en las Provincias cuándo estas se incorporaron á la Nacion.

En el inc. 11, que daba al Congreso la facultad de dictar los códigos civil, comercial, penal y de minería, la Convencion introdujo esta modificacion importante: « Sin que tales códigos alteren las jurisdicciones locales. »

Esta reforma, como la del art. 5 en la parte que establecía « que las constituciones provinciales serían revisadas por el Congreso antes de ser promulgadas (art. 67 inc. 28); como la del art. 6º que limitó la facultad del Gobierno Federal para intervenir en el territorio de las Provincias; y como la del art. 31 que prohibió al Congreso dictar leyes que establezcan la jurisdiccion federal sobre la libertad de imprenta; muestran visiblemente que el espíritu de la Convencion de 1860 era mas *descentralizador*, mas *federal* que el del Congreso de 1853.



Y este desmentido á las viejas preocupaciones, que soñaban con el centralismo de los antiguos unitarios emigrados, que libraron á Buenos Aires de Urquiza,— fué tanto mas elocuente cuánto que esas reformas fueron proclamadas por la Convencion de esta Provincia, en el código que envió al Congreso del Paraná, como base de los trabajos de la Convencion Nacional de Santa-Fé.

Fuera de ella, todas las demás atribuciones á que se refiere el artículo 67, están tomadas de las constituciones de 1819 y 1826; así como todo el capítulo sobre la formacion y sancion de las leyes, que no tocó la Convencion de 1860.

XV—En cuánto al Poder Ejecutivo, ni el Congreso de 1853, ni la Convencion de 1860, alteraron las disposiciones de nuestras constituciones anteriores. La influencia de los Estados-Unidos no llegó hasta nuestro Poder Ejecutivo, que es, segun el doctor Alberdi, « la parte prominente de la Constitucion Argentina. »

Nuestro Poder Ejecutivo es, pues, un fiel trasunto de nuestro centralismo tradicional, impuesto por necesidades supremas. El Presidente es un Virey, un Director, con la sola diferencia de que, para el caso de inhabilidad, la Constitucion le asigna un sustituto obligado en un Vice-Presidente, que preside el Cuerpo Legislativo porque no tiene nada que hacer hasta que ese caso llegue.

Si se compára la Constitucion de los Estados-Unidos con la nuestra, y se cuentan las facultades que cada una atribuye al Presidente, se vé que esta última establece un Poder Imperial, en tanto que aquella establece un



poder meramente ejecutor de las disposiciones que no emanan de él.

En efecto, el Poder Ejecutivo Argentino, posee, entre un cúmulo de facultades, las siguientes que no posee el de los Estados-Unidos:—es el Gefe Supremo de la Nacion, y tiene á su cargo la administracion general del país; ejerce los derechos del patronato nacional; concede el pase ó retiene las disposiciones de los concilios y del Papa; es un poder co-legislador; concluye y firma tratados de paz, comercio, alianza, etc. etc.; provee los empleos y grados militares; concede jubilaciones, retiros, licencias etc.; declara la guerra y otorga patentes de corzo; declara el estado de sitio y puede arrestar y trasladar las personas de los perturbadores en caso de sedicion.

El Congreso de 1853, que se apartó en mas de un punto fundamental de nuestros antecedentes constitucionales, reemplazándolos con las ideas de los Estados-Unidos, fundió, como se ha visto, nuestro Poder Ejecutivo, en el molde de las necesidades y de las conveniencias de la época que media entre 1812 y 1826; esto es, cuándo nuestros planes de organizacion nacional estaban subordinados á la aspiracion suprema de *independizar al país de la dominacion extranjera*; ó á la de *salvar la Nacionalidad*, rota de hecho por los caudillos disolventes, que habian negado hasta entonces (1825) toda clase de cooperacion á nuestros Congresos.

XVI—Ya hemos hecho notar la diferencia que existe entre nuestro Poder Judicial actual, y el que establecian nuestras constituciones anteriores:—la atribucion de conocer y decidir de todas las causas que versen sobre



puntos regidos por la Constitucion y por las leyes de la Nacion.

Verdad es que esta diferencia es fundamental; porque estas atribuciones hacen del Poder Judicial un verdadero Poder Político, que ejerce su control sobre los otros poderes; y que ántes no ejercía, acaso porque estaba subordinado á las reglas de los teóricos, que fundaban las mayores garantías del buen gobierno en la completa separacion de los tres poderes.

Pero para darse cuenta de esta diferencia entre nuestra Constitucion actual y las de 1819 y 1826, debe tenerse presente que esta estension de atribuciones del Poder Judicial, que puede llegar hasta decirle al Congreso « esta ley es inaplicable porque es inconstitucional, » era completamente nueva en el mundo hasta que la consagró la Constitucion de los Estados Unidos á fines del siglo pasado; como lo ha sido para la Europa hasta 1848, en que la Suiza la adoptó para sí.

Y debe tenerse presente además que, hasta 1853, todas nuestras Constituciones han establecido el régimen unitario de Gobierno, que simplificando las relaciones entre el individuo, la Provincia y la Nacion, hacían hasta cierto punto inconciliable la estension de atribuciones del Poder Judicial, con las que se conferían al Congreso, en el cuál hacían residir la soberanía de la Nacion.

La Convencion de 1860, por su parte, hizo modificaciones de forma en el artículo 94, y suprimió la atribucion del Poder Judicial de conocer de los conflictos entre poderes públicos de una misma Provincia, así como de los recursos de fuerza.

Bajo el plan que queda indicado, fué cómo la Conven-



cion de 1860 concluyó la obra de nuestra Constitucion,—
recomenzada bajo otros auspicios despues de Caseros
y retardada á consecuencia de los sucesos que hemos
bosquejado.

Pero ántes de entrar á gozar de los beneficios que esa
obra nos prometía, los argentinos tuvimos que pasar
por una otra prueba, tuvimos que hacer un esfuerzo su-
premo:—que debemos apuntar ántes de cerrar este
ensayo.



CAPÍTULO XII

INSTALACION DEL CONGRESO FEDERAL ARGENTINO DE 1862.



- I. Jura de la Constitucion—II. Rechazo de los Diputados de Buenos Aires—III. Batalla de Pavon—IV. El General Bartolomé Mitre—V. Instalacion que él hace del Congreso Federal.

II—Luego que la Convencion Nacional de Santa-Fé llenó su cometido, en la forma que queda indicado, lo comunicó al Gobierno de Buenos Aires en 25 de Setiembre de 1860; y este señaló el día 21 de Octubre para que fuese jurada solemnemente la Constitucion reformada, en todo el territorio de la Provincia, con arreglo al artículo 10 del Pacto de 6 de Junio del mismo año. La jura se verificó con toda pompa en la Plaza de la Victoria de Buenos Aires. (1) El Gobernador tomó el jura-

(1) No por esto dejaban de alimentarse temores,—que despues resultaren harto fundados,—de que el General Urquiza obstaculizase todavia la union nacional. Tengo presente (acaso porque en mi infancia el solo nombre del General Urquiza, impresionaba dolorosamente mi espíritu) lo que al respecto dijo ese día á mi padre, bajo los portales de Cabildo, un personage que murió hace poco, cuando desempeñaba un alto puesto en la magistratura judicial. • Este espectáculo es hermoso—el mas hermoso que hemos presenciado despues de Caseros. La desgracia es que Urquiza no sabrá valorarlo. Mientras Urquiza conserve la influencia de que dispone hoy, no ha de haber union Nacional. Los pueblos tendrán que elegir entre él ó esta. •



mento á la gran cantidad de pueblo allí reunido; y los funcionarios departamentales á sus respectivos vecinos.

Y en cumplimiento del artículo 11 del Pacto de 6 de Junio, el Gobierno de Buenos Aires espidió el decreto de 22 de Diciembre, convocando al pueblo á eleccion de *doce* Diputados al Congreso Nacional, que asignaba á la Provincia la Constitucion reformada

Esta eleccion se verificó con arreglo á la ley de 19 de Julio de 1860, que se dió la Provincia para la eleccion anterior de Convencionales. Los Diputados electos, y los dos Senadores nombrados por la Asamblea Legislativa de la Provincia, con arreglo al artículo 46 de la Constitucion, partieron á incorporarse al Congreso del Paraná; pero tuvieron que volver á Buenos Aires porque fueron rechazados del modo mas escandaloso, (1)

II.- No cabe otra calificacion, dada la temeridad con que se procedió; y la circunstancia de haber sido el General Urquiza el que aconsejó, ó mejor dicho, el que impuso ese rechazo.

Prescindiendo de los móviles personalísimos y estrechos que inclinaron el ánimo estraviado del General Urquiza, basta á nuestro objeto hacer presente que: el

(1) Como la pasion enconada contra algunas personalidades de Buenos Aires, tuvo su parte de influencia en ese desgraciadísimo rechazo, no está de mas recordar aquí quiénes componian la distinguida representacion de Buenos Aires. Los Senadores electos eran los señores Valentin Alsina é Ireneo Portela. Los Diputados, los señores Pastor Obligado, Adolfo Alsina, Manuel Quintana, Manuel A. Montes de Oca, José Mármol, Antonio Cruz Obligado, Carlos Tejedor (que renunció), Francisco Javier Muñiz, Emilio Mitre, José Maria Gutierrez, Francisco de Elizalde, Emilio Castro.



artículo 41 de la Constitución Nacional reformada (recien jurada entonces) dice: «POR ESTA VEZ (precisamente para la primera instalacion del Congreso Argentino con los Diputados de Buenos Aires, que se rechazaron) LOS LEGISLADORES DE LAS PROVINCIAS, REGLARÁN LOS MEDIOS DE HACER EFECTIVA LA ELECCION DIRECTA DE LOS DIPUTADOS DE LA NACION:—para lo sucesivo el Congreso espedirá una ley especial. »

En consecuencia de esta disposicion constitucional, la Legislatura de Buenos Aires sancionó la ley de 31 de Octubre de 1860, que disponía que la eleccion de los Diputados al Congreso, se efectuase con arreglo á la ley especial de 17 de Julio, que sirvió para la eleccion de Diputados á la Convencion *ad hoc*, de ese mismo año.

Pero hé aquí que *una sola Cámara* de ese pretendido Congreso del Paraná, rechaza, *en sesiones preparatorias*, los Diputados de Buenos Aires así electos; fundándose en que el artículo 37 de la Constitución, considera á cada Provincia como un solo distrito electoral, á los efectos de la eleccion, en tanto que la ley de Buenos Aires había dividido á la Provincia en siete distritos electorales. (1)

Hubo algo mas chocante que esta teología, que hubiera despreciado un escolar, en presencia de la declaracion espresa del artículo 41, que se consagró en favor de cada Provincia precisamente porque no había ley nacional de elecciones; y que subsistía naturalmente

(1) La Comision especial de este Congreso, que aconsejó el rechazo de la representacion de Buenos Aires, se componía de los señores Vicente G. Quesada (hijo de Buenos Aires) Benjamin Victorica, (hijo de Buenos Aires) Araoz y Navarro.



respecto de Buenos Aires, que iba recién á incorporarse por medio de sus Diputados.—Lo mas chocante fué que una sola Cámara, sin *quorum* legal, y en cuyo seno había individuos que no eran Diputados, se abrogaba el derecho de interpretar y resolver á su modo, artículos de la Constitucion, comprometiendo imprudentemente los altos intereses de la Nacion. (1)

(1) El Mensaje con que el Poder Ejecutivo envió á la Asamblea Legislativa de Buenos Aires los documentos referentes al rechazo de los Diputados, dice al respecto lo siguiente:— . . . « las leyes anteriores dictadas por el Congreso, en que solo estaban representadas trece Provincias, con exclusion de Buenos Aires, no pueden obligar á Buenos Aires, mientras esta Provincia no esté representada en el Congreso, integrado conforme á la Constitucion y á los Pactos. Y . . . siendo Buenos Aires á la vez Provincia federada y parte contratante, que vá á efectuar su incorporacion definitiva en virtud de los pactos que ha celebrado al efecto, por su libre y espontánea voluntad, mientras esa incorporacion legal no haya tenido lugar, es decir, mientras sus Diputados no hayan ingresado al Congreso, puede reclamar y debe sostener como parte, que no se le pueden imponer como leyes obligatorias para ella, las que nunca ha conocido ni reconocido tácita, ni espresamente; que aunque tal intelijencia fuese errónea, al determinarla, corresponderia á las dos partes contratantes de comun acuerdo, y de ninguna manera á una Cámara aislada, aun suponiéndola bien constituida, pues las funciones de ésta en tal caso estar limitadas á una simple calificación de poderes. . . etc. » (Véase este notable documento en el Registro Oficial de Buenos Aires año 1861, primer Semestre, pág. 137, así como la nota de 15 de Abril del Gobierno de esta Provincia al del Paraná.)

. . . . « Se han reunido en un simulacro de Congreso, personas desnudas del carácter de Diputados y Senadores, decia el señor Sarmiento en el Senado de Buenos Aires, llevando el escándalo hasta rehabilitar nombramientos antiguos, que habian fenecido por optar los electos á empleos que los desnudaban del carácter de Representantes, aun por la antigua Constitucion. Tal es la situacion que ha traido un conflicto. Buenos Aires iba á encontrarse con un Congreso que, permitásemle decirlo, era un Congreso de la Confederacion, segun su derogada Constitucion, en la parte derogada. . . . » (Sesion del 1º de Junio de 1861.)

« La renovacion parcial del Congreso, decia el Senador Rawson, tal como



Se comprende fácilmente, pues, que la razon verdadera del rechazo, no estaba ni podía estar en que la Provincia de Buenos Aires hubiese formado uno ó siete distritos electorales, á los efectos de la eleccion de Diputados al Congreso. En esta misma forma había elegido tres meses ántes sus Diputados á la Convencion reformadora de Santa-Fé. La verdadera razon, acaso la mas poderosa, por increíble que hoy parezca, era por que los Diputados que envió Buenos Aires, contra las indicaciones y aun contra las amenazas del General Urquiza, no pertenecían al número de las mediocridades dóciles, de quienes este caudillo se servía en el Congreso para imponer su voluntad á la Nacion.

No había remedio! Estaba de por medio el mismo hombre de 1852, á cuya sombra eran imposible la organizacion Nacional. Sus influencias eran fatales como sus instintos. El Congreso de 1853 no se apercibió ó no quiso apercibirse de que la influencia militar y política de Urquiza, era la suma de las influencias parciales que le habían ido abandonando los caudillos,—sus antiguos compañeros,—y que obraría como jefe de caudillos....

surjía naturalmente de los artículos 39 y 47 de la Constitucion, y como lo había ordenado el Ejecutivo, no se ha verificado: aquellos de sus miembros cuyos poderes habían caducado por el hecho de la adopción de las reformas, tomaron asiento en ambas Cámaras; y esas Cámaras así compuestas, inhábiles por la ilegalidad de los que en ellas funcionaban sin mandato para ejercer cualquier jénero de jurisdiccion, son los que han pronunciado en mala hora la informe sentencia que escluye á nuestros Diputados de la representacion Nacional (Sesion del 1º de Junio de 1861). Véanse tambien los manifiestos de las Provincias de Córdoba, San Juan, Santa Fé y Tucuman, insertos en el mensaje del Encargado del Poder Ejecutivo Nacional al Congreso Nacional de 1862.



En pos del rechazo de los Diputados de Buenos Aires, el Gobierno del Paraná hizo una série de intimaciones á esta Provincia, sobre los armamentos y milicias que ella mantenía; al mismo tiempo que él ponía en pié de guerra á la Confederacion, y daba el mando de sus ejércitos al General Urquiza, con el objeto de talar nuevamente á Buenos Aires, cuyo delito consistía en haber hecho esfuerzos de todo género para incorporarse á la Nacion, porque quería la paz, el orden, el progreso, sin ódios, sin caudillage, sin escándalos, sin degüellos, sin cintillo, esto es, sin Urquiza,—el cual se atravesaba como un génio malo para impedir que se cimentáran todas esas cosas que debian derrumbar necesariamente el viejo pedestal de barbárie en que él vivía.

III—Pero el General Urquiza, cuya voluntad era la suprema ley en la Confederacion, se engañó tambien esta vez. En 1861 Buenos Aires estaba en actitud,—despues de haber agotado por su parte todos los medios honorables de reincorporarse á la Nacion,—de vencer en el General Urquiza, el único obstáculo que privaba á los pueblos argentinos, de los bienes que ellos habian conquistado *hacia cuarenta años* en favor de cuatro Repúblicas de América.

En efecto: despues del fracaso de la negociacion de paz, debida á la mediacion oficiosa que iniciaron los Ministros del Perú, Francia é Inglaterra, el ejército de Buenos Aires á las órdenes del General Bartolomé Mitre, Gobernador de esta Provincia, triunfó completamente sobre el de la Confederacion, mandado por el General Urquiza, en la batalla de Pavon, el 17 de Setiembre de 1861,



El ejército de Buenos Aires fué la garantía de paz y de concordia entre todos los argentinos, que vieron en sus banderas victoriosas el triunfo de la nacionalidad sobre las miras disolventes del último de nuestros caudillos.

IV—Todas las Provincias Argentinas, por el órgano de sus Legislaturas, declararon caduco el Poder Ejecutivo Nacional, que habia hecho abandono de su cargo, retiraron sus Diputados del Congreso del Paraná (las que los tenian) y autorizaron al General Bartolomé Mitre,—alma de este esfuerzo supremo en favor de la Nacionalidad Argentina,—para que convocase un nuevo Congreso con arreglo á la Constitucion reformada, confiriéndole, entre tanto, las facultades inherentes al Poder Ejecutivo Nacional. (1)

Luchando con todos los inconvenientes que nacían del estado de disolucion en que habían quedado las Provincias; sobreponiéndose á obstáculos que hacían imposible, al parecer, la deseada union de los pueblos argentinos; fuerte en la conciencia del bien que acababa de hacer á la Nacion, y abnegado en la árdua tarea de continuarlo hasta dónde le era dado á un General victorioso, en cuya virtud la patria había confiado,—el Ge

(1) Corrientes y la Rioja, acaso por un error en la redaccion de la ley respectiva, limitaron las facultades Ejecutivas del Gobernador de Buenos Aires á las de mantener las Relaciones Exteriores. Decimos por error de redaccion porque las declaraciones con que estas Provincias acompañaron esta ley, no podian ser mas esplicitas ni mas entusiastas en favor de la politica de Buenos Aires, pues llegaban hasta decir que ambas Provincias «se encontraban adheridas por la razon y por el hecho de su ser político á los principios gloriosamente sostenidos por Buenos Aires.» En cuanto á Entre Rios, dónde permanecía armado el general Urquiza, solo autorizó al general Mitre para que convocase el Congreso Federal.



neral Bartolomé Mitre realizó, en pocos meses, la obra que se inició después del último cañonazo de Caseros, y que nadie había podido realizar.

V—El 25 de Mayo de 1862, aniversario de nuestra emancipación política, el general Mitre—que era la expresión más pura, más acentuada y más grande del pueblo de Buenos Aires,—entregaba los destinos de la Patria al Congreso Argentino reunido en la ciudad de Mayo, vinculando su nombre para siempre al acontecimiento más glorioso que puede ostentar en su vida un general Republicano:—consolidar una Nacionalidad por medio de la unión constitucional de un gran pueblo.

« La grande obra del patriotismo y del supremo esfuerzo de los pueblos, se pone al amparo de vuestras deliberaciones, » decía el ilustre General Mitre al Congreso, en esa ocasión solemne.

« A V. H. corresponde ahora la misión árdua y fecunda de consolidarla para el futuro, estudiando las importantes cuestiones que presenta la situación, alejando de ella los escollos que pudieran ofrecerla un peligro, y resolviendo esas cuestiones de manera que la República Argentina, libre, poderosa y compacta, sellando para siempre el vínculo de la unidad nacional, encamine sabiamente los elementos de fuerza y prosperidad que encierra á la consecución de los altos destinos de que la hacen digna su heroísmo y sus infortunios. »

De este día grande y venturoso, data nuestra organización nacional.

La Constitución Federal es, desde entonces, nuestra esperanza, y será con el tiempo nuestro Evangelio, pues



que la vida libre es el verdadero cielo del hombre republicano.

La Union Nacional es hoy un hecho grandioso desde el Plata hasta los Andes, hecho que debemos perpetuar por los siglos de los siglos, sellándolo como ley de amor en nuestras almas y en la de nuestros hijos, en reparacion de nuestros pasados desvios, y en eterno loor de los precursores del **Pueblo Argentino**, que lo saludaban como á tal hace sesenta y nueve años.



CONSTITUCION ARGENTINA DE 1860

CONCORDADA CON LAS

CONSTITUCIONES DE 1819 Y 1826



Nos, los Representantes del pueblo de la Nacion Argentina, reunidos en Congreso General Constituyente, por voluntad y eleccion de las Provincias que la componen, en cumplimiento de pactos preexistentes, con el objeto de constituir la Union Nacional, afianzar la justicia, consolidar la paz interior, proveer á la defensa comun, promover el bienestar general y asegurar los beneficios de la libertad para nosotros, para nuestra posteridad y para todos los hombres del mundo, que quieran habitar el suelo Argentino: invocando la proteccion de Dios, fuente de toda razon y justicia, ordenamos, decretamos y establecemos esta Constitucion para la Nacion Argentina.



PARTE PRIMERA

CAPÍTULO ÚNICO

DECLARACIONES, DERECHOS Y GARANTÍAS

Artículo 1. La Nacion Argentina adopta para su Gobierno la forma representativa republicana federal, segun lo establece la presente Constitucion.

Art. 2. El Gobierno Federal sostiene el Culto Católico, Apostólico, Romano.

Art. 3. Las Autoridades que ejercen el Gobierno Federal, residen en la ciudad que se declare capital de la República, por una ley especial del Congreso, previa cesion hecha por una ó mas Legislaturas Provinciales del territorio que haya de federalizarse.

Art. 4. El Gobierno Federal provee á los gastos de la Nacion con los fondos del Tesoro Nacional, formado del producto de derechos de importacion y esportacion hasta 1866, con arreglo á lo estatuido en el inciso 1º del artículo 67; del de la venta ó locacion de tierras de propiedad nacional, de la renta de correos, de las demás contribuciones que equitativa y proporcionalmente á la poblacion imponga el Congreso General, y de los empréstitos y operaciones de crédito que decreta el mismo Congreso para urgencia de la Nacion, ó para empresas de utilidad nacional.

Art. 5. Cada Provincia dictará para sí una Constitucion bajo el sistema representativo republicano, de acuerdo con los principios, declaraciones y garantías de



la Constitucion Nacional, y que asegure su administracion de justicia, su régimen municipal, y la educacion primaria. Bajo estas condiciones, el Gobierno Federal garantiza á cada Provincia el goce y ejercicio de sus instituciones.

Art. 6 El Gobierno Federal interviene en el territorio de las provincias para garantir la forma republicana de gobierno, ó repeler invasiones exteriores, y á requisicion de sus autoridades constituidas, para sostenerlas ó restablecerlas, si hubiesen sido depuestas por la sedicion ó por invasion de otra Provincia.

Art. 7. Los actos públicos y procedimientos judiciales de una provincia, gozan de entera fé en las demás : y el Congreso puede por leyes generales determinar cual será la forma probatoria de estos actos y procedimientos, y los efectos legales que producirán.

Art. 8. Los ciudadanos de cada Provincia gozarán de todos los derechos é inmunidades inherentes al título de ciudadano en las demás. La estradicion de los criminales es de obligacion recíproca entre todas las Provincias.

Art. 9. En todo el territorio de la Nacion no habrá mas aduanas que las nacionales, en las cuales rejirán las tarifas que sancione el Congreso.

Art. 10. En el interior de la República es libre de derechos, la circulacion de los efectos de produccion ó fabricacion nacional, así como la de los géneros y mercancías de todas clases, despachadas en las aduanas exteriores.

Art. 11. Los artículos de produccion ó fabricacion nacional ó extranjera, así como los ganados de toda



especie, que pasen por territorio de una provincia á otra, serán libres de los derechos llamados de tránsito siéndolo tambien los carruajes, buques ó bestias en que se transporten; y ningun otro derecho podrá imponérseles en adelante, cualquiera que sea su denominacion, por el hecho de transitar su territorio.

Art. 12. Los buques destinados de una provincia á otra, no serán obligados á entrar anclar y pagar derechos por causa de tránsito: sin que en ningun caso puedan concederse preferencias á un puerto respecto de otro, por medio de leyes ó reglamentos de comercio.

Art. 13. Prodrán admitirse nuevas provincias en la Nacion, pero no podrá erijirse una provincia en el territorio de otra ú otras, ni de várias formarse una sola, sin el consentimiento de las Lejislaturas de las Provincias interesadas y del Congreso.

Art. 14. Todos los habitantes de la Nacion gozan de los siguientes derechos, conforme á las leyes que reglamenten su ejercicio, á saber: de trabajar y ejercer toda industria lícita; de navegar y comerciar; de peticionar á las autoridades; de entrar, permanecer, transitar y salir del territorio argentino; de publicar sus ideas por la prensa sin censura prévia; de usar y disponer de su propiedad; de asociarse con fines útiles; de profesar libremente su culto; de enseñar y aprender. (1)

Art. 15. En la Nacion Argentina no hay esclavos; los pocos que hoy existen quedan libres desde la jura de esta Constitucion, y una ley especial reglará las indem

(1) Art. 109 y 111 constitucion de 1819. Art. 159, 160 y 161 constitucion de 1826.

nizaciones á que dé lugar esta declaracion. Todo contrato de compra y venta de personas, es un crimen de que serán responsables los que lo celebren, y el escribano ó funcionario que lo autorice, y los esclavos que de cualquier modo se introduzcan, quedan libres por el solo hecho de pisar el territorio de la República. (1)

Art. 16. La Nacion Argentina no admite prerogativas de sangre, ni de nacimiento: no hay en ella fueros personales, ni títulos de nobleza. Todos sus habitantes son iguales ante la ley, y admisibles en los empleos sin otra consideracion que la idoneidad. La igualdad es la base del impuesto y de las cargas públicas. (2)

Art. 17. La propiedad es inviolable, y ningun habitante de la Nacion puede ser privado de ella sinó en virtud de sentencia fundada en ley. La espropiacion por causa de utilidad pública, debe ser calificada por ley y previamente indemnizada. Solo el Congreso impone las contribuciones que se espresan en el artículo 4º. Ningun servicio personal es exigible, sino en virtud de ley ó de sentencia, fundada en ley.

Todo autor ó inventor es propietario esclusivo de su obra, invento ó descubrimiento, por el término que le acuerde la ley.

La confiscacion de bienes queda borrada para siempre del código penal argentino. Ningun cuerpo armado puede hacer requisiciones ni exigir auxilios de ninguna especie. (3)

(1) Art. 129 constitucion de 1819. Art. 131 constitucion de 1826.

(2) Art. 110 constitucion de 1819. Art. 180 constitucion de 1826.

(3) Art. 123 y 124 constitucion de 1819. Art. 173, 176, 177 constitucion de 1826.





Art. 18. Ningun habitante de la Nacion puede ser penado sin juicio previo fundado en ley anterior al hecho del proceso, ni juzgado por comisiones especiales, ó sacado de los jueces designados por la ley, antes del hecho de la causa. Nadie puede ser obligado á declarar contra si mismo; ni arrestado sino en virtud de órden escrita de autoridad competente. Es inviolable la defensa en juicio de la persona y de los derechos. El domicilio es inviolable, como tambien la correspondencia epistolar y los papeles privados; y una ley determinará en qué casos y con que justificativos podrá procederse á su allanamiento y ocupacion. Quedan abolidos para siempre la pena de muerte por causas políticas, toda especie de tormento y los azotes. Las cárceles de la Nacion serán sanas y limpias; para seguridad y no para castigo de los reos, detenidos en ellas; y toda medida que á pretexto de precaucion conduzca á mortificarlos mas allá de lo que ella exija, hará responsable al juez que la autorice. (1)

Art. 19. Las acciones privadas de los hombres que de ningun modo ofendan al órden y á la moral pública, ni perjudiquen á un tercero, están solo reservados á Dios, y exentas de la autoridad de los magistrados. Ningun habitante de la Nacion será obligado á hacer lo que no mande la ley, ni privado de lo que ella no prohíbe. (2)

(1) Arts. 113, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 120, constitucion de 1819. Arts. 164, 165, 166, 167, 168, 169, 170, 171, 172, 173 constitucion de 1826.

(2) Art. 112 constitucion de 1819. Art. 162, 163 constitucion de 1826.



Art. 20. Los extranjeros gozan en el territorio de la Nacion de todos los derechos civiles del ciudadano; pueden ejercer su industria, comercio y profesion; poseer bienes raices, comprarlos y enagenarlos; navegar los rios y costas; ejercer libremente su culto; testar y casarse conforme á las leyes. No están obligados á admitir la ciudadanía, ni á pagar contribuciones forzosas extraordinarias. Obtienen nacionalizacion residiendo dos años continuos en la Nacion; pero la autoridad puede acortar este término á favor del que lo solicite, alegando y probando servicios á la República.

Art. 21 Todo ciudadano argentino está obligado á armarse en defensa de la Patria y de esta Constitucion, conforme á las leyes que al efecto dicte el Congreso y á los decretos del Ejecutivo Nacional. Los ciudadanos por naturalizacion son libres de prestar ó no este servicio por el término de diez años, contados desde el dia en que obtengan su carta de ciudadanía.

Art. 22 El pueblo no delibera ni gobierna sinó por medio de sus Representantes y autoridades creadas por esta Constitucion. Toda fuerza armada ó reunion de personas que se atribuya los derechos del Pueblo y peticione á nombre de este, comete delito de sedicion.

Art. 23 En caso de conmocion interior ó de ataque exterior que ponga en peligro el ejercicio de esta Constitucion y de las autoridades creadas por ella, se declarará en estado de sitio la Provincia ó territorio en donde exista la perturbacion del orden, quedando suspensas allí las garantías constitucionales. Pero durante esta suspension no podrá el Presidente de la República condenar por sí y aplicar penas. Su poder se limitará en



tal caso respecto de las personas, á arrestarlas ó trasladarlas de un punto á otro de la Nacion, si ellas no prefiriesen salir fuera del territorio Argentino.

Art. 24 El Congreso promoverá la reforma de la actual lejislacion en todos sus ramos y el establecimiento del juicio por jurados.

Art. 25 El Gobierno Federal fomentará la inmigracion europea; y no podrá restringir, limitar, ni gravar con impuesto alguno la entrada en el territorio Argentino de los extranjeros que traigan por objeto labrar la tierra, mejorar las industrias, é introducir y enseñar las ciencias y las artes.

Art. 26 La navegacion de los rios interiores de la Nacion es libre para todas las banderas, con sujecion únicamente á los reglamentos que dicte la autoridad Nacional.

Art. 27 El Gobierno Federal está obligado á afianzar sus relaciones de paz y comercio con las potencias extranjeras, por medio de tratados que estén en conformidad con los principios de derecho público establecido en esta Constitucion.

Art. 28 Los principios, garantías y derechos reconocidos en los anteriores artículos, no podrán ser alterados por las leyes que reglamentan su ejercicio.

Art. 20 El Congreso no puede conceder al Ejecutivo Nacional, ni las Legislaturas Provinciales á los Gobernadores de Provincia *facultades extraordinarias*, ni la *suma del poder público*, ni otorgarles *sumisiones ó su-premacias*, por las que la vida, el honor ó la fortuna de los argentinos queden á merced de Gobiernos ó persona alguna. Actos de esta naturaleza llevan consigo



una nulidad insanable, y sujetarán á los que los formulen, consientan ó firmen, á la responsabilidad ó pena de los infames traidores á la patria.

Art. 30 La Constitucion puede reformarse en el todo ó en cualquiera de sus partes. La necesidad de reforma debe ser declarada por el Congreso, con el voto de dos terceras partes al ménos de sus miembros; pero no se efectuará sino por una Convencion convocada al efecto. (1)

Art. 31 Esta Constitucion, las leyes de la Nacion que en su consecuencia se dicten por el Congreso, y los tratados con las Potencias extranjeras, son la ley suprema de la Nacion; y las autoridades de cada Provincia están obligadas á conformarse con ella, no obstante cualquiera disposicion en contrario que contengan las leyes ó constituciones provinciales. Salvo para la Provincia de Buenos Aires, los tratados ratificados despues del Pacto de 11 de Noviembre de 1859.

Art. 32 El Congreso Federal no dictará leyes que restrinjan la libertad de imprenta, ó establezcan sobre ella la jurisdiccion federal.

Art. 33 Las declaraciones, derechos y garantías que enumera la Constitucion, no serán entendidos como negacion de otros derechos y garantías no enumerados, pero no nacen del principio de la soberanía del pueblo y de la forma republicana de gobierno.

Art. 84 Los Jueces de las cortes federales no podrán serlo al mismo tiempo de los Tribunales de Provincia; ni el servicio federal, tanto en lo civil como en lo militar,

(1) Art. 130, Constitucion de 1819.



dá residencia en la Provincia en que se ejerza y que no sea la del dominio habitual del empleado: entendiéndose esto para los efectos de optar á empleos en la Provincia en que actualmente se encuentre. (1)

Art. 35. Las denominaciones adoptadas sucesivamente desde 1810 hasta el presente, á saber: Provincias Unidas del Rio de la Plata, República Argentina, Confederacion Argentina, serán en adelante nombres oficiales indistintamente para la designacion del gobierno y territorio de las provincias, empleándose las palabras: *Nacion Argentina*, en la formacion y sancion de las leyes.

PARTE SEGUNDA

Autoridades de la Nacion

TÍTULO 1º

GOBIERNO FEDERAL

SECCION 1ª

Del Poder Legislativo

Art. 36. Un Congreso compuesto de dos Cámaras, una de Diputados de la Nacion y otra de Senadores de las Provincias y de la Capital, será investido del Poder Ejecutivo de la Nacion. (2)

(1) Art. 116, Constitucion de 1826.

(2) Art. 3, Constitucion de 1819. Art. 9 Constitucion de 1826.



CAPÍTULO I

DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS

Art. 37. La Cámara de Diputados se compondrá de Representantes elejidos directamente por el pueblo de las provincias y de la Capital, que se consideran á este fin como distritos electorales de un solo Estado; y á simple pluralidad de sufragios, en razon de uno por cada veinte mil habitantes, ó de una fraccion que no baje del número de diez mil. (1)

Art. 38. Los Diputados para la primera Legislatura se nombrarán en la proporcion siguiente: Por la Provincia de Buenos Aires, doce, (12): por la de Córdoba, seis (6): por la de Catamarca, tres (3): por la de Corrientes, cuatro (4): por la de Entre-Rios, dos (2): por la de Jujuy, dos (2): por la de Mendoza, tres (3): por la de Rioja, dos (2): por la de Salta, tres (3): por la de Santiago, cuatro (4): por la de San Juan, dos (2): por la de Santa-Fé, dos (2); por la de San Luis, dos (2): y por la de Tucuman, tres (3). (2)

Art. 39. Para la segunda Legislatura deberá realizarse el censo general, y arreglarse á él el número de Diputados, pero este censo solo podrá renovarse cada diez años. (3)

Art. 40. Para ser Diputado, se requiere haber cumplido la edad de veinticinco años, tener cuatro años de ciudadanía en ejercicio, y ser natural de la Provincia

(1) Art. 4, Constitucion de 1819. Art. 10, Constitucion de 1826.

(2) Art. 11, Constitucion de 1826.

(3) Art. 12, Constitucion de 1826.



que lo elija, ó con dos años de residencia inmediata en ella. (1)

Art. 41. Por esta vez las Legislaturas de las Provincias reglarán los medios de hacer efectiva la eleccion directa de los Diputados de la Nacion: para lo sucesivo el Congreso expedirá una ley general. (2)

Art. 42. Los Diputados durarán en su representacion por cuatro años, y son reelegibles, pero la Sala se renovará por mitad cada bienio; á cuyo efecto los nombrados para la primera Legislatura, luego que se reunan, sortearán los que deban salir en el primer período. (3)

Art. 43. En caso de vacante, el Gobierno de Provincia ó de la Capital, hace proceder á eleccion legal de un nuevo miembro.

Art. 44. A la Cámara de Diputados corresponde exclusivamente la iniciativa de las leyes sobre contribuciones y reclutamiento de tropas. (4)

Art. 45. Solo ella ejerce el derecho de acusar ante el Senado al Presidente, Vice Presidente, sus Ministros y á los miembros de la Corte Suprema y demás Tribunales inferiores de la Nacion, en las causas de responsabilidad que se intenten contra ellos, por mal desempeño ó por delito en el ejercicio de sus funciones, ó por crímenes comunes; despues de haber conocido de ellos y declarado haber lugar á formacion de causa por mayoría de dos terceras partes de sus miembros presentes. (5)

(1) Art. 5, Constitucion de 1819. Art. 15, Constitucion de 1826.

(2) Artículo 14, Constitucion de 1826.

(3) Art. 6, Constitucion de 1819. Art. 16 y 17, Constitucion de 1826.

(4) Art. 7, Constitucion de 1819. Art. 18, Constitucion de 1826.

(5) Art. 8, Constitucion de 1819. Art. 19, Constitucion de 1826.



CAPÍTULO II

DEL SENADO

Art. 46. El Senado se compondrá de dos Senadores de cada Provincia, elegidos por sus Legislaturas á pluralidad de sufragios, y dos de la Capital elegidos en la forma prescripta para la eleccion del Presidente de la Nacion. Cada Senador tendrá un voto.

Art. 47. Son requisitos para ser elegido Senador: tener la edad de treinta años, haber sido seis años ciudadano de la Nacion, disfrutar de una renta anual de dos mil pesos fuertes, ó de una entrada equivalente y ser natural de la Provincia que lo elija, ó con dos años de residencia en ella. (1)

Art. 48. Los Senadores durarán nueve años en el ejercicio de su mandato, y son reelegibles indefinidamente; pero el Senado se renovará por terceras partes cada tres años, decidiéndose por la suerte, luego que todos se reunan, quienes deben salir en el 1º y 2º trienio. (2)

Art. 49. El Vice-Presidente de la Nacion será Presidente del Senado; pero no tendrá voto sinó en el caso que haya empate en la votacion.

Art. 50. El Senado nombrará un Presidente provisorio que lo presida en caso de ausencia del Vice-Presidente, ó cuando este ejerce las funciones de Presidente de la Nacion.

(1) Art. 11, Constitucion de 1819. Art. 24, Constitucion de 1826.

(2) Art. 12 Constitucion de 1819. Art. 24 Constitucion de 1826.



Art. 51. Al Senado corresponde juzgar en juicio público á los acusados por la Cámara de Diputados, debiendo sus miembros prestar juramento para este acto. Cuando el acusado sea el Presidente de la Nación, el Senado será presidido por el Presidente de la Corte Suprema. Ninguno será declarado culpable sinó á mayoría de los dos tercios de los miembros presentes. (1)

Art. 52. Su fallo no tendrá mas efecto que destituir al acusado, y aun declararle incapaz de ocupar ningun empleo de honor, de confianza, ó á sueldo en la Nación. Pero la parte condenada quedará, no obstante, sujeta á acusacion, juicio y castigo conforme á las leyes, ante los tribunales ordinarios.

Art. 53. Corresponde tambien al Senado autorizar al Presidente de la Nación para que declare en estado de sitio uno ó vários puntos de la República, en caso de ataque exterior. (2)

Art. 54. Cuando vacase alguna plaza de Senador, por muerte, renuncia ú otra causa, el gobierno á que corresponda la vacante, hace proceder inmediatamente á la eleccion de un nuevo miembro.

CAPÍTULO III

DISPOSICIONES COMUNES Á AMBAS CÁMARAS

Art. 55. Ambas Cámaras se reunirán en sesiones ordinarias todos los años, desde el 1° de Mayo hasta el

(1) Art. 18 y 19 constitucion de 1819. Art. 27 y 28 constitucion de 1826.

(2) Art. 20 constitucion de 1819. Art. 29 constitucion de 1826.



30 de Setiembre. Pueden tambien ser convocadas extraordinariamente por el Presidente de la Nacion, ó prorogadas sus sesiones. (1)

Art. 56. Cada Cámara es juez de las elecciones, derechos y títulos de sus miembros en cuanto á su validez. Ninguna de ellas entrará en sesion sin la mayoría absoluta de sus miembros; pero un número menor podrá compeler á los miembros ausentes á que concurran á las sesiones, en los términos y bajo las penas que cada Cámara establecerá. (2)

Art. 57. Ambas Cámaras empiezan y concluyen sus sesiones simultáneamente. Ninguna de ellas mientras se hallen reunidas, podrá suspender sus sesiones mas de tres dias sin el consentimiento de la otra.

Art. 58. Cada Cámara hará su reglamento, y podrá con dos tercios de votos corregir á cualquiera de sus miembros por desórden de conducta en el ejercicio de sus funciones, ó removerlo por inhabilidad física ó moral sobreviniente á su incorporacion, y hasta escluirlo de su seno; pero bastará la mayoría de uno sobre la mitad de los presentes para decidir en las renunciaciones que voluntariamente hicieren de sus cargos. (3)

Art. 59. Los Senadores y Diputados prestarán, en el acto de su incorporacion, juramento de desempeñar debidamente el cargo, y de obrar en todo en conformidad á lo que prescribe esta Constitucion.

Art. 60. Ninguno de los miembros del Congreso pue-

(1) Art. 21 constitucion de 1819. Art. 31 constitucion de 1826.

(2) Arts. 22 y 23 constitucion de 1819. Art. 32 y 34 constitucion de 1826.

(3) Art. 28 constitucion de 1819. Art. 38 constitucion de 1826.



de ser acusado, interrogado judicialmente, ni molestado, por las opiniones ó discursos que emita desempeñando su mandato de legislador. (1)

Art. 61. Ningun Senador ó Diputado desde el día de su eleccion hasta el de su cese, puede ser arrestado, excepto el caso de ser sorprendido *infraganti* en la ejecucion de algun crimen que merezca pena de muerte, infamante ú otra afflictiva; de lo que se dará cuenta á la Cámara respectiva con la informacion sumaria del hecho. (2)

Art. 62. Cuando se forme querella por escrito ante las justicias ordinarias contra cualquier Senador ó Diputado, examinado el mérito del sumario en juicio público, podrá cada Cámara, con dos tercios de votos, suspender en sus funciones al acusado y ponerle á disposicion del juez competente para su juzgamiento. (3)

Art. 63. Cada una de las Cámaras puede hacer venir á su Sala á los Ministros del Poder Ejecutivo, para recibir las esplicaciones ó informes que estime convenientes. (4)

Art. 64. Ningun miembro del Congreso podrá recibir empleo ó comision del Poder Ejecutivo, sin previo consentimiento de la Cámara respectiva, escepto los empleos de escala. (5)

Art. 65. Los eclesiásticos regulares no pueden ser

(1) Art. 27 constitucion de 1819. Art. 35 constitucion de 1826.

(2) Art. 26 constitucion de 1819. Art. 36 constitucion de 1826.

(3) Art. 28 constitucion de 1819. Art. 37 constitucion de 1826.

(4) Art. 30 constitucion de 1819. Art. 39 constitucion de 1826.

(5) Art. 29 constitucion de 1819. Art. 21 constitucion de 1826.



miembros del Congreso, ni los Gobernadores de Provincia por la de su mando.

Art. 66. Los servicios de los Senadores y Diputados son remunerados por el Tesoro de la Nación con una dotacion que señalará la ley. (1)

CAPITULO IV

ATRIBUCIONES DEL CONGRESO

Art. 67. Corresponde al Congreso:

1. Lejislar sobre las aduanas exteriores y establecer los derechos de importacion, los cuales, así como las avaluaciones sobre que recaigan serán uniformes en toda la Nacion; bien entendido que esta, así como las demás contribuciones nacionales, podrán ser satisfechas en la moneda que fuese corriente en las provincias respectivas por su justo equivalente. Establecer igualmente los derechos de esportacion hasta 1866, en cuya fecha cesarán como impuesto nacional, no pudiendo serlo provincial. (2)

2. Imponer contribuciones directas por tiempo determinado, y proporcionalmente iguales en todo el territorio de la Nacion, siempre que la defensa, seguridad comun y bien jeneral del Estado lo exijan. (3)

3. Contraer empréstitos de dinero sobre el crédito de la Nacion. (4)

(1) Art. 9 constitucion de 1819. Art. 22 y 30 constitucion de 1826.

(2) Art. 31 constitucion de 1819. Art. 46 constitucion de 1826.

(3) Art. 33 constitucion de 1819.

(4) Art. 36 constitucion de 1819, Art. 47 constitucion de 1826.



4. Disponer del uso y de la enagenacion de las tierras de propiedad nacional.

5. Establecer y reglamentar un Banco Nacional en la Capital, y sus sucursales en las Provincias, con facultad de emitir billetes.

6. Arreglar el pago de la deuda interior y exterior de la Nacion.

7. Fijar anualmente el presupuesto de gastos de administracion de la Nacion y aprobar ó desechar la cuenta de inversion. (1)

8. Acordar subsidios del tesoro Nacional á las provincias cuyas rentas no alcancen, segun sus presupuestos, á cubrir sus gastos ordinarios.

9. Reglamentar la libre navegacion de los rios interiores, habilitar los puertos que consideren convenientes y crear y suprimir aduanas, sin que pueda suprimirse las aduanas exteriores que existían en cada Provincia al tiempo de su incorporacion. (2)

10. Hacer sellar moneda, fijar su valor y el de las extranjeras, y adoptar un sistema uniforme de pesos y medidas para toda la Nacion. (3)

11. Dictar los códigos civil, comercial, penal y de minería, sin que tales códigos altéren las jurisdicciones locales; correspondiendo su aplicacion á los tribunales federales ó provinciales, segun que las cosas ó las personas cayéren bajo sus respectivas jurisdicciones; y especialmente leyes generales para toda la Nacion sobre

(1) Art. 44 y 45 constitucion de 1826.

(2) Art. 41 constitucion de 1819. Art. 54 constitucion de 1826.

(3) Art. 45 constitucion de 1819. Art. 48 constitucion de 1826.



naturalizacion y ciudadania, con sujecion al principio de la ciudadania natural; así como sobre bancarrotas, sobre falsificacion de la moneda corriente y documentos públicos del Estado, y las que requieran el establecimiento del juicio por jurados.

12. Reglar el comercio marítimo y terrestre con todas las naciones extranjeras, y de las provincias entre sí. (1)

13. Arreglar y establecer las postas y correos generales de la Nacion.

14. Arreglar definitivamente los límites del territorio de la Nacion, fijar los de las Provincias, crear otras nuevas, y determinar por una lejislacion especial la organizacion, administracion y gobierno que deben tener los territorios nacionales, que queden fuera de los límites que se asignen á las Provincias. (2)

15. Proveer á la seguridad de las fronteras; conservar el trato pacífico con los indios y promover la conversion de ellos al Catolicismo (3)

16 Proveer lo conducente á la prosperidad del país, al adelanto y bienestar de todas las provincias, y al progreso de la ilustracion, dictando planes de instruccion jeneral y universitaria, y promoviendo la industria, la inmigracion, la construccion de ferro-carri-les y canales navegables, la colonizacion de tierras de propiedad nacional, la introduccion y establecimiento de nuevas industrias, la importacion de capitales extranjeros y la esploracion de los rios interiores, por

(1) Art. 39 constitucion de 1819. Art. 52 constitucion de 1826.

(2) Art. 40 constitucion de 1819. Art. 53 constitucion de 1826.

(3) Art. 128 constitucion de 1819.



leyes protectoras de estos fines y por concesiones temporales de privilegios y recompensas de estímulo. (1)

17. Establecer tribunales inferiores á la Suprema Corte de Justicia, crear y suprimir empleos, fijar sus atribuciones, dar pensiones, decretar honores y conceder amnistías generales. (2)

18. Admitir ó desechar los motivos de dimision del Presidente ó Vice-Presidente de la República y declarar el caso de proceder á nueva eleccion; hacer el escrutinio y rectificacion de ella.

19. Aprobar ó desechar los tratados concluidos con las demas naciones y los concordatos con la Silla Apostólica, y arreglar el ejercicio del Patronato en toda la Nacion.

20. Admitir en el territorio de la Nacion otras órdenes religiosas á mas de las existentes.

21. Autorizar al Poder Ejecutivo para declarar la guerra ú hacer la paz. (3)

22. Conceder patentes de corso y de represalias, y establecer reglamentos para las presas.

23. Fijar la fuerza de línea de tierra y de mar en tiempo de paz y guerra; y formar reglamentos y ordenanzas para el gobierno de dichos ejércitos. (4)

24. Autorizar la reunion de las milicias de todas las provincias ó parte de ellas cuando lo exija la ejecu-

(1) Art. 42 y 43 constitucion de 1819. Art. 55, 56 y 57 constitucion de 1826.

(2) Art. 37 y 38 constitucion de 1819. Art. 49, 50 y 51 constitucion de 1826.

(3) Art. 32 constitucion de 1819. Art. 40 y 41 constitucion de 1826.

(4) Art. 34 constitucion de 1819. Art. 42 y 43 constitucion de 1826.



cion de las leyes de la Nacion y sea necesario contener las insurrecciones ó repeler las invasiones. Disponer la organizacion, armamento y disciplina de dichas milicias, y la administracion y gobierno de la parte de ellas que estuviese empleada en servicio de la Nacion, dejando á las provincias el nombramiento de sus correspondientes jefes y oficiales y el cuidado de establecer en su respectiva milicia la disciplina prescrita por el Congreso.

25. Permitir la introduccion de tropas extranjeras en el territorio de la Nacion, y la salida de las fuerzas nacionales fuera de él.

26. Declarar en estado de sitio uno ó varios puntos de la Nacion en caso de conmocion interior, y aprobar ó suspender el estado de sitio declarado, durante su receso, por el Poder Ejecutivo.

27. Ejercer una lejislacion esclusiva en todo el territorio de la Capital de la Nacion, y sobre los demas lugares adquiridos por compra ó cesion en cualquiera de las provincias para establecer fortalezas, arsenales, almacenes ú otros establecimientos de utilidad nacional.

28. Hacer todas las leyes y reglamentos que sean convenientes para poner en ejercicio los poderes antecedentes, y todos los otros concedidos por la presente Constitucion al Gobierno de la Nacion Argentina. (1)



CAPÍTULO V

DE LA FORMACION Y SANCION DE LAS LEYES

Art. 68. Las leyes pueden tener principio en cualquiera de las Cámaras del Congreso, por proyectos presentados por sus miembros ó por el Poder Ejecutivo, excepto las relativas á los objetos de que trata el artículo 44. (1)

Art. 69. Aprobado un proyecto de ley por la Cámara de su origen, pasa para su discusion á la otra Cámara. Aprobado por ambas, pasa al Poder Ejecutivo de la Nacion para su exámen; y si tambien obtiene su aprobacion lo promulga como ley. (2)

Art. 70. Se reputa aprobado por el Poder Ejecutivo, todo proyecto no devuelto en el término de diez dias útiles. (3)

Art. 71. Ningun proyecto de ley desechado totalmente por una de las Cámaras, podrá repetirse en las sesiones de aquel año. Pero si solo fuere adicionado ó corregido por la Cámara revisora, volverá á la de su origen; y si en esta se aprobasen las adiciones ó correcciones por mayoria absoluta, pasará al Poder Ejecutivo de la Nacion. Si las adiciones ó correcciones fuesen desechadas, volverá segunda vez el proyecto á la Cámara revisora; y si aquí fueren nuevamente sancionadas por una mayoría de las dos terceras partes de sus miembros, pasará el proyecto á la otra Cámara

(1) Art. 46 y 47 Constitucion de 1819. Art. 59 y 60 Constitucion de 1826.

(2) Art. 50 Constitucion de 1819. Art. 61 y 63 Constitucion de 1826.

(3) Art. 53 Constitucion de 1819. Art. 64 Constitucion de 1826.



y no se entenderá que ésta reprueba dichas adiciones ó correcciones si no concurre para ello el voto de las dos terceras partes de sus miembros presentes. (1)

Art. 79. Desechado en todo ó en parte un proyecto por el Poder Ejecutivo, vuelve con sus objeciones á la Cámara de su origen: esta la discute de nuevo, y si lo confirma por mayoría de dos tercios de votos, pasa otra vez á la Cámara de revision. Si ambas Cámaras lo sancionan por igual mayoría, el proyecto es ley y pasa al Poder Ejecutivo para su promulgacion. Las votaciones de ambas Cámaras serán en este caso nominales por sí ó por nó; y tanto los nombres y fundamentos de los sufragantes, como las objeciones del Poder Ejecutivo, se publicarán inmediatamente por la prensa. Si las Cámaras difieren sobre las objeciones, el proyecto no podrá repetirse en las sesiones de aquel año. (2)

Art. 73. En la sancion de las leyes se usará de esta fórmula: « El Senado y Cámara de Diputados de la Nacion Argentina, reunidos en Congreso etc., decretan ó sancionan con fuerza de ley.»

SECCION 2ª

Del Poder Ejecutivo

CAPITULO I

DE SU NATURALEZA Y DURACION

Art. 74. El Poder Ejecutivo de la Nacion será de-

(1) Art. 51. Constitucion de 1819. Art. 62. Constitucion de 1826.

(2) Art. 55. Constitucion de 1819. Art. 65, 66 y 67 Constitucion 1826.



sempenado por un ciudadano, con el título de *Presidente de la Nación Argentina*. (1)

Art. 75. En caso de enfermedad ausencia de la Capital, muerte, renuncia ó destitucion del Presidente, el Poder Ejecutivo será ejercido por el Vice-Presidente de la Nacion. En caso de destitucion, muerte, dimision, ó inhabilidad del Presidente y Vice-Presidente de la Nacion, el Congreso determinará qué funcionario público ha de desempeñar la Presidencia, hasta que haya cesado la causa de la inhabilidad ó un nuevo Presidente sea electo. (2)

Art. 76. Para ser elegido Presidente ó Vice-Presidente de la Nacion, se requiere haber nacido en el territorio Argentino, ó ser hijo de ciudadano nativo, habiendo nacido en país extranjero, pertenecer á la comunión Católica Apostólica Romana, y las demas calidades exigidas para ser elegido Senador. (3)

Art. 77 El Presidente y Vice-Presidente duran en sus empleos el término de seis años; y no pueden ser reelegidos sino con intervalo de un período. (4)

Art. 78 El Presidente de la Nacion cesa en el poder el dia mismo en que espira su período de seis años, sin que evento alguno que lo haya interrumpido, pueda ser motivo de que se le complete mas tarde.

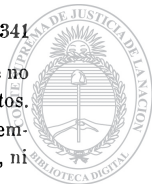
Art. 79. El Presidente y Vice-Presidente disfrutarán

(1) Art. 56, Constitucion de 1819. Director en vez de Presidente. Art. 68, Constitucion de 1826.

(2) Art. 61, Constitucion de 1819. El Presidente del Senado sustituto del Director.—Art. 72, Constitucion de 1826.

(3) Art. 57 Constitucion de 1819. Art. 69 Constitucion de 1826.

(4) Art 60 Constitucion de 1819.—El Director duraba cinco años, y podia ser reelecto una vez.—Art. 71 Constitucion de 1826.



de un sueldo pagado por el tesoro de la Nacion, que no podrá ser alterado en el período de sus nombramientos.

Durante el mismo período no podrán ejercer otro empleo ni recibir ningun otro emolumento de la Nacion, ni de Provincia alguna. (1)

Art. 80. Al tomar posesion de su cargo el Presidente y Vice-Presidente, prestarán juramento en manos del Presidente del Senado (la primera vez del Presidente del Congreso Constituyente), estando reunido el Congreso, en los términos siguientes: « Yo, N. N., juro por Dios nuestro Señor y estos Santos Evangelios, desempeñar con lealtad y patriotismo el cargo de Presidente (ó Vice-Presidente) de la Nacion y observar y hacer observar fielmente la Costitucion de la Nacion Argentina. Si así no lo hiciere, Dios y la Nacion me lo demanden». (2)

CAPITULO II

DE LA FORMA Y TIEMPO DE LA ELECCION DEL PRESIDENTE Y VICE-PRESIDENTE DE LA NACION

Art. 81. La eleccion del Presidente y Vice-Presidente de la Nacion se hará del modo siguiente: (3)

La Capital y cada una de las provincias nombrarán por votacion directa, una junta de electores, igual al duplo del total de Diputados y Senadores que envian al

(1) Art. 91 Constitucion de 1819. Art. 101 Constitucion de 1826.

(2) Art. 59 Constitucion de 1819. Art. 70 Constitucion de 1826.

(3) Art. 62 á 72 Constitucion de 1819. (ambas cámaras en asamblea nombraban el Director.) Art. 73 á 75 Constitucion de 1826. (Cada provincia nombraba una junta de quince electores ad hoc.)



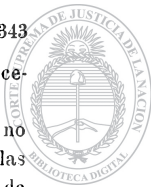
Congreso, con las mismas calidades y bajo las mismas formas prescritas para la eleccion de Diputados.

No pueden ser electores los Diputados, los Senadores, ni los empleados á sueldo del Gobierno Federal.

Reunidos los electores en la Capital de la Nacion y en la de sus provincias respectivas, cuatro meses ántes que concluya el término del Presidente cesante, procederán á elegir Presidente y Vice-Presidente de la Nacion, por cédulas firmadas, espresando en una la persona por por quien votan para Presidente, y en otra distinta la que elijen para Vice-Presidente.

Se harán dos listas de todos los individuos electos para Presidente, y otras dos de los nombrados para Vice-Presidente con el número de votos que cada uno de ellos hubiere obtenido. Estas listas serán firmadas por los electores, y se remitirán cerradas y selladas dos de ellas (una de cada clase), al Presidente de la Legislatura Provincial, y en la capital al Presidente de la Municipalidad, en cuyos registros permanecerán depositadas y cerradas; y las otras dos al Presidente del Senado (la primera vez al presidente del Congreso Constituyente.)

Art. 82. El Presidente del Senado (la primera vez el del Congreso Constituyente), reunidas todas las listas, las abrirá á presencia de ambas Cámaras. Asociados á los Secretarios cuatro miembros del Congreso sacados á la suerte, procederán inmediatamente á hacer el escrutinio, y á anunciar el número de sufragios que resulte en favor de cada candidato para la Presidencia y Vice-Presidencia de la Nacion. Los que reunan en ambos casos la mayoría absoluta de todos los votos,



serán proclamados inmediatamente Presidente y Vice-Presidente. (1)

Art. 83. En el caso de que por diverse la votacion no hubiese mayoría absoluta, elejirá el Congreso entre las dos personas que hubieren obtenido mayor número de sufragios. Si la primera mayoría hubiese cabido á mas de dos personas, elejirá el Congreso entre todas estas. Si la primera mayoría, hubiese cabido á una sola persona, y la segunda á dos ó mas, elejirá el Congreso entre todas las personas que hayan obtenido la primera y segunda mayoría. (2)

Art. 84. Este eleccion se hará á pluralidad absoluta de sufragios y por votacion nominal. Si verificada la primera votacion no resultare mayoría absoluta, se hará segunda vez, contrayéndose la votacion á las dos personas que en la primera hubiesen obtenido mayor número de sufragios. En caso de empate, se repetirá la votacion y se resultare nuevo empate, decidirá el Presidente del Senado, (la primera vez el de Congreso Constituyente). No podrá hacerse el escrutinio ni la rectificacion de estas elecciones, sin que esten presente las tres cuartas partes del total de los miembros del Congreso.

Art. 85. La eleccion del Presidente y Vice-Presidente de la Nacion, debe quedar concluida en una sola sesion del Congreso, publicándole en seguida el resultado de ésta y las actas electorales por la prensa. (3)

(1) Art. 76 y 77 Constitucion de 1826. El Presidente debía reunir las dos terceras partes de votos (art. 78.)

(2) Art. 79 Constitucion de 1826.

(3) Art. 80 Constitucion de 1826.



CAPÍTULO III

ATRIBUCIONES DEL PODER EJECUTIVO

Art. 86. El Presidente de la Nación tiene las siguientes atribuciones:

1. Es el Gefe supremo de la Nacion, y tiene á su cargo la administracion general del país. (1)

2. Espide las instrucciones y reglamentos que sean necesarios para la ejecucion de las leyes de la Nacion, cuidando de no alterar su espíritu con escepciones reglamentarias. (2)

3. Es el jefe inmediato y local de la Capital de la Nacion.

4. Participa de la formacion de las leyes con arreglo á la Constitucion: las sanciona y promulga. (3)

5. Nombra los magistrados de la Corte Suprema y de los demas Tribunales Federales inferiores, con acuerdo del Senado. (4)

6. Puede indultar ó conmutar las penas por delitos sujetos á la jurisdiccion federal, previo informe del Tribunal correspondiente, excepto en los casos de acusacion por la Cámara de Diputados. (5)

7. Concede jubilaciones, retiros, licencias y goce de monte-pios, conforme á las leyes de la Nacion.

8. Ejerce los derechos del patronato nacional en la

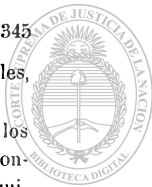
(1) Art. 85 y 88 Constitucion de 1819. Art. 81 Constitucion de 1826.

(2) Art. 82 Constitucion de 1826.

(3) Art. 78 Constitucion de 1826.

(4) Art. 94 Constitucion de 1819. Art. 113 Constitucion de 1826.

(5) Art. 89 Constitucion de 1819. Art. 99 Constitucion de 1826.



presentacion de obispos para las iglesias catedrales, á propuesta en terna del Senado. (1)

9. Concede el pase ó retiene los decretos de los concilios, las bulas, breves y rescriptos del Sumo Pontífice de Roma con acuerdo de la Suprema Corte, requiriéndose una ley cuando contienen disposiciones generales y permanentes.

10. Nombra y remueve á los Ministros Plenipotenciarios y Encargados de Negocios, con acuerdo del Senado, y por sí solo nombra y remueve los Ministros del despacho, los oficiales de sus secretarías, los agentes consulares y demas empleados de la administracion cuyo nombramiento no está reglado de otra manera por esta Constitucion. (2)

11. Hace annualmente la apertura de las sesiones del Congreso, reunidas al efecto ambas Cámaras en la Sala del Senado, dando cuenta en esta ocasion al Congreso del estado de la Nacion, de las reformas prometidas por la Constitucion, y recomendando á su consideracion las medidas que juzgue necesarias y convenientes. (3)

12. Proroga las sesiones ordinarias del Congreso, ó lo convoca á sesiones extraordinarias, cuando un grave interes de orden ó de progreso lo requieren. (4)

13. Hace recaudar las rentas de la Nacion, y decreta su inversion con arreglo á la ley ó presupuestos de gastos nacionales.

(1) Art. 86 Constitucion de 1819. Art. 95 Constitucion de 1826.

(2) Art. 81 y 82 Constitucion de 1819. Arts. 90 y 91 Constitucion de 1826.

(3) Art. 70 Constitucion de 1819—Art. 84 Constitucion de 1826

(4) Art. 77 Constitucion de 1819—Art. 83 Constitucion de 1826.



14. Concluye y firma tratados de paz, de comercio, de navegacion, de alianza de límites y de neutralidad, concordatos y otras negociaciones requeridas para el mantenimiento de buenas relaciones con las potencias extranjeras: recibe sus ministros y admite sus Cónsules. (1)

15. Es Comandante en Jefe de todas las fuerzas de mar y de tierra de la Nación. (2)

16. Provee los empleos militares de la Nación, con acuerdo del Senado, en la concesion de los empleos ó grados de oficiales superiores del ejército y armada; y por sí solo en el campo de batalla. (3)

17. Dispone de las fuerzas militares, marítimas y terrestres y corre con su organizacion y distribucion segun las necesidades de la Nación.

18. Declara la guerra y concede patentes de corso y cartas de represalias, con autorizacion y aprobacion del Congreso. (4)

19. Declara en estado de sitio uno ó varios puntos de la Nación, en caso de ataque exterior y por un término limitado, con acuerdo del Senado. En caso de conmocion interior, solo tiene esta facultad, cuando el Congreso está en receso, porque es atribucion que corresponde á este cuerpo. El Presidente la ejerce con las limitaciones prescritas en el artículo 23. (5)

20. Puede pedir á los jefes de todos los ramos y de

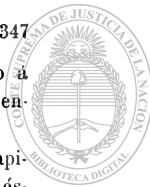
(1) Art. 83 Constitucion de 1819. Art. 89 Constitucion de 1826.

(2) Art. 74 Constitucion de 1819. Art. 86 Constitucion de 1826.

(3) Art. 81 Constitucion de 1819. Art. 86 Constitucion de 1826.

(4) Art. 79 Constitucion de 1819. Art. 88 Constitucion de 1826.

(5) Art. 80 Constitucion de 1819.



partamentos de la Administracion, y por su conducto á los demas empleados, los informes que crea convenientes, y ellos son obligados á darlos. (1)

21. No puede ausentarse del territorio de la Capital sino con permiso del Congreso. En el receso de éste, solo podrá hacerlo sin licencia por graves objetos del servicio público.

22. El Presidente tendrá facultad para llenar las vacantes de los empleos que requieran al acuerdo del Senado y que ocurran durante su receso, por medio de nombramientos en comision, que espirarán al fin de la próxima Legislatura. (2)

CAPÍTULO IV

DE LOS MINISTROS DEL PODER EJECUTIVO

Art. 87. Cinco Ministros Secretarios, á saber: del Interior, de Relaciones Exteriores, de Hacienda, de Justicia, Culto é Instruccion Pública y de Guerra y Marina tendrán á su cargo el despacho de los negocios de la Nacion, refrendarán y legalizarán los actos del Presidente por medio de su firma, sin cuyo requisito carecen de eficacia. Una ley deslindará los ramos del respectivo despacho de los Ministros. (3)

Art. 88. Cada Ministro es responsable de los actos que legaliza, y solidariamente de los que acuerda con sus colegas. (4)

(1) Art. 98 Constitucion de 1826.

(2) Art. 92 Constitucion de 1826.

(3) Art. 102 Constitucion de 1826.

(4) Art. 106 Constitucion de 1826.



Art. 89. Los Ministros no pueden por sí solos en ningún caso, tomar resoluciones, á escepcion de lo concerniente al régimen económico y administrativo de sus respectivos departamentos. (1)

Art. 90. Luego que el Congreso obra sus sesiones, deberán los Ministros del despacho presentarle una Memoria detallada del Estado de la Nacion, en lo relativo á los negocios de sus respectivos departamentos.

Art. 91. No pueden ser Senadores ni Diputados, sin hacer dimision de sus empleos de Ministros. (2)

Art. 92. Pueden los Ministros concurrir á las sesiones del Congreso y tomar parte en sus debates, pero no votar.

Art. 93. Gozarán por sus servicios, de un sueldo establecido por la ley, que no podrá ser aumentado ni disminuido en favor ó perjuicio de los que se hallan en ejercicio. (3)

SECCION 3ª

Del Poder Judicial

CAPÍTULO I

DE SU NATURALEZA Y DURACION

Art. 84. El Poder Judicial de la Nacion será ejercido por una Corte Suprema de Justicia, y por los demas Tribunales inferiores que el Congreso estableciere en el territorio de la Nacion. (4)

(1) Art. 107 Constitucion de 1826.

(2) Art. 108 Constitucion de 1826.

(3) Art. 109 Constitucion de 1826.

(4) Art. 92 Constitucion 1819. Art. 110 Constitucion de 1826.



Art. 95. En ningun caso el Presidente de la Nacion puede ejercer funciones judiciales, arrogarse el conocimiento de causas pendientes ó restablecer las fenecidas.

Art. 96. Los Jueces de la Corte Suprema y de los Tribunales inferiores de la Nacion conservarán sus empleos mientras dure su buena conducta, y recibirán por sus servicios una compensacion que determinará la ley, y que no podrá ser disminuida en manera alguna mientras permanecieren en sus funciones. (1)

Art. 97. Ninguno podrá ser miembro de la Corte Suprema de Justicia sin ser abogado de la Nacion, con ocho años de ejercicio, y tener las calidades requeridas para ser Senador. (2)

Art. 98. En la primera instalacion de la Corte Suprema, los individuos nombrados prestarán juramento en manos del Presidente de la Nacion, de desempeñar sus obligaciones, administrando justicia bien y legalmente, y en conformidad á lo que prescribe la Constitucion. En lo sucesivo lo prestarán ante el Presidente de la misma Corte. (3)

Art. 99. La Corte Suprema dictará su reglamento interior y económico, y nombrará todos sus empleados subalternos. (4)

(1) Art. 102 y 103 Constitucion 1819. Art. 115 y 129 Constitucion 1826.

(2) Art. 93 Constitucion 1819. Art. 112 Constitucion de 1826.

(3) Art. 114 Constitucion de 1826.

(4) Art. 96 Constitucion de 1819. Art. 117 Constitucion de 1826.



CAPÍTULO II

ATRIBUCIONES DEL PODER JUDICIAL

Art. 100. Corresponde á la Corte Suprema y á los Tribunales inferiores de la Nacion, el conocimiento y decision de todas las causas que versen sobre puntos rejidos por la Constitucion y por las leyes de la Nacion, con la reserva hecha en el inciso 11 del art. 67: y por los tratados con las naciones extranjeras; de las causas concernientes á embajadores, ministros públicos y cónsules extranjeros; de las causas de almirantazgo y jurisdiccion marítima: de los asuntos en que la Nacion sea parte: de las causas que se susciten entre dos ó mas provincias; entre una provincia y los vecinos de otra; entre los vecinos de diferentes provincias y entre una Provincia ó sus vecinos contra un Estado ó ciudadano extranjero. (1)

Art. 101. En estos casos la Corte Suprema ejercerá su jurisdiccion por apelacion segun las reglas y escepciones que prescriba el Congreso; pero en todos los asuntos concernientes á embajadores, ministros y cónsules extranjeros y en los que alguna Provincia fuese parte, la ejercerá originaria y exclusivamente. (2)

Art. 102. Todos los juicios criminales ordinarios que no se deriven del derecho de acusacion concedido á la Cámara de Diputados, se terminarán por jurados, lue-

(1) Con escepcion de las causas que versen sobre puntos rejidos por la Constitucion. Arts. 97 Constitucion de 1819. Arts. 118, 119, 120, 121, Constitucion de 1826.

(2) Art. 98 Constitucion de 1819. Art. 123 Constitucion de 1826.



go que se establezca en la República esta institucion. La actuacion de estos juicios se hará en la misma provincia donde se hubiere cometido el delito; pero cuando éste se cometa fuera de los límites de la Nacion contra el derecho de Gentes, el Congreso determinará por una ley especial, el lugar en que haya de seguirse el juicio.

Art. 103. La traicion contra la Nacion consistirá únicamente en tomar las armas contra ella, ó en unirse á sus enemigos, prestándoles ayuda y socorro. El Congreso fijará por una ley especial la pena de este delito; pero ella no pasará de la persona delincuente, ni la infamia del rco se trasmitirá á sus parientes de cualquier grado.

TÍTULO 2º

GOBIERNOS DE PROVINCIA

Art. 104. Las Provincias conservan todo el poder no delegado por esta Constitucion al Gobierno Federal, y el que espresamente se hayan reservado por pactos especiales al tiempo de su incorporacion. (1)

Art. 105. Se dan sus propias instituciones locales y se rijen por ellas.

Elijen sus Gobernadores, sus Lejisladores y demas funcionarios de Provincia, sin intervencion del Gobierno Federal.

Art. 106. Cada provincia dicta su propia Constitucion conforme á lo dispuesto en el artículo 5º.

(1) Art. 134 Constitucion de 1819. cap. IV Regl. Prov. de 1817.



Art. 107. Las Provincias pueden celebrar tratados parciales para fines de administracion de justicia, de intereses económicos y trabajos de utilidad comun, con conocimiento del Congreso Federal; y promover su industria, la inmigracion, la construccion de ferro-carri-les y canales navegables, la colonizacion de tierras de propiedad provincial, la introduccion y establecimiento, de nuevas industrias, la importacion de capitales extranjeros y la exploracion de sus rios, por leyes protectoras de estos fines y con su recursos propios.

Art. 108. Las Provincias no ejercen el poder delegado á la Nacion.

No pueden celebrar tratados parciales de carácter político, ni espedir leyes sobre comercio ó navegacion interior ó exterior; ni establecer Aduanas Provinciales, ni acuñar moneda, ni establecer Bancos con facultad de emitir billetes, sin autorizacion del Congreso Federal; ni dictar los códigos civil, comercial, penal y de minería, despues que el Congreso los haya sancionado; ni dictar especialmente leyes sobre ciudadanía y naturalizacion; bancarrotas, falsificacion de moneda ó documentos del Estado; ni establecer derechos de tonelaje; ni armar buques de guerra ó levantar ejércitos, salvo el caso de invasion exterior, ó de un peligro tan inminente que no admita dilacion; dando luego cuenta al Gobierno Federal; ni nombrar ó recibir agentes extranjeros; ni admitir nuevas órdenes religiosas.

Art. 109. Ninguna Provincia puede declarar ni hacer la guerra á otra Provincia. Sus quejas deben ser sometidas á la Corte Suprema de Justicia y dirimidas por ella.



Sus hostilidades de hecho son actos de guerra civil, calificados de sedicion ó asonada que el Gobierno Federal debe sofocar y reprimir conforme á la ley.

Art 110. Los Gobernadores de Provincia son agentes naturales del Gobierno Federal, para hacer cumplir la Constitucion y las leyes de la Nacion.

Concordaba con las reformas sancionadas por la Convencion Nacional. Comuníquese á los efectos del artículo 9 del Convenio de 6 de Junio del presente año. Cúmplase en todo el territorio de la Nacion y publíquese.

Sala de sesiones de la Convencion Nacional, en la ciudad de Santa Fe á los veinticinco dias del mes de Setiembre de mil ochocientos sesenta.

MARIANO FRAGUEIRO,
Presidente.

Lucio V. Mansilla,
Secretario.

Cárlos M. Saravia,
Secretario.



ÍNDICE

PÁG.



CAPÍTULO I

LA REVOLUCION

- I. Las Revoluciones orgánicas—II. Antecedentes de la Revolucion de Mayo—III. Política de España en las colonias—IV. Las invasiones Inglesas—V. La Revolucion—VI. Sus múltiples fines—VII. Su influencia civilizadora en la América del Sud. 3

CAPITULO II

LA JUNTA Y LOS TRIUNVIRATOS

- I. Primera forma orgánica de la Revolucion—II. Reforma de la circular dirigida á las Provincias—III. El doctor Moreno—IV. Decreto orgánico de 1811—V. El Triunvirato—VI. Estatuto de 1811—VII. Rechazo del Estatuto—VIII. Dificultades de la situacion—IX. Desprestigio y fin del Triunvirato. 25

CAPÍTULO III

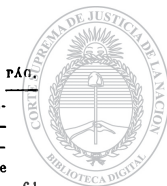
EL DIRECTORIO

- I. Pronunciamiento del 8 de Octubre de 1812—II. Propósitos orgánicos—Consecuencias—III. Asamblea de 1813—IV. El General Alvear—V. Caída de Alvear y disolucion de la Asamblea—VI. Rebelion del 15 de Abril de 1815—VII. Estatuto Provisional de 1815. 45

CAPÍTULO IV

EL CONGRESO DE TUCUMAN

- I. Esfuerzos para la reunion del Congreso—II. Elementos de que se componía el de Tucuman—III. Circunstancias en que declaró



la Independencia—IV. Discusion de la forma de Gobierno—Monarquistas y Republicanos—V. Nuevo Directorio—Pueyrredon—VI. Reglamento Provisorio de 1817—VII. Derecho electoral—VIII. Los Cabildos—IX. Poder Ejecutivo—X. Provision de empleos—Administracion—Declaraciones.	61
---	----

CAPITULO V

CONGRESO DE TUCUMAN—CONSTITUCION DE 1819

I. La cuestion constitucional en 1819—II. La Constitucion—III. El Dean Funes—IV. Poder Legislativo—Senado Argentino—V. Poder Ejecutivo—VI. Poder Judicial—VII. Formas Exteriores—VIII. Declaracion de derechos—IX. Régimen político—X. Renuncia de Pueyrredon—XI. Levantamiento en las Provincias.	81
--	----

CAPÍTULO VI

EL AÑO VEINTE

I. El partido Directorial—II. El caudillaje—III. La Anarquía—IV. Dorrego—V. Teoría de la anarquía en el año 20—VI. Resultado transitorio de la tregua.	103
--	-----

CAPITULO VII

CONGRESO DE 1824—LA PRESIDENCIA

I. Rivadavia—II. La poesia revolucionaria—Analogía en sus propósitos con los de la que le precedió—III. La revolucion social—IV. Convocatoria del Congreso—V. Guerra del Brasil—VI. La cuestion Presidencia—Su examen crítico histórico—VII. Ley de <i>Capitalizacion</i> —Su análisis.	127
---	-----

CAPITULO VIII

LA CONSTITUCION DE 1826

I. La Constitucion—II. La cuestion régimen de Gobierno en 1826—III. Adopcion de la nulidad de régimen—IV. Division de poderes—Poder Legislativo—V. Poder Ejecutivo—VI. Poder Judicial—VII. Gobiernos de Provincia—VIII. Parangon entre este	
---	--

réjimen y el nuestro actual—IX. Fracaso de la constitucion y disolucion de los Poderes Nacionales.	153
---	-----



CAPITULO IX

ROSAS

I. El sentimiento y la razon de la sociedad—II. Como debe estudiarse á Rosas—III. Retrospecto histórico,—la aristocracia de la Revolucion—IV. Reaccion de las clases medias—V. Causas eficientes de la reaccion de las campañas—VI. Reaccion de las campañas—Rosas—VII. Influencia de Rosas en el Gobierno—VIII. Pronunciamiento de 1º de Diciembre de 1828—Convenio de 1829—IX. Gobiernos de Viamont,—de Rosas—de Balcarce—X. Ley de 7 de Marzo de 1835—XI. Nueva reeleccion de Rosas—XII. Manifestaciones de la opinion en su favor—XIII. Resúmen de los orígenes de la tiranía.	177
--	-----

CAPITULO X

CASEROS

I. Resistencia y campañas contra Rosas anteriores á Caseros—II. Alianzas para derrocarlo—III. Caseros—IV. Móvil de la resistencia en Caseros—V. Chilavert—paralelo histórico—VI. Preliminares de la nueva organizacion nacional—Acuerdo de San Nicolas—VII. Exámen legal del Acuerdo—VIII. La Lejislatura de Buenos Aires—IX. Dictadura del general Urquiza—X. Pronunciamiento del 11 de Setiembre de 1852—XI. Organizacion del gobierno propio de Buenos Aires.	216
--	-----

CAPÍTULO XI

CONSTITUCION DE 1853—CONVENCION DE 1860

I. Invasion del general Urquiza, autorizada por el Congreso—II. Asedio y bloqueo de Buenos Aires—III. El general Flores—IV. Nuevas hostilidades—V. Pactos de Noviembre y de Junio—VI. La convencion—Preámbulo de la Constitucion—VII. Réjimen Federal—sus antecedentes argentinos—VIII. Culto—IX. Capital de la Nacion—X. Faz de esta cuestion en 1853—XI. Faz bajo que se presentó en 1826—XII. Faz bajo la cual la ha presentado el doctor Alberdi—XIII. Otras reformas de la Con-
--



vencion—XIV. Poder Legislativo—el Senado—opinión del general Sarmiento—XV. Poder Ejecutivo—XVI. Poder Judicial. . 257

CAPITULO XII

INSTALACION DEL CONGRESO FEDERAL ARGENTINO DE 1862

- I. Jura de la Constitucion—II. Rechazo de los diputados de Buenos Aires—III. Batalla de Pavon—IV. El general Bartolomé Mitre—V. Instalacion que él hace del Congreso Federal. 307
- Constitucion Argentina de 1860, concordada con las constituciones de 1819 y 1826. 317
-

